

# ROSALERA

Tade Thompson

PREMIO ILUBE NOMMO 2017 A LA MEJOR NOVELA

RUNAS

ROSALERA

TADE THOMPSON

Traducción de Raúl García Campos

**Alianza** editorial

# Índice

Capítulo 1. Rosalera: Día de Apertura, 2066

Capítulo 2. Rosalera: 2066

Interludio: Misión

Capítulo 3. Rosalera: 2066

Capítulo 4. Lagos: 2032, 2042, 2043

Capítulo 5. Rosalera, Lagos: 2066

Capítulo 6. Las tierras donde se levantaría Rosalera, Maiduguri: 2055

Capítulo 7. Lagos, Rosalera: 2066

Capítulo 8. Lagos: 2043

Capítulo 9. Rosalera: 2066

Capítulo 10. Lagos: 2045

Capítulo 11. Rosalera: 2066

Interludio: Misión

Capítulo 12. Lagos: 2055

Capítulo 13. Rosalera: 2066

Capítulo 14. Base militar desconocida: 2055

Interludio: Misión

Capítulo 15. Rosalera, Lagos: 2066

Capítulo 16. Base militar desconocida, Lagos: 2055

Capítulo 17. Lagos, Rosalera, Akure, Kano, Abuya, otros: 2066

Capítulo 18. Lagos: 2055

Interludio: Misión

Capítulo 19. Rosalera: 2066

Capítulo 20. Lagos: 2055

Capítulo 21. Rosalera, Lagos: 2066

Interludio: Misión

Capítulo 22. Lagos: 2055

Capítulo 23. Rosalera: 2066

Interludio: A la deriva

Capítulo 24. La Lijad, base militar desconocida: 2055

Capítulo 25. Rosalera: 2066

Interludio: Revisión médica

Capítulo 26. Base militar desconocida, las tierras donde se levantaría  
Rosalera: 2055

Capítulo 27. Rosalera: 2066

Capítulo 28. Las tierras donde se levantaría Rosalera: 2055

Interludio: Misión

Capítulo 29. Rosalera, biobóveda: 2066

Capítulo 30. Las tierras donde se levantaría Rosalera: 2055

Interludio: Misión

Capítulo 31. Rosalera: 2066

Agradecimientos

Créditos

*Para Hope Thompson*

# Capítulo 1

Rosalera: Día de Apertura, 2066

*Ahora*

Apenas llevo cuarenta minutos trabajando en el Banco Integridad cuando empiezo a angustiarme. Por lo general, así es como empieza el día para mí. Esta vez se debe a una boda y a un examen final, aunque no soy yo quien se casa ni quien se examina. Desde la silla que ocupó junto a la ventana veo la ciudad, sin llegar a oír su murmullo. Tan por encima de Rosalera todo parece estar en orden. Los edificios, las carreteras, las calles, el tráfico que circula con pereza en torno a la bóveda. Incluso alcanzo a ver la catedral. La ventana queda a mi izquierda, y me encuentro en uno de los extremos de una mesa ovalada junto con otros cuatro contratistas. Estamos en la planta quince, la más alta. En el techo hay un tragaluz abierto, de un metro cuadrado, y solo una rejilla de seguridad nos separa del cielo matutino. Una sábana azul, salpicada por alguna que otra nube blanca. El sol aún no llamea con todas sus fuerzas, pero lo hará más tarde. El aire acondicionado de la sala está en funcionamiento, aunque el tragaluz permanezca abierto, un desperdicio de energía que todas las semanas le vale una multa al Banco Integridad. Están dispuestos a asumir el gasto.

Bola, sentada a mi derecha, bosteza. Está embarazada y últimamente se cansa enseguida. Además, come mucho, pero supongo que es comprensible. Hace dos años que la conozco, y en ambos ha estado encinta. No termino de entender el asunto de la preñez. Soy hijo único y crecí sin la compañía de una mascota y lejos de cualquier tipo de ganado. Recibí una educación peripatética; nunca sentí especial interés por la biología, excepto por la rama de la microbiología, la cual habría de dominar más adelante.

Procuro tranquilizarme y concentrarme en los clientes del banco. La ansiedad por la boda resurge.

El centro de la mesa lo ocupa un teleapuntador holográfico. Ahora mismo solo recoge un remolino de luces aleatorias, pero dentro de unos minutos empezará a proyectar un texto. En la sala contigua a la nuestra el turno de noche toca a su fin.

—Tengo entendido que anoche leyeron a Dumas —dice Bola.

Solo intenta iniciar una conversación. Lo que lean los del otro turno es irrelevante. Sonríe sin responderle.

La boda que siento se celebrará dentro de tres meses. La novia ha ganado unos kilos y no tiene claro si debería arreglar el vestido o someterse a una liposucción. Bola se pone más guapa cuando está embarazada.

—Sesenta segundos —anuncia la megafonía.

Tomo un trago de agua del vaso que tengo en la mesa. Los otros contratistas son nuevos. No visten un atuendo formal, al contrario que Bola y yo. Van en camiseta de tirantes o de manga corta, y lucen complementos de metal en el pelo. Llevan implantes telefónicos.

Odio los implantes, sean del tipo que sean. Yo también llevo uno. Un localizador normal, sin añadidos. Es bastante aburrido, la verdad, pero en el trabajo se exige su utilización.

La ansiedad por el examen se disipa sin que me dé tiempo a concretar y explorar el origen. Por mí, bien.

Los trozos de metal que estos jóvenes llevan en el pelo proceden de distintos accidentes de aviación. En Lagos, Abuya, Jos y Kano, así como en todas las regiones intermedias, han caído multitud de aeronaves de todas las rutas nigerianas nacionales desde la primera década del siglo. Emplean fragmentos de fuselaje a modo de amuletos protectores.

Bola me sorprende mirándola y me hace un guiño. Abre su tentempié, unas pocas láminas de *moin-moin*, un tofu naranja sobre un lecho de hojas, a la antigua usanza. Aparto la vista.

—Adelante —indica la megafonía.

El texto de *La república*, de Platón, comienza a deslizarse a un ritmo pausado y constante en una fantasmal representación holográfica por la pantalla cilíndrica. Empiezo a leer, al igual que los demás, unos en silencio y otros en voz alta. Entramos en la xenosfera y levantamos el cortafuegos del banco. Experimento el habitual mareo breve; el texto se arremolina y se

vuelve transparente.

Todos los días unos quinientos clientes realizan operaciones financieras en estas oficinas, y todas las noches los empleados hacen negocios alrededor del mundo, por lo que este trabajo dura las veinticuatro horas de la jornada. Los sensibles indomesticados tantean y hacen presión, delincuentes que buscan captar todos los datos personales que puedan. Hablo de fechas de nacimiento, de contraseñas, de apellidos de soltera, de transacciones anteriores, información que permanece almacenada con despreocupación en el prosencéfalo de los clientes, en la memoria operativa, a la espera de ser recolectada por esos sensibles codiciosos, inexpertos y saqueadores.

Los contratistas como yo, Bola Martínez y los chararreos tenemos la preparación necesaria para detenerlos. Y eso es lo que hacemos. Leemos clásicos para inundar la xenosfera de palabras y pensamientos irrelevantes, un cortafuegos de conocimiento que se extiende incluso hasta el subconsciente de los clientes. En cierta ocasión, un profesor elaboró un estudio al respecto. Determinó que existía una correlación entre el material empleado para levantar el cortafuegos y el comportamiento de los clientes durante el resto del año. A alguien que nunca había leído a Shakespeare se le podían ocurrir pasajes de *El rey Lear* de forma espontánea sin motivo aparente.

Podríamos rastrear las intrusiones si quisiéramos, pero no es algo que Integridad considere prioritario. Perseguir los delitos perpetrados en la xenosfera es un proceso complejo y costoso. Si no hay muertes de por medio, a los tribunales no les interesa.

Las colas de los cajeros automáticos, formadas por decenas de personas, cada una con sus inquietudes, sus deseos y sus pasiones. Estoy cansado de usar mi mente para filtrar las vidas de los demás.

*Acompañado de Glaucón, el hijo de Aristón, bajé ayer al Pireo con el propósito de orar a la diosa y ganoso al mismo tiempo de ver cómo hacían la fiesta, puesto que la celebraban por primera vez. Pareciome en verdad hermosa la procesión de los del pueblo, pero no menos lucida la que sacaron los tracios. Después de orar y gozar del espectáculo, emprendimos el regreso a la ciudad.*

Al entrar en la xenosfera, se forma la autoimagen. Los toscos sensibles indomesticados se proyectan tal y como son en realidad, pero los



profesionales como yo sabemos cómo crear una autoimagen definida y moldeada a nuestra voluntad. La mía es un grifo.

Mi primer ataque del día lo inicia un hombre de mediana edad desde un adosado de Yola. Es espigado y tiene la tez muy negra. Cuando le hago una advertencia, se retira. Un adolescente lo sustituye con tanta inmediatez que sospecho que se encuentran en la misma ubicación física, tal vez una granja de asaltos. A veces las bandas criminales recluyen a los sensibles y los agrupan en “equipos” para formar una especie de centro de llamadas de piratas informáticos.

Ya he visto todas estas cosas. Hoy en día no hay tantos ataques de este tipo como cuando entré en el negocio, y a veces me pregunto si será que nuestra eficiencia disuade a los delincuentes. En cualquier caso, ya estoy aburrido.

Durante la pausa para el almuerzo, uno de los chararreados se acerca y se sienta junto a mí. Empieza a hablarme del trabajo, a contarme que casi se le escapa una intrusión. Tiene veintitantos años y aún le asombra su condición de sensible, aún lo encuentra todo nuevo, reciente e interesante, una visión muy poco cínica, al contrario que la mía.

Debe de estar enamorado. Su autoimagen transmite propincuidad. Es lo bastante bueno para ocultar a la otra persona, pero no lo bastante hábil para disimular esa cercanía. Veo la sombra, el fantasma que lo acompaña. Por respeto, opto por no comentárselo.

Lleva trozos de metal retorcidos en forma de crucifijos y enganchados en la trenza que le nace del pelo corto, la cual baja desde la sien izquierda, se enrosca en torno a su cuello y desaparece por el cuello de la camisa.

—Me llamo Clement —me recuerda—. Me he dado cuenta de que no me llamas por mi nombre.

Tiene razón. Un ejecutivo nos presentó semanas atrás, pero olvidé su nombre al instante y desde entonces he venido sustituyéndolo con pronombres.

—Me llamo...

—Kaaro. Lo sé. Todo el mundo te conoce. Perdona, pero tengo que

preguntártelo. ¿Es cierto que has estado dentro de la bóveda?

—Eso se rumorea —digo.

—Sí, pero ¿es cierto lo que se rumorea? —insiste Clement.

Al otro lado de la ventana, el sol surca el cielo con extrema lentitud. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué estoy haciendo?

—Preferiría no hablar de eso.

—¿Vas a ir esta noche? —me pregunta.

Sé lo que ocurrirá esta noche. No tengo interés en asistir.

—Puede —digo—. Quizá esté ocupado.

—Haciendo ¿qué?

El muchacho es un poco entrometido. Imaginaba que no mantendríamos más que una breve conversación cordial, pero ahora me veo obligado a prestarle atención, a responderle. Me sonrío en actitud amigable, sociable. Debería corresponderle.

—Yo voy a ir con mi familia —dice Clement—. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Te mando mi número a tu teléfono. Toda Rosalera estará allí.

Eso es lo que más me molesta, pero no le digo nada. Acepto su número y le paso el mío a su implante telefónico por mera cortesía, pero no me comprometo.

Antes de que termine la jornada laboral, recibo otras cuatro invitaciones a la Apertura. Las declino casi todas, pero a Bola no puedo decirle que no.

—Mi marido ha alquilado un piso para pasar la velada, con una buena vista —dice, a la vez que me tiende un papel con la dirección. Con su mirada de desdén me recuerda que, si yo también llevara el correspondiente implante, no haría falta seguir matando árboles—. Ven sin comer. Cocinaré yo.

Para las seis en punto ya se ha ido el último cliente y todos estamos tecleando en nuestros terminales, registrando los intentos de intrusión y cotejando datos para ver si alguien ha logrado acceder, demasiado cansados para bromear. Nunca recibimos comentarios sobre los informes de incidentes. No se realizan análisis de patrones ni gráficas de tendencias. La información cae en

el agujero negro de la burocracia. Empieza a oscurecer y todos estamos dentro de nuestra cabeza, aunque seguimos conectados a la xenosfera de forma pasiva. Se oye una música ligera de fondo (*Blue Alien*, de Jos). No me desagrada, pero prefiero otros estilos mucho más antiguos. Percibo vagamente que se está jugando una partida de ajedrez, pero no me importa entre quiénes. Yo no juego, por lo que no presto atención.

—Hola, Grifo —dice alguien.

Me concentro, pero ya no está. Una mujer, sin lugar a dudas. Me formo la impresión leve de una flor que se abre, de algo azul, pero nada más. Estoy demasiado cansado o soy demasiado perezoso para investigarla, por lo que sigo escribiendo y rellenando la hoja electrónica de presencia.

Tomo el ascensor que lleva a la planta baja. Conozco pocas zonas del banco. Los contratistas tenemos acceso al ascensor exprés. Está sin señalizar y lo controla un guardia de seguridad, que puede vigilarnos, aunque nosotros no lo veamos a él ni veamos tampoco la cámara. Parece magia. El ascensor es una caja de madera de aspecto elegante. Carece de botones y no es recomendable mantener conversaciones confidenciales en su interior. Esta vez, cuando salgo, el operador me dice:

—Feliz Apertura. —Asiento, sin saber muy bien cómo responderle.

El vestíbulo está vacío, en penumbra. Las columnas se yerguen inertes como cadáveres victorianos colocados para una foto. Los empleados suelen seguir aquí cuando me marchó a casa, pero imagino que se les ha autorizado a salir antes para la Apertura.

Ya es noche cerrada. El resplandor azul de la bóveda es omnipresente, aunque no lo bastante intenso como para que permita leer. Los edificios cercanos me impiden verla con claridad, pero la luz enmarca las construcciones que se alzan a mi izquierda a modo de sol naciente y se refleja en las de mi derecha. Esta es la razón por la que en Rosalera no hay farolas. Me encamino hacia la estación de Alaba, el andén dextrógiro, para bordear la bóveda. Las calles están desiertas salvo por la agente de policía que las patrulla dándole vueltas a la porra. Al ver que llevo traje, no se molesta en abordarme. Un mosquito pasa zumbando junto mi oído, pero no parece interesado en probar mi sangre. Cuando llego a la explanada, observo sendas manchas de sudor en torno a mis axilas. Hace una noche cálida. Envío un

mensaje de texto a mi casa para que configure la temperatura a un grado menos que la del exterior.

Los trabajadores del distrito comercial atestan la estación de Alaba, de tal modo que las colas serpentean hasta la calle, pero en su mayoría se dirigen por la línea levógira a la estación de Kehinde, la más cercana a la Apertura. Titubeo por un segundo antes de comprar el billete. Tengo pensado ir a casa y cambiarme, pero me pregunto si me costará reunirme con Bola y su marido. Experimento una conexión fugaz e involuntaria con la xenosfera y la oleada de rabia abrasadora y corrosiva procedente de un marido cornudo me atraviesa el cuerpo. Me desconecto y respiro hondo.

Me voy a casa. Aunque ocupo un asiento con ventanilla y puedo ver la bóveda, no la miro. Cuando reparo en la luz que se refleja en los rostros de los pasajeros, cierro los ojos, aunque eso no acaba con el olor sazonado del acarayé ni con el rumor de sus conversaciones triviales. Existe la creencia de que todos los habitantes de Rosalera sueñan con la bóveda por lo menos una vez cada noche, aunque solo sea por un instante. Yo sé que no es cierto porque nunca he soñado con ese lugar.

Que haya encontrado asiento en este tren demuestra el poder de congregación de la Apertura. Por lo general, los vagones van llenos a rebosar, y uno se asfixia en ellos, no a causa de los radiadores, sino del calor corporal, del cúmulo de alientos y de la desesperación.

Me apeo en Atewo tras un retraso de veinticinco minutos debido a un apagón del Ganglio Norte. Miro a mi alrededor en busca de Yaro, pero no lo veo por ninguna parte. Yaro es un amigable perro callejero que a veces me sigue hasta casa y al que suelo alimentar con sobras. Camino desde la estación hasta el edificio donde resido, un trayecto de diez minutos. Cuando vuelve a haber cobertura, recibo cuatro mensajes en el teléfono. Tres de ellos informan de sendos trabajos. El cuarto es de mi jefa más exigente.

LLÁMAME AHORA. Y HAZTE UN NUEVO IMPLANTE TELEFÓNICO. ESTO ES PREHISTÓRICO.

No la llamo. Puede esperar.

Vivo en un piso semiautomatizado de dos dormitorios. Con los dos empleos que tengo, podría permitirme una vivienda mejor, dotada de inteligencia artificial completamente humanizada, si quisiera. Dispongo de

los fondos necesarios, pero no me apetece. Me desvisto, dejando caer la ropa en cualquier parte, y selecciono algo informal. Miro la funda de mi pistola, indeciso. No me gustan las armas. Cruzo el cuarto en dirección a la caja fuerte de la pared, que aparece en respuesta a las señales de mi implante identificativo. La abro y considero la idea de llevarme la pistola. Hay dos cargadores al lado, junto con una máscara de bronce y un cilindro transparente. El fluido contenido en el cilindro permanece en reposo. Lo cojo y lo agito, pero el líquido es demasiado viscoso y apenas se desplaza. Lo dejo donde estaba y descarto la idea de ir armado.

Me doy una ducha rápida y salgo hacia la Apertura.

¿Cómo describir la Apertura?

Es la formación de un poro en la biobóveda. Rosalera es una ciudad con forma de rosquilla que circunda la bóveda. De hecho, al principio, la llamábamos La Rosquilla. Yo estaba allí. Vi cómo pasó de ser un asentamiento fronterizo, compuesto de tiendas de campaña donde los enfermos se apiñaban para darse calor entre sí, a convertirse en un barrio de chabolas al que la gente llegaba cargada de esperanza, tras lo cual terminó por transformarse en una ciudad propiamente dicha. En sus once años de existencia, la bóveda no le ha permitido el acceso a nadie de fuera. Yo fui el último que cruzó el umbral y nadie volverá a hacerlo. Rosalera, sin embargo, surgió al mismo tiempo, y desde entonces no ha parado de crecer.

Todos los años, no obstante, la biobóveda se abre durante veinte o treinta minutos por el lado sur, en la zona de Kehinde. Todo el que se encuentra en las inmediaciones de la abertura se cura de sus dolencias físicas y, en algunos casos, también de las mentales. Asimismo, es bien sabido, y así está documentado, que los resultados no siempre son buenos, aunque las enfermedades desaparezcan. Algunas curas salen mal, como si se basaran en moldes deformados. Nadie sabe a qué se debe esto, pero también hay quien llega a autolesionarse solo para someterse a una operación de «cirugía reparadora».

Los trenes quedan descartados a esta hora, esta noche. Tomo un taxi, que al principio me lleva en la dirección opuesta para después describir un amplio

arco hacia el sur e iniciar una ruta tortuosa por las carreteras secundarias y a la contra del tráfico. Esto funciona hasta que deja de funcionar. Demasiados coches, motos y bicicletas, demasiados peatones, demasiados artistas callejeros, predicadores y foráneos. Pago al taxista y continúo a pie hasta la dirección temporal de Bola. Este trayecto es fácil porque corre perpendicular a la aglomeración de peregrinos.

En la calle Oshodi, más alejada de la biobóveda, la muchedumbre ya no es tan densa como para entorpecerme el paso. El número 51 es un edificio alto y estrecho de cuatro plantas. La primera puerta permanece abierta por medio de una caja de cervezas de madera vacía. Accedo a un pasillo que lleva a dos pisos y a un ascensor. Al llegar a la planta superior, llamo y Bola me invita a entrar.

Hay algo que me asalta de inmediato: la comida recién hecha despiden un olor y un calor que me hacen salivar al instante y con los que el estómago ruge de hambre. Bola me tiende unos prismáticos y me hace pasar al salón. Ella lleva unos anteojos parecidos colgados del cuello mediante una correa. Viste una camisa con los botones inferiores desabrochados para dejar asomar su desnuda barriga de embarazada. Un niño y una niña, de ocho o nueve años, corretean por el piso, frenéticos, alborozados, felices.

—Espera —dice Bola. Me hace pararme en medio de la habitación y regresa con un plato de plástico lleno de acarayé, *dodo* y *dundu*, la deliciosa tríada de comida callejera que combina judías, banano y ñame, todo frito. Me toma de la mano libre para llevarme a la terraza, donde hay cuatro tumbonas orientadas hacia la bóveda. Su marido, Dele, descansa en una de ellas; la de al lado está desocupada; en la tercera hay una mujer a la que no conozco; y la cuarta está reservada para mí.

Dele Martínez es un hombre corpulento y festivo pero tranquilo. Ya nos hemos juntado muchas otras veces y nos llevamos bien. Bola me presenta a la mujer, Aminat, de la que dice que es su hermana, aunque por el énfasis con el que expresa el parentesco, tal vez se refiera a una vieja amiga que ella considera parte de la familia, y no a una hermana de sangre. Es bastante agradable, sonrío con los ojos, lleva el cabello recogido en un moño y viste unos informales tejanos. Debe de tener la misma edad que yo, o tal vez sea un poco más joven. Bola sabe que estoy soltero y se ha propuesto encontrarme

pareja. Esta situación no me gusta porque... en fin, cuando te buscan a tu media naranja, suelen presentarte a gente que creen que se parece a ti. Sus elecciones no son sino el reflejo del modo en que te ven. Si a mí nunca me agradan las chicas que Bola me presenta, ¿significa que no me conoce lo suficiente, o que sí que me conoce pero que me odio a mí mismo?

Me siento y empiezo a comer para no tener que hablar. Recorro a los prismáticos para no mirar a nadie a los ojos.

La multitud está congregada en la plaza de Sanni (por lo general, un espacio amplio rodeado de tiendas cuyo principal objetivo es aprovecharse de quienes vienen a la ciudad de visita, y de cafeterías cuya clientela se compone sobre todo de ancianos cansados y de comerciales), tras la cual acecha la calle Oshodi. Estalla un artilugio pirotécnico, antes de tiempo, por error. La gente suele dejar las celebraciones para después. La calle Oshodi es un buen lugar. Está alumbrada por la bóveda, un resplandor eléctrico y azulado de textura cremosa que nos baña a todos. El escudo no resulta deslumbrante, y de cerca se puede apreciar un líquido que fluye y refluye justo por debajo de la superficie.

Los prismáticos son de alta gama, dotados de visión por infrarrojos y de una suerte de funcionalidad opcional que, a través de un implante, muestra los detalles referentes a aquella persona en la que uno se fije, un cuadro informativo que se desplaza por medio de un puntero laser, y otros datos adicionales que se descargan vía satélite. Es un poco como entrar en la xenosfera; lo apago porque siento como si estuviera trabajando.

Se oye una música transportada por el aire de la noche, pero la encuentro desagradable y cacofónica porque la tocan las facciones religiosas enfrentadas, gente que quiere llamar la atención y los turistas de la bóveda. No son más que canturreos acompañados de percusión.

Según mis cálculos, hay miles de personas, de todos los colores y procedencias: nigerianos negros, árabes, japoneses, pakistaníes, persas, europeos blancos y un revoltijo de otras etnias. Todos albergan la esperanza de ser curados y de experimentar algún cambio específico. Cantan y rezan para facilitar la Apertura. Como siempre, la bóveda permanece ajena tanto a sus reverencias como a sus sacrilegios.

Algunos, cuyos rostros reflejan un arrobamiento religioso, son incapaces

de articular palabra, mientras que otros se deshacen en gritos incesantes y sostenidos. Un imán se ha colgado de un tejado por medio de un arnés de aspecto casero y reza sirviéndose de un megáfono. Su voz se pierde en el alboroto, que engulle los mensajes y sus matices para regurgitar un rugido homogéneo. Se producen algunas peleas, pero enseguida son sofocadas porque nadie sabe si hay que portarse «bien» para ganarse la bendición de la biobóveda.

Una barricada impide el acceso a la bóveda, frente a la cual hay un cordón de policías armados. Los primeros civiles están a cien metros de distancia, contenidos por un puntal invisible. Los agentes tienen aspecto de estar listos para tirar a matar. Es algo que ya han hecho con anterioridad; el último incidente tuvo lugar tres años atrás, cuando la multitud formó un tumulto sin precedentes. Hubo diecisiete muertos, aunque las víctimas resucitaron durante la Apertura de aquel año. Fueron... eliminadas al cabo de dos semanas porque saltaba a la vista que ya no eran las mismas personas de antes. Suele ocurrir. El alienígena puede recomponer el cuerpo, pero no el alma, algo que Anthony me dijo en el 55, hace once años.

El calor picante del acarayé me provoca un ataque de tos que me hace elevar la vista por un momento hacia el cielo, donde veo una luna menguante que lucha con denuedo para destacar tras la contaminación lumínica.

Veo a la prensa, que lo filma todo, y a los corresponsales, que hablan con un micrófono ante sí. Aquí y allá hay científicos laicos equipados con escáneres orientados a modo de dedos hacia la bóveda. Escépticos, creyentes acérrimos, indecisos, todos representados, todos atareados. Aparte de la documentación clasificada sobre los sensibles y la xenosfera, la mayoría de la información referente a la bóveda es de dominio público, pero es increíble cómo difieren en sus opiniones la prensa extraoficial y los que promueven las teorías conspirativas. Por ejemplo, un amplio segmento de la población que lee las noticias cree que el alienígena es cien por cien terrestre, el resultado de los experimentos humanos en el ámbito de la biología. Existen «evidencias» de esto en Nimbus, por supuesto. Hay científicos que no creen, pero después se pasan la vida realizando estudios y cotejando datos, negándose a llegar a ninguna conclusión. Hay quienes creen que la bóveda es producto de la magia. Mejor no hablar de los rebaños de pseudorrelianos.



Noto que alguien me toca con delicadeza en el hombro izquierdo y aparto los prismáticos. Aminat me está mirando. Bola y su marido se han alejado lo bastante como para no poder oírnos.

—¿Qué ves? —me pregunta. Sonríe como si participara en alguna broma, pero sin saber muy bien si esta es a mi costa o no.

—Gente desesperada por curarse —digo—. ¿Qué ves tú?

—Pobreza —responde Aminat—. Pobreza espiritual.

—¿A qué te refieres?

—A nada en concreto. Tal vez la humanidad se merezca estar enferma de vez en cuando. Tal vez haya que extraer alguna lección de nuestros padecimientos.

—¿Tienes algo en contra del alienígena, políticamente hablando?

—No, qué va. No me interesa la política. Pero procuro analizar las cosas desde todas las perspectivas posibles. ¿Te molesta?

Meneo la cabeza. No quiero estar aquí, y si Bola no me hubiera invitado, estaría en casa, comprobando mis niveles de colesterol. Aminat me intriga, pero no lo suficiente como para querer introducirme en sus pensamientos. Intenta entablar una conversación, pero a mí no me gusta hablar sobre la bóveda. Entonces ¿por qué vivo en Rosalera? Debería mudarme a Lagos, a Abuya o a Accra, a cualquier parte con tal de no seguir aquí.

—Yo tampoco quiero estar aquí —confiesa Aminat.

Me pregunto por un instante si me habrá leído el pensamiento, si Bola pretenderá emparejarnos porque también ella es una sensible. Me fastidiaría bastante.

—Limitémonos a seguir el juego para tener contenta a Bola. Podemos intercambiar los números al final de la velada y después no llamarnos nunca. Mañana, cuando me pregunte, le diré que me pareciste interesante y atento, pero que no hubo química. ¿Y tú le dirás...?

—Que disfruté de la velada, y que me gustas, pero que no terminamos de conectar.

—También le dirás que mis zapatos te encantaron y que mis pechos te parecieron espectaculares.

—Em... Muy bien.

—Vale. De acuerdo, entonces. Estrechemos la mano.

No puedo dársela porque la tengo aceitosa por culpa del acarayé, pero juntamos los dorsos de las manos, cómplices. Le sonrío sin darme cuenta.

Suena un cuerno y vemos una mancha tenue en la bóveda, la primera señal. La mancha negruzca se transforma en un parche. Debería haber contemplado este fenómeno en más ocasiones. Lo presencié las primeras veces, pero después de cinco años dejó de interesarme.

El parche es más o menos circular y tiene un diámetro de unos dos metros. Negro como la noche, como el carbón, como la brea. Recuerda a esos lunares que aparecen en la superficie del sol. Esta es la parte aburrida. Pasará media hora hasta que se produzca la primera curación. Ahora mismo, todo es invisible. Los microbios se dispersan por el aire. Los científicos trabajan con todo su afán. Toman muestras e intentarán obtener cultivos mediante un agar-agar sanguíneo. En vano. Los xenofórmos no se desarrollan en medios artificiales.

En la terraza todos salvo yo respiran hondo, en un intento de introducir en los pulmones tantos microbios como puedan. Aminat aparta la vista de la bóveda, gira el cuerpo y me besa en los labios. El beso dura unos segundos y los demás no se dan cuenta, embelesados como están por el parche. Instantes después ya no estoy seguro de que haya ocurrido siquiera. No sé muy bien qué pensar. Aunque puedo leer la mente de las personas, sigo sin entender a las mujeres. Ni a los hombres. A los humanos. No entiendo a los humanos.

Abajo empiezan a oírse los primeros clamores arrebatados. Es imposible determinar ni saber qué dolencias son aliviadas primero. Si no se padece una deformidad ni hay síntomas evidentes, como la ictericia, la palidez o huesos rotos, no se produce ningún cambio visible más allá del estado anímico de la persona curada. Los peregrinos más jóvenes de las primeras filas están ya dando volteretas y llorando agradecidos.

Un hombre al que han traído en camilla se levanta. Al principio, se tambalea un poco, pero enseguida comienza a andar con paso seguro. Incluso desde la distancia puedo ver que tiene los ojos muy abiertos y desbocados, y la rapidez con que aletean sus labios. Los recién llegados lo observan todo con incredulidad.

El fenómeno prosigue a base de ráfagas y, en ocasiones, de oleadas que se propagan entre la multitud. Todo es sanado, tanto los daños más superficiales

como los más graves.

El parche empieza a contraerse. Al principio, los científicos y yo somos los únicos que nos damos cuenta. Ahora trabajan con más nerviosismo. Uno de ellos les grita a los demás, pero no sé por qué.

Oigo una risita a mi lado. Aminat ríe con regocijo, las manos sostenidas a un centímetro de su rostro y ambas mejillas húmedas. Sorbe por la nariz. Entonces caigo en que quizá ella haya venido también para curarse.

Justo en ese momento recibo un mensaje de texto. Me miro la palma de la mano para leerlo por medio del polímero subcutáneo flexible. Otra vez mi jefa.

LLÁMAME AHORA MISMO, KAARO. NO ESTOY DE BROMA.

## Capítulo 2

Rosalera: 2066

*Ahora*

Es plena noche cuando llego a Ubar. Me apeo del último tren y me dirijo hacia el coche que hay esperándome. Ubar es una zona ubicada entre el Ganglio Norte y el tramo más ancho del río Yemayá. Circulamos junto a la orilla hasta que viramos hacia una sucesión de carreteras desiertas que serpentean entre unos edificios negruzcos. El conductor se detiene frente a una imponente verja de hierro y espera a que yo me baje antes de reanudar la marcha.

Entro en unas instalaciones que pertenecen al Ministerio de Agricultura. Desde fuera parece un simple edificio de dos plantas con un letrero corriente que incorpora un blasón de Nigeria cubierto de polvo. Dentro hay una recepción y un despacho diáfano. De una pared cuelgan varias fotografías enmarcadas del presidente, y de otra, las del alcalde de Rosalera, Jack Jacques. Todo es muy mundano. Se me permite pasar por las distintas secciones sin demora mientras el identificador de radiofrecuencia de mi implante queda registrado de forma indeleble.

Voy derecho hacia el ascensor que baja a las plantas subterráneas. Estas son las que utiliza y controla la Sección Cuarenta y Cinco, o S45. Muy poca gente ha oído hablar de este departamento oculto del Gobierno. Yo sé de su existencia solo porque trabajo en él. Antes de que me incorporara no era más que un buscador y un ladrón.

Una parte del trabajo que hago en la S45 consiste en interrogar a la gente. Odio los interrogatorios.

Son las tres en punto y estamos en una sala de reuniones penumbrosa. Hay dos agentes vestidos con trajes negros que flanquean al prisionero, el cual está desnudo y atado a una silla. Lleva una venda en los ojos. Los agentes no

hablan y yo no sé qué información necesitan. No me molesto en intentar leerlos porque la organización no los habría enviado si supieran algo. Esto forma parte de la técnica que los burócratas creen que se debe aplicar para mantener la mente del sujeto libre de expectativas. Lo que quieren es que yo copie toda la información que el sujeto alberga en la cabeza, como quien hace una copia de seguridad de un disco duro. Es una idea absurda e irrealizable, pero pese a todos los informes que he redactado para los gerifaltes, estos se empeñan en que sea así como se lleven a cabo los interrogatorios. Yo sigo haciéndolo a mi manera.

Los datos no entran y salen del cerebro humano como si de una grabación se tratara.

El hombre que hay ante mí es negro, no tiene magulladuras, respira entrecortadamente y está bien musculado. De vez en cuando dice «por favor» en kanurí o en hausa. En ocasiones lo intenta en ibo y en yoruba, pero dudo que hable alguno de esos idiomas con fluidez. Estoy incómodo y me mantengo a medio metro de él. Accedo a la xenosfera. Enseguida compruebo que no es un sensible. Su autoimagen es la del hombre de la silla. Bien, así no tendré que pasar aquí toda la noche.

La cabeza de este hombre está llena de violencia. Veo a dos hombres que golpean a otro en lo que parece un patio trasero. Alternan patadas y puñetazos mientras la víctima intenta levantarse, protegiéndose lo mejor que puede con los antebrazos. La víctima está magullada y sucia, y sangra por la boca y por la nariz. No se la ve atemorizada. Si acaso, parece burlarse de sus castigadores. Los atacantes visten de uniforme, son de tez oscura y llevan boinas y gafas de sol que les confieren un aspecto idéntico. No parecen policías ni soldados nigerianos, al menos por el uniforme. Al fijarme, observo que utilizan prendas caseras, como las de las milicias. No tienen fundas para las armas, pero uno de ellos porta una pistola sujeta al cinturón.

Otra cosa que me llama la atención: no huelo el patio ni percibo el sabor del polvo que levantan entre los tres. Tampoco tengo en la boca el regusto de la sangre que debería notar la víctima, ni noto en los nudillos el dolor de los golpes que deberían sentir los castigadores. En vez de eso, la escena se asocia con el sabor de comida y bebida, en concreto el del *kuli-kuli* y el de la cerveza. Además, sigo oyendo fragmentos de una melodía tocada con un

teclado barato.

Salgo de la xenosfera por un momento y examino al prisionero. Me coloco tras él y me fijo en sus manos atadas. Tiene los nudillos parduzcos, encallecidos. Es el resultado de hacer flexiones con las manos cerradas y de dar puñetazos contra una superficie dura, como una pared o un muñeco de madera, a fin de insensibilizar la zona y así poder pelear mejor. Lo sé porque yo mismo lo he hecho. Ninguno de los hombres que conforman el recuerdo del prisionero parecía ducho en el combate cuerpo a cuerpo. No es uno de ellos.

¿Ordenó él la paliza? ¿Desde dónde la presencié?

Entonces lo entiendo.

—Ah, un cabrón muy listo —digo.

Vuelvo a entrar en la xenosfera. El «recuerdo» es una farsa. El prisionero vio el altercado en una película, en modo de repetición, tal vez mientras comía y bebía. Debió de elegir un largometraje menor de Nollywood, lo que explicaría la música chabacana y las penosas decisiones de producción. No es un sensible, pero sabe que existimos y que podrían llevarlo ante uno durante el arresto. De lo cual infiero que tiene algo que ocultar. Tanteo los filos del recuerdo, que es como intentar despegar el sello adhesivo de un paquete. Necesito algo a lo que asirme. No me guío por lo que veo ni por lo que oigo, sino por los demás sentidos: el tacto, el olfato y el gusto.

—Hola, Grifo.

Es la misma mujer que sentí antes, cuando estaba en el banco, curiosa, efímera. La interrupción me desconcentra y veo la paliza repitiéndose una y otra vez. Busco una autoimagen asociada pero lo único que encuentro es el ruido que inunda la xenosfera. Meditaciones aleatorias. Inútiles. Me molesta, pero gracias a mi formación, concentro mi voluntad en el asunto que me ocupa.

La sensación asociada a la paliza es la de una presión leve en las nalgas, y de comida, lo que me indica que estaba sentado en un salón viendo la escena en un televisor de pantalla panorámica o en un holograma. Descubro el olor de un cigarrillo. La escena se desplaza, se agita, se disipa, y me hallo en una habitación llena de humo con otros cinco hombres, todos ellos atentos a la pantalla. Ninguno habla, pero todos beben cerveza, fuman y mastican los

aperitivos que hay en una bandeja.

No me gustan los interrogatorios, pero se me dan bien. Me siento orgulloso de mí mismo cada vez que resuelvo un rompecabezas, aunque después me da asco. Quiero considerarme una suerte de abogado que trabaja conforme a una serie de parámetros, entre los cuales no se cuenta la moral. Me centro en la tarea.

Reemerjo y les digo a los agentes:

—Necesito un dibujante forense. Ya.

Doy parte ante mi jefa, Femi Alaagomeji. Por videoconferencia, por supuesto. A ningún miembro de los servicios de seguridad se le ocurriría estar en la misma habitación que yo de forma consciente. De hecho, ni siquiera se les permite relacionarse con los sensibles, y en el caso de que haya un sensible en su familia, deben informar de ello. La última vez que respiré el mismo aire que Femi fue hace seis años, pero la ocasión anterior fue hace once, cuando me reclutó para la S45, justo antes de mi período de formación, cuando la bóveda era algo nuevo y Rosalera estaba surgiendo.

Femi es la mujer más guapa que he visto nunca. Su físico es perfecto en tantos sentidos que resulta doloroso. Mantengo la videoconferencia en una habitación esterilizada, por medio de un vínculo seguro. Hoy lleva un lápiz de labios borgoña. Me consta que tiene un Mercedes-Benz descapotable del mismo color. Seguro que lo ha llevado al trabajo.

—Kaaro —dice.

—Femi —digo.

—Llámame señora Alaagomeji.

—Femi.

Es nuestro ritual. Ella en realidad no está enfadada y yo en realidad no soy insolente. Nos prestamos al juego de todas formas.

—¿Quién es el prisionero, Femi?

—Es confidencial, se revelará cuando proceda, y toda esa mierda de siempre. ¿Qué me traes?

—Caras. Cinco. La dibujante hizo un buen trabajo y ahora las está introduciendo en el sistema. También está comprobando la ubicación, las

marcas de los dispositivos electrónicos y demás. Es todo por hoy. Estoy cansado y ya casi es hora de que salga para mi trabajo diurno.

—Eso no es un trabajo. Eres un contratista. Tu trabajo es este.

—Está bien. Mi otro trabajo.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—No lo sé. Si me dijeras su nombre...

—No.

—... o lo que ha hecho...

—No.

—Entonces tendremos que tomar el camino más largo, e ir poco a poco. Obtengo información, paro, se la paso a la dibujante, volvemos a empezar.

—Me parece bien.

—¿Puedo irme ya a casa?

—Enseguida. ¿Cómo estás, Kaaro?

—Estoy bien.

—Estás solo.

—Vivo sin compañía, pero no estoy solo. Vivo en soledad, pero eso no tiene por qué ser malo. Me estoy poniendo al día con mis lecturas. Voy a aprender a tocar el oboe.

—¿Qué estás leyendo?

—Chomsky.

—Vale. ¿De verdad piensas aprender a tocar el oboe?

—No.

—No sé para qué te pregunto. Vete a casa.

—Buenas noches, Femi.

Me cuesta mantener los ojos abiertos cuando el coche de la S45 me deja en casa. La noche ha perdido la batalla con el día y pronto Rosalera se levantará para ir a trabajar. La ciudad se despierta por capas. La comida es lo primero que llega. Tras un largo viaje, los transportistas traen las cosechas de Oyo, Ogbomoshó, Ilorin y Abeokuta. Mandioca, maíz, harina de ñame, mijo, arroz de Tailandia. Pocas cosas proceden ya de la región. Después estas mercancías se distribuyen entre las múltiples categorías de *bukkas*. Puestos de comida y



locales baratos, típicos y esenciales para los trabajadores no cualificados, que necesitan ingerir una buena bomba de carbohidratos antes de acometer multitud de tareas por las que ni por asomo cobrarán el salario mínimo y que les exigirán emplear los bíceps, los tríceps y la columna vertebral para cargar, talar, serrar, acoplar, recortar, sacrificar y limpiar. El olor hace salir a la primera oleada de oficinistas: administrativos, secretarias, aprendices. Durante un período de dos horas, los profesionales de la clase media de Rosalera se distribuyen entre los despachos, las consultas, los bufetes, las firmas de contabilidad y, por supuesto, los bancos.

Enseguida me uniré a ellos, pero antes necesito ducharme y desayunar, tal vez con un café bien cargado. Vivo en el segundo piso de un edificio de tres plantas en Atewo. Al apartamento se accede por medio de un código de ocho dígitos, pero hay una llave maestra.

Varios mensajes llegan al teléfono al mismo tiempo, como si de pronto la señal se hubiera vuelto lo bastante estable. Considero muy en serio la idea de no ir al banco, de fingirme enfermo, para poder dormir todo el día. Quiero averiguar quién está intentando llegar hasta mí a través de la xenosfera. Me desvisto y camino desnudo hacia la ducha. Pruebo con el viejo truco de emplear primero agua caliente, después fría y luego hirviendo, pero no consigo despabilarme. Al mirarme al espejo, veo que tengo los ojos inyectados en sangre y rodeados por unas bolsas marcadas, como los de los pervertidos en la ficha policial.

—Pareces imbécil —le digo a mi reflejo—. Eres imbécil. Tu vida es absurda.

Me pongo unos boxers y entro en el salón sin haberme secado del todo.

—Miles Davis, *So What* —digo para los sensores, y al instante el bajo empieza a sonar por los altavoces.

—Teléfono, mensajes.

Me siento. Cierro los ojos. Escucho.

Mi gestor quiere que hablemos sobre mis impuestos.

Llama el Laboratorio Nacional de Investigación. Piden que les dedique tres días. Pagarán. Los ignoro. Ya he trabajado para ellos con anterioridad y no tengo ningún deseo de repetir la experiencia. Están en Lagos y quieren saber más acerca de los sensibles. Detesto ir a Lagos; los científicos del LNI

clavan sus ojos en mí como si ansiaran abrirme la cabeza mientras aún estoy vivo.

Un mensaje de Aminat, cuya voz se detiene y vuelve a ponerse en marcha como si jugara al corro de las sillas. «Hola, Kaaro. Ya lo sé. Ya lo sé, solo íbamos a guardar las apariencias. Pero he estado pensando en ti y me preguntaba qué... —Risas—. Oh, Dios, todo esto es muy... En fin, llámame. O no. No estoy tan necesitada como parezco.»

Me hace sonreír.

Un productor de televisión que lleva dos años detrás de mí me promete dinero y fama si me presto a salir en *Nigeria tiene talento*.

—Hola, Grifo.

En un primer momento creo que esa persona me ha dejado un mensaje en el teléfono, pero no es así. Abro los ojos y un banco de caballas, de *oku eko*, pasa ante mí. Miles sigue tocando la trompeta, pero suena lejana. Estoy en un sitio donde los colores y las sombras se agitan. Cuando me miro las manos, no están ahí. En su lugar hay sendos ramos de plumas.

Hacía tiempo que no me pasaba esta mierda. Estoy en la xenosfera, adormecido. Ahora es fácil de entender. Ducha caliente, falta de sueño.

—Grifo.

—¿Quién eres? —pregunto, en contra de lo que dicta mi formación.

—Me gusta tu plumaje —dice la mujer—. ¿Puedes volar?

—Aquí todo el mundo puede volar. ¿Quién eres?

Los peces empiezan a molestarme. El aire fluye tan denso como el agua. Oigo el murmullo apagado de unas voces y de pensamientos ajenos traídos por una señal débil. No veo a la mujer pero la oigo con claridad. ¿No tiene ninguna autoimagen?

—Soy un ser individual —dice—. Soy una.

—Sí, pero ¿cómo te llamas? ¿*Ki l'oruko e?*

—¿Debo tener nombre?

—Sí.

Guarda silencio por un momento. Intento rascarme la cara, pero me hago cosquillas con las plumas. Despliego las alas y me siento mejor.

—Me llamo Molará —se presenta.

Atrapo una de las caballas con el pico, rompiéndole la espina, y después la

dejo caer entre mis patas delanteras. Se retuerce hasta que se queda inmóvil.

—Muéstrate —le ordeno.

—No sé cómo —dice Molar.

Sin duda, muy indomesticada. Hablo, repitiendo las palabras de mi instructor.

—Piensa en algo que te encante, en algo que detestes, en algo que temas, en algo que te parezca repulsivo o hermoso. En algo que te produzca asombro.

Varios camiones de bomberos de distintos tamaños y tipos pasan en fila, las sirenas apagadas. Algunos son de juguete. Por detrás de cada uno corre un grupo de hombres vestidos de rojo, diminutos liliputienses en el caso de los de juguete, gigantes en el de los de tamaño real.

Una mariposa florece ante mí. Despliega a lo largo unas alas de cuatro metros de envergadura. Negras y azules, las mueve con una lentitud majestuosa.

Me despierto, expulsado de la xenosfera al mismo tiempo por el teléfono. Me quedo aturdido por un instante. El teléfono enmudece y a continuación vuelve a sonar.

—¿Sí? —contesto.

—Ya tendrías que estar aquí —me recuerda Bola—. Suenas como si tuvieras resaca. ¿Tienes resaca?

—Oh, mierda.

Llego con un retraso imperdonable.

Tengo un aspecto desastroso, pero más decente que el de los chararreos, así que no me importa. Los clientes rodean el banco como hormigas atraídas por una piruleta que se le hubiera caído a un niño. El día posterior a la Apertura siempre hay más ajetreo del habitual porque la gente quiere ir al médico para hacerse análisis que confirmen su curación. La comunidad médica de Rosalera no está muy bien organizada y solo parece funcionar en esta época del año. No será por falta de práctica.

El cortafuegos se ha levantado sin mí. Dos de los chararreos están por llegar (probablemente tengan resaca), y Bola me comenta que los sensibles

indomesticados se mantienen inactivos; tal vez ellos también hayan estado celebrando el Día de Apertura.

El equipo lee pasajes de Tolstói. Me siento en la sala de descanso y me aplico una pomada de ketoconazol en las zonas descubiertas de la piel para permanecer fuera de la xenosfera. Es el día más ajetreado en los bancos de todo el año y no quiero terminar aún más cansado. Me tomo una taza de repugnante café instantáneo para seguir despierto, calentando banquillo.

## Interludio: Misión

### *Lagos: 2060*

Hace un calor asfixiante, pero espero un poco más. Noto que un hilo de sudor se desliza por mi espalda y se me cuele entre las nalgas. Apenas puedo respirar, pero el aire estancado y pobre en oxígeno amenaza con hacerme perder el conocimiento. Las bolas de naftalina que hay aquí introducen su perfume en mi nariz y en mi mente, mientras me susurran verdades e invenciones acerca de mi esposa. Me cuesta quedarme quieto. La ropa del armario me acaricia la espalda. Entre mis pies hay un montón de zapatos que se pelean por encontrar un hueco. Un cinturón colgado tintinea cada vez que me agito, acentuado su ruido por el silencio. Tengo la mano izquierda apoyada contra la madera cálida de la puerta, y la derecha junto a la cintura, cerrada en torno al puñal.

Espero.

Ya falta poco.

Oigo un portazo en algún lugar de la casa. Oigo el pitido de la cerradura al bloquearse de forma automática, y unas risitas que me tiñen la mirada de rojo. Unos fognazos carmesíes se encienden literalmente en mis ojos a pesar de la oscuridad, como salpicaduras de sangre, por un instante. Siento cómo el corazón impele la sangre por el cuerpo, exigiéndome que me mueva. Espero.

Se producen choques y tropezones mientras dos personas avanzan por mi casa, nuestra casa. La puerta de la habitación se abre. Los imagino ahí de pie, besándose. Oigo los ruidos que hacen al succionarse los labios. Aprieto el puño con rabia en torno al mango del puñal.

—Para —dice mi esposa, pero se está riendo.

—Vale. No es no —accede el hombre con fingida seriedad.

Ahora huelo el perfume de mi esposa. Oigo el frufrú adúltero que hace su

ropa al caer al suelo.

—¿En serio? —pregunta mi esposa.

La sangre se me agolpa en los oídos. Es como si la cabeza se me hinchara y tengo la boca completamente seca. Siento cómo se me encoge el escroto.

«Lydia, Lydia, Lydia.»

No sé si estoy pensando esto o si su amante está repitiendo su nombre, pero su primer jadeo de placer me da la señal.

Salgo del ropero. Durante los primeros segundos no pasa nada porque, entregados a su pasión, no me oyen. Me coloco junto a la cama. Ella está tendida, boca arriba, las piernas separadas. Él está entre sus piernas, con una mano hundida en su sexo, y empieza a girar la cabeza.

Primero le corto a él, a un lado del cuello, un solo tajo. La sangre mana a borbotones, pero la ignoro y lo empujo del brazo derecho. Lydia grita. Sus pupilas son ahora dos redondeles ridículos, las escleróticas más grandes que he visto nunca. Poseído por el rencor, le hundo el puñal en el ojo izquierdo, lo extraigo y se lo clavo en la garganta. Miro al hombre, que se aprieta el cuello con una mano mientras la alfombra se encharca con su sangre. Tiene la camisa empapada. Se mueve sin rumbo y morirá pronto. Me giro hacia Lydia, que gorgotea.

Me tomo mi tiempo para...

Vomito.

Caigo a cuatro patas y arrojo una bilis cetrina.

—Oh, joder. Lo hizo él —digo.

*Ohjoderohjoderohjoder.*

—¿Estás seguro? —pregunta Femi—. No hay cabellos, ni ADN, ni pruebas físicas.

Toso.

—Me cago en la puta, Femi, si te digo que lo hizo él es porque lo hizo él. Lo hizo él, ¿entendido? Lo hice yo, joder.

—Cálmate, Kaaro. —Me pone una mano en la espalda, pero me revuelvo para quitármela de encima.

—Lo hice yo. Compré un gusano genético, dejé que se alimentara de mí y lo solté en la habitación cuando los hube matado a los dos. Gracias a un dron trucado discretamente, eliminé mi rastro de las cámaras de vigilancia.

Compré el silencio de los empleados del hotel. Les llené la boca de moneda extranjera. Se irán a la tumba negando haberme visto alguna vez.

Me viene una arcada.

—Kaaro, te refieres a él, ¿verdad?

*Oh, joder, es repugnante. Oh, joder. Ori mi. ¡Ayuda! ¡Lydia! ¡Lydia!*

*¿Por qué cojones siento que...? ¿Por qué soy culpable?*

—Ayudadme —digo—. Ayudadme.

Me arrastro hasta una esquina. No consigo parar de temblar; no dejo de ver mi brazo subiendo y bajando, los ojos blancos, el borboteo...

—Sobreidentificación —diagnostica el doctor. Olvido su nombre, no me cae bien.

Hace tres meses del encargo. Estoy aislado, protegido del frío, como dicen ellos. Me mantienen en una especie de manicomio para agentes de campo que traspasan el límite, y sin duda yo he dejado el límite muy atrás.

Prosigue.

—Te has identificado en exceso con el sujeto. Las fronteras del ego se difuminaron y tu yo terminó fragmentándose. Te convenciste de que eras él.

—Eso lo sé con esto —digo, señalándome la cabeza—, pero no con el corazón.

Se ríe.

—Eso es porque ahora estás mejor que cuando llegaste. Si lo sabes con la cabeza, el corazón irá detrás.

Yo no estoy tan seguro. No tengo tan claro quién soy. Quiero decir, sé que soy Kaaro, que trabajo para la S45, que me instruyó el profesor Ileri, que vivo en Rosalera y que... pero... pero recuerdo cómo suspira Lydia después de follar, antes de pedirme que le traiga un vaso de agua. Recuerdo cuando le puse el anillo en el dedo el día que nos casamos. La biobóveda aporta un fondo cerúleo y vainilla en las fotos de la boda. Recuerdo cómo cocinaba. Recuerdo que destapé una cacerola y vi el guiso burbujeando, gorgoteando, como los borbotones que salían de su cuello cuando...

Una lágrima se descuelga por mi mejilla.

—Doctor, la echo de menos —digo—. Si no llegué a conocerla, ¿por qué

la echo tanto de menos? ¿Por qué me siento culpable?

—Puede que te sientas culpable porque hay alguien a quien tú, de forma subconsciente, deseas matar. El asesinato de Lydia satisfizo ese deseo. Tras la fachada de nuestra mente subyacen los demonios y los fantasmas de nuestros instintos primarios, ansiosos por manifestarse. —Consulta la pantalla que tiene delante y me pregunta—: ¿Te estás tomando los medicamentos?

No.

—Sí.

No. Me provocan impotencia.

—Es el tercer antidepresivo que probamos. Nunca había observado una reacción tan fuerte. Ileri lo achaca a la inusitada agudeza de tu don.

—Mi esposa ha muerto. Es normal que esté triste, ¿no? —supongo.

—Kaaro, tú nunca te has casado. Ni siquiera conocías a Lydia. Pasaste un tiempo en la mente de su marido homicida. La experiencia fue tan intensa que te cuesta superarla. Las pastillas no funcionan. Me gustaría probar otras opciones.

Desliza por la mesa los formularios de consentimiento para un tratamiento de choque.

Salgo del edificio.

Me muero de las ganas de fumar, aunque haga mucho tiempo que no doy una calada. No obstante, creo que en un momento así podría permitirme un pitillo.

Nueve meses. He perdido el tiempo suficiente para tener un bebé.

Un dron desciende para comprobar mi identidad y después se pierde en la distancia.

Recibo una llamada de teléfono. Es Femi, así que la ignoro. Un gran servicio a la patria, bla, bla, bla, lo encarcelaste de por vida, bla, bla, bla, sacrificio, sacrificio, sacrificio, bla, bla, bla.

No recuerdo todo lo que ocurrió, tengo muchas lagunas en la memoria. En parte creo que debe de haber alguna razón para que tenga esas lagunas y que en realidad no quiero conocerla.

Así y todo, arrastro una cierta pesadumbre. No sé por qué, pero es lo que



siento.

Ningún sueldo compensa esto.

Busco un taxi.

## Capítulo 3

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Cuando llego a casa, hay una reanimada en la puerta, la segunda de la noche. El primero me lo encuentro en el tren levógiro de las 18.15 a Atewo.

Una semana después de la Apertura, el Destacamento Especial del Ejército Nigeriano ha impuesto el toque de queda. El DEEN no es sino una tropa de ejecución constituida con el fin exclusivo de liquidar a los reanimados y deshacerse de los restos. Aquel que no esté en su casa a las 19.30 se arriesga a que le disparen, electrocuten o quemen.

Llego un poco tarde y corro hacia el andén. Respiro con pesadez cuando monto en el vagón, justo antes de que el convoy se ponga en marcha. Solo quiero sentarme y serenarme. El distrito bancario se ubica en Alaba. No hay más que una parada, Ilu-be, antes de Atewo. El viaje dura veinte minutos cuando el ganglio funciona.

Una niña recorre el pasillo vendiendo agua, naranjas, nueces, gaseosa y demás mierdas. Mantiene el equilibrio apoyando una mano en los asideros de los asientos. No le compro nada. Hay otros cuatro pasajeros en el vagón. Un hombre se levanta, de espaldas a mí y de cara a una ventanilla, vestido con un traje gris. Tiene la cabeza agachada. Es un vagón antiguo. Los asientos están forrados de escay marrón. Huele a cerrado, aunque no del todo mal. Hasta hace seis años teníamos trenes importados de Italia (sospecho que de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial), pero los reemplazaron por estos nuevos, que, aunque tienen mejor aspecto, se antojan bastante austeros, como si fueran un molde a partir del cual se fabrican todos los trenes modernos, en lugar de presentar un diseño propio.

Por encima de los portaequipajes hay carteles que cubren las paredes laterales, en la mayor parte de los cuales aparece Jack Jacques. Su retrato

sonríe con el pulgar en alto y nos ciega con la blancura de sus dientes. El estatus de Rosalera como parte de Nigeria es incierto, pero el alcalde es el responsable del órgano que actúa como Gobierno local. He tenido ocasión de conocerlo; es un narcisista, un demagogo y un adulator del presidente. La bóveda es algo que se ignora, una ciudad de la que no se habla. Hace siete años la Cámara de Representantes declaró que el alienígena no es una entidad legal. Queremos creer que es una formación natural, como una colina, o como la roca de Olumo, en Abeokuta.

Los asientos del tren son incómodos, pero permiten echar una cabezada, lo que termino haciendo. Me despierto sobresaltado porque oigo unos gruñidos.

El hombre del traje que estaba de espaldas a mí se ha levantado y situado delante de una pareja. Su costado derecho está orientado hacia mí, sin que la luz del techo llegue a alumbrarle el rostro. La mujer lo golpea con una revista enrollada, en vano, casi de forma ridícula. Con la otra mano sujeta a su pareja, que parece estar herida. Al gruñir, se tambalea con las vibraciones del tren.

—¡Eh! —exclamo a la vez que me levanto.

El hombre del traje se gira hacia mí. Tiene la cabeza incomprensiblemente alargada y le falta un ojo, cuya cuenca vacía semeja una segunda boca desdentada. Además, la cabeza está aplanada de un modo que explica su longitud, como si hubiera quedado aplastada a medias. La nariz está retorcida como si la mitad inferior de la cara pretendiera desplazarse hacia un lado mientras que la superior se decantara por el otro. La oreja izquierda cuelga de un fino hilo de tejido orgánico. A pesar de todo, no sangra y tampoco parece que le duela nada.

Lo tengo a metro y medio de distancia y se abalanza contra mí. En ocasiones, cuando la bóveda resucita un cadáver, el cuerpo se queda babeando. Otras veces, como ahora, se despierta enfadado. Los científicos no han determinado qué provoca que suceda una cosa u otra; personalmente, creo que tiene que ver con el carácter, con que unas personas sean más agresivas que otras. O, tal vez, como en el caso de este tipo, con las causas del fallecimiento. No debió de entregar su alma de forma pacífica.

Además del traje gris, lleva guantes blancos, un falso clavel en la solapa, camisa blanca y corbata azul. Lo espero, exhalando, y le asesto una patada

lateral en pleno pecho, dirigida contra la franja azul. Un buen golpe. Oigo cómo el aire fétido escapa de sus labios. Puesto que sigue en pie, repito la llave con la otra pierna. Se tambalea hacia atrás y choca contra el poste central, que resuena débilmente. Veo de soslayo que la pareja abandona el vagón. No la culpo.

El reanimado rebota hacia mí. No tengo nada con lo que matarlo. No me gusta pelear. De hecho, soy un cobarde. Cuando me ganaba la vida robando, me dedicaba al hurto, no a los atracos, y siempre evitaba los enfrentamientos físicos, hasta que la S45 me reclutó. El aprendizaje de las técnicas elementales de lucha cuerpo a cuerpo, basado en parte en el kárate y en el krav magá, no cambió apenas el concepto que tenía de la violencia. No se me da bien, pero puedo arreglármelas. Aunque no me sirva para tumbar a un grupo de oponentes, como en las pelis de kung-fu, puedo defenderme de un reanimado. Creo.

Las luces del techo parpadean. Me agarro a una correa colgante con cada mano, me elevo y le doy una patada en la cabeza. Cae al suelo pero vuelve a levantarse. Espero que la pareja haya activado la alarma, pero creo que no lo han hecho. El tren habría frenado, aunque el conductor podría haber abandonado la cabina y saltado del convoy.

El reanimado se acerca a mí tambaleándose. Alzo los antebrazos como me enseñaron y detengo sus manotazos torpes. Sangra por las heridas que le he abierto en la cara y un líquido rosado escapa de su oído izquierdo. Le lanzo varios puñetazos contra el rostro y el estómago en un intento de ganar tiempo y de controlar la respiración y el miedo. El vagón no me ofrece nada que pueda emplear como arma, aunque no sea letal. Las ventanillas, de doble acristalamiento, son inastillables. Me pregunto si no debería salir corriendo y esperar a que las autoridades se encarguen de él al llegar a la siguiente estación, pero me encuentro en un vagón de cola y el reanimado bloquea la salida.

Cuando el tren llega a una curva, ambos nos escurrimos hacia la derecha. Yo me sujeto a un asiento dando un tumbo pero el reanimado se estampa contra una ventanilla. El cristal no se rompe, pero aparece una mancha de sangre allí donde se ha producido el impacto. Una pegatina de diez centímetros cuadrados dice ¿ESTÁS LISTO PARA RECIBIR A JESÚS?

El reanimado se halla tendido sobre dos asientos. El reposabrazos central se le debe de estar hundiendo en el abdomen mientras se retuerce para reorientarse. Es una oportunidad de oro para huir.

Su mano cuelga del asiento contiguo en una posición imposible. Le doy un pisotón en la articulación del hombro, donde el brazo se une al torso. Noto cómo cede. Se derrumba un poco más, la extremidad aletea inútilmente. No grita.

Se levanta apoyado en un brazo. Insiste en el ataque con el brazo íntegro, pero resulta lamentable y quizá incluso gracioso. Ya no me da miedo. Le doy otro puñetazo, un rechazazo directo al que aplico todo mi peso desde la cadera. Su cabeza se desplaza y siento la resistencia en el puño, pero continúa de pie. ¿Por qué no puedo dejar inconsciente a este hijo de puta?

Porfío en la lluvia de puñetazos y patadas hasta convertir su cara en un amasijo rojo y marrón. Todavía lo estoy vapuleando cuando un hombre que luce tres galones en su camisa verde militar irrumpe en el vagón y le mete un balazo en la cabeza.

—Aquí pone que tiene licencia para portar un arma oculta —dice el tipo del Destacamento Especial.

—Sí —confirmo.

Aguarda, expectante.

—Puedo llevar un arma. Pero no la llevo. Así lo he decidido.

Nos encontramos en el despacho del jefe de estación de Atewo para una declaración rápida. Aún no es la hora del toque de queda, pero las unidades del Destacamento Especial han empezado ya a formar. El sargento viajaba en el tren y vio a la pareja víctima del ataque. El conductor está un poco molesto por que hayamos llenado el vagón de manchas de sangre.

Delante de mí hay un vaso que contiene un líquido gaseoso de color naranja. El sargento tiene en casa a su madre enferma y a su hermano mayor impedido. Se alistó en el ejército para cuidar de ellos, para ayudarlos. Obtengo esta información de inmediato, en cuestión de segundos. El sudor expulsado debido al esfuerzo de la pelea se ha llevado la pomada antifúngica. Estoy expuesto al mundo. O a la mente del mundo. Solo quiero irme a casa.

El joven soldado cree que está ayudando, pero no es así.

—Tendré que presentar un informe, y este llegará a sus supervisores — dice. Inclina la cabeza a modo de disculpa, como si la situación le hiciera sentir mal.

Me encojo de hombros.

—¿Puedo marcharme?

—He cargado en su implante un pase de toque de queda para que llegue a casa a tiempo sin que otras unidades del Destacamento Especial le molesten.

—Gracias.

—*Esprit de corps*.

Llego andando a casa y, ante la puerta, hay otra reanimada.

Lo último que me apetece es enzarzarme en una segunda pelea. Considero mis opciones. Podría esperar a que se marchara, pero no quiero estar en la calle. Tengo algunos amigos, pero ninguno vive lo bastante cerca como para llamarlo en estas circunstancias. La reanimada martillea la puerta con la cabeza. Parece una maestra, lleva una falda, una blusa y unos zapatos prácticos. Empieza a dejar manchas de sangre. Supongo que los vecinos oyen el alboroto pero prefieren ignorarlo. Estoy detrás de ella y todavía no ha reparado en mi presencia.

Sin saber muy bien por qué, llamo a Aminat.

Suena un tono y luego se produce un siseo fuerte que hace que me aparte el teléfono del oído. El ruido cesa y oigo su voz.

—¿Hola? —responde.

—¿Qué demonios era eso? —pregunto.

—¡Kaaro! Nada. Estoy cocinando. ¿Cómo va todo?

Al oírme hablar, la reanimada se da media vuelta.

—Esto te parecerá extraño y atrevido por mi parte, así que me disculpo por adelantado...

—Sí.

—Todavía no he dicho lo que quería...

—Puedes venir.

—¿Cómo has...?

—Date prisa. Hay toque de queda. —Me da su dirección. Me marchó justo cuando la reanimada decide acercarse a examinarme.

Aminat pone *Top Rankin'* y tararea para sí mientras coloca mi bebida en la mesita. Está descalza, viste unos tejanos remangados y una camiseta de tirantes, y no lleva ninguna joya encima. Un aspecto calculadamente informal.

Tiene una casa en Taiwo, a una estación de mi apartamento por la línea dextrógira, más cerca del Ganglio Norte. Es una zona más próspera, con un coche en cada garaje, donde los cercados de alambre de espino y los sistemas de seguridad son algo habitual. Cuentan con una tecnología satelital de alta gama que antes solo aparecía en las historias de espías.

Me incomoda un poco estar aquí, pero Aminat se lo toma con tanta naturalidad que enseguida me relajo. En el aire cálido flotan un incienso sutil y *reggae* del siglo xx. Cuando me lleva al cuarto de baño, creo que me va a curar las magulladuras, pero en vez de eso me ofrece algodón hidrófilo, agua, jabón, esparadrapo, desinfectante, yodo y una sonrisa. Me dice que esperará en el salón mientras me limpio la sangre de la cara y las manos. Una vez que estoy más o menos adecentado, regreso con ella y entonces me pone la bebida al lado, dejando una estela de perfume de jazmín. Se sienta frente a mí, repitiendo aún la letra de Bob Marley, y se me queda mirando.

—Entonces ¿eres una especie de poeta guerrero? —pregunta.

—Ni por asomo podría considerarme tan glamuroso —respondo—. No sé pelear y tampoco me dedico a la poesía.

—Sin embargo, te sangran los nudillos. ¿Quién eres, Kaaro? ¿Es ese tu nombre o tu apellido?

—Me llamo Kaaro, sin más.

—¿Eres yoruba?

—Sí.

—Entonces ¿tu nombre significa «buenos días»?

—Sí y no. Mi nombre completo es Ile Kaaro o Jiire, que podría traducirse literalmente como «buenos días, te has despertado bien», pero es una expresión que significa «todos los pueblos o territorios que hablan yoruba».

—Qué nombre tan raro. ¿Te lo pusieron tus padres?

—Sí. Mi padre era un hombre de ideas.

—¿Te dijo que no utilizaras ningún apellido?

—No, esa idea fue mía.

—¿Y te permiten trabajar en un banco? —Cruza las piernas y toma un trago de su bebida. Se aprecia una cierta agilidad en sus movimientos, tal vez debido a que practica algún deporte.

—Exactamente ¿qué te contó Bola sobre mí? —pregunto.

Se ríe.

—Dijo que conocía al hombre perfecto para mí. Que era bien parecido, que estaba soltero, que tenía un trabajo decente y que no era un perro. Creo que ni sabía ni le importaba si tenemos algo en común.

—¿Sabes a qué me dedico en el banco?

—A evitar los fraudes, ¿no? A combatir los clásicos timos, igual que Bola.

La tentación de asomarme a su cabeza me abruma, pero la resisto. Esta es una de las razones por las que no me gustan las citas. Cuando has estado en la xenosfera, te acostumbras a saber las cosas al instante. Basta una exploración rápida para averiguar si la persona que tienes delante tiene una segunda esposa o un vicio oculto. El proceso de conocimiento mutuo, que suele darse entre la gente normal, es lento e inexacto, pero la igualdad es necesaria para mantener una relación auténtica. Paciencia.

El estruendo de un fusil automático se eleva sobre la música durante unos segundos, haciendo que Aminat se estremezca.

—Los están liquidando —dice.

—Háblame de ti —le pido. Los reanimados no me suscitan ninguna compasión, pero algo en su voz me dice que a ella sí—. ¿De qué conoces a Bola?

—Es mi cuñada.

—¿Eres hermana de Dele?

—No, de su primer marido. Dominic.

—Ah. No sabía que hubiera estado casada con anterioridad.

Aminat se levanta, se acerca a la vitrina y regresa con uno de esos marcos digitales que cambian de fotografía cada pocos segundos. Este proyecta imágenes del mismo hombre en diversos lugares y circunstancias.



—Este es Dominic Arigbede —dice—. O era.

Es delgado, enjuto casi, y tiene las mejillas ahuecadas, como esas personas que de forma congénita pesan menos de lo apropiado, y no como quien está desnutrido o padece alguna enfermedad. Tiene la tez un tanto clara, lo mismo que Aminat. Sus ojos son cálidos y expresivos. Aquí está recibiendo algún título de algo. Aquí viste de traje. Aquí está casándose con una Bola increíblemente joven.

—¿Cuándo se separaron?

—No se separaron. Murió.

—Lo lamento.

Aminat se encoge de hombros y toma el marco de fotos de entre mis manos.

—A veces lo veo en sueños. Siempre me pide que le diga a Bola que vaya a verlo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Bueno... ¿Por qué estás soltera, teniendo tan buen gusto para los zapatos y... em... unos pechos soberbios?

—Me temo que soy una divorciada corriente y moliente. Mi ex buscaba a una mujer más fecunda.

—Una vez más, lo siento. Esta noche solo sé sacar temas desagradables.

—No tienes por qué disculparte. Fue muy generoso. Me quedé con la casa y con una buena pensión. Así puedo permitirme muchas libertades. ¿Y qué hay de ti?

—Nunca me he casado. No surgió.

—¿Hijos?

Meneo la cabeza.

—¿Por qué?

—Es como han salido las cosas.

—¿Qué te dicen tus padres?

—Nada. Apenas hablo con ellos.

—¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

—Más de cuarenta, menos de cincuenta.

—¿Por qué no utilizas apellido? ¿Eres un criminal? ¿Eres peligroso? —

Adopta un tono conspirativo, una ceja enarcada. Los surcos rectos que cruzan sus sienas sugieren que usa gafas.

Me acerco a ella.

—No soy peligroso.

Aminat se queda quieta.

—Eso ya lo veremos.

Mientras hacemos el amor, entregados a nuestra humedad y nuestra hambre, asciendo a la xenosfera.

Aún estoy empujando cuando veo a la mariposa, Molara.

Me mira fijamente, aleteando con lentitud, contrayéndosele las antenas de vez en cuando.

«Márchate», le ordeno con un pensamiento.

No se mueve.

Cuando llego al clímax, despliega las alas por completo y mi mundo queda inundado por el patrón azul y negro.

## Capítulo 4

Lagos: 2032, 2042, 2043

### *Entonces*

La condición de sensible es algo difícil de explicar. El nacimiento no se acompaña de ningún augurio, no se observa ningún fenómeno climatológico, ninguna anunciación anticipa mi llegada. Soy un niño normal en todos los sentidos, con cinco dedos en cada mano y cada pie, afectado de sarpullido del pañal y de costra láctea.

La primera vez que encuentro algo tengo ocho o nueve años, voy dando brincos por nuestra calle para llegar a casa antes de que oscurezca. Aunque vivimos en Lagos, el barrio es seguro para los niños. De pronto me da por ir a mirar en un cubo de basura. No sé por qué. Cuando lo abro, encuentro un bebé, una niña. Está manchada de sangre, rodeada de desperdicios, pero viva, despierta y tranquila. Me mira y parpadea. La saco. Recuerdo que me asombran su tamaño y el modo en que mueve las manos, como si experimentara con ellas, y también el modo en que todo su cuerpo responde con un sobresalto cada pocos minutos.

Se me ocurre la idea de llevármela a casa y quedármela. No tengo hermanos, de manera que, para mi mente infantil, esto soluciona el problema. Por el camino me aborda una adulta, una mujer vestida con una falda enrollada y un pañuelo en la cabeza.

—¿De quién es ese bebé? —me pregunta, la voz agravada por un tono acusador.

—Es mi hermana —aseguro. En este momento, el bebé empieza a moquear.

—¿Esta pequeña es tu hermana?

Al ver que la criatura no se parece a mí en nada y que está cubierta de porquería, las sospechas de la mujer son razonables, aunque no para un crío

de ocho años.

—Sí. La llevo a casa.

—¿Cómo se llama?

—Se llama... Se... Se llama...

—¿Es tu hermana y no recuerdas su nombre?

—Me...

—Dame al bebé.

Ahora la niña rompe a llorar y llama la atención de varias personas. La mujer me la quita de los brazos y empieza a acunarla. La policía no tarda en presentarse. Cuando protesto, me dan un capirotazo en la nuca.

—¡Es mi hermana! ¡Es mía! ¡Es mía! —repito a gritos hasta que mi madre viene a por mí. Da por supuesto que oí llorar al bebé. Sin embargo, no está enfadada conmigo. Tiene la mirada comprensiva y húmeda y me ordena que me dé un baño. Después me entero de que una joven sirvienta que trabaja a unas calles de distancia se había quedado embarazada, había disimulado la barriga, dado a luz y tirado al bebé y la placenta a la basura. Es la primera vez que oigo la palabra «placenta» y me da asco cuando la busco en el diccionario.

El tiempo pasa. Crezco un poco.

En la escuela los días transcurren sin incidentes. Ni me gusta ni me disgusta; no destaco en nada. No soy un gran gimnasta ni un cerebrita, y tampoco soy un enrollado. No me meto en líos. En casa no veo mucho a mi padre, que se pasa el día trabajando. Con el tiempo, mi madre y yo nos distanciamos emocionalmente. No es que nos odiamos; más bien, interpretamos por inercia nuestros papeles de madre e hijo. El tiempo siempre distorsiona los recuerdos, pero creo que el distanciamiento se origina con la aparición del bebé que encuentro y que no me puedo quedar.

Tengo diecisiete años. Durante las vacaciones trabajo en una fábrica de papel mientras sopeso la idea de matricularme en la universidad. Es un puesto de oficina aburrido. Soy el empleado más joven del complejo, y a todo el mundo le hace gracia mi presencia. Gano el dinero suficiente para pagarme los desplazamientos y el almuerzo, pero nada más. Estoy rodeado de gente

vieja e insulsa. ¡En la oficina hay un tipo que tiene cuarenta años!

Un día ando buscando un taxi en Lagos, en una parada de autobús de la calle Ikorodu; llego tarde al trabajo y estoy a punto de gastar un dinero que no tengo cuando siento algo. Es como un *déjà vu*, creo recordarlo de cuando tenía ocho años, pero no. Es como saber que dos más dos suman cuatro sin necesidad de aprenderlo. Es una certeza, no solo una convicción, de la misma forma que creer en Dios es una convicción pero creer en la gravedad es una certeza.

Mi cuerpo parece advertirlo antes que mi mente, porque me marchó de la parada de autobús. Camino por la calle Ikorodu durante siete minutos. Me detengo y espero durante setenta segundos, mientras un grupo de estudiantes desmonta de un taxi. Me subo, le doy al taxista una dirección de la que nunca he oído hablar y a la que no tengo intención de llegar. Me mantengo sereno en todo momento.

Le indico al taxista que se detenga cuando han transcurrido quince minutos y ocho segundos. Le pago y bajo del coche. Me giro. Hay vendedores ambulantes e hileras de bungalós situados unos frente a otros. La carretera no está asfaltada pero, por alguna extraña razón, no hay ningún bache en ella. Los coches levantan nubecillas de polvo a su paso. No se ven tiendas ni farolas.

Me encuentro en medio de una calle y echo a andar hacia el norte. Llego a una intersección. La calle Kehinde, perpendicular a la calle Ago. Espero. Nadie se me queda mirando ni se pregunta por qué estoy ahí plantado; por mi parte, no me siento incómodo. Pasa un *bolekaja*, los ocupantes escrutándose con hosquedad entre ellos. Un *bolekaja* es un Mercedes 911 modificado a fin de poder transportar grandes volúmenes de pasajeros. El término significa «bajarse para pelear», ya que el pasaje viaja siempre apretujado y de mal humor.

Cuando alguien escribe o hace una película acerca de este tipo de cosas, siempre da a entender que hay un vidente que oye voces o que tiene visiones, pero ahora sé que no es así. Nadie oye voces ni tiene visiones. Tan solo está el conocimiento.

La gente empieza a acercarse y a pararse junto a mí, personas dispares, de todo tipo, en compañía de las cuales no se me vería a diario. Llevo la ropa del

trabajo: pantalones negros, camisa blanca con corbata y dos bolígrafos en el bolsillo, uno azul y otro rojo. Primero llega un hombre mayor, completamente calvo, con gafas, de metro y medio de estatura, la cara arrugada y cuarteada. Se detiene a mi derecha, apoyado en un bastón. Sé que se llama Korede, aunque no lo conozco de nada. Lo sigue una chica esbelta, tal vez cuatro o cinco años mayor que yo; suda a causa de la blusa de algodón que lleva y le falta el aliento, pero no porque venga agotada, sino debido a alguna enfermedad, acaso una anemia. Tiene la cara alargada y las escleróticas amarillentas. Huele a piña y a tabaco. Se para delante de mí, impidiéndome ver la carretera, pero no me enfado. Se llama Seline.

Después se une otra persona, y otra, y otra más. Aunque nunca las había visto, no me resultan desconocidas. Algunos llaman a este fenómeno *jamais vu*. Sé que ellos también me conocen a mí. Me pregunto a qué estaremos esperando.

—Un camión —dice Korede, aunque yo no he hablado en voz alta—. O un autobús.

—Una furgoneta —dice Seline.

Sé que la chica tiene razón, pero también el hombre mayor, aunque esté equivocado. La furgoneta se detiene, levantando una inmensa nube de polvo. Montamos todos, pero la furgoneta no reanuda la marcha.

—Uno más —dice el conductor, y es correcto, creo. Seline me mira, confundida.

—Es su primera vez —dice Korede—. No sabe.

—Es el más joven —dice Seline.

—*Omo t’oba m’owo we, a b’agba jeun* —dice Korede. El niño que sabe lavarse las manos comerá con los mayores.

¿Y qué tiene de especial comer con los mayores? Hablan de cosas acerca de las cuales yo no sé nada, y algunos de ellos huelen. Esto lo pienso para mí, pero Korede se da cuenta y frunce el ceño por un instante. Aprieta el puño del bastón con más fuerza.

Nadie dice nada, y justo cuando voy a hacer una pregunta, la puerta de la furgoneta se abre y entra un hombre corpulento. Se llama Iyanda. La furgoneta arranca pero no reconozco la ruta serpenteante que recorre. «La mano nunca se pierde de camino a la boca», dice alguien. O tal vez lo piensa,

no lo sé, pero su intención es confortarme.

Al cabo de unos cuarenta minutos, la furgoneta rodea una rotonda de Esho, una ciudad que yo no conozco. Nos detenemos frente al edificio más destacado, una torre de reloj sin reloj. Hay unas agujas pintadas.

—Esto sí que es extraño —dice Korede—. A cada hora, alguien sube y dibuja las manecillas en la posición correcta. En el campanario, en lugar de una campana, hay colgado un palo con un aro de hierro forjado. Esto exige una organización muy estricta, y los habitantes de la ciudad la respetan a rajatabla.

La gente mayor siempre sabe estas cosas y gusta de compartirlas. Pero yo no suelo escuchar.

La furgoneta aparca justo debajo del reloj pintado, donde el suelo está salpicado de pintura vieja y nueva. Esto me resulta más interesante que el reloj en sí. Es como una instalación artística, una explosión viva de millares de colores que se sublevan bajo el sol de la tarde. Nos apeamos en tropel y nos orientamos.

En su mayoría, los habitantes de Esho nos ignoran. Un rastro de huellas parte del charco de pintura. Cientos, tal vez miles de pisadas, unas recientes, otras deslavadas y otras simples recuerdos de las marcas dejadas por los vivos y por los muertos. Sé que Iyanda considera la idea de comprarle a la ciudad un nuevo ayuntamiento y un reloj que funcione, pero también sé que no es una ciudad pobre. Observo que por las calles circulan coches, que entre ellos se cuentan muchos Mercedes, que no hay mendigos en la plaza. Que la gente vaya bien vestida me transmite una impresión de prosperidad. No, esto de la pintura es una cuestión de diseño. Es una tradición.

Tal vez el edificio sea un ayuntamiento, tal vez fuese una capilla en el pasado, pero sé que no importa. Un hombre espera frente a la puerta doble, que está abierta. Dentro hay un ataúd. Me apeo de la furgoneta con los demás y todos evitamos pisar la pintura. Iyanda calcula mentalmente el coste aproximado de la pintura empleada durante un año, multiplicado por la probabilidad de que se produzcan caídas. Seline desearía que dejase de pensar todo el tiempo en el valor económico de las cosas.

—Estamos aquí por nuestro hermano —recuerda Korede—. Debemos centrarnos en él.

Rodeamos el féretro y en ese momento sé quién era el fallecido. Ya he visto cadáveres con anterioridad, incluso los de algunos familiares, pero ninguno me ha impresionado tanto como el de este hombre, a quien no había visto nunca y que, sin embargo, no me resulta desconocido. Tiene barba y el cabello ralo y entrecano. Varias cicatrices surcan su rostro, como si hubiera pasado corriendo entre dos paredes sembradas de cuchillas. Tiene los ojos cosidos, aunque el hilo es fino y solo llego a verlo porque me interesan estas cosas. Percibo un perfume, pero también, de fondo, el tufo sutil del formaldehído. Me embarga un dolor profundo y me sorprendo cuando me descubro al borde del llanto.

Korede se me acerca con discreción.

—No siempre usas el bastón —le digo.

—En las distancias cortas me manejo bien —asegura—. ¿Cómo te sientes?

—Inquieto. ¿Por qué creo conocerlo si no nos habíamos visto nunca? ¿Por qué estoy triste?

Korede suspira.

—Estás inquieto porque sientes la ausencia de alguien como tú, distinto de los demás, pero no de forma visible. Crees conocerlo porque la gente como nosotros siempre percibe la presencia de sus iguales, aunque no de un modo consciente, y en este caso se trataba de alguien muy destacado. Por eso nos juntamos, para llorar su pérdida. Es como respirar. Por lo general, no te das cuenta de que lo estás haciendo, pero si paras, te aseguro que lo echarás de menos. —Se ríe, una carcajada breve. Tan de cerca, puedo verle los poros de la piel. Me cuesta creer que algún día yo también seré viejo.

—¿Volveremos a reunirnos cuando mueras? —pregunto.

—Sí yo fuera importante, sí, pero no lo soy. Mi tiempo ha pasado. Estoy llegando al final de un viaje que tú acabas de empezar. Te envidio.

—¿Quiénes somos?

—Somos gente que sabe —dice Korede, como si eso lo explicara todo. Al menos, ahora sé que esta reunión no se celebra en todos los casos.

Miro el cadáver.

—No parece que esté muerto.

—Eso es porque no lo está. Su espíritu permanece en el aire, en algún



lugar. Era un mendigo, un vagabundo. Aquel por quien lloramos sencillamente había decidido cobijarse en este cuerpo. Ahora se ha marchado a otra parte.

—No sé de qué estás hablando.

—Ya lo entenderás. Una vez lo vi, ¿sabes? Fue el día más angustioso de mi vida. Espero que nunca te encuentres con él.

Antes de que tenga ocasión de preguntarle a qué se refiere, Korede se aleja de mí.

No se ofrecen encomios ni asiste ningún miembro de su familia biológica. Hay bebidas, música y baile, y nada de todo esto me choca. Quiero decir, sí, están poniendo *Requiem for a Dead Superhero*, de Clayton, lo cual me parece una mierda y muy apropiado al mismo tiempo, aunque a la gente parece gustarle. Las personas mayores son muy raras en ese sentido. En un momento dado, durante el jolgorio, cuando estoy un poco achispado, Seline me aborda y me dice que soy un «buscador».

—Para ti nada se perderá ni quedará oculto.

Al igual que Korede, no se explica, pero tampoco hace falta. Lo sé. Veo el mundo de otra forma. Todos los elementos físicos son iguales: el acabado burdo del féretro, el suelo de linóleo de la sala, los candelabros deslustrados, la bebida, la música, el olor corporal de algunas de las personas que me rodean, y la sensación que el aire agitado por el ventilador produce en mi antebrazo. Pero hay algo más, como si algún tipo de glándula que antes estaba cerrada hubiera empezado a funcionar, lo que ahora me permite percibir una dimensión adicional. Es como en esos juegos de las consolas, donde los objetos valiosos empiezan a destellar cuando el jugador se acerca a ellos.

Reflexiono acerca de esto mientras entierran al mendigo. En la lápida se lee el nombre de Ryan Miller, pero gracias a mi gente sé que ese no es su único nombre, sino tan solo el más reciente. Aunque el cuerpo es sepultado, siento al hombre aquí fuera, en el aire, en algún lugar, como dice Korede. Tiemblo y se me pone la carne de gallina, pero después se me pasa.

Ha oscurecido cuando montamos en la furgoneta y regresamos a la intersección de Kehinde con Ago. Cada uno sigue su camino y nunca volvemos a vernos. Bueno, no es del todo así, pero casi. Casi.

Para cuando llego a casa, gran parte del conocimiento adquirido se me ha olvidado, como si el hecho de encontrarme en el mismo lugar que Korede y Seline hubiera potenciado aquello que se estaba despertando en mí. Siento que todo hubiera sido un sueño mientras me escabullo en dirección a mi cuarto, evitando a mi madre.

Como tengo curiosidad, realizo una búsqueda sobre Esho en Nimbus, con la intención de saber más acerca del reloj pintado. Averiguo que «Esho» es la forma anglicanizada del antiguo nombre «Eso», y que la tradición del reloj pintado se remonta a varios siglos atrás. A finales del siglo XVIII, la aldea se encontraba bajo la amenaza de intrusos, esclavistas portugueses y zanzibareños, aunque existen diferentes versiones. A un sacerdote blanco conocido como padre Marinementus, el cual ejercía en Eso, se le ocurrió la idea de construir una falsa torre de reloj con el propósito de hacer creer a los intrusos que la aldea ya era un puesto avanzado de algún imperio europeo. Dado que la aldea nunca sufrió ningún ataque, la población de Eso dio por hecho que la treta había funcionado y la mantuvo en el tiempo.

Durante todos estos años, el pueblo ha seguido pintando una hora falsa para engañar a los exploradores equipados con telescopio; falsificando el tiempo para seguir con vida.

Aquel día empecé a buscar cosas para los demás. Es una obsesión, algo compulsivo, una necesidad extraña e incluso erótica de sentirme realizado. Busco llaves de coches, recuerdos, broches legados, dinero ahorrado, claves personales, teléfonos móviles, fotografías de seres queridos, fórmulas matemáticas y también parejas. Siempre hay alguna mujer que busca a un marido que no ha vuelto a casa, y algún cornudo que ignora el paradero de su esposa. Al contrario de lo que pueda parecer, no son tantos los casos que terminan de una forma violenta.

No me propongo convertirme en un ladrón. Es algo que ocurre de manera natural. Voy con mis padres a casa de mi tío y los objetos de valor empiezan a arder como ascuas en mi cabeza. La sensación me molesta y me perturba mientras conversamos, bebemos Star Lager y tomamos sopa de pimienta. Desconcentrado, pongo una excusa (no del todo falsa): necesito ir al baño.

Después de vaciar la vejiga, entro en la habitación de mi tía. Encuentro sus joyas de oro y sus diamantes en una caja que esconde en el falso suelo de debajo de la alfombra. Sé que guarda la llave en la cómoda, oculta a simple vista. Sé que mi tío acumula miles de dólares en metálico en el hueco del techo. También sé que sufren una plaga y que le preocupa que las ratas se coman los billetes. Cojo un fajo de dólares y me lo guardo en la pretina, y después cojo un crucifijo de oro del escondite de las joyas. Sé también con seguridad cuándo va a venir a buscarme mi prima Eliza. Sé cuándo y dónde esconderme para evitar que me descubra. Se sorprende al ver que he vuelto con los demás antes que ella. Más adelante fallecerá víctima de un espantoso accidente de tráfico en Ore, junto con cuatro compañeras de clase.

Esa noche, en mi cuarto, debajo de la colcha y con la ayuda de una linterna, contemplo mi botín, dándole vueltas al crucifijo para que refleje la luz mientras cuento el dinero. Me siento poderoso, y no por mi recién estrenada condición de sensible, de la que ni siquiera soy consciente, sino porque puedo comprar cosas sin tener que pedir las ni justificarme ante mis padres. Me gustaría decir que empleo mi poder para hacer el bien, para hacer regalos y dar de comer a los pobres, y que desde entonces he vivido feliz, pero eso sería faltar a la verdad. Lo utilizo para comprar comida basura, pornografía cara, bailes eróticos, droga, alcohol, ropa, calzado y todo tipo de caprichos.

Para mí nada se parece a lo que siento cuando robo. Nuestro pueblo tiene el siguiente dicho: «la carne robada es el doble de dulce». Yo añadiría que todo lo que sea robado es cien veces más dulce y satisfactorio.

Hasta que te cogen.

Durante un año, soy la Rata, la Termita, la Polilla de la Riqueza, el Sigiloso, el Callado. Vivimos en una zona tranquila donde hay pocos robos y donde las familias se conocen unas a otras desde hace tres generaciones. Todo el mundo empieza a perder cosas y nadie se explica por qué. Algunos dicen que es obra de un espíritu, y hay precedentes de *emere* que ayudan a los poseídos a encontrar objetos de valor. Los pentecostales rezan para expulsar a los demonios, en vano. Algunos predicán sirviéndose de un megáfono y sostienen que lo correcto según la Biblia es ejecutar a los ladrones, conforme al capítulo 22 del Éxodo, y es cierto que en muchas regiones de Nigeria

solemos aplicar el Antiguo Testamento con aquellos que son sorprendidos robando. Por lo general, a los ladrones se les azota hasta dejarlos medio muertos y se les aplica el suplicio del collar. Ningún ladrón cree nunca que esta pueda ser su suerte hasta que no se ve con un neumático en torno al cuello y la gasolina empezando a empaparle el pelo, mientras los vapores le impiden gritar y suplicar clemencia. Los *babalawo* pronuncian hechizos, profieren maldiciones y lanzan los fetiches. A mí no me afecta nada de esto pero ese cuarenta por ciento de mi mente que podría creer en lo sobrenatural siente un cierto miedo.

Sin embargo, no puedo parar. Ahora llevo un determinado estilo de vida, y a mis padres les digo con absoluta tranquilidad que el trabajo de las vacaciones y los regalos de mis generosos amigos me permiten irme de fiesta, comprarme ropa y salir de noche. Mi padre resopla y duda. Mi madre es quien primero lo entiende todo, lo de las búsquedas y lo de los robos. Si tienes el don de encontrar cosas, ¿tendrás la fortaleza moral que se requiere para obrar con honestidad? Me mira y piensa que no.

Todavía no sé nada de la xenosfera ni de la conexión que puedo establecer con otros sensibles y con las personas normales. No me parece que esta habilidad sea algo extraño; creo que es algo místico o espiritual, o que guarda alguna relación con la magia yuyu. Caigo en la cuenta de que los objetos y las joyas que encuentro tienen que pertenecer a alguien. Por ejemplo, no puedo detectar filones de oro ni pozos de petróleo.

El día que me cogen suena una canción determinada en la radio, *Mr Follow-Follow*, de Fela Kuti, que ya no puedo oír sin que me den náuseas. Suena por toda la casa, procedente del antiguo equipo de sonido que mi padre se empeña en conservar. Tengo una especie de novia que se llama Fadeke y que encarna al Lagos más materialista. Hay que comprárselo y pagárselo todo, desde las extensiones hasta los zapatos de tacón, un afiladísimo trofeo para una *sisi eko*. Es una mujer que pide dinero sin ironías ni vergüenza. Va a venir a casa y no me queda nada para ella porque me lo he gastado todo la noche anterior. Tengo un poco de resaca, pero siento con fuerza la abundancia de dinero en el vecindario, algo que sé porque es final de mes y la gente ha cobrado su cheque.

Lo extraño es que no acostumbro a robar a mis padres. Por supuesto, sé

dónde están los objetos de valor de la casa. Mi intención es coger algo prestado del escondite de mi madre y devolverlo una vez que haya rapiñado algo por ahí. Una parte del dinero la ingresa en el banco y la otra la asegura con aguja e hilo dentro de la tela de distintas prendas anticuadas que guarda al fondo del ropero. Ahora tengo una navaja automática; la llevo encima con este propósito, ya que mucha gente hace lo mismo que mi madre. En realidad, los nigerianos no terminan de creerse toda esa palabrería sobre el dinero digital, sobre el metálico que no se puede ver.

Estoy rasgando y despedazando la ropa cuando la oigo.

—¿Qué haces? —me pregunta mi madre.

Puesto que ninguna explicación tiene sentido, me quedo allí pasmado, con su ropa destrozada en una mano y la navaja en la otra. Siento el peso del dinero, el peso exacto de la verdad. Mi móvil, que llevo en el bolsillo, empieza a vibrar y sé que es Fadeke. La mente se me queda en blanco, y no es solo que no se me ocurra ninguna mentira, es que no se me ocurre nada. Temo haber sido castigado por mis actos, o por alguna maldición, o por la voluntad de Dios. Siempre se ha dicho que estas cosas les ocurren a quienes se lo merecen.

Mi madre me escruta con gesto reprobatorio: la curvatura de la boca le da gravedad a la vez que los ojos se le humedecen. Extiende los brazos hacia los lados, levanta la vista hacia el cielo y dice «*Aiye me re*», que significa «Esta es mi vida».

—Mamá... —empiezo a decir.

—¿Sabes por qué eres mi único hijo? —me pregunta.

—No, madre —respondo, refiriéndome a ella con una fórmula más respetuosa en un intento de aplacarla. Dejo a un lado la chaqueta con el forro hecho trizas.

—Cuando saliste de mi vientre, me rompiste tantos vasos sanguíneos que no hacía más que sangrar y sangrar. Me llevaron a Igbobi, me cosieron y me hicieron una transfusión, pero todo fue inútil. Al final la sangre dejó de coagular. Los cirujanos no tuvieron más remedio que extirparme la matriz.

Habla con un tono sereno que no me gusta. Prefiero que se ponga histérica, pero la frialdad con la que reacciona me fastidia. No acostumbra a refrenarse cuando está enfadada o dolida.

—Después ya no tuve más hijos, claro. Pero tu padre y yo te dimos todo nuestro amor. No tomó otra esposa, aunque podría haberlo hecho. Quizá tenga más hijos por ahí, no lo sé, pero nunca ha alardeado de ello. Para mí tú lo has sido todo.

Se sienta al borde de la cama, a medio metro de mí.

—Te quiero, pero eres un ladrón, y yo no he educado a mi hijo para que se dedique a robar. No puedes ser mi hijo.

Esto ya me gusta más. Con los melodramas me defiendo mejor. Me dispongo a explicarme cuando veo que saca el silbato que tienen todas las familias del vecindario.

—Mamá, ¿qué vas a hacer?

—*¡Ole!* ¡Ladrón! —grita. Sopla el silbato y vomito de puro miedo e incredulidad.

En Lagos el silbato es un instrumento de la vigilancia comunitaria. Un pitido a medianoche indica que todo está bien. Un toque sostenido en cualquier otro momento del día o de la noche alerta de un problema y de que quien ha avisado necesita ayuda.

Salgo corriendo de la habitación, bajo las escaleras y abandono la casa por la puerta principal, en dirección a la muchedumbre expectante. No me cierran el paso porque creen que huyo de alguna situación de peligro. He recorrido media calle y pasado junto a una atónita Fadeke, que viene en coche a verme, cuando mi madre ha puesto al tanto a los vigilantes.

Al oírla gritar mi nombre, la multitud se gira hacia Fadeke.

## Capítulo 5

Rosalera, Lagos: 2066

*Ahora*

Es sábado, así que ni Aminat ni yo tenemos prisa. Sé que hay un interrogatorio pendiente, pero estoy tan apático que para mí el mundo se limita a esta estancia. Cuando abro los ojos, lo primero que veo es el lomo de un libro en la vitrina que lleva por título *Cómo escuchar a Dios*. Hay un ventilador de techo de tres aspas, inmóvil.

La noche anterior no llegamos a entrar en el dormitorio, por lo que el salón está un poco desordenado. Estoy tendido sobre la alfombra, con una pierna sobre el sofá. Aminat tiene la cabeza apoyada sobre mi hombro y un brazo extendido a través de mi pecho. Algunas partes del cuerpo se me han entumecido, aunque es una sensación que me agrada. Percibo un vago ruido psíquico procedente de Aminat y me pregunto si estará soñando. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para resistirme a entrar en la xenosfera y averiguarlo.

Por los intersticios de las persianas veo que ha salido el sol. Es media mañana. Oigo pregonar a los vendedores de comida para el desayuno. A pesar del aire acondicionado, huele a carne quemada. Un tufo sutil, pero inconfundible, procedente de las piras de reanimados que el Destacamento Especial ha eliminado durante la noche. Se dejarán alguno que otro aquí y allá, y durante los próximos cuatro meses los reanimados seguirán apareciendo en los lugares más insospechados. Los adolescentes descargarán su agresividad sobre ellos antes de matarlos. Los reanimados también matarán a algunas personas, en su mayoría bebés o ancianos, a aquellos a quienes cojan por sorpresa, a aquellos que no estén alerta. Estallará una cierta indignación popular, un escándalo del que los periódicos hablarán durante una semana. Después todo quedará en calma hasta la Apertura del año

siguiente.

Le doy un empujoncito a Aminat. Esta se rebulle y murmura algo.

—El baño —digo.

Masculla por dónde se va y señala el camino vagamente con el dedo. Me levanto y me pongo a explorar. Una puerta lleva desde el salón a un pasillo corto pintado de beis y adornado con acuarelas de paisajes. Al fondo hay una cocina, unas escaleras que suben y una puerta a su izquierda. Una casa tan grande como esta debe de tener al menos dos cuartos de baño, pero no me hace falta fisgonear. Hago mis cosas en el pequeño mientras miro un dibujo esquemático de un niño que orina en un arroyo. Hay revistas nacionales y extranjeras en un estante al lado del retrete. Las extranjeras son británicas y chinas, estas últimas redactadas en inglés. Hay una vieja revista americana de 2014 que ni siquiera se ha puesto amarillenta. Debería estar en un museo o, al menos, protegida de alguna manera.

Preparo el té en la cocina y regreso al salón. Aminat sigue dormida, aovillada sobre el lado izquierdo. Tiene algunas arrugas en torno a los labios, pero por lo demás puede presumir de un cuerpo estilizado y tonificado y de unos pechos en forma de pera. Una cicatriz de diez centímetros le recorre el lado izquierdo del tórax. Es una consecuencia de alguna intervención quirúrgica, y recuerdo lo eufórica que estaba la noche de la Apertura. Tiene una fuerza atlética; recuerdo haberlo percibido durante la noche. Me siento frente a ella y observo cómo duerme mientras bebo. Mis magulladuras aún están sensibles, y el reanimado debió de lastimarme la boca, porque me duele cada vez que tomo un sorbo de té. Me pregunto si podría encender el televisor.

Leo *Cómo escuchar a Dios* hasta que Aminat bosteza, se estira y se sienta.

—Hola —dice.

—Hola —respondo.

—Creía que te habrías marchado.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—A algunos hombres dejo de hacerles gracia cuando amanece.

—Porque son imbéciles.

Sonríe.



—Eres muy dulce. —Se levanta de un salto, se pone las bragas y sale del salón, esquivándome cuando intento retenerla. Oigo una puerta que se cierra y el ruido de las gárgaras que hace antes de volver.

Me lleva de la mano hasta la cocina y me sienta ante una pequeña mesa cuadrada. Ahora lleva puesta una larga camiseta blanca. Vacía una cafetera que tiene aspecto de haber costado una fortuna. Los restos de café van a una bolsa y esta, a su vez, a la basura.

—Café y algo de comer para mí. ¿Y tú? —pregunta.

—Lo que tú tomes —digo.

—Bien, porque tengo un gusto excelente. Voy a preparar ñame y huevos.

Yo no tengo mucha hambre pero comeré lo que me ponga. Quiero complacerla.

—¿Qué sueles hacer los sábados? —pregunta. Echa más granos de café en la cafetera. Cuando uno de ellos cae en la encimera, me lo ofrece a mí. Lo huelo y me lo llevo a la boca. Huele y sabe a tabaco y a madera.

—Depende. Si tengo entre manos algún encargo por cuenta propia, trabajo. Si no, me paso por el hospital.

—¿Y eso? ¿Tienes algún familiar enfermo?

—No, solo voy... para ayudar. —Esto es cierto solo en parte. Visito los hospitales para considerar las cosas en perspectiva—. ¿Y tú?

—Voy a Lagos para ver a mi familia. —Añade agua y pulsa el interruptor—. A mi madre, mi padre y mi hermano menor.

—¿Todos los fines de semana?

—Casi todos. Lo único que hago es ayudar a supervisar a la sirvienta, trenzarle el pelo a mi madre y ese tipo de cosas. Mi madre cree que la chica es una bruja. Aunque, ¿quién sabe? Es muy perezosa.

—¿Cuánto tiempo hace que vives en Rosalera?

—Inclina la cabeza hacia la izquierda.

—¿Cómo sabes que no llevo aquí desde el principio? No es una ciudad tan antigua.

—Porque yo sí llevo aquí desde el principio, y de haber visto a alguien tan impresionante como tú, me habría dado cuenta.

Aminat se ríe, saca la cestilla y tira los posos.

—Zalamero. Llevo tres años aquí.

—¿Por qué te marchaste de Lagos? Más dinero, más oportunidades laborales... mejores tipos de hombres. O de mujeres.

—Pfff. —Aminat sirve dos cafés solos en sendas tazas decoradas con unas caras sonrientes amarillas en las que una mancha roja rectilínea ocupa la posición de las once en punto. Abre el armario de debajo del fregadero y saca un ñame grande del que sobresalen unas raicillas y restos de tierra. Lo lava, lo coloca en la encimera y empieza a cortarlo en rodajas. Desde su teléfono activa el equipo de sonido, en el que empieza a sonar *Woo-woo*, momento en que hace una mueca. Todo el mundo dice odiar esta canción, aunque no deja de subir puestos en las listas de éxitos, y con independencia de lo insulsa que pueda ser la letra, a mucha gente le gusta escucharla. Apaga la música.

—Estaba enferma.

—Lo imaginaba. Vi cómo te pusiste durante la Apertura.

—Sí, estoy muy agradecida. Me encanta la biobóveda y todo lo que hace por nosotros. Lo que ha hecho por mí.

—¿Qué era lo que te ocurría, si no te importa contármelo?

—No me importa. Me gusta compartirlo, ¿sabes? Un año después de que mi marido se marchara, empecé a tener una tos persistente, floja pero bastante fastidiosa. Al cabo de dos meses tenía que andar tomando todas las pastillas y jarabes para la tos habidos y por haber. En vano. Cuando empecé a perder peso, el médico analizó mis expectoraciones. Tenía tuberculosis. Tisis.

—Lo siento. Debió de ser muy duro.

—Sí que lo fue. Se me colapsó un pulmón y tuve que someterme a una toracotomía para desobstruirlo. —Se levanta la camiseta, dejando a la vista el contorno de sus nalgas, las estrías del muslo y la cruel cicatriz arqueada que vi antes—. Para mí fue un quebradero de cabeza. En la escuela practicaba salto de longitud y triple salto. Odiaba estar tan débil, ser incapaz de manejarme. Para colmo, supe que la razón por la que cogí la tuberculosis fue que tenía las defensas bajas. Tenía las defensas bajas porque aquel cabrón me había pegado el VIH.

—Joder.

—No te preocupes. Me hice las pruebas después de curarme, y cada tres meses a partir de entonces. No queda ni rastro. Ni de tuberculosis, ni de VIH ni de nada. —Con un cuchillo de pelar, retira la piel de las rodajas de ñame

en una única y larga tira, las amontona en un cuenco y abre el grifo—. ¿Tienes miedo, Kaaro?

—¿De qué?

—De coger la peste. —Se concentra con afán en su tarea y se pone a lavar los trozos antes de echarlos a una cacerola. El momento es decisivo.

Empujo la silla hacia atrás, me levanto y me coloco detrás de ella. Le hago darse la vuelta y le doy un beso en los labios, todo lo húmedo que puedo.

—Soy de Rosalera. Aquí no tenemos miedo de las plagas.

La beso de nuevo y me insinúo por debajo de su camiseta.

El cuchillo cae ruidosamente al cuenco.

Decidimos pasar el día juntos. Me apetece hacer una escapada a Lagos, cualquier cosa con tal de huir del tufo a carne quemada que flotará sobre Rosalera durante toda una semana. Aminat insiste en que sea ella quien conduzca y yo no me opongo. Se tardan dos horas y media en llegar allí, y el trayecto es de una monotonía adormecedora que solo se interrumpe en los controles policiales. Nos paran diecisiete veces y todas ellas damos dinero para que nos autoricen a continuar. En algunos puntos, detrás de los policías, hay autómatas, achaparradas torretas móviles con aspecto de tanque que alcanzan los dos metros de altura. Son ingenios antiguos, fabricados hará diez o veinte años, y están descuidados, equipos americanos abandonados en las zonas de conflicto. Si te fijas, puedes distinguir las barras y las estrellas, aunque lleven pintada encima la bandera verde, blanca y verde de Nigeria. Nunca los he visto en acción, y a veces me pregunto si no serán más que moles rodantes con indicadores parpadeantes y desprovistas de sus elementos de artillería.

Viajar al sur por carretera siempre me provoca una cierta angustia. Siento como si la policía tuviera que perseguirme por los robos que cometí de joven. Sé que no es así, pero una parte de mí cree que es injusto que siga en libertad.

Cada vez que el tráfico se ralentiza, enjambres de niños y niñas nos asedian intentando vendernos algo, sobre todo tentempiés, gaseosas, agua «pura», revistas, pebetes, almanaques y adhesivos religiosos. Estos asaltos también se dan en Rosalera, aunque allí no son tan frenéticos. Aminat se los

toma como una ocasión para socializar. Lleva gafas de sol, un top negro sin mangas y unos enormes aros plateados como pendientes, por lo que a los jóvenes tal vez les parezca una estrella de cine. Se lo compra todo y charla con ellos siempre que puede, ganándose los y bromeando con todos. En respuesta, los críos le expresan su afecto y le llenan el coche de huellas dactilares, algo que a ella no parece importarle.

Me gustan los coches. Cuando las ventanillas están subidas y el aire acondicionado está puesto, me quedo aislado de la xenosfera y puedo disfrutar de una paz relativa sin necesidad de ponerme pomadas antifúngicas. Aminat no lo sabe, pero en el armario de su cuarto de baño he encontrado un poco de clotrimazol antes de salir de casa, algo que acalla en parte los ruidos de la xenosfera.

Un coche ha arañado a otro y hay una pelea en la calle. Aunque no podemos oír nada, veo cuellos que se tensan, bocas abiertas y un griterío mudo. Se forma una pequeña muchedumbre; algunos quieren sumarse al altercado y otros, disolverlo. Hay carteristas, pero no los distingo. Los coches que pasan tocan el claxon. En Lagos les encanta una buena pelea.

Avanzamos cuando el tráfico cobra mayor fluidez. Salimos de Ojota, recorreremos embalados la calle Ikorodu y la dejamos atrás de camino a Oworonsoki, cerca de la laguna. Yo no conozco esta zona, pero Aminat se mueve con seguridad. Aprovecho la oportunidad de examinar su perfil. Tiene los pómulos firmes y los dientes un tanto abanicados. Su cuello... Cuando llegamos a un tramo curvo de acceso, un todoterreno de color verde militar se sitúa delante de nosotros y se detiene en seco, obligando a Aminat a frenar.

—*Ekpe n'ja e!* —le grita al todoterreno.

Dos jóvenes desmontan y se dirigen cada uno a una de nuestras ventanillas. Llevan el paso sincronizado y visten uniformes y gafas de sol. Me fijo en los bultos que las armas ocultas hacen en sus chaquetas.

—Quédate quieta y no digas nada —le indico—. ¿Podrás, por favor?

—¿Los conoces?

—En cierto modo —respondo.

El hombre de mi lado llama a la ventanilla. La bajo.

—Kaaro —dice—. Tengo un mensaje para usted. Baje, por favor.

—No —se opone Aminat. Se le ha acelerado la respiración y se le han

dilatado las pupilas.

—Tranquila —digo—. Tú haz lo que te he dicho. No te va a pasar nada.

Leo la mente del hombre; está libre de malicia y de tensión. Puesto que no pretende hacerme daño, abro la puerta. Se quita las gafas de sol y me las tiende. Estamos provocando un atasco y una larga cola, pero los lagosenses, tan agresivos por lo general, no profieren un solo grito. Cuando me pongo las gafas, veo a Femi en la pantalla.

—¿Se puede saber qué haces en Lagos, Kaaro?

Tal y como aprendí durante el adiestramiento, me tapo la boca en un gesto automático para que los lectores labiales no puedan hacer su trabajo.

—Hola, Femi.

—Responde a la pregunta, cabeza de ñame. ¿Por qué has salido de Rosalera?

—Relaciones sociales.

—Tú solo puedes ocuparte de las relaciones sociales que yo elija para ti.

—No sabía que estuviera bajo arresto domiciliario o exiliado. ¿Es que no se me permite salir a dar un paseo?

—El tuyo es un trabajo de campo. Siempre lo ha sido. Y hay un interrogatorio en curso, ¿recuerdas? No puedes dejarlo a medias. Además, ¿qué haces tú con Aminat Arigbede?

—¿Disculpa?

—Tiene un historial de lo más completito. Su familia...

—Basta. Me da igual. Y pienso tomarme el día libre. No he tenido vacaciones. Necesito un descanso.

—Yo no he autorizado...

—No te estaba pidiendo permiso, Femi. —Me quito las gafas y pliego las patillas con cuidado. Hago como que se las voy a devolver al hombre, que estira el brazo para cogerlas, pero entonces las dejo caer al suelo y las aplasto con el pie—. Uy.

El joven se pone furioso, pero me importa una mierda.

—Quitad el todoterreno de en medio antes de que haga que os traguéis la lengua y os saquéis los ojos —les advierto. Ni siquiera sé si puedo hacer algo así, pero lo intentaré hasta que lo consiga o se me reviente alguna arteria. El otro hombre sigue parado junto a la ventanilla del conductor. Abro la puerta

del acompañante y le digo—: Ni te acerques a mi novia.

Tomo asiento, consciente de que Aminat tiene los ojos clavados en mí.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —dice—. Entonces ¿somos novios?

Me encojo de hombros.

—Ya me has visto protegiéndote.

—¿Eres militar? ¿De la seguridad nacional?

—No exactamente. Pero a veces trabajo para el Gobierno.

Nunca he tenido novia, al menos en serio. No sé por qué he dicho eso de Aminat. Si he de ser sincero, no sé muy bien lo que significa. Las experiencias sexuales de mi juventud fueron intrascendentes y mi estilo de vida criminal hacía complicado que intimara con nadie. Aun así, la relación que he establecido con Aminat me ha sacado una vena posesiva y agresiva que ignoraba que tuviera.

El todoterreno ruge con rabia y hace patinar los neumáticos antes de salir disparado. Por la ventanilla asoma un brazo, el dedo corazón levantado en medio de la mano.

Niños.

La casa de la familia de Aminat es uno de esos edificios de tres plantas construidos en una zona más o menos desfavorecida que experimentó un cierto proceso de gentrificación durante los años ochenta. El gobierno de entonces le adjudicó varios nombres, como Gbagada y Fase Dos, pero siguió siendo una zona residencial para la clase obrera y los lagosenses pobres, salpicada de incongruentes mansiones ostentosas de arquitectura cuestionable y habitadas por magnates de la cocaína.

Los sociólogos y criminólogos occidentales sostienen que la delincuencia (en especial, sus formas más violentas) tiende a concentrarse en estas fronteras entre ricos y pobres. Los nigerianos son distintos en lo que respecta a esta cuestión. Admiramos y veneramos a los ricos, sobre todo si se trata de delincuentes. Los delincuentes que no son de guante blanco, los ladrones que van armados y los rateros (ejem) se aprovechan de los más indefensos. Los ricos disponen de concertinas, de seres alienígenas ilegales y de torretas

robóticas de contrabando capaces de vaporizar a quien entre en su casa empuñando un AK-47.

Ignoro a qué se dedicaban los padres de Aminat, pero la casa apesta a fortuna consumida. Está rodeada de un inmenso terreno salpicado de palmeras decorativas y de almendros, entre los que un jardinero trabaja duro. Hay dos alas que conforman un ángulo recto y un pórtico que enmarca la entrada. Las columnas tienen capiteles complejos coronados con cabezas de ángeles y molduras curvas.

Al fijarme bien, observo que el jardinero es viejo, que tiene un aspecto demacrado y que no lleva uniforme. La pintura de las paredes está deslavada y descascarillada. Una acumulación de algas verdes mancha la pared allí donde esta se junta con el suelo y los hierbajos crecen dispersos a modo de vello púbico.

—Es un capricho de mi padre —dice Aminat—. La casa donde crecí fue construida en esta finca. Se incendió cuando yo era adolescente. Papá limpió el terreno y levantó esto.

—¿Sois una familia muy numerosa?

—No. Fue por la crisis de la mediana edad. A algunos hombres les da por comprarse un coche grande; mi padre se construyó una casa grande. —Saluda con la mano al jardinero, que no responde. Pienso, con cierta crueldad, que tardará una semana en darse cuenta de que debería haber devuelto el gesto.

Aminat tiene una llave, y dentro todo está en calma. El aire no está procesado, pero tampoco es fresco. La decoración es barroca, con filigranas doradas en las puntas de las aspas del ventilador del techo. El aparato rota perezoso, sin levantar el más leve flujo de aire.

—¡Eh! ¡Estoy en casa! —avisa Aminat—. Siéntate aquí. Te traeré algo. ¿Qué te apetece?

—Em... Agua —respondo.

Cuando sale de la habitación, tomo asiento y me hundo en un sillón con demasiado relleno. El aire que levanto arrastra algo de polvo. Intento explorar la xenosfera. La casa es un agujero negro. Ni siquiera percibo a Aminat. Me pregunto cómo es posible. Los conductos de la xenosfera están por todas partes, aunque puedes crear compartimentos esterilizados si son estancos.

Oigo algo que se arrastra. Algo sólido que se escurre y que golpetea en el

suelo. Estoy incómodo al no poder entrar en la xenosfera. Ojalá me hubiera traído la pistola. Consulto mi teléfono. Al comprobar que tengo carga y cobertura, llamo a Aminat. Ignoro las múltiples notificaciones de los mensajes que sin duda me ha enviado mi jefa.

—Hola —dice alguien.

Levanto la vista. Un chico alto y musculoso de piel clara está parado ante mí. Su belleza me provoca una cierta angustia, perfecto en su simetría y en la regularidad de sus rasgos. Sus músculos están sacados de un libro de anatomía. Sus pequeños ojos negros me observan con fijeza y destellan benevolentes, sin pestañear. Va descamisado, vestido solo con unos pantalones cortos caquis. No tiene una sola cicatriz ni señal en todo el cuerpo, y tampoco rastro alguno de vello corporal. Quiero tocarlo para cerciorarme de que no es un holograma. En torno al tobillo izquierdo lleva un grillete, del cual sale una gruesa cadena plateada que recorre la habitación y se interna en el pasillo, para llegar quién sabe adónde. Ya había visto con anterioridad algo parecido.

—Hola —respondo—. Soy un invitado.

El chico sonríe.

—Obviamente.

Dejo de intentar llamar a Aminat. Me cuesta concentrarme, inquieto por la presencia de este ser beatífico, además de por el intenso silencio de la xenosfera. Su voz suena firme, cortés y hospitalaria. En comparación, la mía parece el rebuzno de un burro. Estoy pensando en algo que decirle cuando Aminat regresa con una bandeja en la que trae un vaso de agua helada con una rodaja de limón.

—Veo que ya os habéis presentado —dice.

—¡Hermana! —exclama el chico.

Aminat posa la bandeja en una mesita auxiliar que hay junto a mí y estrecha a su hermano entre sus brazos.

—Kaaro, este es mi hermano, Layi. Layi, Kaaro, un amigo de Rosalera.

Me levanto para darle la mano, pero cuando veo que él va a darme un abrazo afable, se lo devuelvo. Tiene el cuerpo duro como una máquina, los músculos fibrosos, tensos, no solo en su apariencia.

Aminat se arrodilla junto a él y le examina el tobillo, encallecido e irritado



por el roce del grillete. Parece que no tiene el cuerpo tan limpio de cicatrices como yo creía. Aminat chasquea la lengua.

—No te lo has cuidado —le reprende. Vuelve a salir antes de que me dé tiempo a decir nada.

—¿Eres de Rosalera? —me pregunta Layi.

—Sí.

—Acompáñame. Deja que te enseñe algo, Kaaro. Kaaro. Hmmm. — Levanta la vista y parece paladear las sílabas, repitiéndolas para sus adentros —. Tu nombre significa «buenos días».

—Y el tuyo significa «la fortuna fluye». ¿Y qué?

—Es un nombre inusual, nada más.

—Todos los nombres han sido inusuales alguna vez.

—Eso es cierto. —Parece satisfecho con la observación y me lleva a su cuarto, arrastrando la cadena. Los habitantes de la casa deben de estar acostumbrados al ruido. Veo que la atadura está sujeta a un aro de hierro que sale del suelo junto a la puerta del cuarto. Frente a la entrada hay dos extintores y un cubo de arena.

La habitación de Layi es enorme; seguramente se compone de varias estancias con los tabiques derribados. La pared oeste está cubierta de estanterías en toda su longitud, que rondará los veinte metros. Las ventanas tienen barrotes. Hay un tragaluz, también con barrotes. Al fondo de la pieza, que es rectangular, hay unas pesas, un saco de boxeo móvil y una elíptica. Hay un ordenador con una pantalla esférica. Hasta ahora solo había visto este tipo de dispositivos en las revistas. Consiste en una esfera traslúcida de plástico dotada de una abertura por donde el usuario pasa adentro. La superficie interna de la cavidad sirve de pantalla. Los usuarios aseguran que este sistema es mejor que un campo holográfico. Hay más aros de hierro incrustados en el suelo en distintas zonas de la habitación.

El orden en que Layi mantiene su cuarto raya en la neurosis. No se ve una mota de polvo por ningún lado. Todo está en su sitio, salvo nosotros, que al movernos rompemos el equilibrio. Abre un armario y rebusca en él hasta que da con un viejo y estropeado teléfono móvil de color rosa. La pantalla está agrietada, pero las piezas continúan en su sitio, a semejanza de las de un rompecabezas resuelto.

Me lo tiende.

—Lo compré en Nimbus.

—Te timaron. No creo que funcione. Es un aparato de 2040 o así.

—No lo compré para llamar por teléfono. Solo quería enseñarte de dónde saqué el vídeo.

—¿Qué vídeo?

Pulsa el botón de un mando a distancia y al instante un campo de plasma se despliega ante nosotros. Una imagen se forma en su superficie negra. Una imagen animada. Conozco la zona donde se ha grabado.

—Aunque no hay ninguna fecha sobreimpresa, seguro que ya lo has visto —dice.

La cámara muestra una escena al aire libre; es de día pero no tardará en oscurecer. No se observa ninguna señal de desarrollo en la zona, salvo por una carretera asfaltada y una solitaria hilera de postes que sostienen el tendido eléctrico. Un helicóptero militar negro ha sido derribado y echa humo, pero por alguna extraña razón a la multitud no le importa este hecho. La propia multitud también es extraña a causa de la inmovilidad de las personas que la conforman. Todas tienen la mirada puesta en algo que queda fuera del encuadre. Es una grabación inestable de aficionado, pero sé qué es lo que falta. El pulso acelerado me indica que me estoy poniendo nervioso.

La cámara se sacude y amplía con urgencia el objeto de la atención de la gente.

La bóveda se está elevando, alzándose hacia el cielo como un gran manto de carne. Hay orificios dispersos por el manto, pero se cierran a la misma velocidad con que se produce el ascenso, aprisa, como la curación de una herida vista en intervalos de tiempo. Por los orificios se atisban unas borrosas figuras antropomorfas que se mueven.

La bóveda se sella y el fluido de la membrana se arremolina y difracta la luz. Hay un ganglio que apunta hacia el cielo, gris fúngico, como el tronco de un árbol tan alto como la bóveda, con una punta desigual en la que una corriente eléctrica emite crepitaciones funestas. Noventa y dos personas morirán antes de que entendamos lo que es: una fuente de energía enviada por una deidad generosa.

La grabación se congela.

—Fue ese día, ¿verdad? El origen de Rosalera. Un acontecimiento histórico.

—No se fundó como ciudad hasta...

—Y ya sé de qué me sonabas.

—No sabía que te sonara.

Señala a un joven que hay entre la multitud. El muchacho no mira a la bóveda ni al helicóptero. Mira hacia el lado opuesto y su semblante no expresa asombro. Puedo dar fe.

—Eres tú, Kaaro.

## Capítulo 6

### Las tierras donde se levantaría Rosalera, Maiduguri: 2055

#### *Entonces*

—Hay una explicación —le digo a Femi—. Te exijo que me escuches primero.

—¡Pero ¿qué explicación, pedazo de atontado?! —brama Femi—. Solo tenías que hacer una cosa. No implicaba ningún tipo de violencia ni debías usar la fuerza en modo alguno, porque todos sabemos lo cobarde que eres.

Estamos en una oficina de campo establecida en el lugar que se convertirá en Rosalera. Literalmente, una oficina de campo. Es una tienda levantada en un campo salpicado de nutridas bostas de caballo y de vaca. Los soldados que me rodean y los agentes de la S45 que me apuntan con sus armas están cubiertos de polvo. El resto de personas que hay en el campamento deambulan heridas. El aire fluye cargado de un grave zumbido eléctrico, procedente de la bóveda y de los ganglios. De alguna manera, Femi se mantiene impoluta, como si el polvo y la mugre se negaran a rozarla siquiera. Su aspecto y su olor son deliciosos.

—No se me ha enseñado a hablar ni a negociar con extraterrestres, Femi.

—Para ti, señora Alaagomeji. Además, dijiste que podías hacerlo.

—Dije que lo intentaría. No es lo mismo. Tampoco es que me enviaras adentro escoltado por un pelotón o algo así, aunque de todas formas no habría servido de mucho.

—El órgano ejecutivo de la S45... todos muertos o comatosos.

—¿Y por qué tiene que ser culpa mía? Adoptaron una actitud hostil y el alienígena respondió de la misma manera. Yo entré después, ¿recuerdas? — Me muerdo la lengua para no añadir que esto significa que ella está al cargo,

algo que deseaba desde hacía mucho tiempo. Lleva un traje rojo ceñido y zapatos de tacón. ¿A quién se le ocurre presentarse en un campamento de refugiados con semejante atuendo? ¿U oliendo a... a ese perfume fragante que lleva?—. Vale, la he jodido, ¿de acuerdo? No soy tan orgulloso como para no admitir mis errores, pero no soy uno de tus agentes. No estoy adiestrado. Me implicaste en un crimen para arrastrarme aquí.

—No me hizo falta implicarte porque el crimen lo cometiste de verdad, cabeza de ñame.

—Bueno. Entonces, me obligaste a cometerlo. Tú págame mis honorarios y me perderás de vista.

Femi suelta una carcajada genuina. Con regocijo.

—Las termitas te están carcomiendo el cerebro, Kaaro. Deberías ir a ver al médico, o a un fumigador.

—Muy bien. Pues no me pagues. Que te den, señora Alaagomeji, que te den mucho. —Me giro para salir, pero los soldados me cierran el paso. Miro a los ojos de uno de ellos, pero no veo nada. Ni amor ni odio, tan solo obediencia insípida y ciega. Es un robot de carne y hueso, carente del menor rastro de humanidad. Asustado, aparto los ojos de su cara. Me fijo en la vena que palpita en su cuello.

—Se te acabó el ir por libre, Kaaro —dice Femi.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué quieres de mí?

—Te unirás a la Sección Cuarenta y Cinco y trabajarás con nosotros para descagar esta cagada en la medida de lo posible.

—No, gracias. Ya me he cansado de este circo.

—O te unes a nosotros o te pudres en la cárcel. Puedo enviarte a Kirikiri. Ahora mismo. Sin juicio, sin despedirte de tus padres.

En ese momento, un edecán le toca el brazo.

—El presidente.

Coge el teléfono y tapa el micrófono.

—¿Qué decides? No te preocupes, te adiestraremos. Cobrarás todo lo que se te debe hasta ahora, y después entrarás en la nómina. La cual es muy generosa. Te estoy haciendo un favor, Kaaro.

En este instante me embarga un odio infinito por esta mujer que no puede

ser más hermosa. Quiero matarla aunque no soy un hombre violento. Al callar, otorgo. Femi afirma con la cabeza y un agente me toma del brazo mientras ella empieza a hablar con el presidente. No deja de mirarme hasta que salgo de la tienda.

—Sí. Diremos que se trata de un experimento relacionado con las energías sostenibles y un estilo de vida limpio dentro de una biobóveda. Todos estamos muy entusiasmados de ver cómo Nigeria lidera el mundo... —Sus palabras arrastran una mentira que no perdurará más allá del primer Día de Apertura.

Telefoneo a Klaus desde la base militar donde estoy recibiendo la instrucción básica. Tengo agujetas por todo el cuerpo y me duele la mandíbula. Aun así, después de tanto correr, estoy más en forma que nunca. Tengo el estómago plano, los brazos tonificados y los nudillos magullados por el entrenamiento con el *mu ren zhuang*.

—Odio esta mierda del cuerpo a cuerpo —me quejo.

—Nunca te ha gustado pelear. ¿Te acuerdas de aquella vez en Idi-Oro, cuando nos metimos en aquella movida por culpa de una puta?

—No era una puta, Klaus.

—Le pagué.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que aquí a veces las mujeres les piden dinero a sus novios?

—Pero ¿por qué? ¿Les pagáis para que os quieran o algo así? ¿Es una especie de anticipo?

—Klaus...

—Está bien. Total, que fui yo quien tuvo que sacar el brazo de paseo. Un viejo como yo.

—Tú no eres viejo, Klaus. —Hago una pausa—. Entiendes a qué me refiero, ¿no?

—Te refieres a que no podremos seguir colaborando por culpa de esos cabrones.

—Y de esas perras. No te olvides de las perras. O de *la perra*.

Podría decirse que Klaus es mi representante. Me busca encargos y yo

hago el trabajo. Su tarifa es siempre el quince por ciento. Pero para mí es mucho más. Se ha portado como un padre conmigo desde que mis padres me echaron. Me ha enseñado muchas cosas y me ayudó a dejar de ser un psíquico adolescente y descentrado para convertirme en un psíquico adulto dado al contrabando y ligeramente centrado. Los dos, tanto él como yo, llevamos una vida liminal, siempre al borde de la civilización.

—No importa. He ganado un dineral con este último trabajo. Lo negociaste tú, puedes quedártelo —le ofrezco.

—No. Te lo has ganado. Lo ingresaré a plazo fijo. Cuando termines el adiestramiento y te reintegres en la sociedad, podrás retirarlo.

—No lo quiero, Klaus. He... ¿Para qué?

Es cierto que no quiero el dinero. Vivo en piloto automático, como un robot. Una parte crucial de mí, el *élan vital*, pereció con el surgimiento de la bóveda. Echo de menos a Oyin Da, pero ella está allí dentro, fuera de mi alcance para siempre.

Suena una campana.

—Tengo que dejarte, Klaus —me despido.

—Como el perro de Pavlov —dice Klaus—. Y protégete la barbilla.

—Lo haré. —Cuelgo y salgo hacia el gimnasio a paso ligero junto con otros como yo.

Estoy en un aula. Hacía siglos que no pisaba una.

Solo hay diez alumnos, incluyéndome a mí, y yo soy el mayor de todos. Tanto chicos como chicas, son unos críos, irreverentes. Sé que soy como ellos, y ellos también lo saben, pero no es como cuando descubrí mis dotes, de jovenzuelo, cuando sentí que me acogía una nueva familia, al ser aceptado por Seline y Korede. Aquí impera la tábula rasa de la indiferencia. Es como asistir a una reunión familiar y darte cuenta de que eres viejo y de que a la nueva generación le importáis una mierda tú y tu experiencia. Sé en qué recovecos de sus teléfonos guardan su dinero, su música y sus cartas de amor. Sé qué es lo que más valoran y cómo conseguirlo, y ellos saben que lo sé. Soy el único buscador del grupo. Al igual que antes, contarme entre ellos aguza mis habilidades.

Hay una pizarra blanca en la que está escrita en mayúsculas y subrayada la palabra MICOLOGÍA. Un hombre delgado y con gafas está parado delante de la pizarra y nos escruta como si fuese Dios, juzgándonos.

—Soy el profesor Ileri. Soy micólogo. Entiendo de hongos y mi trabajo consiste en asegurarme de que vosotros sepáis tanto como yo —se presenta.

—¿Por qué tenemos que estudiar los hongos? —pregunta una chica.

—Usted suspendió Biología Avanzada —un chico que hay sentado detrás de mí se burla del profesor. Tengo conocimiento del hecho al mismo tiempo que él. Aun así, Ileri no se inmuta ante la revelación. No percibo incomodidad. Tampoco rabia.

—¿Creéis que sois el primer grupo de sensibles a los que he instruido? Apréndete esta primera lección, jovencito: no importa lo que no supieras en el pasado. Lo que importa es lo que sabes ahora. Así que podéis perder el tiempo leyendo la información aleatoria de mi mente e intentando dejarme en ridículo, o podéis dejar que perfeccione vuestras habilidades.

—Pero ¿por qué los hongos? —pregunto yo ahora, sin ironía—. En serio, en la escuela odiaba esta mierda.

Ileri se fija en mi identificación y sonrío.

—¿Has oído hablar de Tokunbo Deinde?

Ninguno de nosotros sabe quién es.

—¿Y del ectoplasma?

Todos en blanco.

Ileri suspira.

—La gente ya no lee.

Coge un mando a distancia para desplegar un campo de plasma. Aparece una fotografía en blanco y negro de varias personas blancas colocadas en torno a una mesa. Todas miran a una mujer vestida de negro que parece estar regurgitando una nube blanca. Dentro de la nube se ven unos rostros. La mujer lleva el pelo recogido en un moño. Parece estar incómoda. La exposición de la fotografía podía ser mejor, pero las personas que rodean la mesa parecen impresionadas.

—Espiritistas, psíquicos, médiums, sensibles, clarividentes, claricientíficos, místicos, brujas, nigromantes, telépatas, émpatas, chamanes, *aje, emere, iwin*, ocultistas, adivinadores, psicomantes. En el pasado podrían



haberlos llamado de cualquiera de estas formas, y tal vez sea así como os llamen en el futuro. Esta fotografía se tomó en Inglaterra en el siglo XIX. Muestra a una médium expulsando ectoplasma. Por aquel entonces era una práctica habitual, algo que impresionaba a los clientes. En teoría, el ectoplasma era una materia espiritual que se transmutaba en una sustancia física a través de la cual, de forma aleatoria, los fantasmas se hacían visibles en este mundo.

Proyecta más escenas donde se ve el ectoplasma saliendo de las fosas nasales, de los oídos, de la boca y, en una de las fotos, incluso de entre las piernas de una mujer.

—Todo fraudes. La Sociedad para la Investigación Psíquica los estudió y descubrió que el efecto se conseguía ingiriendo telas y recurriendo a una iluminación determinada, así como al mejor espíritu estafador.

Una risita se propaga por la clase, pero la mayoría de los alumnos permanecen atentos. Oigo el silencio de sus mentes. Nos hemos convertido en una colmena, asimilamos la información y la compartimos como un único ser.

—Los *babalawo*, las brujas, los sensibles, los médiums victorianos... A todos los tomaban por farsantes. Los científicos respetables no empezaron a creer en las capacidades psíquicas hasta pasado 2012.

La mención del año 2012 hace surgir un recuerdo en nuestra conciencia colectiva. Quien no es sensible no puede experimentarlo, pero los datos en crudo hacen brotar la información difusa llena de errores; después, se van depurando en un proceso similar al de la talla de una escultura a partir de un bloque de mármol. Las correcciones empujan los datos hacia la verdad, o al menos hacia la verdad tal y como nosotros diez la entendemos.

En 2012 un alienígena aterrizó en Londres. Era del tamaño de Hyde Park, y no tardó en empezar a expandirse por el subsuelo como una masa amorfa. El Gobierno de Su Majestad acordonó toda la zona de la M25 y la economía tardó una década en estabilizarse. En un principio se creyó que aquel fue el primer contacto, y así lo anunciaron los medios de todo el mundo, pero más adelante los americanos revelaron las que podrían ser las pruebas de tres aterrizajes previos. Todo aquello fue antes de que América desapareciera del mapa.

En Londres no apareció ninguna nave espacial, solo una roca que albergaba a una gigantesca criatura sintiente. Así, resultó que este ser había sembrado toda la biosfera de nuevos micro y macroorganismos, aunque los humanos tardamos décadas en descubrirlo. Un periodista de la BBC, versado en los textos bíblicos, le puso el sobrenombre de «Ajenjo», y pronto todo el mundo le llamaba así. Nadie sabía a ciencia cierta si aquellos organismos eran polizones, o quizá un intento de invasión.

—Tokunbo Deinde era un microbiólogo que acababa de licenciarse en la Universidad de Lagos, miembro de la Youth Corp de Nsukka. Al igual que muchos otros integrantes de esta asociación, su intención era pasar el año en esta tranquila ciudad. Oyó hablar de la infalible adivina que había en una de las aldeas. No se equivocaba nunca, según le dijeron. Movidio por la curiosidad, fue a verla, le pagó y esperó. Durante la visita, la adivina vomitó, pero lo que expulsó fue un fluido extraño que se convirtió en una nube de vapor, la cual se mantuvo suspendida en el aire por unos momentos. Después la mujer le dijo a Tokunbo todo lo que él estaba pensando, y le habló también de buena parte de su infancia. Se quedó asombrado.

»Tokunbo se instaló donde la adivina y tomó muestras del ectoplasma para analizarlas. Estaba compuesto de neurotransmisores: dopamina, serotonina y noradrenalina; así como de lo que en un principio el microbiólogo creyó que era un hongo.

»Lo que en la S45 llamamos xenosfera, ese vínculo psíquico al que todos tenéis acceso, se compone de filamentos alienígenas de estructura fúngica y de neurotransmisores. A los xenofórmes los llamamos *Ascomycetes xenosphericus*. Están en todas partes, en todos los entornos de la Tierra. Estos delicados filamentos son demasiado pequeños para poder verlos a simple vista, y además son muy frágiles, pero forman multitud de vínculos con los hongos que los humanos llevamos en la piel de forma natural. Tienen una gran afinidad con las terminaciones nerviosas y pueden acceder al sistema nervioso central. Todo aquel que esté conectado a esta red de xenofórmes, a la xenosfera, está subiendo información de manera constante y pasiva, sin ser consciente de ello. Existe un almacén general de información en la propia atmósfera, una mente global a la que solo tienen acceso las personas como vosotros.

—Qué tontería —dice alguien, opinión que todos compartimos. Tal vez nuestras habilidades sean inusuales, pero ¿alienígenas? No hay quien se lo trague. Una chica ni siquiera cree que el aterrizaje de Ajenjo fuese real; sin duda, ha estado leyendo demasiadas teorías conspirativas en Nimbus.

Ileri se ríe.

—¿No me creéis? ¿Cuáles son los límites de vuestras habilidades? ¿No os habéis fijado en que vuestros poderes funcionan mejor al aire libre que en los espacios cerrados? ¿En que cuando llueve pierden eficacia e incluso pueden extinguirse por completo? ¿Os preguntáis por qué o creéis que no es más que una broma que Dios quiere gastaros?

Ileri nos dice que nadie sabe con seguridad por qué algunas personas pueden manipular la xenosfera. Para nosotros la información es bidireccional en lugar de unidireccional. Algunas teorías sostienen que los sensibles padecemos una infección no identificada de la piel que nos otorga un cierto control sobre los patrones de crecimiento del *Ascomycetes xenosphericus*.

Seguimos sus instrucciones y experimentamos. La pomada antifúngica que nos aplicamos por todo el cuerpo inhibe la actividad de los xenofórmos e interrumpe nuestras habilidades, pero solo de manera temporal. Los xenofórmos responden multiplicando su tasa de crecimiento exponencialmente. En una habitación sin ventanas que haya sido desinfectada no habrá xenofórmos, por lo que nuestras habilidades tampoco funcionarán ahí. Podemos bloquear a otros sensibles si inundamos la xenosfera de información, por ejemplo, leyendo un libro.

—Bien —dice Ileri, una vez que se cerciora de que hemos aceptado la naturaleza de la xenosfera—. Ahora hablemos de hongos. El vocablo procede del latín «fungus», que significa «seta». El término «micología» deriva del griego «mukes», que significa «hongo», y de «logos» que significa «conocimiento»...

Esto es el infierno.

Estamos en Yerwa, en el maldito mes de mayo, el más caluroso del año, vestidos con el atuendo militar al completo, vadeando una ciénaga. En muchos aspectos, es el campo de entrenamiento ideal.

Maiduguri es perfecta. Ha servido como puesto de avanzada militar desde que los británicos estuvieran aquí en 1907. Tiene el río Ngadda, que nos conduce a los pantanos de Firki. Una verdadera caminata que, si continuamos hasta el final, nos llevará hasta el lago Chad.

Los mosquitos se cuentan por millares. No nos transmiten la malaria porque llevamos implantes subcutáneos, pero nada impide que los cabrones nos fríen a picaduras.

Nuestro instructor, el Hijoputa Danladi, nos dice que imaginemos que somos como aquellos bárbaros exploradores británicos de antaño.

—No podéis volver, porque abandonar significa decepcionar a vuestra reina. ¡*Pax imperia regina*, putos gandules! Abandonar significa cagarse en la memoria de Livingstone. No, no, seguiremos adelante, putos gandules, ¡seguiremos hasta que nos colemos por el culo de la historia!

Joder. El Hijoputa Danladi está loco. Ojalá tuviera una granada de fragmentación, con mucho gusto le prepararía un pastelito de metralla.

Una vez más, el cerebro me pregunta qué demonios hago aquí, y no sé qué responderle.

La expresión predilecta del Hijoputa Danladi es «escisión». Todos los ejemplos de combate que pone los saca de cuando luchaba en esta o en aquella escisión. Mi clase le puso ese apodo cuando nos hizo morder el polvo de nuestra plaza de armas. Ahora tenemos que tener cuidado para no decirlo en su presencia.

Tenemos el sol justo encima, achicharrándonos. El Hijoputa Danladi nos hace cantar *Wading in the Water*. Vadeamos el agua. Las moscas negras se unen a los mosquitos. Tengo los antebrazos cubiertos de picaduras y verdugones, pero también abultados por los músculos. Un trato justo. Nos perdemos en la xenosfera, dejando el cuerpo en una suerte de piloto automático, cantando los espirituales negros que tanto parecen gustar al Hijoputa Danladi.

La zona mental compartida está, como cabía esperar, llena de flora palustre, como si fuéramos incapaces de imaginar nada que difiera demasiado de la realidad infernal en la que habitan nuestros cuerpos. Despliego las alas, estiro las patas delanteras, extendiendo las garras y me permito un bostezo felino. A veces se impone la mitad leonina del grifo. En ausencia de Ileri hacemos lo

que nos place. La vegetación conforma un patrón moteado de azul y de amarillo, y el polen de unas flores negras se eleva hacia el cielo como una columna de humo que brotase de un pozo de petróleo en llamas.

El avatar de Temi es una serpiente, aunque más bien parece una anguila voladora, dotada de aletas costales que ondulan cuando surca el aire. Mide unos tres metros y medio, aunque en la xenosfera es difícil interpretar las medidas.

John Bosco se presenta en forma de hombre, un monje con la capucha bien calada y con una sombra por rostro. Cuando se mueve, el avatar deja ver su verdadero yo tras de sí: un error de novato, o una señal de un talento cuestionable. Es un maestro de krav magá, eso sí.

*«See that man all dressed in white.»*

Creo que nos vendría bien cambiar de canción. Dejo fluir este pensamiento y percibo el acuerdo de los demás.

Drake es un charco de color amelonado que fluye en forma de riachuelos en torno a todos nosotros. Se vaporiza y se vuelve a licuar a una velocidad mareante.

*«God's gonna trouble these waters.»*

Temi nada cerca de mí, arremolinándose alrededor del grifo. Si batiera las alas, podría lastimarla, de modo que permanezco quieto y me atuso con el pico mientras ella piruetea.

Ebun aprovecha la xenosfera para transformarse en un concepto. Es una idea de la infancia, de la etapa preverbal. Su forma no se puede expresar con palabras, y tampoco proyecta una imagen. Somos conscientes de su presencia, pero esta es extremadamente abstracta. La idea está tomada de sus primeros días de vida. Ni siquiera ella la comprende del todo, pero puede rescatarla del trastero de su memoria y darle uso. Se siente a salvo. Me parece una solución elegante y me gustaría que también se me hubiera ocurrido a mí.

El polen ceniciento de las flores se funde en un banco nuboso. Alguien está molesto, o triste. Todos lo sentimos. Odio esta mierda de la mente colmena.

—¡Putos gandules! —brama el Hijoputa Danladi. Las nubes proceden de él, creo, y alguien está de acuerdo.

Permanece inmóvil, por delante de nosotros, mirando los arbustos. Se gira

para mirarnos y ordena:

—Ocultaos. —Tiene una expresión tensa, inamovible, atenta. Sigue adelante.

Nos camuflamos entre la maleza y nos cubrimos con barro, tal y como nos han enseñado. Seguramente vendrán más bichos a picarnos. No nos atrevemos a respirar.

El Hijoputa Danladi desaparece durante veinticinco minutos y, cuando regresa, respira con pesadez y tiene el uniforme manchado de sangre.

—Vamos, putos gandules. Ya estamos tardando demasiado. Tenemos que llegar a la presa de Alau antes de que anochezca. ¡Arriba, arriba, arriba! Esta agua no se va a vadear sola.

Hacemos lo que se nos dice, con cautela. Puesto que no nos cuenta lo que ha ocurrido, echo un vistazo en su cabeza. En principio, no se nos permite, y nos han informado de que los instructores están protegidos, lo cual es verdad hasta cierto punto. Ninguno de mis compañeros puede saltarse la... protección. Yo sí. Es complicado, pero puedo hacerlo. No se lo he dicho a nadie.

El Hijoputa Danladi acecha y sorprende a tres insurgentes, un grupo de reconocimiento que porta armas ligeras. Se abalanza sobre ellos a una velocidad que solo consigo seguir porque estoy dentro de su memoria. Los mata a los tres con sus propias manos sin darles tiempo a hacer un solo disparo. Da la impresión de que no fuera humano. Con un único puñetazo contra la sien, le fractura el cráneo a uno de los insurgentes; lo levanta, le saca el puñal de la funda y lo hunde en el cuello del segundo. El tercero no ha terminado de darse media vuelta para ver a qué se debe el jaleo. El Hijoputa Danladi lo derriba con una zancadilla. Lo acompaña en su caída y, casi con delicadeza, le estampa la cabeza contra la tierra, dos veces.

Me quedo boquiabierto, tal vez un descuido por mi parte, porque en ese momento clava los ojos en mí, y sabe que lo sé, pero no dice nada.

Cuando al día siguiente regresamos a la base, me pone a limpiar las letrinas durante dos semanas.

El profesor Ileri se sienta después de la charla. No me explico cómo alguien

puede albergar tanta información y tanta sabiduría, pero los datos parecen manar de él con absoluta naturalidad, sin la menor fricción.

—Ha llegado el momento de que me mostréis lo que habéis hecho. Entrar en la xenosfera es como practicar sexo. Puedes contraer enfermedades muy desagradables, así que lo primero es la protección. Veamos qué habéis conseguido. Temi, tú primero.

Temi está nerviosa, aunque todos lo estamos. Nos transporta a su zona mental con facilidad. El aula se desvanece y aparecemos de pie frente a un muro de piedra de varios cientos de metros de altura y de anchura cuyos extremos no alcanzamos a ver. Nos es imposible rodearlo y los bloques tienen un tamaño formidable. Hay una puerta, pero está cerrada con candado. Al otro lado de la barrera se ocultan los secretos y las vulnerabilidades de Temi. Ileri nos ha enseñado a levantar defensas en torno a nuestra mente.

—Es un buen intento, Temi, pero denota falta de imaginación y una soporífera lógica convencional. ¿Piedra, puerta y candado? Lo primero que pensará un atacante es que, por mucho que le cueste, la piedra terminará por quebrarse. ¿No has leído a Shelley? ¿«Ozymandias»? «Tras la ruina colosal, desnudas e infinitas, las arenas llanas y solitarias se pierden a lo lejos.» El punto débil de una puerta son las bisagras. Los candados se abren con llave. Le estás diciendo a todo el que entre aquí que el problema, aunque sea complicado, tiene solución. —El profesor Ileri chasquea la lengua.

—Pero creía que... —dice Temi.

—Repítelo. —Se gira hacia mí—. ¿Y tú qué tienes?

Tanteo todas las mentes que me rodean (las de mis compañeros y la del profesor) y saco nuestra conciencia de la cabeza de Temi para llevarla derecha a la mía. Siento que la sorpresa fluye como el humo entre los demás. Nadie les había hecho nada parecido hasta ahora. Por lo general, entran de forma pasiva en la mente de aquel alumno que se dispone a hacer una demostración.

Mi tamaño ha aumentado de forma considerable y mi forma ha cambiado. Tengo alas con plumas, pico de águila y cuerpo de león. Mi zona es un laberinto de setos altos, con bancos de nubes en el cielo y complicadas combinaciones de viento, brisa, luz y oscuridad. Una y otra vez se oyen los ruidos de las gaviotas, los murciélagos, los perros y los grillos. Sacudo las

alas, salto al laberinto y, a modo de demostración, lo recorro por la calle multisensorial. Doblar la esquina equivocada, parar cuando habría que seguir andando, o seguir andando cuando habría que parar, provocaría que toda la estructura se desplomara, impidiendo así que el invasor accediera a la mente. Pirueteo en el aire y pliego las alas para salir de las corrientes térmicas mentales. Regreso con la clase.

*Joder.*

*Qué pasada.*

*No me lo puedo creer. Yo nunca he hecho nada parecido.*

Ileri sonrío.

—Damas y caballeros, Kaaro acaba de avanzar unas cuantas lecciones de un solo salto. Por fin nos ha demostrado que es el más veterano de la clase. Un trabajo impresionante, Kaaro. Dime, ¿por qué tenías la necesidad de transmutarte?

—No sé qué significa eso —admito.

*Cambiar, transformarse, so ignorante.* Una burla amistosa.

—No sé. Estaba leyendo sobre Egipto y la esfinge, y a partir de ahí pasé al tema de los grifos. Me gustó ese tipo de criaturas.

—Sí, Kaaro, eso fue lo que elegiste. Pero ¿por qué la idea de cambiar?

—Es más complicado identificarme si modifico mi aspecto, ¿no?

—Desde luego —coincide Ileri—. Desde luego.

Hago que volvamos al aula.

*Pedante.*

*Pelota.*

*Cabrón.*

*Nos has dejado mal a todos.*

—Otro ejercicio: quien consiga introducirse en la fortaleza mental de Kaaro obtendrá directamente el título de «Agente de campo». ¿Quién va ahora? —propone Ileri.

Rechazo multitud de asaltos a mi mente, unos mientras estoy despierto, otros mientras duermo, unos en campo abierto, otros por sorpresa.

Nadie traspasa mis barreras.



Durante un año, me detengo a diario frente a la bóveda todo el tiempo que puedo pasar sin practicar, lo cual me exige hacer infinidad de viajes entre Rosalera y Maiduguri. Espero que me vean desde el interior. Espero que salga alguien y me deje entrar.

No viene nadie.

Las tiendas de campaña son sustituidas por cobertizos y chozas de madera con tejados ondulados de hojalata. Los surcos de dos roderas pasan a ser caminos de tierra, y cuando empiezan a aparecer las señales, caigo en la cuenta de que a mi alrededor está surgiendo una aldea. Se me cae el alma a los pies.

He venido a Maiduguri para aumentar mi resistencia. Recorremos kilómetros y kilómetros sin comer ni beber nada, pero cargados con el equipamiento de infantería al completo. No sé por qué me obligan a hacer esto. Tampoco es que vaya a combatir en una guerra. Me dirijo al enlace de la S45 para hablar con mi jefa.

—Quédate ahí —me ordena Femi por la línea segura. Un soldado monta guardia fuera de la tienda.

—Esto es el culo del mundo —replico.

—Razón por la cual vas a quedarte ahí. Cerca de la bóveda.

—¿Es un castigo?

—No, es una misión. Es un lugar con mucho potencial; lo llaman Campamento Rosalera.

—Tal vez vosotros lo llaméis Campamento Rosalera. Aquí es La Rosquilla. Y no, no tiene ningún potencial. Este menda se marcha a casa. La bóveda no se va a abrir.

—Ya se ha abierto.

—¿Qué?

—Anoche estuvo abierta durante varios minutos, cuando estabas en Maiduguri.

—¿Y cómo es que esa información no está en Nimbus ni en las noticias? Nadie ha comentado nada sobre...

—Lo hemos tapado. Se han producido algunos efectos extraños.

—¿A qué te refieres?

—Un general asegura que se le ha curado el cáncer de próstata después de

haber respirado los «vapores» que brotaban del poro.

—Eso son sandeces.

—Puede, o puede que le hubieran hecho un diagnóstico falso. En cualquier caso, Rosalera tiene potencial. La población aumenta a diario. Le hemos encargado a un profesor de Lagos que enganche la luz de los ganglios. También van a llegar albañiles. Necesito que seas mis ojos y mis oídos allí. Quédate.

No la escucho. Se ha abierto. ¿Se habrá abierto por mí? ¿Se cerraría porque yo no estaba allí?

Cuando vuelvo de Maiduguri, me dirijo derecho a la bóveda. No parece que se haya abierto nunca. Intento rodearla, pero al cabo de una hora y después de haberme bebido tres litros de agua embotellada, me convengo de que ha aumentado de tamaño desde la última vez que me propuse bordearla, y de que me hará falta un vehículo. No sé por qué no consigo apartar la vista; la monotonía de la superficie es apabullante. Sin lugar a dudas, el perímetro se ha extendido, y en los márgenes se aprecian la tierra arrastrada y los hierbajos arrancados. Hay polvo y actividad por todas partes. No se ve una motocicleta en la que no viaje también un pasajero. Los militares y los hombres de negro se han vuelto ubicuos. Halcones cibernéticos zigzaguean por las alturas, aunque muchos de ellos yacen en el suelo, muertos, putrefactos, quemados. Sea lo que sea lo que controla la biobóveda no le gusta sentirse observado.

Tal vez haya estado demasiado ocupado compadeciéndome de mí mismo o demasiado cansado por culpa del dichoso entrenamiento, pero veo que Femi estaba en lo cierto sobre La Rosquilla.

Alquilo una moto y rodeo la bóveda, sujeto a la cintura del conductor. Avanzamos campo a través, brincando sobre unas matas de hierba y unos montículos de tierra para los que la moto no fue diseñada. Hay escuelas, sitios para comer y recintos donde rezar. Esta gente ha venido para quedarse. Cuando llegamos al Ganglio Norte, el viento arrastra un tufo a carne quemada. No es algo inusual (siempre hay algún infeliz que se emborracha, se salta el cerco de seguridad y se electrocuta), pero ahora es distinto. En primer lugar, un soldado, un muchacho hausa, me ordena que vuelva por donde he venido. Cuando le muestro mi identificación de la S45, se aparta a

regañadientes, aunque se niega a permitirle el paso al conductor. Le pago para que me espere.

Dejo atrás las pantallas levantadas a escasos metros de la bóveda. Aquí y allá se ven los típicos símbolos de amenaza biológica, pero nadie lleva ningún tipo de protección, aparte de un pañuelo sobre la mitad inferior del rostro. Por supuesto, ya he visto cuerpos ardiendo con anterioridad. La inmólación es el castigo preferido entre las bandas de justicieros y entre los rivales políticos de todo el país. Yo mismo estuve a punto de morir abrasado. Lo que nunca he presenciado es la quema de decenas de personas al mismo tiempo.

Veó dónde las ejecutaron. Los rastros de sangre, los surcos que quedaron en el suelo cuando se las llevaron a rastras, los charcos de sangre. Por alguna extraña razón, no hay moscas. Ya estoy habituado a todo tipo de crueldades, pero lo que veo aquí me hace reaccionar de golpe. En esta hoguera encendida con leña humana... algo se mueve.

Me extraña que no me haya fijado antes. Muchas de las extremidades se contraen, se retuercen. ¿Acaso esta gente sigue... viva? ¿Estos hijos de puta están quemando viva a la gente? Sin embargo... no se oyen gritos. Hay un ojo que, desprendido de su cuenca, me mira. Veo como la pupila cambia de tamaño. Es un ojo suelto orientado hacia mí. Puede ver. Me mira.

Quizá haya perdido los nervios, o quizá desee morir, pero me pongo a gritarle al primer soldado que veo. No recuerdo lo que le digo, pero sí recuerdo el brillo de sus ojos y la curvatura de sus labios.

Entonces me golpea y pierdo el conocimiento.

Paso dos días encerrado en un agujero hasta que Femi viene a sacarme.

—¿Te has vuelto loco? Son escuadrones de la muerte —me dice.

—Queman vivas a las personas, Femi.

—No son personas, y no están vivas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas del general que tenía cáncer de próstata? Se curó de verdad. Todos los enfermos que estaban aquí en aquel momento se curaron. Creemos que cuando la bóveda se abrió, liberó una nube de xenofórmes que

sanaron a todos los que se encontraban en las inmediaciones.

—Eso significa que el alienígena no ha perdido del todo la esperanza en la humanidad.

—Sí —dice Femi.

—¿Qué tiene eso que ver con la gente quemada?

—Los xenofórmos funcionaron demasiado bien. Muchas de las tumbas que rodean el campamento están vacías.

—¿Resucitaron a los muertos?

—No, no fue como con Lázaro. Más bien, se trata solo de carne reanimada. Se curan, les late el corazón, tienen los ojos abiertos, la temperatura corporal se restaura, pero... no están vivos. No tienen recuerdos, ni alma, no saben quiénes eran antes. Tuvimos que volver a matarlos, y no fue nada fácil.

—¿Los xenofórmos permanecen en ellos?

—No. Los análisis muestran que, una vez realizada la curación, los xenofórmos desaparecen sin más. Los científicos creen que podrían haber regresado a la biobóveda antes de que se cerrara.

Femi se monta en un todoterreno, dejándome hecho un asco en medio del poblacho. Me da dinero, una tienda de campaña, un certificado de «no obstaculizar» que codifica en mi implante, una automática Smith & Wesson, un lote de pomada de ketoconazol y un apretón de manos.

En una choza se ofrecen cortes de pelo y afeitados. Decido empezar por ahí.

## Capítulo 7

Lagos, Rosalera: 2066

*Ahora*

Miro a Layi, este muchacho tan bello, y no se me ocurre nada que decir. Suelo mentir para salvar este tipo de situaciones. En Rosalera hay algunas personas que llegaron en los inicios y me conocen de siempre. Muchos intuyen que soy alguien importante, pero prefiero no llamar mucho la atención y, además, ya hay decenas de celebridades en potencia que, con sus generosos pechos, satisfacen la imaginación del público. De vez en cuando voy a un partido de fútbol o a un concierto y alguien se me queda mirando un buen rato. Me han abordado unas cuantas veces, pero nunca con el aplomo de Layi.

Entra Aminat.

—¿Ya te está contando sus teorías conspirativas?

Cuando me besa, Layi hace como que vomita.

—Basta. No quiero verlo. —Me mira—. Viviste el origen de Rosalera.

A la mierda.

—Así es, estaba allí. El del vídeo soy yo.

Layi sonríe.

—Lo supe nada más verte.

—¿En serio? ¿Eras un suplicante? —pregunta Aminat.

«Suplicante» es el nombre que se les daba en el resto de Nigeria a los primeros habitantes de Rosalera. Puesto que muchos padecían sida o algún tipo de cáncer terminal, el calificativo no tiene una connotación positiva.

—Bueno, no. Estaba allí por trabajo.

—¿Cómo era? —se interesa Layi—. Me lo he leído todo: las memorias, los blogs, las cartas y los documentos desclasificados. He escuchado todos los programas que se han hecho sobre el tema. Eres la primera persona que

conozco que estuvo allí de verdad.

—¿Y yo qué? —pregunta Aminat.

—Desde el principio. Me refiero desde el principio. Bien, Kaaro, ¿cómo era todo aquello?

—Era una sentina.

—¿Qué quieres decir? —inquire Layi.

—Quiere decir que era una porquería de sitio —aclara Aminat.

—Sí, sé lo que significa esa palabra, pero creo que está hablando en sentido literal.

—En efecto. El olor que imperaba era el de la mierda. Al principio, procedía del ganado, porque había una granja cerca de allí, pero no tardó en empeorar. No había alcantarillado. La gente se limitaba a abrir un pequeño hoyo, hacer sus cosas y echar tierra encima. A veces ni se molestaban en excavar el agujero. Con el tiempo, se hizo imposible moverse, porque en cualquier momento podías llevarte una sorpresa desagradable. Más adelante, las orillas del Yemayá se convirtieron en el lugar para eso. Había una tabla colgante donde hacías lo tuyo para que después se lo llevara la corriente. Esto funcionó durante un tiempo. Una racha de brotes de disentería y de diarrea se cebó con los niños del campamento. Los habitantes nos juntamos y celebramos una serie de reuniones. La disposición circular del lugar complicaba las cosas. Hubo que enviar pregoneros alrededor de la bóveda, lo cual llevó una eternidad. Sobornamos al ejército para que trajeran una excavadora del Cuerpo de Ingenieros y construimos un sistema de drenaje y de *salanga*. Esto alivió la situación en parte, pero todavía faltaba mucho para que el Gobierno federal pidiera al *wolewole* que viniera a inspeccionarnos. La fragancia de Rosalera era repulsiva. Durante mucho tiempo, frente a mi tienda hubo un caballo muerto. El cadáver se hinchó, las cresas lo reventaron y con el tiempo se secó y dejó de oler. Y, por supuesto, estaban los cuerpos de los reanimados.

Aminat me mira de soslayo.

—Entonces, cuando decimos Rosalera...

—Exacto —confirmo—. Queremos decir todo lo contrario. En realidad, la ciudad se llama Omi Ododo, que significa «agua de flores». Apestaba.

—¿Te gusta vivir allí? —pregunta Layi.

Lo considero por un momento y a continuación respondo:  
—Terminas cogiéndole cariño.

Doy un paseo por la finca. Me encuentro incómodo dentro de la casa debido a la cadena, y también porque no percibo la xenosfera. Layi parece creer que he salido a fumar y yo no quiero sacarlo de su engaño. El muchacho irradia una intensa benevolencia de la que necesito descansar. Hay un sendero de grava que recorro desde la parte de atrás de la casa, haciendo crujir los guijarros a mi paso, de camino al muro del este. Siento que las conexiones se restablecen poco a poco. Primero percibo al jardinero, la señal imponente como el mazazo de un juez. Se llama Bernard Okoye. Veo sus sueños. Sueña e imagina que es joven. Ama a una mujer que se llama Cecilia. En su momento no pudo cortejarla. Él quería estudiar, pero su padre...

—Hola, Grifo.

La llamada me saca de la tarde lagosense y me transporta a un campo. Una lluvia fina me refresca. El pasto de elefante me llega a la cintura. Estoy rodeado por un cerco de colinas parduzcas y el campo se extiende al fondo del valle. No hay árboles por ningún lado. Al darme media vuelta, veo a Molara.

—Hola —digo.

De nuevo, ha cambiado. Sigue teniendo alas de mariposa, azules con bordes y motas negros. Las agita, pero ya no tiene cuerpo de insecto. Ahora es una mujer. Es de complexión fornida, una mujer robusta y musculosa de abdomen redondeado y prieto y pechos menudos y respingones. Tiene el rostro anguloso: barbilla afilada, pómulos marcados, nariz plana y ojos grandes. En su entrepierna se recoge un soto de vello púbico negro.

La lluvia ya no es refrescante. Tengo calor y estoy mojado. El cuerpo de ella relumbra grave y sensual. Creo que nunca conseguirá volar con esas alas, que no podrán levantar su peso. Se da media vuelta, se coloca a cuatro patas y me ofrece su grupa. Me coloco detrás de ella.

Mientras nos entregamos al cielo, a nuestro alrededor el campo se llena de mariposas de distintos colores y tamaños. En alguna parte he leído que no pueden volar bajo la lluvia, y no recuerdo haber visto hacerlo a ninguna. Mis

garras se extienden y se hunden en los hombros de Molará, donde me estoy sujetando. Hundo mi pico curvo en su cuello para afianzarme mejor. La sangre mana a borbotones, pero la lluvia se la lleva. Las leves alas azules se desmenuzan con la violencia de la cópula. No puedo evitarlo; me estiro y bato mis propias alas. Unidos, nos elevamos a las alturas, entre una nube de mariposas.

Se estremece. Está asustada. Se produce un relámpago, pero no oigo el trueno cuando alcanzo el clímax. Entre el orgasmo, su sudor y la humedad de la lluvia, se me escurre de entre las garras. Cae de cabeza, agitando las alas despedazadas como si le sirviera de algo.

Regreso a Lagos, a la casa de la familia de Aminat. Tengo los boxers mojados. Bernard está parado a unos pasos de mí, mirándome, con un gesto extraño en su semblante. Bajo la vista, pero no tengo ninguna mancha de humedad en los pantalones. Fuerzo una sonrisa, pero después temo que se interprete como una muestra de placer. A mi nueva y flamante novia no le haría gracia creer que se ha juntado con un perverso. Hmmm. ¿Soy un perverso por hacer esto? Intento no darle más vueltas.

Después de limpiarme, vuelvo adentro y me dirijo al salón. Estoy listo para marcharme a casa; pasar el sábado juntos ya no parece tan emocionante como cuando nos despertamos por la mañana. De nuevo, la xenosfera enmudece dentro de la casa. No es una sensación que quiera soportar durante mucho tiempo. Lo cual es una paradoja, desde luego, porque también odio verme completamente expuesto a la xenosfera. Tal vez se deba sencillamente a que lo odio todo.

Aminat está sentada en el suelo, a los pies de Layi. Le unta una pomada en la pierna, en la zona del tobillo que está en contacto con el grillete metálico. En ambas piernas tiene la piel más oscura y rugosa a esa altura. Layi sonrío al verme. Aminat no tarda mucho en darse cuenta de que quiero marcharme.

—Enseguida —musita.

—¿Vendrás otro día a verme, Kaaro? —dice Layi—. Me caes bien. Me lo dice con sinceridad y sin ninguna ironía.

—Vendré —respondo, y hablo en serio.

De regreso, el sol roza ya el horizonte, casi extinto. La radio está puesta, la 98.5, y suenan canciones clásicas, ahora mismo el *Hard to Handle* de Otis



Redding, aunque también se emiten temas de Marvin Gaye, de The Seekers, de The Temptations y de muchos otros cantantes melódicos de estilo Motown con peinados afro, algunos de ellos fabulosos y otros simples flores de un día. El locutor no para de interrumpir para expresar sus opiniones, pero habla un inglés espantoso y nos preguntamos a quién sobornaría para conseguir el trabajo. Coreamos las canciones cuando nos sabemos la letra y nos inventamos las estrofas cuando no. Nos reímos del ingenio con el que rellenamos los huecos y empezamos a hilvanar pomporrutas deliberadamente. Cuando nos cansamos del juego, escuchamos en silencio durante un rato.

—Tu hermano —digo.

—Sí —dice Aminat.

—La cadena.

—Lo sé. No le has comentado nada, ¿verdad?

—No. Supuse que no sería de buen gusto.

—Gracias. Le incomoda hablar del tema si no hay mucha confianza.

—Aminat, lleva una puta cadena.

—Lo sé.

—Podías haberme avisado.

—Lo sé. Lo siento.

—Eso no es una explicación. Vive encadenado a su casa.

—No está encerrado.

—Entonces ¿por qué?

—Para que no se escape.

—Vale. —Pienso en la sala donde vive Layi, en los lujos de los que dispone, en su jaula de oro. Me pregunto por qué me ha llevado allí Aminat. Seguro que sabe que es raro tener a un hombre adulto encadenado. A menos que quiera que yo conozca esta parte de su vida, darme la oportunidad de salir corriendo.

—Todas las Nochebuenas sale a ver los fuegos artificiales. El resto del año se queda en casa. Es extremadamente frágil, Kaaro. Es incapaz de enfrentarse a la vida, es así desde niño. Lo hemos educado en casa.

Esta práctica no es tan infrecuente como parece, aunque «frágil» podría significar que Layi padece algún desequilibrio mental. En Nigeria, no todas las personas que padecen alteraciones psiquiátricas acuden al especialista o al

hospital. En algunos casos se las atiende en el propio domicilio, para no deslustrar el apellido de la familia. Sé de una casa donde a la hija mayor la tenían atada con cuerda de cáñamo en el cuarto de los criados, detrás de la propiedad, porque a menudo le daba por ponerse a gritar. En estas circunstancias no es apropiado ponerse a indagar, de modo que cambio de tema.

—Es un muchacho impresionante —digo.

—Todo el mundo adora a Layi —asiente ella.

Es de noche cuando Aminat me deja en casa. Nos besamos por la ventanilla del coche durante una eternidad.

—Me gustas —me dice con una voz deshilachada—. Estoy pillada. ¿Tú estás pillado?

—Estoy pillado —afirmo.

Ella asiente y reanuda la marcha. Percibo la sonrisa que lleva en la cara.

La reanimada que había aparecido en mi puerta ya no está. Vengo entusiasmado tras la escapada, con la guardia baja, pero en cuanto entro al piso, sé que no estoy solo. Esto no va a ser agradable.

—Sé que estáis ahí —digo—. Decidle a Femi que no opondré resistencia. No tengo ganas de pelear.

Dos intrusos, un hombre y una mujer, vestidos con uniformes negros, máscaras, gafas protectoras y armados con pistolas. Llevan tapada toda la piel del cuerpo. Están preparados para reducir a un sensible.

—Sacad los pies de mi moqueta —les advierto.

—De rodillas —me ordena la mujer—. Cruza los tobillos y pon las manos sobre la cabeza.

Obedezco, aunque sé que no me van a disparar.

—Voy a cachearte. ¿Llevas algún arma encima?

—No.

—¿Llevas objetos punzantes en los bolsillos?

—No, aparte de la polla. A veces me la llevo a tocar desde el bolsillo.

—*Alawada*. Tú sigue bromeando, verás qué gracia —dice el hombre.

Por el tono de su voz, intuyo que podría tener algún tipo de vínculo emocional con su compañera. En la xenosfera no hay el menor rastro de ninguno de ellos. La mujer me cachea con rudeza.

—Voy a inyectarte un tranquilizante. Si te mueves, mi compañero te disparará.

—No vais a matarme —digo—. Femi os...

—No he dicho que vayamos a matarte —Esta aclaración la realiza en inglés.

Siento el pinchazo en el deltoides. En cuestión de segundos me sobreviene un ligero mareo. Caigo de espaldas, pero la mujer me sostiene con eficiencia, me baja hasta el suelo y me endereza las piernas. Tras comprobar que sigo respirando, me enrolla la manga, me practica un torniquete y toma una muestra de sangre. El hombre enfunda su arma y saca un escáner de una bolsa. Parece una varita mágica. Ya he visto otros aparatos similares. Sirven para escanear implantes y así descargar la información de telemetría y otros datos almacenados. Suena un pitido breve, con el cual entiendo que la exploración ha finalizado, y entonces los dos se apartan de mí. Ya no oigo más que el zumbido del frigorífico y el fluir acelerado de mi sangre. Siento una cierta euforia, pero se debe solo al efecto de la droga. Permanezco un rato en el suelo, hasta que pierdo la noción del tiempo.

El hombre me empuja con el pie.

—Siéntate.

Colocan una cajita cerca de mí y activan un campo de plasma, que se eleva hasta la altura de mis ojos. Antes de que aparezca, sé que puede oírme.

—Esto es allanamiento de morada —digo.

—Sigues sin llevar pistola —señala Femi.

—Se me ha olvidado.

Viste un atuendo informal y lleva uno de esos dispositivos Bluetooth en el oído. No se ha puesto pendientes y solo se ha aplicado el maquillaje justo. Además, está en casa, a juzgar por la cocina que se ve a sus espaldas. La reconozco porque he estado allí.

—Kaaro, has cometido un crimen.

—Sí, pero era joven e insensato.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Estaba fuera de servicio.

—Tú siempre estás de servicio.

—Pues tal vez haya que cambiar eso.

—Tal vez —dice en un tono más relajado—. Pero habrá que llegar a un acuerdo, y tendrás que dejar de desaparecer de improviso.

—Nunca me he tomado un descanso.

—Lo sé. Pero estás trabajando en un interrogatorio, ¿recuerdas? Hemos perdido un día entero, un tiempo que podría ser decisivo. También necesito conocer tu ubicación.

—Para eso está el implante.

—Hay que actualizarlo.

—Está bien como está.

—No puedes seguir viendo a esa mujer. A Aminat.

—¿Por qué no?

—Su familia es... problemática. ¿Has visto al hombre encadenado?

—Sí. Es muy simpático.

—Es peligroso. No te acerques a ellos, Kaaro. ¿Podrás hacer lo que se te dice, para variar?

—¿Para variar? Siempre hago lo que se me dice.

—Llámame señora Alaagomeji.

—Casi siempre hago lo que se me dice.

—Ándate con cuidado. Esa familia no es trigo limpio. Ahora no tengo tiempo para explicarme, pero el exmarido de Aminat...

—Lo sé.

Femi suspira.

—Eras más tratable en tus tiempos de prófugo.

—Hay más sensibles en la S45. Ve a darles la tabarra a ellos.

Guarda silencio.

—Femi, hay más sensibles, ¿verdad? Los conocí durante el adiestramiento.

—Unos pocos.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Frunce el ceño.

—No te alarmes, pero algunos de ellos han muerto. Los demás están enfermos, y uno o dos han perdido sus habilidades.

Inclino el cuerpo hacia delante.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—No había ningún motivo para decírtelo. Estás trabajando bien y no muestras síntomas de empeoramiento. Creemos que el *xenosphericus* está matando a algunos de los tuyos. Eres el sensible en activo de más edad que tenemos registrado en estos momentos.

Me quedo sin palabras. Pienso en Molara.

—Tengo que dejarte —dice Femi—. Hay un asunto del que debo encargarme. Ha llegado un tipo a Lagos, dice que viene de América.

—Hay muchos americanos...

—La semana pasada. Dice que salió de América la semana pasada. Ten cuidado, Kaaro. Prefiero que sigas siendo aburrido y predecible. Retoma el puto interrogatorio.

## Capítulo 8

Lagos: 2043

*Entonces*

Mi madre debe de pensar que Fadeke es mi cómplice. O eso, o cree que si sujeta a Fadeke yo dejaré de correr. Las dos suposiciones son incorrectas, y no tienen en cuenta el egoísmo propio del ratero, ni el carácter intermitente de nuestra relación.

Observo desde el otro lado de la calle. He perdido un zapato, pero no me importa. La multitud saca a Fadeke del coche a rastras y empieza a golpearla. Un joven se encarama al techo del vehículo y se pone a dar saltos. Le tiran del pelo y le dan patadas en el estómago. Después la turba se divide en dos y una de las mitades se escurre hacia mí como un tentáculo furioso. El tumulto ahoga los gritos de Fadeke. Es como un partido de fútbol. «*Ole!*», corean, un clamor que no me gusta. Me avergüenza decir que el instinto de supervivencia se impone al afecto que siento por Fadeke. Corro. Dejo atrás la iglesia; el aserradero, que sirve también como parada de autobús; el local del falso espiritista; el *bolekaja*, que casi me atropella, bajo la lluvia de insultos de los pasajeros; al porquero.

Cuatro tipos armados con sendas porras me cortan el paso. Se une a ellos la gente que sale de las casas y los callejones. Veo a Jeff Norton, el inglés, que observa la escena desde su terraza mientras fuma tranquilamente. Es un ladrón de bancos, o eso dicen. Se pasa el día abrasándose la piel bajo el sol e inhalando carcinógenos. Nunca he intuido nada de valor en su casa.

Presiento el golpe antes de sentirlo. Me lo asesta una ama de casa armada con una llave de tuerca. Pierdo el equilibrio y alguien me pone la zancadilla, una técnica conocida como «tala» en el argot local. Recibo más golpes. No puedo defenderme y sé que estoy a punto de morir.

—*¡Lo mu ibon mi wa!* —Coge mi pistola.

Cierro los ojos y me protejo los genitales. Morir de un balazo no puede estar tan mal.

La turba me arranca la ropa. Me sangra el pie descalzo. Sé lo que viene a continuación. El neumático al cuello, la leña, la hierba seca, las astillas y alguien con una cerilla y un mechero. Ya lo he visto antes.

Busco mentalmente a mis hermanos y hermanas. Mi familia. Los que son como yo. No lo había hecho nunca, pero cuando la necesidad aprieta, ya se sabe. En mi imaginación mis pensamientos son ondas blancas sobre un fondo negro, la negrura de la soledad.

Mi llamada de socorro se proyecta mientras recibo patadas, puñetazos y porrazos, presa del miedo. Me bañan en gasolina. Los vapores me ahogan. Los ojos me escuecen cuando los abro y la gasolina entra en ellos; vuelvo a cerrarlos con fuerza.

*Hermano, te veo, pero no puedo llegar hasta ti.*

*¡Ayuda! ¡Ayúdame, joder!*

*¿Ves los cebones?*

*¿Qué?*

*Los cerdos. ¿Ves los cerdos?*

Abro los ojos de nuevo. Una bota con la puntera de acero aterriza sobre mi mandíbula inferior, añadiendo la tierra que deja a la sangre que ya puedo saborear. Parpadeo para aclararme la vista. Los cerdos, los cerdos.

*¿Dónde?*

*A tu izquierda.*

Los veo. Grises, de hocico alargado, velludos, algunos con el lomo moteado, ajenos al jaleo, hozando en la basura.

*Espera, espera, espera. ¡Venga! ¡Ahora! Están distraídos buscando un neumático para quemarte.*

La piara está quieta porque ha encontrado algo que comer aquí, donde la turba ha dado conmigo. Me arrastro hasta una charca de desperdicios y excrementos. El penetrante hedor debe de haber hecho que los perseguidores se lo piensen. Empiezo a reptar más rápido. Oigo las quejas estridentes de los puercos. Con una arcada, me hundo un poco más en la mierda. Me encuentro al borde de un barranco. La gente viene aquí para arrojar la basura, con lo que ahora es un vertedero. El problema, cómo no, es que algunos la arrojan con

más puntería que otros, de manera que con el tiempo la mitad de la calle ha quedado sembrada de porquería, y solo uno de los dos carriles de la calzada es transitable. Me sumerjo en el pozo. Intento excavar un agujero para ocultarme mientras pienso en el siguiente paso a dar. La táctica funciona por un momento, pero después comienzo a hundirme más y más, sin esfuerzo. Me deslizo hasta un sendero enfangado y me precipito en una avalancha de lodos fecales mezclados con basura.

Sin saber si estoy boca arriba o boca abajo, me estampo contra un lecho de rocas, tuberías rotas y trozos de madera. Un relámpago de dolor anuncia lo que después compruebo que es un hombro dislocado. Caigo durante una eternidad y aterrizo en el techo de un Volkswagen Beetle herrumbroso sin sentir ningún dolor. Un kilómetro de pendiente inmunda me separa de mis perseguidores, que me lanzan insultos y piedras, aunque con desgana, como si la forma en que he escapado de ellos les causara, a su pesar, una cierta admiración. Estoy cubierto de mierda, pero ya me he acostumbrado a la peste. Puedo oler la puta libertad, y eso siempre es agradable. Corro por el lecho del barranco. Sé que hay un arroyo cerca y me dirijo hacia él. El balanceo que observo durante la carrera me avisa de la dislocación, pero lo único que puedo hacer es sujetarme el brazo lastimado con el sano.

El riachuelo baja perezoso en esta época del año, pero es agua y fluye, y para mí eso es suficiente. Me lavo. No puedo limpiarme bien sin jabón, y temo que las magulladuras y los cortes se me infecten. Además, necesito que un médico me encaje el hombro. No sé en qué momento llegan, pero cuando levanto la vista hay dos hombres que me miran desde la otra orilla del arroyo. Llevan ropa informal y se nota a la legua que no son como la gente de aquí. Sé que puedo confiar en ellos.

—Ven con nosotros cuando termines —dice uno.

—Tómate tu tiempo —dice el otro—. No quiero que me atufes el coche.

Uno de ellos me coloca desnudo en medio de un patio y me repasa con el chorro de una manguera. El agua está fría y las casas de alrededor, más altas, tienen ventanas con vistas aquí abajo, pero no me queda elección, solo la gente honrada merece un trato digno. Yo soy un ladrón y, por ende, soy



despreciable.

—Levanta los brazos —me indica.

—No puedo. —Señalo el hombro dislocado.

Dirige el chorro hacia mis axilas de todas formas. Terminado el baño, espero, aterido. Me trae polvos de talco y ropa. Los pantalones me quedan pequeños y la camiseta, demasiado grande. Hay unas chanclas rojas, que me calzo. El hombre hace que me siente en un banco de madera, donde espero otro poco. Ya ha oscurecido y solo ha habido dos apagones en lo que va de noche. Oigo la campana de una iglesia, la que anuncia la misa de mitad de semana. Por una ventana se oye el ruido de un televisor. Muy cerca de donde estoy, una pareja mantiene una discusión acalorada. Huele a sopa de pimiento y a humo. Tengo hambre, pero no quiero pedir comida porque mis anfitriones ya se han portado bastante bien conmigo. Me pregunto cómo estarán mi madre y Fadeke.

—La han matado —dice uno de los hombres. No me explico cómo ha podido acercarse tanto a mí sin que me haya dado cuenta—. A Fadeke, no a tu madre. La encerraron en el coche y lo incendiaron.

—Joder.

—El fuego purifica —dice.

—Fadeke era una víbora sacacuartos, pero nadie merece morir así.

—Estoy de acuerdo. —Me mira el hombro—. Enseguida vendrá un médico a mirarte eso. ¿Qué planes tienes?

—No sé... Había pensado en volver a casa cuando mi madre se tranquilice.

—Ni se te ocurra, a menos que quieras pasar una temporada entre rejas. Está convencida de que lo mejor que puede hacer es entregarte a la turba. Cree que no ha sabido inculcarte ningún tipo de principios.

—No es culpa suya.

—Ella piensa que sí.

—Exagera. Tampoco he robado tanto.

—¿Crees que robar poco está bien?

—Oh, Dios. No seréis testigos de Jehová, ¿no?

—No. Somos como tú, oímos tu llamada. Esta es mi casa, y estaré encantado de que te quedes hasta que te hayas recuperado. Llámame Alhaji.

—¿El otro es tu hermano?

—¿Valentine? No, es mi pareja. El amor de mi vida.

Es una confesión arriesgada. No tengo nada contra los homosexuales y después de haber conocido a unos cuantos en los clubes nocturnos, sé que todos somos iguales, pero en Nigeria la condición de gay es un delito. Si te descubren, lo mejor que te puede pasar es que te detengan. Lo habitual es que, como ocurre con los ladrones y las brujas, a los gais se les prenda fuego. Así funcionan las cosas. Creo que haber acabado aquí podría complicar todavía más mi situación.

—Entiendo —dice Alhaji.

—Agradezco la ayuda, pero no me gusta que me leas el pensamiento.

—Perdona, pero es que paso demasiado tiempo fingiendo que no lo hago. ¿Cómo controlas tu don?

—Yo no leo el pensamiento.

—Claro que sí.

—No. Yo encuentro cosas. Oigo los pensamientos de los que son como nosotros, pero nada más.

Alhaji se ríe.

—¿Y cómo crees que encuentras las cosas? ¿Crees que baja un ángel del cielo para mostrarte el camino con su luz divina? La gente piensa acerca de las cosas que más valora. Tú recorres el sendero de esos pensamientos. Eso es leer el pensamiento, solo que no has prestado suficiente atención a tu habilidad.

Reflexiono al respecto por un instante, pero entonces llega el médico y mi mundo vuelve a inundarse de dolor.

Aunque yo ya había visto algunos carteles, Alhaji es el primero que me habla acerca de la Chica de la Bicicleta. Lo hace porque está convencido de que, sea quien sea la chica, también es una sensible. Se equivoca, pero ni él ni yo podemos saberlo.

Tengo veinte años y estoy listo para dejar atrás el refugio en el que Valentine y él me han acogido. Sigo robando, pero con mayor cautela que antes. Por ejemplo, ya no almaceno nada. Robo lo justo para pasar la semana. Puesto que Alhaji no acepta que contribuya a la economía de la casa con lo

que consigo de una forma tan poco honrada, me pongo a trabajar como mozo de carga en una naviera y le entrego la totalidad de mi paga. Sigue beneficiándose de un dinero poco limpio, ya que de ninguna manera puedo permitirme dárselo todo, pero él no lo sabe, así que no pasa nada. El trabajo confiere a mis músculos una dureza difícil de conseguir en un gimnasio.

No robo a los necesitados. Primero estudio la casa, y muchas veces paso de entrar. Tomo una pequeña cantidad de muchas personas distintas para no causar tanto perjuicio, cobrándome un impuesto, por así decirlo. Sobre todo, robo a aquellos que pueden permitírselo. En un momento dado, no sabría decir cuándo exactamente, tomo la decisión de quitarles solo a los que tienen de sobra y de colarme en las casas de los menos favorecidos para entregárselo a ellos, después de quedarme con mi porcentaje. No es por altruismo. Sencillamente, tomo conciencia de las privaciones que sufre la mayor parte de la población, algo que me incomoda. El acto de devolver un poco hace que me sienta menos culpable por poder comprarme lo que quiera.

Aprendo a protegerme de Alhaji. Él sonríe y se alegra cuando ya no es capaz de meterse en mi cabeza. Cuando no salgo de fiesta, experimento leyéndoles los pensamientos a los demás. No consigo gran cosa, pero me sirve para saber mejor qué mujeres estarían dispuestas a acostarse conmigo. Cuestión de motivación, supongo.

Bebo cantidades ingentes de cerveza y de Jack Daniel's.

A veces pienso en mis padres, pero sin dramas. Odio a mi madre durante unos minutos. No soy un buen hijo; no puedo culparla. Si fuera un buen hijo, supongo que no me costaría guardarle rencor. Lo cierto es que no los echo de menos en absoluto. A mi padre lo único que le importa es su negocio, una cadena de tiendas en las que vende cereales y otros comestibles para la clase media y baja de Nigeria, que compra al por mayor. Le va relativamente bien y nos da a mi madre y a mí una vida cómoda. No somos ricos, pero no pasamos necesidades, y la comunidad nos respeta. Jamás se ha interesado por mí.

Como soy joven y veleidoso, solo me quedo con Valentine y Alhaji hasta que su papel de tutores empieza a fastidiarme. Me resisto a las intenciones de Alhaji de instruirme sobre Heidegger. Algunas de mis neuronas mantienen su actividad y sé que él solo intenta convertirme en alguien de provecho, pero a

esta edad las hormonas tienen más peso que los neurotransmisores, y el volumen de sangre que me llega al cerebro suele verse reducido a causa de mis erecciones. Empiezo a salir de nuevo. Robo más, pero ni por asomo cerca de la casa. Me pago la bebida, las drogas y los bailes eróticos.

—¿Has oído hablar de la Chica de la Bicicleta? —me pregunta Alhaji un día.

Estoy viendo el fútbol. Los Black Stars de Ghana están vapuleando a los Green Eagles de Nigeria. Valentine está examinando la cabeza de Alhaji con un escáner de implantes. Se rumorea que los agentes del Gobierno han descifrado el código con el que los homosexuales ocultan la señal de identificación que utilizan para reconocerse en los lugares públicos. Alhaji acaba de desactivar la señal y Valentine está comprobando que la operación ha funcionado. Valentine no habla nunca. Es más joven que Alhaji, pero mayor que yo. Es difícil intuir sus sentimientos, porque su rostro permanece hermético la mayor parte del tiempo. Cuando hacen el amor, uno de ellos emite gemidos de placer que se oyen por toda la casa, pero no sé cuál de los dos es.

—No. ¿Quién es? ¿Una deportista? —digo.

Lo pregunto sin pensar, pero recuerdo que en un par de ocasiones me han entregado un panfleto en el mercado. También he visto a la policía retirar los carteles.

—Es una activista. Critica al Gobierno y se lleva consigo a quien esté dispuesto a integrarse en la nueva sociedad que ella ha formado.

—¿Y por qué no la ejecuta el Gobierno? ¿Por qué permite la existencia de esa sociedad ideal?

—Ese es el problema. Nadie sabe dónde está. Dicen que vive y opera desde una aldea ambulante conocida como «la Lijad».

—¿La Lijad? ¿No «Lijad» a secas?

—Exacto.

—Eso suena a desvarío, amigo —respondo.

—Lo sé. Pero creo que hay algo de verdad en el mito. Creo que es como nosotros. Que puede sentir y manipular los pensamientos.

El tema no me interesa y subo el volumen del televisor para oír los comentarios sobre el partido de fútbol. Alhaji no vuelve a mencionar el

asunto, pero un día la veo, a la tal Chica de la Bicicleta. O, al menos, eso creo. Estoy borracho y salgo tambaleándome de un club nocturno con la idea de vomitar y adecentarme un poco antes de marcharme a casa sin que me detenga la policía. Al doblar la esquina veo a una mujer que levanta el puño en actitud retadora antes de convertirse en un resplandeciente... hueco en el aire. Hay siete personas paradas delante de ella como si estuvieran escuchando un discurso. Cuando el hueco desaparece, reparan en mi presencia. Termino de vomitar mientras se dispersan. Una de ellas me entrega una octavilla donde pone: ¿ES MEJOR LA VIDA EN LA LIJAD?

No se lo digo a Alhaji.

Una semana después conozco a Klaus, el belga loco.

## Capítulo 9

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Los interrogatorios en los que participan sensibles se rigen por un protocolo determinado.

El sujeto nunca ve al sensible. Tiene que haber un entorno continuo entre el sujeto y el sensible. No debe producirse la implicación del sensible en el momento de ofrecer alicientes y estímulos. Los alicientes y los estímulos consisten, por lo general, en palizas y electrocuciones. El protocolo me excluye de la parte física del interrogatorio. La tortura. Tampoco puedo formular preguntas. Sí puedo, no obstante, darles a los agentes una lista de palabras para que las lean en voz alta. Estas palabras son cebos, desencadenantes de pensamientos.

Ya he determinado que este sujeto oculta algo y que sabe que se están empleando sensibles. Sus esfuerzos por protegerse son lamentables, pero el mero hecho de que lo intente ya implica un cierto conocimiento.

Las palabras desencadenantes surten más efecto tras un período de privación sensorial. Se les hace oír ruido blanco por medio de unos auriculares al menos durante una hora. Este sujeto ya lleva veinticuatro, porque yo me había tomado un descanso en Lagos con Aminat.

Nunca me he consagrado a la S45, pero tampoco he dejado de cumplir con mi deber. Me son indiferentes. Es un paso adelante. Antes los despreciaba. Me alivia soportar el trabajo en la S45 cuando no tengo más razones para vivir. Aminat supone un cambio en la ecuación, la descuadra por completo.

Estoy en el Departamento de Agricultura, en Ubar. En la planta menos cuatro. En un cuarto más pequeño que la vez anterior.

Tengo al sujeto sentado frente a mí. Hay una agente sentada entre los dos; no está de cara a ninguno de nosotros, sino de espaldas a la pared para poder

observarnos a ambos. Sostiene entre las manos un papel en el que he escrito varias palabras desencadenantes. Lleva el pelo corto y usa gafas. Es alta, aunque de torso breve, todo piernas y traje de pantalón. Alisa el papel, por séptima vez según mi recuento. Está nerviosa.

Procuro no bostezar y me pregunto qué estará haciendo Aminat.

El sujeto está desnudo, en una silla de plástico, con las manos esposadas a sus espaldas. La lámpara calefactora que hay orientada hacia él le hace sudar. Le han asignado a una agente para que se sienta aún más avergonzado. Tiene el cuerpo cruzado de cortes y la cara tan hinchada como la última vez que lo vi. Diría que lo golpean a diario.

Cuando la agente me mira, asiento.

—Madre —dice.

El sujeto se estremece y en su mente surge un rostro, una mujer de mediana edad, corpulenta, risueña, de ojos grandes y brillantes, el cabello trenzado. La imagen irradia un amor absoluto propio de la virgen María. Solo le falta la aureola. Hay una casa y otras cuatro personas que supongo que son sus hermanos. El dibujante forense tendrá que emplearse a fondo. No reconozco las ubicaciones, pero memorizo los detalles. Es fácil; me han preparado para esto.

Asiento y la agente dice:

—Padre.

*Débil. Cabrón.*

La reacción llega en forma de palabras y de olor a... ¿miel? Sí, a miel. Y de dolor físico, un dolor afilado, no agónico. Una imagen acompaña las palabras: un hombre, con barba, rudo, trabaja con las manos como... ¿obrero? Desempeña algún tipo de labor manual. La imagen de la madre se cuela a cada fracción de segundo. Es normal. Lo que ocurre es que cuando alguien experimenta o piensa en algo desagradable, doloroso o incómodo, inserta recuerdos felices de forma automática, un mordente. Todos lo hacemos.

—Latín —dice la mujer.

*Natus ad magna gerenda*, piensa el sujeto.

Esta tiene trampa, aunque es idea mía. Pocos nigerianos poseen conocimientos de latín más allá del lema de su escuela. La primera (y, por lo general, la única) expresión en latín que les viene a la cabeza a menudo

conduce a la institución donde estudiaron. A partir de ahí es fácil determinar su identidad y su círculo más cercano. Femi llegó incluso a felicitarme cuando le hablé de esta técnica.

A continuación, vienen más palabras.

*Dios. Boko Haram. Muerte. Biblia. Yihadista. Negocio. Aplastante. Victoria.*

*Biobóveda. Jack Jacques. Presidencial.*

*Ulterior.*

*Nimbus.*

*América.*

*Homosexual.*

Opciones justas e injustas. Es la guerra. Una guerra secreta que se viene librando desde antes de la civilización, recrudescida por los atentados de las Torres Gemelas. Las reglas sociales de cortesía no se aplican aquí.

Planteo preguntas racistas, homofóbicas y ofensivas a todos los niveles. Es mi trabajo. Mi verdadero trabajo. Leo mentes para el Gobierno. Lo del banco es aparte. Una forma de sacarme un dinero extra mientras mantengo a raya a los toscos sensibles indomesticados.

Después redacto el informe en un terminal seguro no conectado a la red. La información se segmenta en grados de fiabilidad. No es una ciencia exacta. La gente no siempre piensa lo que de verdad pretende hacer. A menudo las personas se engañan a sí mismas. Tengo que hacer la criba de todo eso. Al menos un sesenta por ciento de los datos del informe recogen la verdad. El veinte por ciento son correctos con una probabilidad bastante alta. Los demás son tan aleatorios que no sirven para nada.

Se llama Tolu Eleja. El apellido significa «pescadero» o «pescador» en yoruba. Tiene entre veintitrés y treinta y tres años, y es el primero de cuatro hijos. Dejó los estudios al terminar la primaria. Al igual que su padre, realizaba algún tipo de trabajo manual de mierda. Ocurrió algo, no sé el qué (lo guarda en algún rincón demasiado recóndito) y después se unió a algún grupo. Las armas de fuego actuaron.

Es todo lo que sé por ahora.

No tengo curiosidad. Quiero marcharme. Esto no es agradable. Es repugnante.



Lunes. El banco.

Bola me aborda en el cuarto de descanso.

—Me han dicho que al final sí que le has cogido cariño a Aminat. Cuenta, cuenta.

Guardo silencio, tomo un sorbo de té.

—¡Eso es una sonrisa! Tú nunca sonríes.

—¿Qué dice ella de mí? —pregunto.

La luz del techo se refleja en sus ojos.

—Las chicas no cuentan esas cosas.

—Solo dime si le gusto.

—¿Te gusta ella a ti?

—Sí. —No he tenido que pensármelo.

—Bien.

—¿Y bien?

—¿Qué? —dice, haciéndose la tonta.

—Que si le gusto.

—Dice que eres muy intenso.

—¿Eso es bueno?

—Tal vez.

—Ya sabes que puedo leerte el pensamiento. Y a ella también.

—Además estás bromeando. Bromas. Buen humor. Tiene que gustarte pero que mucho.

—Me contó que ya habías estado casada anteriormente.

—Es cierto.

—No tienes por qué hablar de ello.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. Era joven y guapa.

—Sigues siendo guapa.

Me da un empujoncito.

—Eres todo un conquistador cuando te quitas el caparazón.

—Lo fui de joven —digo.

—¡Picaflor! —Sacude los dedos hacia mí y yo hago lo mismo, hasta que hacemos rozar las yemas.

—Y tanto. —Sonrío, perdido entre recuerdos indeterminados—. Entonces, ¿tu marido?

—Lo asesinaron. O, al menos, eso creo. Viajábamos de camino al norte para ver a mi hermana y a su marido. Tardamos demasiado. A Dominic se le daban muy mal los mapas y las direcciones. Paramos en una aldeúcha remota e hicimos noche en el hotel que había allí. Recuerdo que aquella noche discutimos por alguna tontería y que nos acostamos enfadados. Fue la última vez que lo vi con vida.

»Permíteme darte un consejo, Kaaro, nunca te acuestes enfadado con alguien a quien amas. Nunca te lo perdonarás si le pasara algo. Me desperté en plena noche, me giré y me di cuenta de que no estaba en la cama. Lo llamé, pero al ver que no respondía, pensé que seguía enfadado y me volví a dormir. Recuerdo que a la mañana siguiente hacía un día espléndido, bañado de sol y avivado por los trinos de los pájaros. Lo busqué en vano, cada vez con más miedo. Los aldeanos mostraron interés, pero como todos hablaban hausa, no pudieron ayudarme mucho. Nunca encontraron su cuerpo. Lo único que hallaron fue un rastro de sangre entre la hierba, casi a medio kilómetro del hotel. Las muestras de ADN coincidían.

—Lo siento —digo.

—Fue hace mucho tiempo. Ya no me duele.

—Aminat dice que sigue soñando con él.

Intenta sonreír, pero el gesto se queda en una mueca. Inclina la cabeza como si sopesara la verdad de sus pensamientos, o sus siguientes palabras.

—Tengo entendido que es normal soñar con las personas a las que perdemos. Durante los primeros seis meses o así, al menos. A mí Dominic se me aparece en sueños todas las semanas. No siempre el mismo día, pero...

Los yorubas dicen «*o d'oju ala*» cuando alguien muere. Nos veremos en los sueños.

—No envejece. —Se acaricia la barriga mientras habla. El bebé debe de estar dándole patadas—. Tiene la misma edad que cuando murió. Siempre me pide que me quede con él. Siempre. Dice que está atrapado y que no encuentra la salida.

—¿No sabe que está muerto? —pregunto—. ¿Es un fantasma?

—No es más que un sueño recurrente, Kaaro. Es así. Debido a un sentimiento de culpa, a una tensión sexual no resuelta o vete tú a saber qué.

No es algo descabellado. Los fantasmas existen. No digo que los espíritus

de los muertos regresen para atormentar a los vivos. Eso es absurdo. Solo digo que en la xenosfera pueden observarse patrones bastante persistentes. Algunas personas dejan un rastro que después habrá que descubrir. Estas huellas se componen sobre todo de vestigios de costumbres o de tics o expresiones personales. Sé de al menos un muerto cuya personalidad no solo permanece allí en su totalidad, sino que, de hecho, en alguna ocasión, ha llegado a «poseer» a una persona viva. Pero este no es el caso de Bola.

El descanso llega a su fin.

Regresamos al cortafuegos, donde leemos a Ayn Rand. Odio a la dichosa Ayn Rand.

—¿Alguna vez has pagado por sexo? —pregunta Aminat.

Es una pregunta difícil de responder. Aunque nunca he pagado por sexo, lo que ella quiere saber en realidad es si alguna vez he practicado sexo con una prostituta, y la respuesta a esta cuestión es aún más complicada.

¿Se considera practicar sexo con una prostituta cuando no sabes que esa mujer es una trabajadora del sexo? ¿Qué grado de voluntad implica?

—No —digo. Creo que esta respuesta se ajusta al fondo de la pregunta—. ¿Y tú?

Se ríe. Aminat tiene dos tipos de risa. Una suerte de tintineo, que articula cuando se pone un poco nerviosa, y también una carcajada profunda, con la que me regala los oídos.

—Una vez pagué por un baile erótico —admite—. ¿Eso cuenta?

—Depende de si te llegaste a correr o no.

Silencio.

—¿Y bien?

La penumbra no me permite asegurarlo, pero siento como se aguanta la risa.

La apaciguo con un beso.

Más tarde, son las imágenes de Molar lo que rebrota en mi mente. Extrañado, busco información sobre la mariposa que emplea como avatar. Es un ala azul africana, *Charaxes smaragdalis*, de la variedad azul marino. Las

fuertes alas le sirven para desplazarse a sesenta y cinco kilómetros por hora, una velocidad asombrosa para tratarse de una mariposa. Una mariposa tropical del viejo mundo. Alas moteadas, de color azul iridiscente. Dos cuernecitos en las alas traseras.

¿Por qué eligió esta forma? Al hacerme esta pregunta, reparo en... algo. Es algo que he extraído de la xenosfera, de Molar. Es una imagen, no de un ala azul, sino de algo de diseño similar. Es mecánica, está hecha de distintas aleaciones y de plástico, con una trompa telescópica. Hay un número excesivo de extremidades, dieciséis, filamentosas, en constante movimiento. La mariposa, con las alas inmóviles, no revolotea. Se cierne, sin emplear las alas para propulsarse. El cuerpo está ocupado por la memoria y por un procesador que comprueba la información. Está conectado a un servidor y realiza un análisis de integridad de datos, y después se eleva, solo para posarse en un servidor adyacente. Los servidores se suceden hasta donde alcanza la vista, extendiéndose más allá del horizonte crepuscular. Hay más mariposas que ascienden y descienden entre ellos.

Pero ¿qué coño es esto? ¿Una película de ciencia ficción? ¿Una instalación artística?

—Hola, Grifo —dice. Tiene las alas replegadas ante sí, algo que una mariposa no puede hacer.

—¿Quién eres? En realidad, en la vida real, ¿quién eres?

—Ya sabes quién soy. —Despliega las alas y de nuevo me quedo confundido—. Soy una amiguita.

## Capítulo 10

Lagos: 2045

### *Entonces*

Me encanta bailar.

No de una forma profesional, que requiere moverse de una forma específica y ponerse trajes peculiares. Lo que me mueve es el *hip-hop* o el R&B que ponen en los clubes.

Estoy bailando en el Cube. Ahora está de moda y lo seguirá estando durante los próximos cinco años, tiempo tras el cual será devorado por un espectacular incendio que la policía atribuirá a un intento de estafar al seguro, algo que no podrá probar nunca. Tanto las estrellas de Nollywood como los oficiales militares de menor rango y los capos de la droga frecuentan este local, pero cada grupo ocupa sus propias mesas, donde se relaja con sus respectivas mujeres trofeo. Yo vengo por la música. Me acompañan varios amigos interesados. Como soy un manirroto, hay mucha gente que revolotea a mi alrededor.

Veo un grupo de pimpollos alrededor de una mujer. Esto de por sí ya es inusual. Tal vez sea nueva, o de una belleza extraordinaria. A mí no me entusiasman esas mujeres. Aun así, sigo mirándola. Admiro la belleza, aunque por lo general me atrae más la forma del cuerpo. Pero es solo una preferencia personal. Me separo de mi compañera de baile, sonriéndole, asintiendo, indicándole que el baile se ha terminado. Se gira hacia otro, sin molestarse. Me acerco al grupo, de unas seis personas, y veo a la mujer. Es una vieja arrugada. Tiene el cabello agrisado y disperso y lleva ropa informal. Una chepa le inclina el cuerpo hacia delante, lo que le confiere un aspecto demacrado. Aun así, habla largo y tendido, y los jóvenes la escuchan embelesados. Se gira hacia mí mientras se ríe y me sostiene la mirada. En este momento estoy tan perplejo que he dejado de bailar, y la sonrisa se

descuelga de sus ojos.

*Puedes verme.*

*Sí.*

*Mierda.*

*No pasa nada. No se lo diré a nadie.*

*Sí que pasa. Ahora me siento ridícula. Sal y espérame fuera. Me reuniré contigo enseguida.*

*No he terminado mi bebida.*

*Sal ahora mismo, muchacho.*

La obedezco. Tengo un coche que le oculto a Alhaji y me apoyo contra él. Me pregunto qué tipo de encantos utiliza, qué verá el grupo de jóvenes cachondos cuando la miran.

—¿Y esas cicatrices? —pregunta.

—Una turba. Escapé por los pelos antes de que me colocaran el neumático en el cuello.

—Hmmm. —Enciende un puro, que huele a rayos, pero no se lo digo porque, a decir verdad, me da un poco de miedo.

—A los que son como tú los llaman «cambiados». Buscadores que roban.

—A veces. Solo robo a veces.

—Robas siempre que puedes —dice ella.

—¿Y usted?

—Yo no soy ni una cambiada ni una ladrona. Antes era una especie de prostituta, hasta que me aburrí.

—¿Una especie de prostituta?

—Pensaban que estaban practicando sexo conmigo, pero no era así. Pagaban. —Se encoge de hombros.

—¿Y esta noche?

—Solo me estoy desfogando.

—¿No son un poco jóvenes?

Resopla.

—Si yo fuera un hombre, no te extrañarías lo más mínimo. Por eso, manipulo sus sentidos. ¿Y? Yo también tengo derecho a recibir un poco de cariño en mi senectud. Pero tú puedes verme.

*Puedo hacer que veas lo que yo quiera, jovencito.*

—No será necesario —digo—. Yo la respeto, señora. Váyase tranquila.

—No me llames señora. Me llamo Nike Onyemaihe.

*Me estoy muriendo.*

De pronto, parece vulnerable.

—¿Quiere que la acerque a casa? —pregunto.

Cuando Nike monta en el coche, los jóvenes parecen ponerse nerviosos y empiezan a soltar silbidos. Están celosos porque creen que tengo lo que ellos quieren. No puedo decir que sepa lo que estoy haciendo. Nike irradia una cierta rabia, una cierta oscuridad, pero me da lástima. Presiento que ha llegado al final de un camino que yo apenas estoy comenzando. Viajamos en silencio, mientras de vez en cuando ella piensa algo sobre mí o se ve asaltada por el miedo y la ira. Mi condición de buscador me indica dónde vive. Funciona mejor que un navegador de a bordo.

—Jovencito, no les estás sacando el máximo provecho a tus habilidades —dice—. Estás tan perdido como América.

—Soy feliz con lo que tengo —digo.

—Pues entonces eres tonto. —Lo dice sin ánimo de burla, con la objetividad de una ley matemática—. Cuando se trata de talento y de dotes, siempre hay que aspirar a más. A ser hoy mejor de lo que eras ayer.

—Mi talento está bien como está, señora. Me sirve para lo que quiero cuando quiero. Me llena los bolsillos.

—Por ahora. ¿Crees que yo no pensaba lo mismo cuando estaba en la flor de la vida? Deberías prestar atención a los mayores, Kaaro. Saben más que tú.

—Siento haberla ofendido, señora. —No lo siento, y ella tiene la suficiente experiencia para darse cuenta. Soy joven y no me apetece escuchar tópicos ni consejos que no he pedido. Quiero volver al club, la verdad sea dicha.

Cuando llegamos a su casa, parece encontrarse más débil que antes. Tengo que ayudarla a bajar y me veo obligado a acompañarla adentro.

—Aquí estás. Te he buscado por todas partes —dice un hombre desde el interior. Extranjero, a juzgar por el acento.

Es alto (medirá como dos metros) y blanco. Descamisado y descalzo, solo lleva unos tejanos raídos. Lo habría tomado por uno de esos refugiados

americanos de no ser por el acento y el reloj caro. Tiene la piel flácida, pero podría ser por la edad, porque se aprecian músculos por debajo. Es uno de esos blancos con aspecto de antropólogo, rudo y de aire intrépido. En lugar de mirarme a mí, tiene toda su atención puesta en Nike. Me pregunto si serán amantes, pero no parece ese tipo de mirada.

—Ayúdame con ella —me dice.

La metemos en la casa entre los dos, dejando atrás a un portero que no oculta su somnolencia. Hay por lo menos tres coches de lujo, en los cuales reparo de pasada al entrar. A esta edad, considero importante alardear de riqueza y de gusto. El hombre me lleva a una habitación que huele a enfermedad y a muerte, pero no por medio de las fosas nasales.

—Ya puedes irte —me indica.

—No, que se quede —dice Nike. Me toma del antebrazo sin apenas fuerza.

*¿Es su marido?*

*No, es Klaus. Mi jefe.*

Cuando cruzan una mirada, sé que ella le está poniendo al tanto de algo, pero dejándome al margen. Klaus resopla, me mira y sale de la habitación.

—Muchacho, escúchame.

—¿Va a darme un consejo? No lo quiero. Me...

—Cállate. Así no llegarás a viejo.

Mascullo algo.

—¿Qué?

—Que no tengo planes de llegar a viejo.

—Tampoco yo los tenía.

—¡No quiero sus consejos! —grito—. ¿Por qué todo el mundo se empeña en hacer de mí alguien mejor? Me importa una mierda. Mire, abuela, lamento que se esté muriendo, pero me marchó. Adiós.

—Menudo imbécil estás hecho —me espeta.

Un huracán de sensaciones me arrolla. Nike parece infiltrarse en mí, en mi mente, y hay luz, calor, sonidos y experiencia. Está su matrimonio, que terminó con la muerte natural de su marido. Está ella en su faceta de prostituta. Siento hasta la última de las vejaciones, de las burlas. *Ashewo*. Visitó América en su juventud. Disneyland, Florida. Mucho antes. Sabe lo



que son la violencia y la ternura. Recuerda cómo cambió el mundo, cuando Hyde Park salió en las noticias y los alienígenas aparecieron entre nosotros. Quien no viviera aquel momento no puede hacerse una idea del escalofrío que estremeció a la humanidad cuando se confirmó que no estábamos solos en el universo. El hombre ya no era el hijo único de alguna indiferente diosa del caos, sino uno más de muchos hermanos. Nike recuerda la cara de su bisabuela al describirle la primera vez que vio un avión. Se pasó de los carruajes tirados por caballos a los automóviles, y de ahí al invento de los hermanos Wright, todo en la misma generación.

Recuerda cómo cambió el mundo para ella, con pasos lentos pero definitivos, las nuevas habilidades que descubrió. Las búsquedas. Los robos. La infinidad de porros, a la que se sumó una infinidad más. El semen que se escurría de dentro de ella cada vez que se rompía el preservativo. Los abortos. Muchos, pero todos iguales. Las caras, el maquillaje. Las hermanas de la noche. La muerte, la destrucción, la putrefacción. Los pensamientos, no en forma de palabras, sino de círculos, de discos, de esferas intersecadas, concéntricas, irradiándose hacia fuera. Formas inconstantes. Todas recogidas del útero, moribundas. Todo su dolor y su dicha, los míos, y todo para nada. Su vida y la mía, carentes de sentido. La iglesia. Ella rezándole a un dios mudo, a la espera de una respuesta, aunque consciente en el fondo de que nunca recibirá ninguna. Una letanía, las confesiones, una liturgia en su cabeza, el acceso al perdón. ¿Esperanza? Amor, risa, hemorroides y dientes desprendidos. Pollas y una riada incesante de dinero. Un millar de mentes abiertas para ella. Para mí. Así es como se hace. Ha inoculado este conocimiento en mi ser, en mi cabeza, y estoy llorando. Siento mis lágrimas mezcladas con su sangre.

Cuando se termina, me quedo solo, sentado en el suelo de la habitación. El cuerpo de Nike yace inmóvil, un tanto deteriorado. Se ha ido. Estoy agotado y empapado de sudor. Klaus está parado en la entrada.

—¿Ha muerto?

—Sí —respondo, porque ya no oigo sus pensamientos.

Se acerca a la cama y cubre el cuerpo.—Deberías comer algo —me recomienda.

—Estoy bien.

—No, no estás bien. Llevas tres días aquí.

—¿Qué?

—Supongo que impartir conocimientos lleva su tiempo. Vamos.

Me observa mientras como. Hambriento, devoro tres huevos, cuatro rebanadas de pan y dos naranjas. No dejo más que las pepitas y las cáscaras. Llamo por teléfono a Alhaji y le digo que estoy bien. Le cuelgo cuando empieza a quejarse.

—¿Te encuentras bien, hijo? —me pregunta Klaus.

—La verdad es que no. Estoy jodido. Me ha robado la juventud.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que ahora veo lo inútil que es todo. Las borracheras, las visitas a los clubes, salir a bailar, tontear con las chicas. Follar. Gastar dinero. Y vuelta a empezar. Todo es absurdo.

—Lo absurdo siempre se soporta mejor con dinero, pienso yo.

—¿Qué?

—Es mi lema: con dinero se soporta mejor. Ya que vas a llevar una vida absurda, lleva una vida absurda con dinero.

Cojo un frasco de anacardos y lo vuelco en mi mano. Los retorcidos frutos secos están bañados en sal, pero dado que es algo que odio, la retiro frotándolos y soplándolos antes de echarme unos pocos a la boca.

—¿Qué es lo que quieres pedirme, Klaus?

—Pienso que deberías trabajar para mí. O conmigo. Lo mismo da.

—¿No has oído lo que acabo de decir sobre lo absurdo que es todo?

—Creo que terminarás dándote cuenta de que de todas las cosas de las que Nike se arrepentía, trabajar para mí no era una de ellas. —Se mete un dedo en el oído izquierdo y extrae un grumo de cerumen—. Me encanta tu país. Se puede ganar mucho dinero. Hay petróleo y gas. La población es extremadamente supersticiosa, incluso los intelectuales lo son. Las iglesias y las mezquitas ejercen una poderosísima influencia en la ciudadanía, las familias y el Gobierno. Hay células terroristas, tenéis un ejecutivo paranoico que cuenta con un *babalawo* propio alojado en la residencia oficial. Tenéis leyes contra la homosexualidad. China y Rusia compiten por ser los nuevos

Estados Unidos y todo el mundo vive atemorizado, amigo. La gente necesita lo que tú posees. Yo tengo clientes y contactos en el Gobierno. Sé de negocios. ¿Qué me dices?

Como otro puñado de anacardos.

—Me lo pensaré.

Ya tengo claro que trabajaré con él.

## Capítulo 11

Rosalera: 2066

*Ahora*

Días después de la Apertura, se celebra una especie de desfile.

Ya es un fenómeno conocido. Se repite cada año. Hay fotos, almanaques y artículos en Nimbus. Ahora incluso existe el arte de la reconstrucción. Los curados son algo milagroso; los deformes, una tragedia; y los reanimados, una abominación; pero los reconstruidos pueden resultar cómicos o... quién sabe qué. El banco cierra durante dos horas. Es el tiempo que tarda en pasar el desfile de los reconstruidos. Poco a poco, dará la vuelta a toda Rosalera, durante todo el día. Tal vez cerrar el banco no sea la solución más profesional, pero esto es Nigeria.

Los empleados lo vemos desde arriba. Clement, que me lame el culo, me trae café. No sé por qué lo hace. ¿La adoración del héroe? Tampoco soy para tanto. Me escama. Bola tiene tos, dice que no le ha dejado dormir en toda la noche. Se la ve cansada, pero se anima a murmurar: «Mandaré contra vosotros hambre y bestias salvajes que os dejarán sin hijos».

Abajo, alguien percute algo. No es una piel de cabra tensada. Son contenedores de plástico volcados. Está empezando. A la cabeza, un hombre alado. Lleva unas alas de halcón pegadas a los cortes que tiene en la espalda; los xenofórmos las han integrado, tal vez tejiendo músculos y vasos sanguíneos para hacer funcionar el conjunto. Aunque las alas no son nada del otro mundo, al hombre se le ve entusiasmado. Me viene a la cabeza el grifo, y entonces pienso en Molar. No es que esta se encuentre en la xenosfera; solo me he acordado de ella.

Una mujer que debía de ser estevada o algo así ahora tiene las rodillas orientadas hacia atrás. Parece una estatua de Calibán o un demonio. Un hombre camina cojeando, aquejado de un bocio tan abotagado que parece

llevar un balón de fútbol atascado en el cuello. Las cicatrices que se aprecian en la prominencia sugieren que ha intentado abrírsele a base de cortes. Tal vez esperaba que se le encogiera, pero en vez de eso, si no me equivoco, los xenofórmos se lo han agrandado y perfeccionado.

Hay hombres y mujeres con múltiples orificios desplazados, como una chica dotada de dos bocas, una encima de otra. Por el patrón de sus cicatrices, deduzco que intentó moldearse los labios. Hay un chico que va en un carro tirado por dos adolescentes. Supongo que es un chico. Lo único que queda de él es una maraña de extremidades y de mechones de pelo que asoman por aquí y por allá. Cuento cinco manos izquierdas y tres pies. Un ojo, alojado en la masa de carne central, mira desesperadamente en todas direcciones, rezumando lágrimas. No imagino cómo terminó así. Tal vez a causa de un accidente laboral en el que se vieron implicadas varias personas.

Muchos se han cubierto a modo de momias egipcias, a fin de ocultar los grotescos cambios que hayan sufrido. La gente les arroja monedas o se ríe de ellos. Una parte de los curiosos decide seguirlos: los niños, algunos policías, los bufones, los pandilleros.

Me levanto para marcharme.

—No te has terminado el café —me recuerda Clement. Tiene las cejas enarcadas en un gesto entre esperanzado y expectante. Quiero tirarle de la trenza trufada de chatarra solo para ver si su fachada de amabilidad se desmorona, pero me resisto. ¿Qué querrá de mí?

—Ahora vuelvo.

Voy al aseo de esta planta. Me dirijo al último compartimento. No hay nadie más. El olor del agresivo desinfectante se mezcla con el del jabón líquido barato y el de las pastillas de los urinarios. Entro en el compartimento, bajo la tapa y me siento en la taza. Lo que tengo que hacer entraña cierto riesgo, sobre todo aquí, pero necesito intimidad y, además, no quiero esperar. Llevo toda la noche preocupado, pensando en lo que Femi Alaagomeji me dijo sobre los sensibles que habían enfermado o muerto. Si se me hubiera ocurrido en casa, lo habría hecho allí, pero no he caído hasta después.

Cierro los ojos y emito una llamada. Es complicado porque tengo que blindarla para que no la perciban Bola, Clement ni ninguno de los otros

sensibles del banco. Además, va en contra del acuerdo que firmé con la compañía, conforme al cual no se deben realizar actividades personales en la xenosfera desde las instalaciones de la entidad. Dado que en realidad el trabajo me importa una mierda, paso de los documentos que pueda haber rubricado.

Envío un único y sencillo mensaje general.

*¿Quién hay ahí?*

Lo siento brotar a modo de oleada, y lo siento rebotar en los bloques neurotransmisores que distribuyo en las intermediaciones. Abro los ojos y los colores se escurren hacia abajo por mi campo de visión, que parece pintado por un Van Gogh enloquecido. Alguien entra; se oyen primero unos pasos, después el brotar de un chorro y, por último, el siseo de la cisterna automática del urinario. El hombre sale del aseo sin lavarse las manos. Cierro los ojos de nuevo, y siento que mi mensaje sigue propagándose. Pasan cinco minutos, diez, pero no recibo respuesta. Es cierto que ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que hice esto, y además este lugar cuenta con un cortafuegos, aunque ahora la barrera está deshabilitada, ya que todos sus componentes están viendo la procesión de lo grotesco. El problema es aún peor de lo que pensaba.

—Hola, Grifo —dice Molar, que se deja ver seguida de un enjambre de moscas. En lugar de posarse en ella, se limitan a revolotear a su alrededor. Las alas se le han reconstruido por completo desde que mantuvimos nuestro último... encuentro. No habla, pero se arrodilla y se arrastra ante mis patas delanteras. Recoge las alas para acoplarse, y entonces siento su boca sobre mí. Todo es tan rápido e inesperado que jadeo y abro los ojos. Los colores se arremolinan y se intercambian, y me cuesta distinguir la realidad de la xenosfera. ¿Dónde está el colgador de la puerta? Hay moscas por todas partes, pegadas a la puerta, orbitando la luz del techo a modo de planetas, metiéndoseme por el cuello de la camisa. Las percibo igual que percibo la boca de Molar y...

*Y hay un problema con la autoimagen de Molar. Está demasiado definida, demasiado junta, demasiado unificada.*

... y el vello se me eriza y en lugar de una agradable combinación de colores, lo que aparece en mi mente es un caos, un revoltijo sin orden ni

concierto. En mi cabeza, la sangre se me convierte en un siseo de grillos.

Tras la *petit mort*, Molará desaparece, pero atrás deja la sensación de una duda desmigajada. Me limpio y pienso.

El concepto que uno tiene de sí mismo abarca en realidad muchas cosas. La principal es el verdadero yo, del cual uno podría no ser del todo consciente. Alrededor hay diversos yoes falsos, a los que se recurre según la situación, yoes sociales mediante los cuales el yo verdadero puede interactuar con el mundo. Pasamos de uno a otro con total naturalidad a medida que crecemos, pero no son más que invenciones complejas. O tal vez sean yoes auténticos pero alternativos. Depende de la postura epistemológica de cada uno, pero eso es irrelevante. Lo que importa es que cuando me asomo al interior de alguien, veo el amasijo de yoes en forma de fronteras difusas de la imagen mental. Las fronteras de Molará están demasiado bien perfiladas. Estaba buscando sensibles y ha aparecido ella, pero...

Quizá no signifique nada. He conocido a dos o tres niños autistas con una demarcación muy clara del yo y del no yo, pero esto es distinto. Molará no es solo una sensible indomesticada con tendencias de súcubo.

Lo que sucede es otra cosa.

Más tarde, ese mismo día, tengo que luchar por mi vida.

Voy a pie camino de la estación, preguntándome si practicar sexo en la xenosfera es lo mismo que ser infiel. En lugar de contemplar el entorno, ando como un sonámbulo hasta que llego a la taquilla. La bóveda irradia un resplandor anaranjado, como ocurre a veces. En noches como esta, el caleidoscopio de colores rivaliza con la aurora boreal.

Me dirijo a Ubar para continuar con el interrogatorio, pero decido sorprender a Aminat con unas flores por el camino. Me encuentro esperando en la puerta de su casa cuando dos hombres que estaban en un coche aparcado se acercan a mí. El conductor permanece dentro y puedo ver sus manos apoyadas en el volante. No sabría decir si el motor está arrancado. Los dos hombres se paran junto a mí, cada uno a un lado, como si esperaran a que respondan al timbre.

—Hola —dice el de mi izquierda, y entonces me giro hacia él. Es un poco

más bajo que yo, de tersa tez negra, cabello corto y ojos pequeños. Lo acompaña una nube de colonia. El otro tipo, más alto y corpulento, tiene aspecto de gorila contratado. Un guardaespaldas, entonces.

—Hola —respondo.

—¿Repartiendo flores? —pregunta.

—Por así decirlo.

—¿Quién eres? —indaga.

—¿Quién eres tú?

El hombre mira de un lado a otro de la calle antes de girarse de nuevo hacia mí.

—¿No sabes quién soy?

—Lo siento, no salgo mucho y no suelo ver la tele.

Sea cual sea la respuesta que piensa darme, no llego a oírla porque un profundo dolor me traspasa el cuerpo y las extremidades convulsionan como si no fueran mías. Las flores caen al suelo, seguidas de mi cabeza. Veo posarse tres pétalos antes de desmayarme.

Cuando recobro el conocimiento, lo primero que pienso es que me han disparado con una táser. Ya he sufrido este tipo de ataque en alguna otra ocasión, y la sensación es muy parecida. Me duelen los músculos y tengo sangre en la boca. No he soñado nada. Estoy en un cuarto penumbroso, de tres o cuatro metros cuadrados. Sé que no llevo aquí mucho tiempo porque estoy tendido en un suelo de piedra, sin ataduras, pero no siento frío en las partes del cuerpo que están en contacto con él. Sospecho que me han dejado caer aquí dentro y que me he despertado con el golpe. Yazco boca abajo, y cuando me levanto, me alivia comprobar que no tengo ningún hueso roto. Muevo la mandíbula en círculo y compruebo hasta dónde puedo extender las extremidades. Escupo en la esquina. Hay una ventana, pero está tapada con periódicos viejos. La luz se filtra a su través, pero no mucha. Me acerco y retiro los bordes desgarrados del papel. Unos barrotes atraviesan la ventana y debajo del papel hay una mancha diluida de jalbegue. Por aquí no voy a poder escapar. Un penetrante olor a huevos podridos agria el aire.

Me han descalzado y lamento no llevar la funda de la pistola, pero, en fin, qué más da. Ya me han disparado otras veces, y se me eriza el vello de la nuca solo de recordarlo. Dudo que yo pudiera hacerle algo así a otra persona.



Tanteo la puerta, que está hecha de pesado roble. En el suelo no hay nada, salvo mugre y algunos guijarros. Me pregunto distraídamente si podría utilizarlos para algo: recogerlos y, extrayendo un trozo de tela de mi ropa, fabricar una porra, una idea que saco de lo poco que recuerdo de las lecciones de defensa personal. He recogido tres cuando reparo en que no son guijarros. Los examino con detenimiento bajo la luz mortecina.

Son fragmentos de hueso.

Los dejo caer con asco. Están por todo el suelo y me pregunto qué significará esto para mí y mis huesos. Intento asomarme a la xenosfera. A fin de insonorizar la habitación, la circulación del aire se limitó durante la construcción. No puedo explorar nada de lo que hay fuera. Sin embargo, dentro quedan los ecos de los anteriores ocupantes. Los restos de los patrones de los neurotransmisores. Me sereno, tomo aire y tanteo los canales.

Percibo miedo, muerte y violencia. Veo rostros difusos: negros, blancos, pakistaníes, de hombres y de mujeres, todos aterrorizados. Los siento evocar las imágenes de sus seres queridos, algunos mientras suplicaban, otros de forma inconsciente y otros mientras peleaban, todos atenazados por el miedo. Lo último que vieron fue un ser pálido y demoníaco. Algo que se muestra distorsionado y distinto para cada persona, pero eso también es normal. No todos vemos lo mismo, en especial cuando tenemos miedo. Esto no me tranquiliza en absoluto. Cuando las visiones y las emociones se vuelven recurrentes, me salgo. No me aporta nada nuevo.

La puerta hace clic-clac y se abre despacio. Me aparto. Entran el tipo de la tez tersa y su guardaespaldas. El de la tez tersa trae enrollada en la mano derecha una cuerda azul que se extiende por detrás de él y hacia arriba, como si estuviera atada a un globo.

—¿Por qué has estado viéndote con mi esposa? —pregunta el de la tez tersa.

Ay.

—¿Te refieres a tu exesposa? —pregunto.

El guardaespaldas me da una bofetada. Ha sido como un puñetazo. Odio la violencia, sobre todo cuando la ejercen contra mí. El olor a huevos podridos entra con ellos y se mezcla con el de la colonia. Ya no puede ser más repulsivo. Alguien ha puesto la mierda de *Woo-woo* a todo volumen en algún

lugar de la casa.

—Aminat no es tuya —dice el tipo de la tez tersa.

No voy a discutir. Primero entro en el guardaespaldas. Su mente es simple, pero tiene una imagen más clara de... Oh, joder. Los huevos podridos, los fragmentos de huesos, un demonio pálido, un globo. Ya sé lo que es. Envío señales al cerebro del gorila. Lo convengo de que está sumergido. Al creer que se ahoga, contiene la respiración. Agita las extremidades. Me meto en la cabeza de su jefe, pero antes de que me dé cuenta, este suelta la cuerda. Sé lo que va a pasar ahora.

La criatura entra por la estrecha puerta, derribando al exmarido de Aminat según se adentra en la celda en su vuelo hacia el techo. Con la cuerda enrollada en el cuello, empieza a articular gruñidos guturales, fuera de mi alcance.

Es un levitante, una criatura alienígena, retenida de forma ilegal. La S45 me lo enseñó todo sobre ellos, pero hasta ahora solo los había visto en vídeos, fotografías y simulaciones. A decir verdad, preferiría no tener ninguno cerca en este momento.

Es pálido, como un hombre blanco exangüe. Tiene extremidades alargadas, garras con las que inmovilizar a las presas, colmillos largos y puntiagudos de homodonto, ojos grandes y compuestos de aspecto insectil, y carece de pelo, salvo por algunos mechones dispersos que parecen haberle salido de forma apresurada. Entre las patas asoma un pene casi vestigial. Vuela, pero sin alas. Tiene una bolsa de gas alojada entre los hombros. Una reacción química crea un gas que le permite levitar sin hacer ruido.

Ah, además, los levitantes son carnívoros.

Imagino que lo utilizan para deshacerse de los indeseables, y de ahí que haya muerto tanta gente en esta habitación. Es huesudo y tiene el vientre completamente cóncavo. Está famélico. Me ha visto, pero duda entre el guardaespaldas, el marido de Aminat y yo. Se encuentra a metro y medio de mí y no espero a que se decida. Salgo corriendo por la puerta. Oigo gritos, pero no miro atrás.

Estoy en un pequeño cobertizo para los criados. Durante la época colonial de Nigeria, estos edificios servían de alojamiento para los esclavos. Creíamos que así era como debían construirse siempre las casas, de manera que todas

las grandes residencias postcoloniales cuentan con un bungalow anexo. Abro la puerta y me encuentro en un complejo rodeado de muros de cuatro metros de alto. Todavía es por la tarde y el sol cae con fuerza. No tengo teléfono y voy descalzo. A mis espaldas se produce el estruendo de unos golpes. Ya no se oyen gritos.

*Lo siento, Aminat, creo que he matado a tu marido.*

La arquitectura de la casa principal incluye multitud de pendientes y extraños baluartes. No puedo trepar por la pared, es demasiado alta, pero puedo seguirla hasta llegar a la puerta.

Esta es la casa de un criminal, por lo que seguramente tendrá decenas de hombres armados a su servicio. Encuentro un hueco y me recojo en él. Cuando empiezo a entrar en la xenosfera, oigo el ruido de unas tablas y unos cristales que se rompen. El levitante escapa del cobertizo para los criados. Tiene la mitad inferior de la cara manchada de sangre, al igual que las garras. Olisquea el aire y mira en mi dirección al mismo tiempo. Los levitantes no ven bien, pero se sirven de una combinación de estímulos visuales, olfativos y auditivos para desatar su letalidad.

Se abalanza contra mí, la cuerda de alrededor del cuello sacudiéndose tras él como un cordón umbilical desgarrado. La bolsa de gas inflada parece un paracaídas o una mochila y el vuelo silencioso hace que calcule mal la velocidad a la que viene. Antes de que me dé cuenta se me echa encima y me atenaza con las garras delanteras y traseras. Cuando me levanta del suelo, ignoro el dolor punzante que me produce al agarrarme y pongo ambas manos bajo su mentón, empujando hacia atrás. Espero que así no pueda morderme, aunque la sangre y sus violentas sacudidas me impiden sujetarlo bien. Un borboteo y un hedor acre se desprenden de su vejiga.

Nos levantamos lentamente debido al peso combinado. Tal vez pretenda alzarme y estamparme contra el cemento para que me quede sin fuerzas y deje de resistirme. Intento introducirme en su cabeza, lo cual es un error. Percibo la cruda e indescifrable mente alienígena, que me aturde. Tal vez emplee otro tipo de neurotransmisores o puede que los impulsos viajen en direcciones distintas, pero la conexión me provoca un dolor insoportable. Parece tener la cabeza llena de cristales rotos. Sus pensamientos o impulsos o lo que quiera que sean me pinzan las neuronas una a una, por lo que a punto

estoy de soltarle el mentón. Me tira un mordisco y, a pesar del dolor de cabeza, distingo algunos trozos de carne entre sus colmillos.

Cuando nos elevamos sobre la tapia, la cabeza del levitante estalla en una nube sonrosada. Segundos después, oigo los disparos. Las extremidades de la criatura siguen agitándose. Los restos de la cuerda se desprenden. El levitante se caga, añadiendo un surrealista olor humano a la mezcla. Noto en los brazos la vibración que produce el impacto de la bala.

El levitante está muerto y decapitado, pero yo sigo suspendido a cinco metros sobre el suelo porque la bolsa de gas todavía funciona. Permanezco sujeto a un trozo de carne resbaladizo, palpitante y bañado en sangre mientras algún hijo de puta sigue disparándome. Estoy a merced del viento, que empieza a arreciar. Según me alejo volando de la propiedad, las balas pasan silbando junto a mí, y oigo unos gritos. Tras la casa del marido de Aminat se extiende un pantanal. Veo la bóveda a lo lejos, a mi derecha. No estoy lejos de Ubar, y mis jefes deben de andar buscándome.

Me escurro, me estiro hacia el tobillo del levitante y me agarro a él, pero la sangre impide que me afiance. Caigo y me golpeo contra un montículo de tierra húmeda.

No pierdo el conocimiento, pero prefiero no moverme. La criatura sigue flotando, desangrándose sobre mí. Horrorizado, balbuceo para limpiarme la boca, pero el dolor es aún mayor que el asco. Me quedo ahí, ungido en sangre alienígena. Momentos después, todo acaba. Un mamífero se acerca a examinarme, un animal peludo y amigable, de nariz fría, pero lo espanto. Considero la idea de correr hacia la marisma, como hacen los fugitivos en las películas, pero debo de haberme desmayado, porque de pronto caigo en la cuenta de que el sol ha cambiado de posición y de que las sombras se han alargado.

—Señor Kaaro, ¿está ahí? —dice alguien por medio de un megáfono. Nadie me llama así. Me siento y vuelvo a dejarme caer. Dolor.

—¡Ahí está!

Es obvio que alguien me ha visto, pero ya no puedo moverme ni pelear. Estoy agotado, herido y sin aliento. A la mierda.

Tanteo las mentes que me rodean y preparo mi última defensa, una suerte de infarto colectivo que el profesor Ileri me enseñó a provocar.

*Aminat, ¿qué has hecho?*

*Aparte de toda una experta en peinados afro, has sido la mujer más problemática con la que he salido.*

Cuando toco la primera mente, me doy cuenta de que es amigable. Ha llegado la caballería. Los agentes de la S45 han venido a buscarme, guiados por mi chip.

—Ya era hora, joder —digo en voz alta. Me quedo tendido en el suelo.

Me encuentro en el hospital.

No estoy tan malherido, no tengo ningún hueso roto ni nada, pero necesito algo de tiempo para descansar y reponerme. Tengo un montón de magulladuras, torceduras e infecciones allí donde el levitante me clavó las garras. Por cierto, han observado que tengo la tensión un poco alta. No es un registro alarmante, pero sí lo bastante inusual para que los médicos se preocupen. A mí no me sorprende. Los últimos días me han deparado más emociones de las que suelo buscar.

El marido de Aminat sigue vivo.

—¿Es él? —dice el agente que se acerca a mi cama para ponerme al tanto. Me muestra una fotografía.

Asiento.

—Se llama Shesan Williams. Es un criminal de la zona implicado en multitud de investigaciones, pero no ha sido condenado desde que cumplió la mayoría de edad. Se quedó con el ser alienígena ilegal como si fuera una mascota. Los huesos que usted encontró eran de humanos y de animales. Por lo general, alimentaban al levitante con cerdos, aunque Williams podría haberlo usado para hacer desaparecer cadáveres. Todavía no podemos demostrar nada.

—¿Qué quiere decir?

—Podemos demostrar que ahí hay huesos humanos, aunque no de quiénes son. No podemos demostrar que Williams daba de comer personas al levitante. Como mucho, podemos acusarlo de tenencia de forma de vida ilegal. La ley aplicable atañe a los seres modificados a nivel genético, puesto que no hay legislación sobre la posesión de extraterrestres.

—Entonces ¿se irá de rositas?

—Están los cargos por secuestro, pero no es tan sencillo, agente. A usted lo encontramos fuera de su propiedad, y desatado. No digo que vaya a librarse, pero los únicos testigos son usted y el guardaespaldas. Williams está en coma. Ha sufrido varias amputaciones y estuvo en *shock* durante tanto tiempo que los médicos dudan que llegue a recuperarse por completo. Ha perdido el cincuenta por ciento de la función renal. Tiene el hígado destrozado. No creo que eso sea irse de rositas.

—¿Y el guardaespaldas?

—Muerto. Mejor que no vea el cadáver. El levitante tenía un hambre voraz.

Tras regañarme por no llevar mi arma encima, el agente se marcha. Femi no se ha puesto en contacto conmigo directamente y me pregunto por qué. Dijo que estaba ocupada con no sé qué asunto de un americano, y ahora creo que debe de tratarse de algo serio, porque siempre me llama cuando la cago.

Aminat viene a verme, parece sentirse culpable.

—Lo siento —dice, entre lágrimas, abrazándome de un modo que, a decir verdad, me castiga las costillas lastimadas, aunque al mismo tiempo me resulta agradable, por lo que no hago muecas de dolor ni me quejo.

—¿Por qué lo sientes? Tú no me has echado un carnívoro encima ni me has disparado con una táser.

—Nunca pensé que Shesan sería capaz de... Quiero decir...

—Sigues casada con él.

—Técnicamente, sí, sigo casada con él, pero no porque me importe ni lo quiera. No me... Nunca nos pusimos con el papeleo. Siempre ha sido celoso, pero nunca se me pasó por la cabeza que podría... Y ahora aquí estás, en el hospital.

—Tampoco es tan grave —digo. Es cierto. En realidad, me gustan los hospitales. Algunas semanas voy como voluntario a las salas de urgencias y a los pabellones de quimioterapia, donde me paso el rato entrando y saliendo de la xenosfera. Los moribundos tienen una percepción asombrosa de la vida y es mucho lo que se puede aprender de ellos, de las cosas de las que se arrepienten. Un técnico de lavadoras que padecía un cáncer terminal de laringe solo tenía un pensamiento recurrente:

*No hay excusa para hacer llorar a un ángel.*

A día de hoy, sigo sin entender muy bien a qué se refería, pero era una idea teñida de angustia, por lo que decidí anotarla.

—Layi dice que te incluirá en sus oraciones —comenta Aminat.

—Pero no podrá venir a verme —supongo al acordarme de la cadena.

—No. —Se inclina un poco más sobre la cama, recogiendo sus largas piernas y dejando caer los zapatos al suelo.

Le hago sitio.

## Interludio: Misión

### *Rosalera: 2056*

Los entierros. Una de las primeras costumbres que cambian con el surgimiento de la biobóveda es la de los entierros. Los ataúdes se cierran con la tapa soldada a la caja y las tumbas se rellenan con cemento en vez de tierra. Esta es la explicación.

Vivo en una destartalada casa prefabricada, en un lugar que llamaremos Taiwo. El sitio toma su nombre de un gánster, gemelo de Kehinde. Este último vive en el extremo opuesto de la bóveda. Un día mantuvieron una disputa de las que hacen época y ahora no pueden ni verse. Escindieron la banda en dos y se repartieron las zonas de La Rosquilla donde podía operar cada uno. Mi actual encargo consiste en meterme en la cabeza de ambos y documentar en primera persona la actividad de los principales delincuentes de la conurbación. Mi labor es más o menos secreta. Salgo con ellos y obtengo la información de sus pensamientos. Por lo general, no los acompaño durante los asaltos. Por las lecturas que hago de la mente de Taiwo, sé que confían en mí. Creen que me faltan un par de tornillos, pero que soy legal, aunque no les sea de ayuda en una pelea. Uno de los miembros de la banda sospecha que soy gay.

Vivimos en un salón amplio como si fuéramos una comuna. Compartir las flatulencias siempre crea un clima de confianza. Las ilícitas ganancias están en un hoyo sellado, a buen recaudo. La abertura está vigilada por una máquina de ataque construida en Guyarat. He estado intentando desviar la conversación hacia el tema del bot para hacer que Taiwo piense en el lugar de donde lo sacó. La S45 quiere saberlo. Hasta ahora no ha habido suerte.

Cada día apunto cuanto descubro con una letra minúscula y prieta y enrolló el papel en un cilindro del tamaño de un chicle. A las dos en punto me



levanto para orinar y entonces uno de los drones silenciosos de la S45 baja a recogerlo. Introduzco la información en un compartimento y el dispositivo reemprende el vuelo. Todo el tiempo mantengo la cabeza en la xenosfera, por si hubiera alguien observándome. No hay nadie, e incluso el bot de Guyarat sueña con ovejas eléctricas.

Esta vez el dron no se marcha, sino que tiene algo para mí. Instrucciones. Unas coordenadas a las que debo ir. Debe de ser algo importante si quieren que me arriesgue a que la banda de Taiwo me descubra.

Corro durante un kilómetro hasta el callejón donde he ocultado un *buggy* sin carrocería. Poco a poco, La Rosquilla empieza a parecer una ciudad de verdad, aunque en su mayor parte esté construida en madera. También hay acero y hormigón, pero todo va muy despacio. Es más una ciudad fronteriza que otra cosa, con pocos lujos y menos leyes. Introduzco las coordenadas en el sistema de navegación y recorro las calles polvorientas. No hay luna y cada dos por tres cojo un bache. Estoy vinculado mentalmente con uno de los gánsteres, y no ha saltado ninguna alarma. El tipo sueña con un plato de maíz tostado y con uno de los miembros de la cuadrilla.

Ya más cerca del destino, puedo ver mejor gracias al Ganglio Sur. Brilla con más intensidad que la biobóveda, fálico, potente. Se respira el tufillo que dejan los imbéciles que se electrocutan solos. Hay más coches congregados, pero no se ven tantas casas. Conozco este lugar. Es donde enterramos a los muertos.

Los haces de los faros confluyen para formar un área iluminada. No añado las luces del *buggy*. Me detengo a un metro del más cercano y recorro a pie el resto del camino. La gente que hay parece envuelta en un manto de nocturnidad y misterio.

—Me llamo Kaaro —digo—. ¿Quién está al mando?

—¿Tú eres el de la S45? Pareces un poco joven —observa una de las siluetas—. Cabo Remilekun. Del ejército.

—Muy bien, cabo, ¿por qué no me dice cuál es el problema?

—¿Es que no puedes leerme la mente? —dice, para regodeo de los otros.

Ahora que mi vista se ha adaptado, lo veo mejor. Es un creído, alto, musculoso, y va armado con un fusil. Lleva boina. Lo odio nada más verlo. Lo odio porque sé demasiado bien cómo es. Es justo el tipo de energúmeno

que disfrutaba dándome palizas de niño, del que yo huía. Me vienen a la cabeza las palabras de Ileri: «No utilices tu don a la ligera. Eres peligroso, y no conviene que jueguen contigo. Tu ira podría arrebatarles el juicio a los demás. Esto es algo que debes evitar. Deberás comportarte con absoluta profesionalidad en todo momento. Pero que eso no te impida darle una lección a alguien si la táctica lo requiere. ¿Qué quiere decir esto? Si alguien se convierte en un obstáculo para tu misión, no dudes en darle por el culo.»

Espiro y tanteo la mente de Remilekun. No está tranquilo. Los sensibles lo ponemos nervioso, y su autoimagen es pequeña y está eclipsada por una pistola casi tan grande como él. Lo aísla. Lo arrojo a una negrura de una opacidad que él no ha visto nunca. Dispara el arma, pero incluso el fogonazo del cañón se pierde en el limbo insondable.

—¡Socorro! —grita—. Un oficial necesita ayuda. ¿Hay alguien ahí?

*Oh, ¿te sientes solo, Remilekun? Ahora mismo te busco compañía.*

Una multiplicidad de ojos se abren en la oscuridad. Grandes, pequeños, felinos, vacíos, ictéricos, inyectados en sangre, relucientes. Todos los recuerda Remilekun con miedo. Rompe a chillar como una cabra degollada, y cuando está a punto de mearse en los pantalones, lo traigo de vuelta.

Cae al suelo, se sienta con las rodillas apretadas contra el pecho y mira aprisa en todas direcciones, tembloroso. Sus hombres lo rodean, confundidos.

—¿Hay alguien más al mando? —pregunto.

Al final, con un respeto reacio, me señalan el problema. Se oyen ruidos en el cementerio, donde debería imperar el silencio. Golpes, aporreos, arañazos. Los implantes de algunos de los finados parecen haberse reactivado de forma espontánea, motivo por el cual la patrulla del ejército se ha desplazado hasta aquí. Disponen de dos excavadoras, un vehículo blindado, varios todoterrenos y diez hombres. Nueve, descontando a Remilekun.

El ganglio crepita y truena. Los pájaros nocturnos se quejan.

Sin olvidarme de los soldados y manteniendo aún el vínculo con el gánster de Taiwo, busco rastros de vida, de mentes activas. No encuentro nada, pero barajo la posibilidad de que no sea la tierra lo que bloquea a los xenofórmos.

—Desenterradlos —digo. Me retiro al *buggy* para echar una cabezada mientras acatan mi orden.

Aprovecho la espera para intentar contactar con Anthony a través de la

xenosfera. Es mi nuevo pasatiempo. Quiero entrar en la biobóveda. ¿Es esto lo mismo que rezar? ¿Le estoy rezando al dios del espacio? ¿Cómo hemos llegado a este punto?

Alguien da una patada en la puerta del coche. Abro los ojos.

—Están listos.

Hay dieciséis ataúdes. El olor a tierra húmeda y podredumbre carga el aire. No todos los cadáveres fueron embalsamados.

Esta vez puedo ver sin el campo de distorsión de Remilekun. No todos pertenecen al ejército. Algunos son milicianos; otros, civiles; otros, pandilleros. La tierra está revuelta, como si la hubieran arado. Los féretros están dispuestos a modo de semillas, más que de cosecha. Me meto en una zanja que me deja en medio de todos ellos. No se oye nada. Todos me miran.

—Creía que se oirían ruidos —digo.

—Pararon cuando empezamos a excavar.

Están tranquilos, las armas colgadas de los hombros, fumando. Un perro callejero se mete en el área iluminada, pero gañe cuando alguien le tira una piedra. No veo a Remilekun.

En Taiwo, el matón al que estoy conectado se agita, se gira y vuelve a quedarse dormido.

A mis espaldas, el Ganglio Sur vibra. Me pregunto cuántos cadáveres carbonizados yacerán hoy a su pie.

No cierro los ojos.

Me proyecto, tanteo la xenosfera.

*Uno de los soldados, de nombre Kofo, guarda miles de dólares en los bolsillos. No echará de menos unos pocos cientos.*

El estrépito me saca súbitamente del trance. Los ataúdes se abren de golpe, elevando una nube de astillas hacia el cielo nocturno. Pierdo la conexión con Taiwo, con todo. Los reanimados vienen a por mí, los brazos extendidos, empujándose unos a otros. El efluvio fétido me arranca una arcada. El miedo me atenaza, y no sé por qué, pero incapacito a todos los soldados. Los oigo gritar de dolor. Echo a correr. Una maraña de manos tira de mí.

*¡Mierda! ¡Soltadme, joder!*

Las lecciones de lucha cuerpo a cuerpo se me olvidan por completo.

Sacudo los puños cegado por el pánico.

Sigo corriendo, hacia el ganglio. Lo más lejos posible de los putos reanimados.

No percibo ningún pensamiento procedente de ellos. No puedo inundar su mente de ruido blanco porque carecen de ella. Hay demasiados brazos que porfían por retenerme, demasiados cuerpos que se me echan encima, entorpeciéndome la huida. Muerdo el polvo.

*¿Qué quieren de mí?*

Oigo un machetazo, como los que se oyen en los mataderos. El acero partiendo la carne y el hueso. Golpetazos y cortes húmedos. Lo oigo pensar antes de verlo.

Remilekun se abre paso a tajos entre los aturdidos. Lo hace solo porque no quiere tener que dar explicaciones de mi muerte ante sus superiores. El desprecio que siente por mí me abrasa como gas mostaza.

Ahora los otros militares se levantan y se unen a la refriega.

Los reanimados mueren.

Otra vez.

Más tarde se levanta una hoguera. Los reanimados son quemados y dispersados, entre maldiciones yorubas. Guardo silencio. Todos me temen y me odian, pero que les jodan. Monto en el *buggy* y emprendo el regreso a Taiwo, con la biobóveda a mi izquierda, confiando en llegar antes que el amanecer.

Tomo un sorbo de café, pero nada más probarlo quiero escupirlo. Está claro que ningún mamífero ha digerido parcialmente los granos para darles un mejor sabor. Huele mejor que sabe, así que me acerco el borde de la taza a la nariz y me limito a inhalar el aroma.

—Kaaro, ¿me estás escuchando? —pregunta Femi.

—Sí, señora —digo. No es del todo cierto. También estoy mirando la televisión, donde Jack Jacques, un bocazas de la zona, intenta convencer a los espectadores de que es perentorio que Rosalera tenga su propio alcalde. En Nigeria no existe la figura del alcalde. El tipo es un lunático.

—No hay por dónde coger tu informe. No has causado ninguna muerte de milagro —me reprocha Femi. Habla a través de una pantalla de plasma generada a partir de un dispositivo holográfico del tamaño de una caja de cerillas. Mi implante se encarga de descodificar la señal. Quienes estén cerca de mí no verán más que una cortina de interferencias ni oirán nada más que ruido blanco. De todas formas, no hay nadie en la cafetería, aparte del cansado camarero.

—Eran soldados —argumento—. Y bastante imbéciles.

Femi estrecha aún más los ojos.

—Les freíste el cerebro cuando estaban en medio de una operación.

—Fue un accidente.

—Saliste corriendo, Kaaro.

—Mi especialidad no es la táctica. Me dedico a obtener información, no a soltar mamporros ni a dar tiros, y desde luego no quiero saber nada de hordas de no muertos que se levantan de la tumba para cenárseme los sesos.

Femi se masajea las sienes.

—Los reanimados no comen cerebros, pedazo de ignorante.

—Lo que seguro no querían era que nos diéramos un abrazo de grupo —replico.

Femi suspira.

—Kaaro, tienes que entender que dentro de la S45 hay quienes preferirían prescindir de los sensibles. Eres mucho más eficaz que la mayoría, pero causas el doble de problemas. No todo el mundo te tiene en buena estima. —Enfatiza estas últimas palabras, las cuales pronuncia en inglés.

—¿Qué quieres decir?

—A los agentes no se les permite huir de los enfrentamientos. Has recibido formación y cuentas con un arma. Cuando las circunstancias lo requieren, debes recurrir a ambas cosas. Las consecuencias serán muy desagradables si esto se repite, así que échale huevos.

—¿Me prestas los tuyos?

—Tú tómatelo a broma. Veremos si te ríes cuando alguien muera por tu culpa. Aunque solo sea una persona. Vuelve con el gánster y ponte a informarnos de una vez.

El plasma se disipa. No sé por qué está tan enfadada. El año pasado le dejé

bien claro que no quería saber nada de su querida agencia. Me centro en la televisión.

Jacques habla de los pingües beneficios que Rosalera aporta al país solo desde el sector del turismo médico. Una parte considerable va a parar a las arcas federales, pero, en su opinión, se debería invertir en un ámbito local. El Gobierno federal grava a los peregrinos que cada año acuden a la Apertura para curarse. También grava a los que solo quieren contemplar la biobóveda, prueba de un primer contacto, y ver a los reconstruidos y a los reanimados. En la actualidad, Rosalera no recibe ningún porcentaje de esos beneficios. A la primera Apertura, acontecida el año pasado, asistieron menos de mil personas. Este año han llegado a agolparse unos quinientos mil visitantes en torno a la biobóveda. A algunos hubo que acercarlos en carretilla. Han llegado autobuses y camiones llenos de enfermos de sida. Los caminos de tierra que sirven de carreteras de entrada a Rosalera no resisten semejante volumen de tráfico.

—Hay que gravar y regular esta afluencia. Es lo correcto. Los beneficios, no obstante, deberían invertirse aquí. Nosotros levantamos esta ciudad con el sudor de nuestra frente. Instalamos letrinas, eliminamos la maleza, expulsamos a los perros salvajes y sufrimos las picaduras de las moscas negras porque este es nuestro hogar. Con esos beneficios, podríamos tener buenas carreteras, medios de transporte, un alcantarillado moderno, un tendido eléctrico que no dependa de los generadores locales, un cuerpo de defensa civil y demás servicios propios de cualquier sociedad civilizada. Esto no es el salvaje Oeste. Esta no es una ciudad fronteriza. Esto es el siglo XXI.

Jacques es una sabandija convincente, eso hay que reconocérselo.

Me levanto, pago la cuenta y salgo al reencuentro con el barro.

## Capítulo 12

Lagos: 2055

### *Entonces*

En la cervecería Siete Hijos, vacío mi jarra, eructo sobre el dorso de la mano y busco las palabras precisas en mi cerebro, ahora embotado por la bebida. Es difícil dar con una mujer que sepa escuchar, que esté dispuesta a escuchar, y a mí me encanta hablar. La mujer asiente como si entendiera lo que acabo de decir, algo poco probable.

—No es tan sencillo como piensas —digo—. Por lo general, cuando alguien busca algo, cree saber lo que va a encontrar.

Me pregunta qué quiero decir.

—Todo cambia cuando se pierde. Aquello que encuentras, ya sea un objeto, una idea, una persona o una cosa, no es en realidad lo que perdiste.

Me pregunta si seré capaz de hacer el trabajo.

—Sí. —Le respondo con cierta pesadumbre, pero acepto el dinero.

Un anillo de matrimonio destella en la mano de la que tomo la paga. La piel clara es tersa, está bien nutrida. Viste ropa cara. El reloj, el collar, los pendientes... Ninguno de los complementos son baratos. Tiene el rostro limpio de arrugas; los ojos, deslavados; el cabello, denso y lustroso. Siento deseos de morderle la mejilla, no para molestarla, sino para comprobar a qué sabe. Nunca ha padecido malaria ni disentería. Ningún microbio se ha adherido jamás a su piel.

—Eres una mujer muy bella —le digo.

—Gracias.

—No es un cumplido, señora. Lo digo porque, teniendo en cuenta tu belleza, es probable que haya alguien que te desee, tal vez tu cónyuge. Y tal vez sea ese cónyuge la persona a la que buscas, la persona a la que quieres encontrar.

A pesar de mi tono inquisitivo, la mujer no se digna contestarme.

—Señora, los clientes que buscan a sus cónyuges pocas veces celebran el resultado, según mi experiencia.

—Entiendo.

—No, creo que no me entiendes. Las clientas atractivas, como tú, no están muy acostumbradas a que las rechacen.

—Creo que podré superarlo —dice la mujer—. ¿Cómo lo hacemos?

—Dame las manos.

En realidad, no necesito cogerle las manos, pero he comprobado que cuando el cliente participa de alguna manera, su satisfacción es mayor. Echarle un poco de teatro, aunque sea muy sutil, siempre granjea mejores propinas y extras. También quiero tocarla, sentir el tacto de su piel sedosa. No me decepciona. Es como darle la mano a una nube, como si estuviera sin estar, hecha de músculos que ignoran lo que es el trabajo manual. Diría que ni siquiera ha llegado a utilizar jamás un teclado. Todas las máquinas que ha tenido han funcionado por medio de una pantalla táctil o de un campo holográfico.

En menos de un minuto encuentro lo que busca. El camino se ve tan claro como el blanco de sus ojos.

—Necesitamos un coche —digo.

La mujer pide la cuenta y señala a un hombre que hay sentado en la barra. Este asiente y sale del bar. No lo conozco, pero la mujer rica no ha llegado aquí en taxi ni en autobús. Klaus, el belga loco, solo me dijo que estuviera aquí a esta hora, y que sería una mujer. No me dio nombres. La mujer sabe que soy un buscador no registrado, o un buscador registrado que hace búsquedas no registradas para sacarse un dinero extra. Klaus nunca me ha dado detalles erróneos.

Pagada la cuenta y retocado el maquillaje, la mujer me lleva afuera para esperar a su coche.

El chófer se detiene a un palmo de mis pies. Es un todocamino negro con las lunas tintadas. La mujer se monta en la parte de atrás y yo la sigo, aunque no debería. Nadie sabe dónde estoy, por lo que, si esto es una trampa del Gobierno, podría pasar el resto de mis días entre rejas sin juicio previo.

—¿Adónde, jefe? —pregunta el conductor.



Su voz revela muchas cosas. Formación. Una informalidad estudiada, una máscara con la que hacer sentirse más cómodo a alguien que carezca de su educación. No es un simple chófer. Su registro profundo, su dentadura, los músculos de su cuello girado. Como mínimo, trabaja como guardaespaldas en alguna empresa.

—Al oeste —digo.

Realizamos el trayecto en silencio, salvo por mis indicaciones esporádicas. Transcurridos cuarenta minutos, el chófer dice:

—Estamos viajando en círculos, jefe.

La mujer ladea la cabeza.

—Te equivocas —digo—. Pero no te preocupes. Estamos avanzando en lo que se llama una «espiral». Vamos hacia dentro describiendo curvas de un radio cada vez menor. Nos dirigimos al centro.

—¿Por qué no vamos al centro directamente? —pregunta la mujer.

—Me pagas para que haga mi trabajo. Déjame hacerlo. —Me separo un tanto de ella—. No sé cuál es el destino, solo conozco el camino.

La mujer cruza y descruza las piernas. El movimiento hace que su perfume me cosquillee la nariz. De pronto, tengo una erección bestial y me la aprieto entre los muslos para que no se me note.

Las carreteras se estrechan. Las ventanillas oscuras confieren a las vistas un nivel de detalle del que en realidad carecen. La arena descolorida cobra un aspecto ambarino, alejado de los austeros beis habituales.

Nos aproximamos. Ya falta poco.

Aparecen más baches en la calzada. Hay menos casas. Se ven acumulaciones de hierbajos resistentes, de residuos industriales, de carretillas volcadas. Los últimos rastros de civilización son las señales que limitan la velocidad, retorcidas y despedazadas para aprovecharlas como chatarra, y después ya solo está la llanura seca y rojiza. Por la luna trasera veo la nube de polvo de tres metros de altura que el todocamino levanta a su paso.

Los halcones planean en círculo.

*Aquí.*

—Para el coche —indico.

El corazón me martillea el pecho. Estoy cerca. Veo que el chófer y la mujer intercambian una mirada elocuente, pero me da igual, o al menos ahora

mismo no me importa. Me embarga el éxtasis de un hambre que no acierto a definir, pero que he sentido multitud de veces. Los poetas lo llaman «la pasión del buscador».

Intento abrir la puerta, pero la manija no me obedece.

*Rápido.*

—¡Abre la puta puerta! ¡Vamos, vamos! *Kia, kia!*

El sudor me humedece la piel. Con excesiva lentitud, el chófer desmonta y me abre la puerta.

En el suelo, entre el polvo, un trozo de madera con una hoja de una bisagra ancha atornillada, los restos de una puerta fantasma que no da a ninguna parte. Me fijo en ellos por un momento y después doy cuatro pasos hacia delante. Me giro en medio del páramo. Doy un puntapié contra la tierra pulverizada. Algo me llama la atención. Me agacho, barro con la mano izquierda lo que encuentro y lo froto entre el índice y el pulgar. No es tierra seca, es serrín.

Miro el coche y veo apearse a la mujer, el vestido aleteando al viento, agitado el dobladillo por algún espectro. Mi tumescencia se revigoriza cuando le veo los muslos.

—Necesito una...

—Una pala —completa el chófer, acercándose al maletero. Me resulta sospechoso que ya lo sepa, que tenga una pala a mano. La prisa por localizar, por encontrar, me acucia, y me pondré a excavar con mis propias manos si así encuentro la paz.

Abro un hoyo en un silencio roto solo por mis gruñidos y mi respiración pesada. Procedo con cadencia, porque la experiencia de los trabajos físicos que realicé de joven me dice que es la única forma de lograrlo. Ahora estoy descamisado, pues me desvestí cuando el sudor empezó a empaparme la ropa. En lugar de ofrecerse a ayudarme, la mujer y el chófer me observan sin hacer ningún comentario ni parecer sentirse culpables, la actitud candorosa de los ricos ante el siervo que desempeña su papel.

A mi alrededor, cuatro halcones se posan en la tierra produciendo sendos golpetazos. Son bestias de vigilancia cibernéticas, también llamadas BVC, y tienen la misión de registrar información y enviarla a los servidores ubicados en el cielo.

La pala choca con algo más sólido: un baúl.

—Aquí hay alguien —señalo—. Hay alguien enterrado.

Excavo alrededor del arca y retiro los terrones con las manos. A medida que avanzo, puede verse que el cadáver...

—No está solo. Hay... Es una mano de... Esto no es... —Levanto la vista y veo que ni la mujer ni el chófer están sorprendidos en absoluto. Permanecen impasibles como postes telefónicos ante el viento, transmitiendo información secreta a pesar de su aspecto inerte—. Este no es el tipo de encargo al que estoy acostumbrado. Llévame a la ciudad, ya. Yo no... No estoy implicado. Klaus creía que me dedicaba a otra cosa. No tengo trabajo. Estoy en paro. Ahora la policía...

—Cálmate —me recomienda el chófer.

—¿Lo has encontrado? —pregunta la mujer.

—El trance ha concluido. Esta es la persona que buscabas, estoy seguro al cien por cien. O, mejor dicho, una de estas personas lo es. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad? Ya sabías que estaba muerto, y que lo habían... Dios, no puedo parar de hablar.

—Cálmate. —El chófer mira a su alrededor y después consulta su reloj.

—Por favor, os lo ruego, no me matéis —digo.

—¿Por qué íbamos a matarte? —se extraña la mujer, que después añade mirando al chófer—: Llegan tarde.

—Si me dejáis ir, podéis quedaros con mis honorarios. Necesito seguir vivo porque tengo una familia que mantener —arguyo.

—No, no la tienes. Ahora cállate, si no te importa. Estás empezando a fastidiarme —me advierte la mujer. Tanto ella como el chófer siguen mirando en rededor y hacia el cielo.

Si salgo vivo de esta, pienso matar a Klaus. Además, seguro que ni siquiera es belga. *¡Puto cabrón alemán nazi comemierda!* Me quedo parado dentro de la tumba a medio excavar, sin saber si debería seguir ahondando o intentar escapar. No hay ningún sitio al que pueda huir. El páramo se extiende varios kilómetros a la redonda, lo cual, de hecho, lo convierte en el lugar perfecto para deshacerse de un cadáver. Tal vez corra más rápido que el chófer, y la ricacha ni siquiera es rival, pero hay que considerar otros factores. Los bultos que se aprecian en el uniforme del chófer sugieren que

lleva un arma oculta. Tal vez sea un telépata discreto, asombroso a mi manera, pero no puedo correr más que las balas ni detenerlas con la piel.

—Yo me dedico a buscar a personas desaparecidas y joyas. Esto es... Los cadáveres me ponen nervioso. ¡Por favor! —Ojalá pudiera verter lágrimas de cocodrilo. Soy un buen actor, como todo estafador que se precie, y cuando no me juego nada, puedo llorar sin dificultad alguna. En esta ocasión, el miedo me ha secado la boca y los ojos.

Lo oigo: el estruendo que provocan las aspas al batir el aire. Un helicóptero. Escudriño el cielo y lo veo llegar por el oeste.

—Ya era hora —dice la mujer. Se acerca al borde de la tumba. Desde donde estoy puedo ver por debajo de su falda, pero ya no me queda un ápice de la pasión del buscador ni de libido—. ¿Sabías que los humanos tal vez seamos los primeros primates que matamos a nuestros depredadores naturales? En cuanto aprendimos a usar herramientas... ¡bam! Llegamos a la cima de la jerarquía gracias al pulgar oponible y a un cerebro grande.

El helicóptero está tan cerca que la mujer entorna los ojos para protegerse del torbellino de polvo y levanta la voz para imponerse al estrépito.

—Muy interesante —digo sin el menor interés—. No tenía ni idea de eso.

—Escucha. Tú naciste con ciertas ventajas de las que otras personas carecen.

*Tú también*, pienso, aunque me lo callo.

—Tus habilidades mentales son como pulgares metafóricos. ¿Qué crees que habrían hecho los leones y las panteras de haber sido conscientes de la importancia de los primeros pulgares oponibles? Habrían barrido a la humanidad, a aquellos monos engreídos que éramos. —Ahora tiene que ceñirse la falda al cuerpo—. Deberías estar registrado como buscador.

—Sí, lo sé, y...

—Escucha. Eres el mejor que conocemos. Eres formidable, en serio. Tuve a una mujer de Ojota que dio vueltas por todo Lagos antes de llegar aquí, pero no halló la ubicación exacta de la tumba.

—No es una ciencia exac...

—Uno de los hombres que hay ahí era mi marido. Los otros eran disidentes, como él. Yo sabía que lo habían liquidado, pero mis superiores no me dijeron dónde estaba enterrado.

—¿Por qué? ¿Qué...? No lo entiendo.

—Soy de la Sección Cuarenta y Cinco. Llevamos mucho tiempo buscándote, a ti o a alguien como tú. No tenemos intención de matarte, aunque podríamos hacerlo, y nadie lo sabría nunca. Tampoco vamos a encarcelarte, pero también podríamos hacerlo, porque estás violando las leyes. Tenemos un trabajo para ti. Termina este encargo y no solo quedarás en libertad, sino que además recibirás una generosa remuneración. De ti depende. ¿Aceptas?

Me muestra su identificación para demostrarme que trabaja para la policía secreta. El helicóptero aterriza y desembucha un grupo de hombres uniformados y armados que me rodean como un enjambre. Mis opciones se reducen por momentos.

—Di que sí —me indica el chófer.

A la mierda.

—Sí —digo.

## Capítulo 13

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Mi estancia en el hospital no se prolonga demasiado. Una semana es suficiente, aunque aún tengo el cuerpo algo rígido y la orina un poco rojiza. El último día pregunto adónde han llevado a Shesan Williams y, gracias a que pertenezco a la S45, se me permite verlo. Lo tienen conectado al sistema de respiración artificial y está rodeado de sus familiares. Su segunda esposa llama la atención por su corpulencia. Parece, en el sentido literal, un monumento a la gula. Tiene una cara bonita, eso sí.

En la xenosfera, Shesan se encuentra rodeado de una monótona niebla grisácea. Parece estar perplejo. Cuando susurro su nombre, mira en torno a sí. He vuelto invisible para él la forma de grifo. Titubeo. Lo que voy a hacer ahora no está bien, pero recuerdo mi indefensión mientras el levitante me tuvo apresado, bajo una lluvia de balas, y los huesos que alfombraban la celda. También recuerdo las salpicaduras de la sangre de la criatura metiéndoseme en la boca.

—Shesan Williams, tus actos no deberían quedar impunes —digo—. No es buena idea hacerles daño a los ángeles.

Genero imágenes de levitantes, seis en total, y las arrojo contra él.

Los levitantes se le echan encima y empiezan a morderlo. Sé que la escena solo acontece en su cabeza, pero tendrá miedo y sentirá el dolor de todos y cada uno de los colmillos. Cuando las criaturas hayan dado buena cuenta de él, el ciclo se repetirá desde el principio, un nuevo infierno cada vez. En la realidad, su rostro permanece inalterado, como si estuviera descansando, sereno. Su familia no se alarma porque no oye nada, pero, en su mente, los gritos que lanza son ensordecedores.

Cuando vuelvo a mi cama, Aminat está esperándome, tras haber recogido

mis cosas.

El bastón del que dispongo es opcional, pero decido utilizarlo de todas formas. Me imagino azotando a mis enemigos con él. Necesito uno de esos que esconden una espada fina en su interior. La desenfundaría y dibujaría mis iniciales en el aire con una floritura de espadachín.

—Bola quiere hablar contigo —me comenta Aminat ya en el coche.

—Vale —digo. Me invade esa sensación de irrealidad que seguramente conocerás si alguna vez has estado en un hospital. El mundo exterior se antoja extraño, es preciso acostumbrarse a él de nuevo.

—Se encuentra muy mal —dice Aminat.

—Debe de estar a punto de tener al bebé.

—Es que... em... ha perdido al bebé.

—Perdona, ¿qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No te lo había dicho porque ya tenías bastantes problemas. Como te decía, se encuentra muy mal.

Se me cae el alma a los pies.

—Llévame a verla.

—Claro. Dejamos tus cosas en casa y...

—No. Ahora, por favor. Tengo que verla ahora.

Se me hace raro ver a Bola con la barriga plana.

Está en casa, tendida en el sofá, tapada, la piel flácida. Parece mayor que antes y no se aprecia en ella ni rastro de su habitual afabilidad. Junto a ella tiene un vaso de plástico lleno de agua del que de vez en cuando da un sorbito. Utiliza una pajita infantil decorada con alegres motivos florales que parece estar fuera de lugar.

—No lo entiendo —admito.

—Siéntate —dice. Habla en voz baja; le cuesta articular las palabras.

Me acomodo en la mesa del centro, lo cual es una grosería, pero las sillas están demasiado lejos.

*El día del desfile me entró una tos. Poco a poco se fue agravando, hasta que un día empecé a expulsar sangre. El bebé... Se me adelantó el parto. Fue terrible.*

Cuando me cuenta lo ocurrido a través de la xenosfera, siento la oleada de su desesperación, pero también una cierta vergüenza. Bola no es una sensible adiestrada, al menos no conforme al método oficial con el que la S45 me instruyó a mí. Ella es más bien la clásica experta que aprendió a base de probar y equivocarse y que se dedicaba a trabajar en las ciudades y aldeas de la periferia hasta que los cazatalentos del banco dieron con ella. Es muy eficaz. Me pregunto qué sería capaz de hacer si la adiestraran. Creo que esa es la única ventaja que le llevo. Enferma como está, esa ventaja se vuelve innecesaria, porque se encuentra demasiado débil. De súbito, sus imágenes y sonidos me arrollan. Está o ha estado en algún otro rincón de la xenosfera, con su difunto marido, Dominic.

*¿Bola?*

*Adelante.*

Aunque sea tan accesible como cualquier persona de la calle, sigo teniendo que pedirle permiso. Quiere que lo haga, tal vez incluso necesite que lo haga. Como muestra de deferencia, utilizo mi autoimagen verdadera, no la del grifo.

Su mente es un templo en ruinas. El suelo es de carne putrefacta y las columnas están bañadas de esputos, mocos y pus. Las ventanas dejan entrar una luz icterica, un sol tamizado por la bilis. Los cristales están hechos de cálculos renales machacados. En lugar de bancos, hay algunas formaciones tumorales con aspecto de sillas. De textura grumosa, tienen hoyos en los que podría sentarse una persona. No hay ningún altar, sino dos personas sentadas en el suelo. Una de ellas es Bola, cuya autoimagen la muestra tal y como era a los veintipocos años. Tras ella, de cuclillas, hay un hombre alto y flacucho al que reconozco: Dominic. Solo alcanzo a ver la mitad superior de su cabeza, pero me sigue con la mirada, que brilla con malevolencia. La tiene sujeta por los hombros. Bola mantiene la boca entreabierta, como si le costara llenar los pulmones de aire, pero veo que su pecho se infla y se encoge, muy despacio.

El abrazo de Dominic no es en absoluto el de alguien que la amara.

—Dominic, ¿verdad?

En vez de responder, sigue mirando cómo me acerco. La blandura del suelo carnoso me inquieta, pero alejo de mí cuanto puedo cualquier señal de



debilidad. Me paro frente a ellos, me giro y veo por qué no responde. Tiene la boca apretada contra la espalda de Bola, los dientes hundidos en los músculos. Un hilo de sangre escapa despacio de la herida. No sé qué significa esto, pero no puede ser nada bueno para ella.

—Suéltala —le ordeno.

Dominic no responde. No se mueve, pero no me quita ojo.

Lo golpeo con fuerza, en la sien. Afloja la mandíbula y Bola cae al suelo. Gruñe, se levanta de un salto y se me encara. Tiene la boca, la nariz y el mentón manchados de sangre y mocos. Pese a la ferocidad de su aspecto, sigue siendo, en esencia, humano.

—Bola, recuerdo, imaginación o fantasía, creo que esto ha ido demasiado lejos. Voy a tener que...

*Haz lo que debas hacer*, responde ella.

Dominic deja de interesarse por mí y vuelve con Bola. En la espalda tiene la marca que él le ha hecho con los dientes, pero no es una consecuencia anatómica. Hay un vaso sanguíneo palpitante que no reconozco, y del que se derrama a borbotones la fuerza vital de Bola o su equivalente en este lugar.

Me transformo en el grifo y le clavo el pico en el cuello a Dominic. Lo agarro por los costados con las patas delanteras y bato las alas. Nos elevamos, con Dominic forcejeando, mientras de su cuerpo, en lugar de sangre, mana una suerte de icor. Lo azoto con las patas traseras hasta que le abro la carne con las garras. Estoy en el tejado del templo y lo dejo caer, pero lo sigo, manteniéndome a un palmo de distancia. Cuando se estampa contra el suelo, vuelvo a levantarlo, asegurándome de que me mire a la cara. Esta vez le desgarró el vientre y el pecho. Las vísceras se desparraman con un ruido húmedo. Deja de sacudirse y se queda inmóvil. Se le apaga la mirada.

Planeo por unos momentos, abro los ojos y aparezco de nuevo en el salón de Bola. Está dormida, en apariencia.

*Gracias... Agotada...*

*Descansa. Conozco la salida.*

Aminat me está esperando.

—¿Qué has hecho? —pregunta.

—Una especie de exorcismo —digo.

—¿Estaba poseída?

—No, estaba atrapada en sus recuerdos. En un bucle de pensamientos del que no conseguía escapar. Lo que yo he hecho ha sido romper ese bucle.

—¿Así se pondrá bien?

—La cuestión es que no tendría que haberle afectado físicamente. Lo uno no tiene nada que ver con lo otro. —Pienso en el templo de carne putrefacta—. En principio.

Hay algo en todo esto que me perturba, aunque no sabría decir qué exactamente. Estoy cansado y acabo de salir del hospital. Le pido a Aminat que me deje en casa. Llamo a Femi Alaagomeji, pero no contesta.

—Iré a verte después del trabajo —dice Aminat.

—No sé cómo te ganas la vida —señalo.

—Trapicheo con drogas —responde a la vez que levanta las manos, extendiendo y agitando las palmas en ademán tenebroso. Me da un beso y se marcha.

Mi piso tiene un aspecto desolado.

—¿Intrusiones?

Se produce un retraso de cinco segundos antes de que la vivienda responda:

—Ninguna.

—¿Mensajes?

—Ninguno.

—Música. Otis Redding.

Me desvisto y me tiendo en el suelo con la intención de descansar solo un minuto, pero me quedo dormido.

## Capítulo 14

### Base militar desconocida: 2055

#### *Entonces*

Cuando estoy asustado, mi don se vuelve errático.

Me sacan de Lagos en helicóptero para llevarme a unas instalaciones militares, pero no tengo ni idea de dónde están ubicadas. Esto no me supone un problema, ya que soy un buscador. Siempre encuentro el camino de regreso a casa, pero llegar a mi destino o no depende de la distancia, de que me vaya a hacer falta un vehículo y de la posible necesidad de robar, lo cual parece bastante probable teniendo en cuenta la duración del vuelo.

Me dejan en un cuarto sin ventanas pintado de blanco y vigilado por un guardia armado. No me han dado de comer y, según mis cálculos, llevo siete horas aquí. La mujer psicótica y su musculoso chófer no viajan conmigo, y los militares robóticos que me han asignado no me hablan, por muy servil que me muestre ante ellos.

—Así que esto es la Sección Cuarenta y Cinco —digo—. Madre mía. Hay un montón de luces.

El guardia parece girarse un poco. Podría haber entornado los ojos un ápice, o tal vez solo sean imaginaciones mías. En cualquier caso, es una especie de reacción.

—Aunque tengo hambre. Un hambre voraz. Daría lo que fuera por comer algo. ¿Cómo lo ves, soldado?

El guardia permanece inmóvil.

—¿Sabías que el estómago se vacía entre noventa y ciento ochenta minutos después de la última comida? Como lo oyes. Está demostrado. —Me reclino y me mezo en la silla hasta que la levanto sobre dos patas. Guardo el equilibrio acomodando un pie sobre la mesa—. Yo debo de ser de los de los noventa minutos porque... ¡buf! No dejan de rugirme las tripas. Tal vez sea

porque almorcé con cerveza. ¿Tú qué crees?

El guardia no se mueve.

—¿Cómo te llamas?

Esta vez, con total seguridad, aparece una arruga en su frente. Es un sutil gesto de fastidio, aunque también es un resultado satisfactorio. Me sobresalto cuando la puerta se abre. Apoyo la silla del todo dando un golpetazo.

La mujer rica entra, ahora vestida con un ceñido traje de pantalón beis. Trae unos papeles, una lata plana y rectangular y un encendedor. Mi libido resucita, más opresiva aún que al principio.

—Por favor, dime que eso es la carta del menú —imploro.

—Un acuerdo de confidencialidad —dice la mujer—. Firma y pon la huella del pulgar.

—Primero los pulgares oponibles y ahora la huella del pulgar. Tienes predilección por ese dedo, ¿verdad?

—Firma el puto documento, Kaaro.

¡Klaus les ha dado mi verdadero nombre! No pienso volver a trabajar con ese belga de mierda. Tintín y la cerveza afrutada pueden irse al demonio. Hago un garabato sobre la línea de puntos, en el espacio marcado por una X. Abro la lata, humedezco el pulgar en la almohadilla de la tinta y plasmo mi huella. Le devuelvo el papel a la mujer y me limpio el dedo en el muslo.

—Gracias.

—¿Quién eres?

—Soy de la Sección Cuarenta y Cinco.

—Eso ya lo sé. ¿Cómo te llamas? ¿Qué rango tienes?

La mujer sonrío, pero pese a su gesto burlón, el corazón se me acelera.

—No sabes mucho sobre nosotros, ¿verdad? Esta organización no se rige conforme a una estructura jerárquica, Kaaro. Aquí no hay rangos. La nuestra es una filosofía meseteña. Eso significa que es plana.

—Ya sé qué significa «meseteña». —Mentira.

—Bien, pues ahora no empieces a decir que quieres hablar con mi supervisor o con mi jefe ni nada de eso.

—Descuida. ¿Cómo funciona una institución donde no hay jefes?

—De maravilla. Mucho mejor que ninguna otra institución de Nigeria, eso te lo puedo asegurar.

—Dime cómo te llamas. Por favor. No me veo llamándote por un número cada vez que te necesite o que sueñe contigo.

—Hablas demasiado.

—Me lo dicen mucho. ¿Tu nombre?

—Soy la señora Femi Alaagomeji.

—¿Señora?

—Recientemente enviudada.

Claro. Su marido fue enterrado en una fosa común.

—Mucho gusto en conocerte, Femi.

—Señora Alaagomeji.

—Femi. Como acto de fe, ¿se me permitiría comer algo?

—Quizá más tarde. —Deja el encendedor sobre la mesa, entre ella y yo—.

Dime, ¿has oído hablar de la Chica de la Bicicleta?

—Puede. ¿No era aquella chica a la que asesinaron en Ibadán en el 2044, junto con toda su aldea? El fantasma se aparece de vez en cuando, y la gente se vuelve histérica. Es una leyenda urbana.

—No es ninguna leyenda urbana —opone Femi.

—Claro que es una leyenda urbana —insisto. Chasqueo la lengua con desdén. Por dentro, no obstante, se me revuelve algo. Recuerdo la lejana noche de borrachera en que vi aquel puño alzado por un momento y el hueco que se cerraba en el aire—. Escucha, el setenta y seis por ciento de las leyendas urbanas son meras invenciones, ¿lo sabías? No es más que otra forma de contar historias. En cualquier caso, ¿por qué es tan importante para ti la Chica de la Bicicleta?

—Queremos que la encuentres.

—Para eso no me necesitáis a mí. Necesitáis a aquel actor viejo... ¿Cómo se llamaba? El americano que se enrolló con Scarlett Johansson.

—Kaaro.

—Yo no me dedico a buscar fantasmas. Aunque, en realidad, olvidado. Vosotros dadme de comer y yo os cazaré todos los fantasmas que queráis.

—Kaaro, lee el documento. Te conseguiré un plato de arroz y *oku eko*. —Pulsa un botón del encendedor y al instante una pantalla holográfica se despliega ante mí—. Después tendrás que decidirte.

El documento es el informe redactado por la cabo Folashade Olomire, averiguaciones que en su mayor parte tienen que ver con el interrogatorio al que la policía sometió al profesor Aloysius Ogene, experto en física teórica. La cabo explica que el chip con identificador de radiofrecuencia de Ogene indica que este viajó de Lagos a Arodan el 28 de febrero de 2044. Su pista se pierde hasta el 14 de marzo, cuando se presenta en un puesto de control policial de la autopista que une Lagos e Ibadán, confundido y preguntando por su esposa. El caso habría quedado en manos del departamento de personas desaparecidas, de no ser porque, de hecho, se había esfumado toda la población de Arodan. El documento incluye asimismo varias fotografías. Femi ha cumplido su palabra y mastico mientras leo. Tengo tanta hambre que, en lugar de saborear la comida, me limito a engullirla. Ni siquiera me importa que me hayan traído *oku eko*, que significa «el cadáver de Lagos», caballa de la peor calidad que a nadie le gusta que le vean comer. El hambre es el mejor condimento, como se suele decir.

En cuanto al asunto de los 1.175 civiles desaparecidos de la aldea conocida como Arodan, el sujeto, Aloy Ogene, no tenía nada que declarar. Insistió en que él no los había asesinado y, de hecho, no se ha hallado ningún cadáver. No dejaba de mencionar a una joven llamada Oyin Da, natural de Arodan, que fue a buscarlo a la universidad y lo llevó a la aldea para ver una máquina. La imagen JPEG adjunta 478 muestra el bosquejo que hizo.

El bosquejo no recuerda en nada a una máquina. Debieron de torturarlo hasta dejarlo medio muerto, porque era incapaz de trazar una línea recta. Como no consigo descifrar los símbolos, dejo la foto a un lado. Hay una máquina, si no real, al menos en la imaginación de Ogene. Continúo.

Ogene quería hacernos creer que la joven, Oyin Da, activó esta máquina después de que él le sugiriera distintas formas de perfeccionar su función, fuera cual fuese esta. Asegura que la chica desapareció junto con la población al completo de Arodan justo después.

Por encima del texto se despliega una foto de Ogene. Cara redonda, coronilla aplanada, pelo corto, vetas plateadas en las cejas. Yo nunca he ido a la universidad, pero creo que este es el aspecto que tendrían los profesores. Lo cual significa que probablemente los profesores no son así ni por asomo. Deslizo la imagen a un lado y sigo leyendo.

Ni las exploraciones preliminares ni los minuciosos exámenes forenses han revelado la existencia de una máquina semejante ni de ningún esquema relacionado. Visité el lugar en persona. La primera conclusión a la que llegué fue que Ogene había sufrido un delirio psicótico. Dijo que un colono y científico llamado Roger Conrad fue quien construyó la máquina, aunque regresó a Inglaterra en torno a 1960, dejando atrás el artefacto. Oyin Da la reparó, según Ogene. Curiosamente, dijo que Oyin Da no hablaba inglés, por lo que se comunicaba en yoruba o sirviéndose de expresiones extraídas de una Biblia yoruba traducida al inglés.

A través de los contactos que tengo en la embajada británica y de las comunicaciones mantenidas con el MI5, he comprobado que Roger Conrad existió en realidad, que podría haber llegado a Nigeria en torno a 1953 y que tal vez se asentara en alguna región de las tierras yorubas a fin de desempeñar alguna labor no especificada para el Gobierno británico (Nigeria era una colonia británica por aquel entonces). Quizá contase con un contingente de soldados. Regresó a Londres en 1961 y pasó siete años ingresado en un manicomio comarcal, del que salió al amparo del programa de ayuda domiciliaria. Se suicidó en 1975.

Llego a un archivo de audio embebido con el nombre de FRAGMENTO DE INTERROG 11-10. Habla un hombre, con una voz que a mi juicio suena muy grave para tratarse de un intelectual, aunque titubeante, ronca y temerosa.

—Me desperté sobresaltado, las notas que había tomado acerca del esquema habían desaparecido. El ruido, el estruendo del motor, era tan impresionante como terrorífico. Recibí montones de avisos de las bestias de vigilancia cibernéticas, los halcones. Habría como cien ahí fuera, todos de cara al bloque de las bicicletas, grabando la escena.

»El estrépito de la máquina se volvió más agudo. La luz escapaba por la entrada. El gemido se oía por todo Arodan, con un acuciante efecto Doppler. Los aldeanos se asomaban alarmados. El ruido parecía ir *in crescendo*, como si estuviera a punto de suceder algo. Empezó a salir una columna de humo por arriba, más negra que el cielo de la noche. Algunos halcones pasaban a través de ella, como si pretendieran analizar la composición del hollín. La madre de Oyin Da me gritó algo, pero el ruido me impidió oírla. Después echó a correr y se perdió en la negrura.

»Los halcones empezaron a precipitarse al suelo. Los cristales de mis gafas se resquebrajaron. Caí de rodillas. Sentí que la cabeza iba a estallarme a causa de las vibraciones, y segundos antes de perder el conocimiento, vi una luz muy brillante.

Aloy Ogene hace una pausa y solloza antes de proseguir.

—Cuando me desperté, era de día y estaba solo. Habían transcurrido dos

semanas y empecé a dar tumbos por ahí hasta que llegué a un control policial. Allí me arrestaron y me acusaron de asesinato.

—En realidad, lo acusamos de genocidio debido a la limpieza étnica perpetrada en el pueblo de Arodan. —Ahora habla una mujer, con aplomo, implacable. Tal vez la cabo Olomire—. Usted es ibo. Las personas a las que mató eran yorubas. Actuó por motivos tribales.

—Así que ahora soy un asesino de masas. —Articula una risa sardónica—. ¿Y dónde están los cadáveres?

La grabación se corta de pronto.

La parte siguiente está etiquetada como TRANSCRIPCIÓN DE TELÉFONO MÓVIL. Una sucesión de ventanas flotantes reitera el carácter altamente confidencial del archivo y amenaza con todo tipo de castigos. Las ignoro.

Fecha: 26/04/2044 16.13.21

[Sonido no identificado en grabación]

[Sonido no identificado en grabación]

Prof. A. Ogene: ¿Oyin Da?

[Sonido no identificado en grabación]

Prof. A. Ogene: Mi trabajo.

[Sonido no identificado en grabación]

[Sonido no identificado en grabación]

Prof. A. Ogene: Gracias.

[Sonido no identificado en grabación]

Una espina se me atraviesa en la garganta, toso, bebo agua y vuelvo a toser. Hago señas al guardia y me señalo la espalda, pero el tipo debe de ser un holograma o una estatua. Cuando se me pasa, le hago un corte de mangas y sigo leyendo.

Ahora se trata de un archivo de audio con el título de FRAGMENTO DE INFORME 08-22.

—No ha aparecido su chip de localización. Hemos registrado las celdas, los alrededores, los edificios más próximos, pero no hay ni rastro. —Habla Olomire.

—¿Hay restos de sangre o de algún otro fluido corporal en su celda? Quiero decir, indicios de una pelea.

—En las celdas siempre hay sangre y mierda... Disculpe, material de desecho. Es una prisión. Los presos siempre andan peleándose. Hay restos de



ADN por todas partes, si se refiere a eso, pero a consecuencia de antiguas peleas, de deposiciones o de masturbaciones.

—¿Le han preguntado a su esposa?

—¿Que si le hemos...? Escuche, no somos aficionados, ¿sabe? Que hayamos perdido a un preso no significa que...

—Por favor, cabo, responda a la pregunta para que conste.

—Sí, hemos preguntado a la esposa del preso. No ha podido ayudarnos.

—¿No ha podido o no ha querido?

—Estaba catatónica a causa de su profundo dolor.

—¿Lo daba por muerto?

—No, pero en ese momento lo habían acusado de llevar a cabo una matanza. Eso puede resultar muy traumático cuando se es frágil de carácter. Y, desde luego, esta mujer lo es.

—Ya. Entonces ¿qué ocurrió?

—Presenté el parte y quedé a la espera de instrucciones. Las recibí y las cumplí.

—¿Y cuáles eran?

—Declarar que el profesor Aloy Ogene murió bajo custodia antes de ser ejecutado, y sostener que había sido enterrado en una ubicación secreta a fin de evitar los actos vandálicos que pudieran cometer los familiares de las víctimas.

La grabación termina.

Me estiro y me rasco la barriga.

Ogene, desaparecido. La chica, Oyin Da, desaparecida. La esposa, catatónica en alguna parte. Y de esto hace once años. Todo el mundo conoce esta historia de fantasmas, pero solo los supersticiosos se la tragan. Después de haber leído el archivo, tengo algunas preguntas más, pero no puedo tachar la historia de la Chica de la Bicicleta de simple fabulación, sobre todo porque la vi con mis propios ojos, a la salida de aquel club nocturno de Lagos. Más o menos. Vi un puño que podría haber sido de cualquiera. Y estaba borracho.

Femi regresa. Trae el maquillaje intacto e inhala una nueva dosis de su perfume. Se sienta frente a mí y desactiva la pantalla holográfica, que parpadea en el aire antes de desvanecerse.

—¿Y bien? —dice.

—Es interesante —admito—. Tengo algunas preguntas.

—Te responderé a las que pueda.

—La Sección Cuarenta y Cinco recibe todos los datos que graban los halcones, ¿no es así? ¿Las BVC?

—No puedo confirmártelo.

—Vale, lo formularé de otra manera. Entiendo que la S45 tiene acceso a los servidores de las BVC. Según el informe, había un montón de halcones en los alrededores el día en que los habitantes de Arodan y la Chica de la Bicicleta desaparecieron. ¿Qué hay de esa información?

—Todos los datos que se obtuvieron en aquella zona entre el 28 de febrero y el 14 de marzo de 2044 se han corrompido.

—¿Qué fue del chip con identificador de radiofrecuencia de Ogene?

—Se perdió. Se desactivó. No se sabe.

—Femi, he escuchado tu cuento de hadas. Aunque debo admitir que es muy entretenido, no termina de quedarme claro qué quieres que haga con esa información.

—¿No es obvio? —se extraña Femi. Se reclina en su silla y sonrío—. Kaaro, queremos que reclutes a la Chica de la Bicicleta.

## Interludio: Misión

*Rosalera: 2057*

Se me ha echado el tiempo encima.

Taiwo viene a por mí. Tropezco con un cubo de basura de plástico y caigo de bruces. No siento los arañazos y no me molesto en sacudirme la suciedad. Sigo corriendo a través de la noche. El polímero telefónico vibra pero decido ignorarlo. Ya sé quién es. Taiwo quiere provocarme o distraerme mientras su bot de Guyarat me da caza. *¡Puto cabrón!*

Al menos, las carreteras están mejor que hace un año. Muchas están allanadas y asfaltadas. El paisaje urbano de Rosalera se levanta rasgado por las grúas y algún que otro rascacielos. Las multinacionales se han instalado al fin y durante todo el día, incluidos los domingos, se oye el runrún de las obras. El Yemayá baja más limpio gracias al rudimentario alcantarillado que se está construyendo.

Corro. No oigo al bot que me persigue, pero eso no significa nada. La industria robótica india es la más avanzada del mundo y fabrica motores que funcionan en completo silencio. Imagino que el único ruido que oiré será cuando me dispare. Me duele el pecho y casi puedo ver a mis ancestros llamándome desde la tumba. Me meto en un callejón sin salida, giro y corro hacia una zona anexa.

Es una noche sin luna y no hay mucha visibilidad porque es la estación del harmatán. Las partículas de polvo que los alisios traen del desierto del Sáhara provocan el descenso de las temperaturas, además de teñir la ropa tendida y de hacer el aire difícil de respirar. Esto no ralentizará a ese armatoste. Parece que uno de los secuaces de Taiwo me ha hackeado el implante para hacer que emita una señal de ubicación. Ya me imagino el mensaje:

*¡Estoy aquí, a ver si me encuentras! ¡Estoy aquí! ¡Yuju! ¡Ven a por mí,*

*robot indio de la muerte!*

Considero por un segundo la idea de sacarme el implante, pero la descarto en el acto. Está alojado de forma deliberada en un recoveco al que no se puede acceder sin dañar alguna arteria importante y desangrarme (en principio, esto se hace así para prevenir las falsificaciones de identidad). Podría hacer que me hackearan la señal de forma clandestina, pero no queda tiempo. Solo llevo (llevaba) quince minutos de ventaja.

Veo una rampa, estrecha. Yo podría caber a duras penas, pero el bot seguro que no. Me escurro adentro. Es la entrada a una especie de silo. Caigo sobre un montón de mazorcas de maíz empaquetadas en sacos de arpillera. Está oscuro. Contengo la respiración para obligar a mi corazón a que se calme.

Sigo conectado con Taiwo. De un tiempo a esta parte no interpreto demasiado bien las distancias. Según el profesor Ileri, esto se debe a que con el creciente número de edificios hay más obstáculos que entorpecen las conexiones continuas. La xenosfera está más fragmentada.

Un bicho se me sube al pie. Este lugar debe de estar infestado de ratas, pero no me preocupa.

Femi dice que a lo largo de los dos últimos años he proporcionado a la S45 terabytes y terabytes de información sobre los gemelos. Yo le digo que ya lo sé. Que la S45 dispone de material más que suficiente para meterlos entre rejas. Ella dice que aún hay que ultimar los detalles. Que cualquier día de estos. Claro.

Rastreo de forma indiscriminada el cerebro de Taiwo, drenándolo cuanto puedo por medio del sutil vínculo que nos une. No sé hasta qué punto voy a ser de ayuda si estoy muerto, pero prefiero eso que no...

¡BAM!

Oigo el golpetazo y el chirrido. El bot de Guyarat está fuera, embistiendo contra la entrada. Ahora no sé por qué se me ocurriría ocultarme en un lugar cerrado. Es un armatoste de ataque. No tardará en darle por lanzar una granada. Hay una salida. Excelente.

—¡Kaaro!

Ah, esto sí que no me lo esperaba. Taiwo se dirige a mí por medio del megáfono del robot.

—Kaaro, sé que estás ahí abajo.

—Hola, jefe —respondo.

—*Odale ni e* —dice. Eres un traidor.

—*Ta lo so yen fun yin, egbon?* —pregunto. ¿Quién te ha dicho eso, respetado hermano?

—*Pa nu mo! Mo ti mo fun oshu meji.* —Cierra el pico. Hace dos meses que lo sé.

El armatoste consta de un elemento de corte con el que está ensanchando la entrada. Los fragmentos de cemento y ladrillo caen hacia adentro mientras se levanta una nube de polvo. Aquí dentro no hay nada que se pueda emplear como arma. Oigo música. ¿Estará ese imbécil poniendo música a través del robot asesino? Ya estoy viendo la campaña de *marketing*: «las cien mejores canciones para tu muerte». Señor, no dejes que muera mientras suena Clayton.

Mediante nuestra conexión mental compruebo que no quiere verme saltar en mil pedazos. Prefiere destriparme poco a poco, y pretende grabar la escena.

—*Mi o nse olopa* —digo. No soy poli.

Se ríe. Los altavoces ahuecan la carcajada.

—*Okuro ati odale.* —Mentiroso y traidor.

Aparecen unas grietas e, instantes después, las paredes se desploman. Tengo la impresión de que toda la estructura se me va a caer encima, pero resiste. Las ratas chillan atemorizadas y las oigo corretear en todas direcciones. El armatoste alcanza los dos metros y medio de altura y su anchura es variable. Se adapta para dotarlo de mayor maniobrabilidad. Parece un tanque, desprovisto de cualquier tipo de rasgo antropomórfico. Un cilindro vertical y achaparrado fabricado en alguna aleación negra que descansa sobre un cilindro horizontal. El conjunto irradia un campo de fuerza que lo protege de los escombros, la suciedad y los insultos. Algo rechina y se retuerce en su interior, un pitido que se vuelve más agudo por momentos, como si estuviera cargando algún arma. Un cilindro pequeño se despliega como el cañón de un arma y se desacopla del armazón para apuntar hacia mí. Incluso el suelo vibra.

—*Ile l'omo owa ti nmu 'na roko* —digo.

El armatoste se detiene y se apaga para reconfigurarse. Los cilindros se repliegan, con lo que el conjunto adquiere un aspecto compacto. Me suena el teléfono. Contesto mientras trepo por los escombros para salir de allí, dejando atrás al armatoste.

—Hola, Taiwo —digo.

—¿Qué has hecho? ¡Es una máquina carísima!

No sé muy bien lo que he hecho, pero creo que he sacado de la cabeza de Taiwo la clave de desactivación. Aunque tampoco se lo voy a decir. Ignoro si conoce la existencia de los sensibles. Menos es más.

—Creo que deberías solicitar un reembolso —le recomiendo—. *Awon agba ni gbogbo oro lo lesi, sugbon kii se gbogbo oro laa fesi si.* —Dicen los mayores que toda pregunta tiene respuesta, aunque no siempre la encontremos.

Cuelgo.

Fuera, cuando salgo, veo que varias armas me apuntan. Por fin la S45 ha escuchado mi llamada de auxilio. Me dicen que ponga las manos donde puedan verlas.

—Que os den —reniego, y me marchó.

Femi Alaagomeji me llama y me vuelve a llamar, pero yo no estoy de humor y no contesto.

Veó mi reflejo en un escaparate. Tengo una pinta lamentable. Sé que los agentes entrarán a por Taiwo y sus seguidores. Al mismo tiempo, efectuarán una redada en sus distintos negocios y detendrán a su hermano. Espero que acaben en celdas contiguas. Se odian, aunque dicen que Kehinde es todavía más cruel. Quizá mate a Taiwo.

Me pregunto cómo estarán ayudando mis discípulos a la organización.

Pienso en Oyin Da y miro hacia la biobóveda. El contorno es difuso, y recuerdo entonces algo que Alhaji decía cada vez que la estación del harmatán llegaba a Lagos:

*Lo bello es feo y feo lo que es bello;  
La niebla, el aire impuro atravesemos.*

No me sirve de consuelo.

## Capítulo 15

Rosalera, Lagos: 2066

### *Ahora*

Dos semanas después del encuentro con el levitante, estoy más o menos curado. Regreso al trabajo vestido con un traje negro y empuñando el bastón. Si alguien había reparado en mi ausencia, prefiere no decirme nada. Yo reparo en la ausencia de Bola, y también prefiero no decir nada.

Ocupo mi puesto, junto a la ventana, desde donde veo la ciudad. En la mesa del cortafuegos, el asiento de mi derecha está vacío. Nos disponemos a leer *Orlando*, de Virginia Woolf, por medio del teleapuntador. Justo cuando estoy a punto de comenzar mi labor en el banco, alguien me impide entrar en la xenosfera. Un secretario me toca el hombro.

—Dirección quiere hablar contigo—me avisa.

—¿Ahora mismo? —Esto es nuevo. Hasta ahora, todas las comunicaciones se han efectuado por correo electrónico o por teléfono.

El secretario asiente y hace una seña para que lo siga. Acabo de reincorporarme y desde que trabajo aquí nunca ha hecho falta que me reúna con los directivos. Por lo general, sus miembros prefieren mantenerse lejos de los sensibles. Clement me sigue con la mirada mientras salgo. Es una pena. He leído *Orlando* y tenía muchas ganas de repasarlo.

Me acomodo en un despacho, con aire acondicionado, y con un compartimento estanco que me separa de un escritorio donde hay tres personas sentadas. Dos altavoces de esos que tienen forma de estrella de mar flanquean el cristal.

—Señor Kaaro, ¿cómo se encuentra? —dice uno de ellos. Puesto que no se mueven, no sé de quién se trata.

—Me encuentro bien. ¿Con quién hablo?

Están en penumbra, reducidos a meras siluetas. Una de ellas parece la de

una mujer.

—Ostentamos la autoridad. Tomamos decisiones —dice uno de los tres.

—Tomamos las decisiones que atañen al Banco Integridad —especifica otro.

—Kaaro, ¿ha visto a Bola durante su ausencia?

—Sí, la he visto. —Si lo preguntan, es que lo saben. No hay nada que ocultar, no pienso.

—¿Qué opina de su enfermedad?

—Su embarazo se ha visto interrumpido —digo.

—Se está evadiendo.

—De acuerdo, opino que no se encontraba lo bastante bien para trabajar. Soy amigo suyo, fui a verla para darle ánimos.

—En su opinión, ¿es contagioso lo que le ocurre?

—No para los hombres. Ni para las mujeres que se tomen en serio el control de la natalidad.

—No sé si se está tomando esto en serio, señor Kaaro. ¿Cree que adoptar una postura frívola es lo correcto?

—Dudo que su enfermedad sea contagiosa.

—¿En qué basa su juicio?

Vamos, no me jodas.

—No soy médico; no es mi especialidad —digo.

—Hablemos de su especialidad. ¿Llegó a formar un vínculo mental con Bola?

Miente.

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir?

—La xenosfera no es... Se compone de infinidad de organismos de aspecto fúngico interconectados que flotan en el aire. Continuamente se forman y se deshacen vínculos, lo quieran los sensibles o no. Por eso están hablando conmigo a través de una mampara. Por eso nos ponemos pomada antifúngica antes de ir a algún lugar público. Así que cuando me siento junto a Bola, es muy posible que se forme un vínculo. O que no se forme ninguno.

Saben algo, pero no sé el qué. Aun así, no tengo por qué colaborar.

Guardan silencio mientras sopesan mi respuesta.



—¿Qué? —digo, todo inocencia y comprensible indignación.

—¿Ha hablado hoy con alguno de los otros sensibles antes del trabajo?

—No.

—Aparte de las lesiones físicas, ¿tiene síntomas de alguna enfermedad?

—No.

—¿Tiene síntomas de gripe? ¿Fiebre? ¿Orina abrasiva?

—No. Nada. —¿*Orina abrasiva*?

Ya sé lo que viene ahora. Tras ofender a los Desmond de Irlanda, el epónimo Orlando es expulsado de la corte inglesa por el rey.

—Preferiríamos que hoy no retomara su trabajo, que espere hasta que se lo pidamos. Por supuesto, hoy le pagaremos el día completo.

—Qué generosos —digo.

—No sea usted así.

Estoy en casa.

No tengo claro si me han despedido o no, y tampoco termino de explicarme qué es lo que hice mal. No sería aplicable, ya que colaboro como contratista. No estoy preocupado; en el aspecto económico, tengo las espaldas cubiertas. Cuento con el sueldo de la S45. Tengo varias cajas fuertes y protocolos de huida, lo preparé todo con Klaus cuando me obligaron a legalizar mi estado.

A los mandamases del banco les preocupa el asunto de los contagios. Me pregunto si a mí también debería preocuparme.

Tengo varios mensajes, algunos son sobre trabajos por cuenta propia. Otros solo son basura. Un aviso oficial de la S45. Está tan protegido que para confirmar mi identidad requiere una contraseña, el apellido de soltera de mi madre y un número personal de dieciocho dígitos. Lo remite Femi.

Estimado Kaaro:

Tras estos años de servicio, he decidido abandonar el cargo de responsable de división. Démosle la bienvenida a Japhet Eurohen, que pasará a ocupar el puesto.

Sé que también a él le demostrarás el espíritu de trabajo duro que me has demostrado a mí.

Atentamente,

SRA. FEMI ALAAGOMEJI

¿Qué?

Hacía siglos que no sabía nada de Femi, pero daba por hecho que estaba ocupada. ¿Qué clase de conflicto interno se está librando? La llamo por la línea directa de emergencia (hasta ahora, no lo había usado nunca, ya que se reserva para las situaciones de vida o muerte). No se establece la comunicación. Cuelgo el teléfono, y entonces suena. Número desconocido.

—Diga —contesto.

—Ha llamado a un número restringido. —Es una voz de hombre—. Identifíquese.

—Soy don Que Te Den. —Cuelgo. Ha sido una niñería, aunque ahora mismo es lo que mejor refleja mi estado de ánimo. Cojo la mochila de emergencia que ya tengo preparada y las llaves del coche. Me amarro la funda con la pistola.

En menos de diez minutos estoy de camino a Lagos.

Ya he estado en casa de Femi en una ocasión. Era joven y engreído y no consideré las consecuencias. Cae la tarde cuando llego a Lagos y la noche se cierra del todo mientras me abro paso en el tráfico. Los murciélagos regresan a sus cuevas y a los árboles frutales formando bandadas que ocultan el cielo. Emiten chillidos que semejan pitidos electrónicos de aviso.

¿Adónde van los agentes secretos cuando los despiden?

Las luces están encendidas, no hay centinelas y, aparte de los ruidos del tráfico, todo está en calma. El peso de la pistola se me hace raro, un tumor metálico que se me sale del pecho para descansar en su funda. Conduzco despacio, me fijo en todos los coches que hay aparcados, que no son muchos. En esta parte de Lagos los vehículos se guardan detrás de paredes altas. Los dueños pueden permitirse sistemas de seguridad complejos. No voy a colarme. Mi inquietud se debe más a la cara que pueda ponerme. Sé muy bien que no me va a recibir con los brazos abiertos. Siempre me ha costado entender a Femi. No es de carácter afable, pero tampoco es una bruja. Es verdad que ha sido un poco cabrona, pero solo cuando me lo merecía, que era

la mayoría de las veces. Me permita pasar o no, sé que no se alegrará de verme.

*Siempre eres una complicación, Kaaro.*

¿Cuántas veces me lo habrá dicho?

Soy una complicación. Complico las cosas.

Me vibra el teléfono pero lo ignoro. He recibido decenas de llamadas desde la última vez que lo usé. Lo apago y bajo del coche.

Hace una noche cálida. Si no fuera por la funda de la pistola, me habría puesto algo más fresco, pero tengo que camuflarla con una *buba*. Me quedo inmóvil cuando oigo un ruido a mi izquierda. Veo que asoman ocho dedos por una verja, y a continuación un pie descalzo. Una adolescente escuálida trepa hasta lo alto y salta al suelo. Un par de zapatos vuelan tras ella, tal vez arrojados por un cómplice. Se los pone mientras un coche dobla la esquina. En ese momento, la chica repara en mi presencia, abriendo mucho los ojos por un instante, hasta que comprueba que no soy ni un ladrón ni su padre. Se pone el dedo índice en los labios para pedirme mudamente que guarde silencio. El coche se acerca embalado, frena con un derrape y sale a la carrera una vez que la recoge.

Me dirijo a la casa contigua y llamo al timbre. Sé que Femi tiene instalados escáneres y cámaras de vigilancia. Levanto las manos a la altura de los codos. Adopto una expresión afable, aunque hacía mucho que no tenía que recurrir a algo así. En la xenosfera impera un sosiego tan intenso que me sobrecoje. Ahora mismo no puedo preocuparme por eso.

Se oye una voz, distorsionada, ni de hombre ni de mujer.

—¿Kaaro? ¿Qué haces tú aquí?

—Tengo que hablar contigo, Femi.

—Ya no trabajas para mí, Kaaro. Además, tengo compañía.

Espero.

—Ven. Pasa a la parte de atrás —dice.

El jardín trasero de la casa es del tamaño de un campo de fútbol. La hierba crece dispersa, unas matas verdes y otras parduzcas. Tiene dos aves de corral: un pavo real y un pavo doméstico. Son unas mascotas extrañas, de carácter agresivo, siempre lanzándose picotazos el uno al otro. El pavo doméstico odia las visitas y llega a atacarme tres veces hasta que le doy una patada.

Sospecho que los dos son BVC.

Femi sale al jardín. Hacía años que no la veía. Aún se aprecia la mujer que fue, pero su cintura se ha ensanchado, tiene el pelo salpicado de gris y la cara más rellena. Es una mujer preciosa, elegante e inteligente, pero ya no es la Femi Alaagomeji que conocí en el 55. En la mano trae un reloj digital, el cual muestra una cuenta atrás.

—¿Es una bomba? —pregunto.

—Podría serlo —dice—. Seguro que te han visto.

—No, he tenido cuidado.

—Estás desperdiciando unos segundos valiosísimos. Hay escáneres, visores remotos, llevas un implante... Saben que estás aquí. Llegará un equipo de un momento a otro. ¿Qué quieres?

—He recibido un correo electrónico...

—Me he marchado y me sustituye Eurohen. Sí. ¿Alguna pregunta?

—¿Por qué?

—Rendimiento. Política interna. Hubo un problema que no pude resolver. ¿Alguna otra cosa?

—¿Qué problema?

—Tu problema, Kaaro. Los tuyos, los sensibles como tú, están muriendo. No he conseguido impedirlo ni determinar por qué.

—¿Están muriendo?

—Se quedan sin fuerzas, enferman, mueren.

—¿Cuántos?

Titubea.

—¡¿Cuántos?!

—Confidencial. No puedo decírtelo. Continúa.

—Podría meterme en tu cabeza para averiguarlo.

—No digas tonterías. ¿Crees que te recibiría si existiera ese riesgo? Este es un entorno esterilizado. Tictac, el tiempo corre, Kaaro.

—¿Alguna teoría?

—Creen que los sensibles padecen algún mal.

—Siempre hemos padecido un mal. El que nos permite hacer lo que hacemos. Es una infección benigna.

—Tal vez no sea tan benigna, tal vez entrañe alguna otra enfermedad. —

Me acerca hacia ella y en ese momento creo que va a besarme, pero en vez de eso me toca el cuello con un teléfono móvil—. Tu historial e información clasificada sobre otros sensibles, te lo he mandado todo a tu implante.

—¿Qué debo hacer? —Ahora estoy preocupado; además, el reloj me poner nervioso.

—Eso no puedo decírtelo.

Después me llama por mi apellido. Lo sabe. Femi sabe de dónde vengo. Me quedo mudo de puro asombro.

—¿Qué? ¿Pensabas que podías ocultarme las cosas? —Se ríe—. Estoy de tu lado, Kaaro. Aunque deberías pasarte a ver a tus padres. *O l'eko ile*. —No seas maleducado.

—Tictac, Femi.

—*Touché*.

—¿Qué puedes decirme sobre la nueva incorporación?

—Es mejor político que yo. Aporta nuevas ideas.

—¿Por ejemplo?

—Que habría que utilizar a los sensibles que están en la nómina del Gobierno para apoyar al Gobierno que ostente el poder, algo que encanta a los políticos.

—¿No es eso lo que hacemos ya?

—No exactamente y no siempre. A mí se me ha concedido carta blanca y solo he tenido que responder ante la oficina del presidente, en Roca Aso. Me sugirieron que me integrara en Cargos Especiales, pero me negué. Así que me cambiaron de puesto.

—¿Qué es Cargos Especiales?

—Básicamente, una sección de los servicios secretos que solo opera para facilitar la reelección.

—Faltan dos años para las próximas presidenciales.

—Me refiero a todo tipo de reelecciones. Quieren que formemos parte del equipo.

—Hay terrorismo, crimen, injusticia... ¿y esta es la prioridad de la Administración?

—Céntrate, Kaaro. Estás perdiendo la perspectiva.

—¿Y en qué tengo que centrarme?

—En la muerte. En la extinción. La gente como tú está muriendo. Averigua por qué. Averigua cómo sobrevivir. ¿No te has parado a pensar que esta enfermedad podría no ser un proceso natural? ¿Que podría tratarse de una acción hostil? ¿De un agente biológico artificial? Esas son las preguntas que tendrías que estar haciéndote.

El pulso se me acelera mientras sus palabras me nublan la mente. Sigo sin percibir la xenosfera.

—¿A quién tienes ahí?

—¿Cómo dices? —Me mira con desconcierto.

—Tu cita.

—A nadie. Un escritor. Escribe poesía y relatos que critican el colonialismo de Occidente, que lamentan la pérdida de América y que definen la «identidad africana», sea cual sea. Cosas densas y aburridas.

—Pero has quedado con él.

—Los escritores me resultan interesantes. A él le atrae el dinero que ve en mí. Puede que esté buscando un mecenas.

—Una relación curiosa.

—Kaaro, siempre me has gustado. A pesar de tu irreverencia, cumples con tu trabajo, casi siempre. Pero haces muchas payasadas, no se puede decir que seas brillante. —Me acaricia la mejilla y después me da la espalda.

El pavo doméstico se acerca a mí. La cuenta atrás se acerca a cero y me parece oír un coche a lo lejos. Me dispongo a marcharme.

—Otra cosa —me dice—. Deja a la Aminat esa. Te vas a buscar un lío.

—Me niego a aceptar los consejos amorosos de alguien que utilizó el cadáver de su marido como cebo.

Se queda callada, y no necesito recurrir a la xenosfera para saber que he herido sus sentimientos, pero como no puedo retractarme, cambio de tema.

—Gracias, Femi. Por todo. Sé que me has ayudado desde el principio, y nunca te lo había agradecido como merecías.

—Sal de mi propiedad, Kaaro. Por cierto, para ti, señora Alaagomeji.

## Capítulo 16

### Base militar desconocida, Lagos: 2055

#### *Entonces*

Me lleva unas horas, pero se me ocurre una forma de dar con la Chica de la Bicicleta para la S45.

—Tenía esposa —digo.

—¿Quién? —pregunta Femi.

—Aloysius Ogene. Profesor de física teórica y supuesto perpetrador de la matanza de Arodan. Estaba casado, según los registros que me pasaste.

Femi se sienta en la mesa frente a mí.

—Muy bien, tenía esposa. ¿Por qué es importante?

—Te dejaré unos minutos para que lo deduzcas por ti misma.

—Kaaro, estoy muy ocupada. Ve al grano.

—¿Recuerdas cómo funcionan mis habilidades? Puedo encontrar cualquier cosa, siempre que pertenezca a la persona que quiere recuperarla. El profesor Ogene desapareció, al igual que la Chica de la Bicicleta y que todos los habitantes de Arodan. Es un suponer, pero Ogene y la Chica de la Bicicleta podrían estar en el mismo sitio. ¿Ves por dónde voy, señora Alaagomeji?

—Sí. Quieres dar con Ogene por medio de la esposa. —Sonríe, y el gesto es para mí como la bendición de un ser superior.

—Así es. Solo que en realidad no sabemos quién es. Aquí dice que estaba casado, pero no se especifica nada más.

—Tú déjame a mí —dice Femi—. ¿Quieres ir a verla?

—Me da igual. Tú ponme en la misma habitación que ella y encontraré a su marido. Suponiendo que... que no esté en alguna fosa común.

—Eso no ha tenido gracia, pero, aun así, buen trabajo. Tómate un descanso.

—¿Y tú cuándo vas a tomarte un descanso?

—Kaaro, es posible que estés confundido en cuanto a la naturaleza de nuestra relación.

—Ah, de modo que ahora tenemos una relación.

Me meten en un cuarto anexo húmedo y mal iluminado que forma parte del complejo y que, si bien no parece una cárcel, tampoco debe de diferir mucho. Tal vez sea una celda decorada a la antigua.

En primer lugar, a consecuencia de los nervios, cago lo que no está escrito. El estómago siempre me avisa cuando estoy tenso. La luz del retrete parpadea con incertidumbre. Hay una cama con una colcha marrón, sin almohada, y una cómoda de tres cajones al lado. Los abro uno a uno y encuentro unos trozos de papel, una goma elástica, una Biblia del Nuevo Testamento (¡PROHIBIDA SU VENTA!) y un bolígrafo viejo. Me tiendo en la cama y saco el móvil, que ya me han devuelto. Hay buena cobertura. Probablemente monitoricen todas las llamadas que haga con él, pero de todas formas parece que ya saben muchas cosas sobre mí. Llamo a Klaus.

Suenan dos tonos antes de que llegue a cogerlo.

—Hola, tú —dice, aunque suena más como «Jola, tiu». Su acento resulta, en el mejor de los casos, un poco confuso.

—Sabandija comemierda traidor cabronazo hijoputa. En cuanto termine este encargo...

—Cálmate, Kaaro.

—En cuanto termine este encargo, te voy a sacar los ojos con un cuchillo de carnicero. Y después los voy a batir como si fueran huevos revueltos.

—*Omo*, tranquilízate.

—No me llames «*omo*», no soy tu hijo. Y no me digas que me tranquilice. Me has entregado a las autoridades.

—¿Has terminado?

—No.

—Basta de lloriqueos, Kaaro. ¿Es que no te han pagado bien?

La verdad es que sí. Femi no me negó el anticipo, y me había prometido más.



—¿Ves? ¿Ves quién se preocupa por ti? ¿Y has pensado en darle a Klaus su veinticinco por ciento? No. En vez de eso, me insultas y hieres mis sentimientos.

—Cierra el pico, Klaus. La única razón por la que accederías a esto es que te pusieran una generosa suma de dólares estadounidenses en tus asquerosas manos. Además, es el quince por ciento.

—Creo que después de este encargo deberías tomarte unas vacaciones.

—¡Si es que sigo vivo!

—Tonterías. Si te matan a ti, tendrán que matarme a mí, y aún no estoy listo para cruzar las puertas del cielo.

—Tú vas a ir al piso de abajo, tragaldabas.

—Y dale con los insultos. Mira, tengo muchos encargos apalabrados. Acaba lo de esa gente y hagámonos ricos, ¿de acuerdo?

«Hagámonos ricos.» Puto tarado. Una vez que cuelgo, me pregunto si debería llamar a mis padres, pero no quiero que los relacionen conmigo por si la S45 decidiera hostigarlos. Me asomo a la ventana. Las vistas son falsas. Como a un palmo de distancia, los cabrones han levantado un cuadro enorme de un cielo azul vetado de nubes. Frustrado, le doy un puñetazo al cristal.

Duermo durante un tiempo indeterminado, sin soñar nada, lo que me permite descansar. Cuando abro los ojos, Femi y el chófer musculoso están en la habitación. Bostezo y me incorporo.

—No me lo digas. Te encanta verme dormir. Es muy romántico, Femi — digo.

—Levántate. Es hora de ir a trabajar —me apremia Femi—. Hemos encontrado a la esposa de Aloy Ogene.

El chófer deja caer un traje sobre la cama.

—Póntelo.

—Yo nunca me visto así, socio. Gracias, pero me gustaría ver todo el fondo de armario.

El chófer entorna los ojos.

—Es broma. ¿Podéis decirme cómo demonios soportáis este trabajo? Estáis siempre de funeral.

Hará como cinco años que no me pongo un atuendo formal, pero han acertado con la talla y, aunque no sea un traje de marca, se me ajusta bien y el tejido tiene un tacto agradable. Cuando termine toda esta movida, pienso tomarme más en serio el asunto del vestuario. La sabiduría de Nike Onyemaihe se revuelve en mí, reacia a la idea de que la ropa sea cara solo por su nombre. Me olvido del tema.

Las tres de la mañana. La esposa del profesor se llama Regina. El chófer aparca frente a su casa, donde esperamos a que vuelva de su trabajo de limpiadora. Vive en la Nueva Ajegunle, que es como la Vieja Ajegunle en el sentido de que ambas son un nido de desharrapados y criminales. Los desagües abiertos bordean las carreteras, incapaces de evacuar el efluvio de la desesperanza y entregándole su miasma al aire. Los niños deambulan por las calles, incluso a estas horas, haciendo quién sabe qué recados y mirando el coche con una mezcla de envidia y maldad. Las pandillas de jovencitos se acercan fumando para investigar, se fijan en la matrícula y siguen su camino.

Solo funciona una de las farolas de la calle, de la que mana una luz débil y hastiada. El chófer silba una melodía. Lleva todo el rato ignorándome. Quizá tengan órdenes de no hacerme caso.

—Esa es —indica.

Regina Ogene es una sombra demacrada que se desliza bajo la noche. Anda como si le doliera algo y arrastra un pie ligeramente, como hacen los que han sufrido una apoplejía. En una mano lleva un bolso y con la otra abre la verja de la casa. Vive en un cara a cara, es decir, un bungaló con un pasillo central que va desde la fachada delantera hasta la trasera y a cuyos lados se disponen las puertas de las distintas habitaciones, unas frente a otras. Los baños y demás instalaciones comunes se ubican en un edificio de la parte trasera, y si bien este no es el peor tipo de alojamiento que puede encontrarse en Lagos, dista poco. Pero que muy poco.

—Debería haber venido Femi —digo—. Mira qué pinta tengo con este traje. Esa señora se llevará un susto de muerte.

—Muéstrale la placa. Todo el mundo coopera cuando se la enseñas.

Bajo del coche y abordo a la mujer mientras intenta abrir la puerta principal.

—¿Señora Ogene? —pregunto.

—No tengo dinero —dice la mujer—. No me hagas daño. Llevo bananos en el bolso. Puedes llevártelos.

—No soy un ladrón —digo, aunque como no es verdad, me explico mejor—. No he venido a robarle. Estoy aquí por su marido, Aloysius Ogene.

Deja de forcejear con la puerta.

—Hace años que no lo veo.

—Lo sé. Solo quiero que hablemos de él.

Al final, no me permite pasar hasta que le muestro la placa, de lo cual no puedo culparla. Con traje o sin él, no soy una persona que inspire confianza. Debe de ser por mi actitud, o porque no dejo las manos quietas, o porque estoy siempre venga a hablar.

Al principio, estamos a oscuras, salvo por la escasa luz que entra por una ventana. Regina prende una cerilla y enciende un farol de queroseno, con lo que la habitación parece cobrar vida. Junto a la ventana tiene una única cama, con el colchón de muelles y el bastidor metálico, cubierta de *ankara*, un tejido que no suele emplearse como ropa de cama, excepto cuando la necesidad aprieta. Unos libros descansan en pilas bien ordenadas, formando columnas de un metro, pero bajo la penumbra cuesta leer los títulos. Coloca el farol sobre una de las pilas, junto a una vela consumida. El olor de la habitación es húmedo y sofocante, pero el humo del farol lo desplaza.

Espira y se sienta en la cama.

—Tenía algo que decirme sobre mi marido. Dígamelo.

A pesar de la ropa desgastada y de su ademán derrotado, Regina es una mujer hermosa. Parece tener cincuenta y tantos años, pero es de complexión delgada y sus ojos son penetrantes, aunque estrechos. Tiene la cara ovalada y la boca pequeña, con el labio inferior prominente y el superior delgado. La vida le ha obsequiado con una abundancia de arrugas, las cuales escapan de las comisuras de sus ojos y su boca.

—Señora Ogene, necesito dar con el profesor —comienzo—. ¿Tiene alguna información que pueda serme de ayuda?

Regina sonrío, la expresión más amarga que he visto nunca, y he visto muchas.

—Los suyos. —Menea la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Aloy se marchó a trabajar el 28 de febrero de 2044. No he vuelto a verlo desde entonces. Los suyos me avisaron de que lo habían arrestado.

—¿Los míos?

—¡La policía! Me dijeron que era un asesino y que lo iban a interrogar, que podría verlo pronto. Después me dijeron que se había escapado, y después que había atacado a un guardia de la prisión, incidente durante el que murió de un disparo. Después, que había sido ejecutado. ¡Cada día me dicen una cosa! No tengo sus restos, no tengo una tumba, no tengo una carta en la que conste de forma oficial que ha muerto o que era culpable. Un año después, un policía me trajo esto.

Abre una pequeña caja y pone sobre la mesa unas gafas rotas junto con un bolígrafo y un libro. Las gafas conservan parte del cristal derecho, por cuya superficie cabriolea la luz. Al fijarme, veo un texto deslizante. Son de esas gafas con pantalla incluida que se pusieron de moda años atrás. Los agregadores de Nimbus al completo en formato portátil. Múltiples formas de carga. Es increíble que esta unidad siga funcionando, estando así de rota.

—Lamento su pérdida —digo. Es una buena ocasión para tocarla, ahora que está pensando en el profesor. Así confiará en mí. Necesito un pretexto mientras espero a que la información fluya.

—Usted no es como ellos —valora Regina—. No creo que sea uno de ellos.

—¿Por qué lo dice? ¿Intenta herir mis sentimientos?

De nuevo, esa sonrisa amarga.

—Es demasiado dócil. Se le ve nervioso, incluso asustado. No tiene la arrogancia ni la actitud intimidante de los otros, que parecen críos que jugaran con munición real en vez de con juguetes.

—Puedo ser muy peligroso.

—¿De verdad se llama Kaaro? —indaga—. ¿De verdad es un agente de la S45?

Suspiro y me aparto de la puerta. Me siento sobre la mesa.

—Señora Ogene, sí que trabajo para la S45, pero no como agente. Recurren a mí para tareas especiales. Es importante que localice a su marido.

—Entonces no cree que esté muerto —supone Regina.

—No lo sé. Señora Ogene, me gustaría cogerle la mano.

—¿Qué? —Se echa hacia atrás.

—No, no, discúlpeme. No me he expresado bien. —Levanto ambas manos—. Soy un buscador, señora Ogene. Puedo dar con su marido, esté vivo o muerto.

Resopla.

—Ya he probado suerte con los buscadores, señor Kaaro. Son todos unos criminales. Cogían mi dinero y me mandaban a sitios a los que una mujer decente no tendría ni que acercarse. ¿Y para qué? Una vez estuvieron a punto de violarme porque... —Se serena y respira hondo varias veces—. Los buscadores no me son de ayuda. Son todos unos estafadores, y los que no son unos impostores son unos ladrones.

—Yo soy un ladrón —admito. Decido hablarle con franqueza, tanta como puedo permitirme sin implicarme personalmente—. O, mejor dicho, lo era. Hace tiempo que lo dejé.

—¿Qué quiere la S45 de mi marido?

—No lo buscan a él. Buscan a la persona con la que ellos creen que está, alguien que podría habérselo llevado.

—¿Y usted me lo va a devolver?

—No sé si está vivo.

—Si está muerto, ¿me traerá su cuerpo?

Asiento y ella extiende las manos. Se las cojo, prescindiendo del teatro que me reservo para los clientes y los pardillos.

La habitación cambia, se inunda de oscuridad y de pronto me desoriento y me veo sometido a un viento encabritado, como si me hubiera caído de un avión o volase a merced de un huracán. Regina Ogene ha desaparecido, no veo rastro de ella. Mi cuerpo también ha desaparecido, desintegrado en un millar de haces de luz entrelazados. No es una luz normal. Se compone de remolinos y de ondas, de garabatos multicolores trazados por un dios aburrido.

*Qué cojones es esto. Qué cojones es esto. Qué cojones es esto.*

No puedo hablar. No es viento. Soy yo lo que está encabritado. Mi... presencia, mi conciencia, se mueve y cambia de dirección una y otra vez, demasiado rápido para dejarme pensar. Entre la luz y la oscuridad, entre las sombras y los fogonazos, un arcoíris de colores imposibles, extendido su

espectro. Quiero parar, salirme, orientarme. La ingravidez, la aleatoriedad, la pérdida del control... ¿Es esto morir?

¿Qué me ha hecho Regina Ogene?

Renuncio al escaso control que me queda y grito en el vacío.

Cuando no se tienen pulmones, se puede lanzar un grito eterno, y eso es lo que hago yo.

## Capítulo 17

Lagos, Rosalera, Akure, Kano, Abuya,  
otros: 2066

### *Ahora*

Hay tres personas alrededor de mi coche cuando salgo de la casa de Femi. Está oscuro y no distingo si son hombres o mujeres, pero examinan el vehículo como hormigas en torno a un terrón de azúcar. Podrían ser ladrones, pero lo más probable es que pertenezcan a la S45. Me fijo en un todocamino que hay estacionado al ralentí a unos cincuenta metros. Se parece a los que usa la agencia.

Me ven, lo cual era de esperar, ya que estoy al otro lado de la calle. Ni siquiera contemplo la idea de echar a correr, sigo teniendo el cuerpo rígido y moviéndome con torpeza a causa de las lesiones.

—Ahí está —dice uno de ellos.

Desenfundo la pistola.

—¡Una pistola! —exclama otro.

—No, nunca va armado.

Aprieto el gatillo. Suena un disparo atronador acompañado de un fognazo que casi me ciega. El culatazo es tan violento que dejo caer el arma. A propósito.

—No me jodas.

Se ponen a cubierto, perplejos.

—Os dije que era una pistola —dice el segundo con voz quejumbrosa.

A uno de ellos le gusta el helado de fresa y lamenta encontrarse en esta situación. Con esto sé que vuelvo a percibir la xenosfera. El disparo todavía resuena en mis oídos y me cuesta concentrarme, pero estoy desesperado. La mente se me expande (tengo entendido que cuando se entra en la xenosfera,

la actividad eléctrica del cerebro actúa como un ataque epiléptico). Uno de los hombres es miembro de la hermandad de «la Maquinaria» y considera que el dolor es un fallo de funcionamiento. No tengo tiempo para ser amable. Les digo a sus terminaciones nerviosas, a los receptores de la temperatura, que están ardiendo, que están rodeados de llamas. De inmediato se ponen a gritar y rodar por el suelo, agitando las extremidades. Si tuviera tiempo, podría hacer que se les ampollara la piel con unas quemaduras de segundo grado, pero voy con prisa. Me alejo a pie, al límite del dolor.

Sé que solo puedo zafarme de la S45 de forma temporal, pero es crucial que descargue lo que llevo en el implante antes de que me cojan. Primero pienso en Klaus. Seguro que conoce a algún delincuente que disponga de la tecnología y de la laxitud moral necesarias. Pero en ese momento me acuerdo de la última vez que visité Lagos.

Atajo por un callejón y tengo que apartar a manotazos las hojas de caña de azúcar silvestre. Oigo el ruido del tráfico, amortiguado. Nunca volveré a llevar pistola. ¿En qué estaría pensando?

Llego a una calle más transitada que la de Femi. Espero mientras me calmo, atento a las señales de algún perímetro defensivo. No supongo una prioridad. Si lo fuera, habría un dron buscándome. Miro en torno a mí por si aparece algún gato BVC, pero no veo ninguno. Paro un taxi y pago al conductor por adelantado para que me lleve a Olusosun. Le digo que le pagaré el doble si mantiene el pico cerrado.

Pez Malo trastea con una máquina. Trabaja con una túnica blanca de la Iglesia Celestial. Antes Olusosun acogía un próspero mercado al lado del cual había un pequeño vertedero. La montaña de basura se hizo demasiado grande y el mercado desapareció. A medida que los residuos ganaban terreno, empezaron a llegar los rebuscadores, atraídos por la floreciente economía local. Los rebuscadores de tecnología están por toda África, afanados en la recogida de despojos con los que reconstruir ordenadores portátiles e implantes, llevar a cabo suplantaciones de identidad y elaborar configuraciones ilegales de sistemas ya existentes.

Con mucho encanto, más dinero y cierta manipulación de la xenosfera, se



me concede audiencia. El lugar de trabajo está atestado de inhibidores de escáneres hechos a medida. Solo es posible verlo en persona o por medio de un satélite dirigido. Pez Malo y su corte son *posthackers*, empresarios de la supervivencia. Con el vertedero de Olusosun como hogar, es en muchos sentidos todo un Celestial. Es el más hábil de un grupo de magos de la tecnología de extraordinario ingenio que han montado aquí su negocio, entre las sombras.

—Llevas un chip de Ariyo —dice Pez Malo.

—Si tú lo dices. ¿Es perjudicial?

—Tranquilo. No es perjudicial, solo... antiguo. Pero lo antiguo está bien.

—¿Por qué?

—Es más fácil de manipular.

Me pasa una tableta vetusta. La pantalla está oscura, con un directorio abierto que contiene una lista de carpetas.

—Esto es todo lo que hay en tu implante. Puedo imprimirlo y...

—No —digo.

—¿Quieres subirlo a Nimbus?

—No. Es demasiado peligroso para los dos.

—Por mí no te preocupes. ¿Dónde quieres almacenar los datos?

Me lo pienso por un momento.

—Descárgalos a la tableta y bloquea todas las conexiones para que funcione de forma aislada. Deshabilita la posibilidad de que se conecte a nada. Borra los archivos de mi chip. Y elimina lo que haya podido quedar en tu RAM.

La operación le lleva menos de un minuto.

—Listo.

—Pez Malo, puedo leerte el pensamiento. Sé que pretendes conservar una copia y que intentarás extorsionarme para sacarme el dinero.

—¿Pero qué...?

—No te culpo por intentarlo, pero te lo advierto: no lo hagas. Si lo haces, lo sabré.

—Pero...

—Gracias.

Vacío una enorme Biblia del rey Jacobo y oculto la tableta en el hueco. Acudo a un servicio de mensajería y hago que me la envíen a Rosalera.

Ya estoy listo para que me capturen. Tomo un taxi que me lleva a la playa de Bar, pido un plato de *suya* y me siento a comerlo sobre una pequeña duna, hasta que oigo unos pasos.

Me levanto sin protestar.

Nunca he estado en las oficinas locales que la S45 tiene en Lagos. Aquí es donde mantengo una videoconferencia con Eurohen. Me tratan bien. En la mesa de al lado tengo una Coca-Cola Light y unos bizcochitos. Pregunto por los hombres a los que «quemé» y me confirman que están bien, aunque un poco alterados. Pido que les hagan llegar mis disculpas. El jefe me hace esperar durante veintiún minutos hasta que el campo de plasma se enciende.

—¡Kaaro! Al fin tengo el placer de conocerlo. —La voz de Eurohen suena afeminada, pero alegre.

—Por desgracia, no puedo decir lo mismo.

—Ah, entiendo. Le es leal a Femi Alaagomeji. Bien. Excelente. Me gusta. Juraría que el tipo lleva mechas rubias en el pelo.

—¿Le interesa la historia, Kaaro?

—No demasiado.

—A mí sí. Golfo de Gela, Sicilia, 11 de julio de 1943. A causa de un ataque por fuego amigo se produjo el derribo de veintitrés aeronaves C-47. Ciento cincuenta y siete militares perdieron la vida y más de doscientos resultaron heridos. ¿Sabía de este suceso?

—No.

—No importa. Lo que tiene que aprender de esto, la moraleja, es que la descoordinación de los recursos cuesta vidas.

Empieza a palpase una cierta tensión, por lo que guardo silencio.

—En adelante, coordinación. Concentración milimétrica. Todas las partes trabajarán en conjunto. Las agencias, las dependencias del Gobierno, los departamentos...

—Disculpe —lo interrumpo—. Señor, estoy a varios kilómetros de mi base. Me gustaría llegar a mi casa esta noche. ¿Qué quiere decirme,

exactamente?

—Quiero que confíe en mí.

—En ese caso, reúnanse conmigo en una habitación donde respiremos el mismo aire.

—Oh, esa es mi intención. No tengo nada que ocultar.

Esto es nuevo. Me quedo sin palabras.

—Tengo una nueva manera de hacer que ustedes los sensibles se concentren. La señora Alaagomeji era... competente, pero le faltaba visión de futuro.

—Yo ya tengo en qué concentrarme, señor, en un interrogatorio.

—Eso no es concentrarse en nada. Eso es una misión. Lo que quiero es que se una a una Iglesia.

—¿Disculpe?

—¿No siente el amor de nuestro Señor y Salvador? —Sonríe.

—Vaya al grano de una puta vez —insisto.

—Cálmese, agente. Sigue trabajando para mí. —No parece haberse molestado. Ojalá me hubiera dado tiempo a leer antes de esta reunión el expediente que tenían sobre mí.

—Lo siento, señor.

—No tiene importancia. Aunque le pido que se haga una pregunta: ¿qué haría Jesús?

—Dadas las circunstancias, diría «¡Vade retro, Satanás!». Señor.

Eurohen se ríe.

—Quiero que se una a una Iglesia, una muy grande, con millones de fieles. Quiero que se gane su confianza sirviéndose de sus habilidades, y cuando llegue el momento, le daré instrucciones sobre cómo utilizar esa confianza.

—¿Una Iglesia de fuera de Rosalera?

—Tal vez, sí.

—Entonces ¿tendría que dejar la ciudad?

—Lo noto desilusionado. Creía que no le gustaba vivir aquí. ¿No le habían ordenado que se quedara?

—Así es, señor.

—Bien. Ahora le ordenamos que se marche.

De regreso, las farolas junto a las que voy pasando me recuerdan a ovnis. Llevo aquí tanto tiempo que nunca había considerado la idea de marcharme. Después de pasar años viviendo en torno a la bóveda, la antipatía dio paso a la apatía, pero en algún momento, a pesar de todo, empecé a sentirme como en casa. Tengo claro que no quiero empezar de cero en Lagos, Abuya ni Kaduna, y además está Aminat. El apartamento me envía un mensaje de texto con las condiciones ambientales. Temperatura: veintisiete grados Celsius; humedad: ochenta y nueve por ciento; viento: tres kilómetros por hora. Ningún allanamiento.

La radio anuncia que *Woo-woo* es ahora el *single* más vendido y que Clayton ha regresado a las listas. Antes, a finales de los cincuenta, se consideraba que la forma en que combinaban versos libres con melodías atonales era una genialidad, pero... Uf. Esta mierda encaja con mi estado de ánimo. Cambio a una emisora de clásicos.

Me permiten terminar con mi actual caso, el interrogatorio, antes de ponerme con la obra de Dios, lo cual está muy bien, porque me intriga qué estará ocultando Tolu Eleja, y si el resultado es satisfactorio, estaré en condiciones de negociar cuando me asignen la siguiente misión.

Si sigo vivo para entonces.

Paso la noche teniendo sueños culpables y practicando sexo con Molará. Al día siguiente me hacen entrega de la tableta, con toda la información que Femi me envió al implante. La enciendo y empiezo a leer.

En primer lugar consulto mi expediente personal porque necesito saber qué es lo que tienen sobre mí. Me alivia ver los datos demográficos. Solo consta «apellido desconocido». Esto significa que Femi averiguó este dato pero se lo guardó para sí. Figura también la información habitual: dirección, religión (NINGUNA O DESCONOCIDA), estatura (1,80 M), peso (77 KG), raza (NEGRO), etnia (YORUBA), fecha de nacimiento (DUDOSA).

Se incluye un campo de texto libre relleno por Femi.

Kaaro empezó a trabajar para nosotros en 2055. Lo reclutamos porque nuestros sensibles eran incapaces de dar con Oyin Da, alias la Chica de la Bicicleta, lo cual era prioritario para la Administración por aquel entonces. La Chica de la Bicicleta estaba implicada de alguna manera en la desaparición de los habitantes de la aldea

de Arodan, acontecida en 2044. Desde entonces, ha sido un símbolo de anarquía. De sus discursos se infiere una inclinación hacia el neosocialismo.

Según el profesor Ileri, encargado de entrenarlo, Kaaro es el agente psíquico más eficaz que hemos encontrado. Llegó a comprender múltiples dominios funcionales en un breve lapso. Ileri conjeturó que esto no se debía a una capacidad innata de Kaaro, sino a una serie de habilidades que parecía haberle enseñado alguien que respondía al nombre de Nike Onyemaihe (relación desconocida en el momento de redactar estas líneas). Como buscador no tiene igual. El incidente de la Chica de la Bicicleta en 2055 supuso su mayor triunfo, pero también su fracaso más sonado. La subsiguiente formación de la bó...

**Dolido, me salto unas líneas. No necesito recordar aquel fiasco, y además soy consciente de la destreza con la que me manejo en la xenosfera.**

Cuando se le motiva de la forma adecuada, Kaaro puede ser un recurso muy valioso. Dicho esto, es sexista, materialista, codicioso, insolente y amoral. De joven acostumbraba a robar, a pesar de que sus padres no pasaban apuros económicos. No es violento y no gestiona bien las amenazas contra su integridad física. Para reclutarlo tuvimos en cuenta estos factores, ofreciéndole la paga que obtenía por cuenta propia, y también lo expusimos a una violencia extrema ejercida sobre otros.

No ha establecido ninguna relación duradera y su perfil psicológico sugiere que esto tiene que ver con el vínculo tirante que lo unía a su madre. Al principio, cuando lo conocí, recurría al humor y a la garrulidad para distanciarse de los demás. Tras el incidente de la biobóveda se volvió introvertido y empezó a hacer las cosas de manera automática, sin pasión.

Vive solo, no tiene mascotas ni amigos de verdad, y, que a mí me conste, ninguna meta en la vida. Se estima que el riesgo de que se suicide, en el caso de que se dieran unas circunstancias determinadas, es de bajo a moderado.

**¿Suicidarme? ¿Yo? Bah.**

Cierro el expediente y me concentro en el resto del material, los detalles sobre los demás sensibles y la información de lo que está causando el debilitamiento. Lo leo todo tres veces, sin tomar notas, sin hacer juicios.

La mayor parte del contenido son datos personales irrelevantes, como fechas de nacimiento, direcciones y encargos actuales. Para mí, lo más importante son los datos de contacto del profesor Ileri. Hay algunas teorías rudimentarias sobre el problema de los sensibles que están muriendo, pero todo es impreciso y dudoso, como si los expertos se explicaran a base de vaguedades para defender su postura. Nadie sabe qué está ocurriendo, pero parece que todo empezó hace cinco años. Tardaron un tiempo en darse cuenta, y los estadísticos tuvieron que indagar en los índices de morbilidad y mortalidad.

Corren teorías disparatadas. Los sensibles se están suicidando. Los chinos enviaron un virus experimental para copiar los distintos tipos de xenofórmos que tenemos en la piel con el propósito de cultivar una variante sintética. Los sensibles han sido débiles siempre y esto ha causado que la infección alienígena les afecte a ellos primero. Obra de Dios. Obra de Satanás. Obra de los terroristas. La extinción natural de lo que ya era una pequeña aberración. Y así.

Me levanto y me estiro. La batería del móvil se ha agotado y tengo hambre. No dejo de darles vueltas a las historias sobre los sensibles que están muriendo. El que tenía el cometido de intentar sacarle la verdad a un preso monitorizando sus sueños, para lo cual debía hacerse pasar por su compañero de celda. El que ayudaba a los médicos a investigar las enfermedades mentales explorando la xenosfera de los pacientes. El equipo de veinte miembros que formaron un cerebro colectivo que funcionó bien hasta que uno de ellos enfermó y desestabilizó la mente de todos los demás. El sensible imperecedero cuyo patrón de personalidad permanece al acecho en la xenosfera.

Definitivamente, no me apetece cocinar. Echo de menos comer en los puestos de la calle, así que dejo lo que tengo entre manos y salgo a dar una vuelta a la luz del atardecer. Hoy la bóveda emite un resplandor apagado. Me cruzo con uno o dos reconstituidos, pero por lo demás solo veo gente normal paseando, regresando del trabajo o pregonando sus mercancías por las calles. Pasan dos soldados de patrulla. Visten uniformes caqui de camuflaje y llevan escáneres de implantes en el casco. Se me quedan mirando, tal vez por mi certificado de «no obstaculizar». Se estarán preguntando quién será este viejo fondón; seguro que ha sobornado a alguien para que le truque el chip. Son lo que queda del destacamento de ejecución, aunque el Gobierno aún está inquieto ante la amenaza terrorista.

Al este de la ciudad se levanta la sierra arbolada del valle del Yemayá. Alcanzo a ver las lomas desde aquí, erigidas sobre el perfil de la ciudad. Una vez, en el 59, las anduve explorando, durante la semana que pasé con la agreste y tosca aunque compasiva tribu que sobrevive allí. Aquel pueblo fue amable conmigo, siempre me ofrecían comida o vino, preocupados por atender a aquel inútil y desventurado hombre de ciudad. Su actitud, además,

era sincera, libre de hipocresía.

Hacen un uso mínimo de la tecnología, pero son felices. Consideran la bóveda un fenómeno sobrenatural y no quieren saber nada de ella. Me dijeron que son hostigados por los *egbere* que moran en el bosque. Sospecho que estos espíritus malignos no son sino alienígenas que, de alguna manera, al igual que los levitantes, lograron salir de la bóveda.

Las reglas de la tribu son sencillas, pero más evolucionadas que la *lex talionis* que regía el Campamento Rosalera en el 55. Ahora todo es distinto. Tenemos señales de tráfico y multas de aparcamiento.

Una familia de la Maquinaria pasa cerca de mí con su característico paso cadencioso, haciéndome regresar al presente de golpe. Hace falta ser gilipollas para educar así a los hijos.

Me encamino hacia el oeste por una sucesión de calles residenciales. Las palmeras bordean las calzadas a intervalos regulares, y en muchas de ellas cuelgan carteles de Jack Jacques. Pasan coches, de algunos de los cuales escapa un *hip-hop* atronador. He olvidado aplicarme el ketoconazol en la piel antes de salir de casa, con lo que percibo la xenosfera inflamada por los pensamientos y las emociones de todo tipo de gente. Tengo que concentrarme todo lo que puedo para no olvidarme de mi objetivo. Llego a una fila de tres puestos que hay colocados junto a la carretera. El primero es el de un hausa que asa carne especiada sobre una llama descubierta. *Suya*. Me la sirve con tomates picados, cebolla y un condimento en polvo compuesto de ajo, nueces molidas y comino. Se llama Ahmed y es su comida lo que busco. Al lado de su puesto hay un banco donde un cliente espera. Me siento para ponerme a la cola. Los otros vendedores ofrecen ñames y bananos fritos.

Ahmed me conoce y asiente mientras, en silencio, sigue troceando la carne y seleccionando unas pocas tiras, removiéndolas para obtener una llama perfecta y regando las demás con aceite de cacahuete. Su hija, Kahlela, que tiene seis años, juega cerca del puesto, hablando consigo misma como suelen hacer los niños. Como solía hacer yo. Tiene toda una legión de amigos imaginarios, pero en realidad preferiría jugar con su padre. Para ser una niña, tiene una idea muy compleja de cómo funcionan las relaciones. Ahmed alberga serias dudas sobre la fidelidad de su esposa. Todo se debe a un vídeo que un amigo suyo compartió en Nimbus. Una mujer desnuda que guarda un

llamativo parecido con su esposa se inserta toda suerte de objetos cotidianos en sus partes más íntimas, sin coste alguno para los espectadores. No sabe muy bien cómo abordar el tema. Ha visto la grabación setenta y dos veces y todavía no está seguro de si es ella o no.

Hay una radio encendida, alimentada a pilas y por energía solar, que se utiliza para entretener a los clientes. Está emitiendo un programa sobre América y la crisis económica de los años veinte. El hombre que tengo al lado, seguidor de la Maquinaria, está sentado con el cuerpo tieso, como un autómatas. Mantiene la vista al frente y sé que no moverá los ojos hasta que Ahmed o yo le digamos algo. La Maquinaria son un hatajo de atontados que creen que el cuerpo humano debe concebirse como una máquina y que, si la conducta es despojada de todo lo sobrante para reducirla a lo que es funcional, emergerá una forma sublime de humanidad. Esto significa que solo pueden realizar acciones con las que satisfacer las necesidades elementales. Las enfermedades son un fallo del sistema. El resultado es de imaginar. Son un muermo, solo hablan para proporcionar información, y además son más inflexibles que las máquinas de verdad. Se dice que cumplen a las mil maravillas como cónyuges y como contables. El que tengo al lado se proyecta con una autoimagen muy bien definida, identificado en su totalidad como una máquina. No para de repetir para sus adentros: «Eres una máquina, eres una máquina». Por lo general, los miembros de la Maquinaria son laicos, pero a este le está costando desligarse de sus parientes y de la Iglesia.

Mientras el aroma de la carne de vacuno asada sobre la llama abierta me cosquillea las fosas nasales, comprendo que voy a tener que localizar a Ileri para obtener algunas respuestas.

Mientras espero, Yaro, el perro callejero, se me acerca sin hacer ruido. Cuando mi plato de *suya* está listo, le echo unos pedazos. Los come con entusiasmo y me mira meneando la cola, expectante. Le rasco detrás de las orejas.

—¿Qué es esto, pequeño?

Veo que tiene una herida en el costado, infectada.

—Hay que llevarte al veterinario —digo.

Ahmed masculla que el chucho estará muerto de aquí a una semana. Yaro se hizo la herida semanas atrás, cuando se enzarzó en una pelea con tres



perros más grandes para protegerme. A veces me acompaña desde la estación y cree que le pertenezco. Espero que no se muera. Le doy un cuarto de mi plato.

De regreso a casa, tres adolescentes asestan patadas a un reanimado que ha caído en el desagüe abierto de la cuneta. Se turnan y balancean los pies como si la cabeza de su presa fuera un balón de fútbol. Considero la idea de intervenir, pero después cambio de parecer y sigo mi camino.

Cuando llego a mi apartamento, ya me he decidido. Abro la caja fuerte y saco todo el dinero que contiene. Podría coger el coche, pero la S45 lo tiene vigilado, así que descarto la idea. Conservo el *buggy* que utilizaba en el 56, pero es tan antiguo y peculiar que la gente se me quedaría mirando. Me cambio de ropa, lleno una mochila pequeña y vuelvo a salir. Considero la posibilidad de robar un coche. En cuanto se me ocurre la idea, imagino mil formas de abrir los tres vehículos que hay en mi calle y me veo tentado. El hábito de robar es como el de beber. Debo reconocer que seré un ladrón toda mi vida, aunque lo haya dejado.

No puedo robar un coche. Llamaría la atención.

Al final tomo una *okada*, una motocicleta taxi, que me deja en un servicio de alquiler. No estoy acostumbrado al coche y tengo un pequeño accidente con uno de los colectores de carbono que bordean la autopista, pero nadie resulta herido.

Empiezo en Abuya.

Temí está destinada en Roca Aso, ocupada en un asunto relacionado con los delegados extranjeros. Aparco junto a su casa, en los suburbios, y bajo las ventanillas. Paladeo la xenosfera, pero no percibo ni rastro de la serpiente que emplea. Esto no significa nada; podría haber cambiado de avatar, aunque no es algo que los sensibles acostumbren a hacer.

Pulso el timbre de la verja, pero no obtengo respuesta. El terreno de Abuya es ondulado, de modo que desde aquí pueden verse Roca Aso y la residencia presidencial. Estoy contemplando el paisaje cuando alguien me toca. Miro hacia abajo y veo una niña en bicicleta, los codos asomando más allá del manillar, sonriéndome.

—Hola —dice en inglés.

—Hola —respondo.

—¿Eres amigo de la tita Temi?

—Sí.

Ladea la cabeza.

—¿Cómo es que no te había visto nunca?

—Soy un viejo amigo. Fuimos juntos a la escuela —digo, lo cual es más o menos cierto—. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Está en el cielo. Murió la semana pasada. En la casa no hay nadie.

—¿Cómo murió? —pregunto, sin saber muy bien cómo poner las palmas de las manos, humedecidas de pronto por el sudor.

La niña se encoge de hombros.

—Se puso enferma, mi madre la llevó al hospital, y ya no volvió.

Lo que queda de John Bosco lo encuentro en un seminario de Enugu, al este de Nigeria. Le habían encomendado que rastreara los pensamientos de los universitarios radicales. Murió hace seis meses, y se le concedió el honor de ser enterrado en el cementerio militar. La lápida es un pequeño e irregular bloque de mármol, con su nombre grabado en la superficie pulida. No dejó descendientes. Aparte de Bola, no sé de ningún sensible que haya tenido hijos.

Caigo en la cuenta de que nunca he oído la llamada al entierro de ningún sensible destacado, como me ocurrió de joven. ¿Será que ya no quedamos los suficientes, o será que ninguno es destacado?

Entro en la xenosfera. Está vacía, yerma y desolada. Pongo en orden mis ideas y levanto una lápida de cinco metros en medio de una pradera. La coronó con la estatua del monje que utilizaba como avatar. Tallo en la piedra un mensaje sencillo.

AQUÍ YACE JOHN BOSCO.

SIRVIÓ A SU PATRIA.

Si alguno de los nuestros pasa por aquí, la verá.

Ebun es maestra en Akure, pero ya no trabaja.

Está en coma.

Intento acceder a su avatar, pero me es imposible descifrar nada. Es como si también su yo conceptual se hubiera disipado. Es como intentar atrapar el viento. No hay nada en toda la xenosfera que me responda.

Cuando el dolor que carga la atmósfera se me hace insoportable, me salgo.

Me lleva dos días de viajes y llamadas telefónicas, pero localizo a la gente que busco.

De los diez que conformábamos la clase del 55, unos han muerto y otros están moribundos. Drake, en cuidados paliativos, moribundo; Ebun, en coma; John Bosco, muerto; Temi, muerta; Kolawole, Nuru, Mojibola, Akpan, fallecidos a causa de una enfermedad desconocida; Chukwuebuka, desaparecido, tal vez muerto mientras cumplía con un encargo. Levanto monumentos en la xenosfera para todos ellos, con todo mi esfuerzo. Cuando termino, estoy agotado, y ya no sé pensar en nada que no sean monolitos negros.

Es preocupante. Se me ocurre que podría consultar la información de contacto de los demás sensibles, los que no conocía, pero ya he determinado el patrón.

Vuelvo exhausto, con las nalgas doloridas, atemorizado. Entrego el vehículo de alquiler, tomo una *okada* para regresar al apartamento y comienzo a pensar en el siguiente paso.

Cuando llego a casa, encuentro a Aminat esperándome. Me había olvidado de ella por completo y empiezo a elaborar una disculpa, pero me hace una seña para pedirme silencio.

—Bola ha muerto —dice.

## Capítulo 18

Lagos: 2055

### *Entonces*

Me calmo. No sé dónde me encuentro, pero no tengo miedo de estar perdido. Soy un buscador, y la habilidad más básica de todo buscador es saber volver a casa.

Ingrávido. La ingravidez nunca es buena. Sé que no estoy en el espacio exterior. ¿Qué he estado haciendo? Algún tipo de trabajo. A mi alrededor, centenares de pasillos de luz de diversos colores y grosores. Todos parecen comenzar a partir de donde yo estoy. Las luces, inconstantes, parecen de una exhibición de láseres. Parpadean una y otra vez. Algunas permanecen invariables, pero se mueven arriba y abajo, o describen arcos. Otras solo aparecen una vez.

Bonito espectáculo. Agito los brazos y echo a rodar, la cabeza sobre el culo sobre la cabeza, hasta el infinito. El único sonido es un siseo incesante, que ya me resulta familiar. Sigo dando vueltas y vueltas, pero no me mareo. No hay gravedad propiamente dicha. Espero que para desplazarme por aquí no tenga que hacer como si nadara, porque no sé nadar.

¿Estoy muerto? ¿Es este el infierno de los que no saben nadar?

Recuerdo que estaba en la casa de Regina Ogene, intentando localizar a su marido para Femi. En cuanto pienso esto, las luces se multiplican y se vuelven a multiplicar, intensificándose hasta que se toman demasiado deslumbrantes para mirarlas. El siseo gana volumen. Cierro los ojos y me tapo los oídos, pero no me sirve de nada. Sigo percibiendo la luz y oyendo el siseo.

—Ay, mierda —digo.

Sé dónde estoy y comprendo el problema. Estoy atrapado en mi propia cabeza. No estoy seguro de por qué, pero Aloy se encuentra en varios sitios al

mismo tiempo. En cientos, acaso en miles de sitios. Mi habilidad consiste en dirigirme a todos ellos, lo que supone una sobrecarga de información. No me importa cómo ha conseguido algo así el muy cabrón, pero tengo que buscar el modo de salir de mi malparado cerebro. Dado que esto nunca había ocurrido con anterioridad, no tengo ni idea de cómo proceder. Una cosa está clara: no puedo pensar en Regina, ni en Aloysius ni en la puta Chica de la Bicicleta.

Encuentro un recuerdo.

Rodando, rodando, rodando.

Robo un coche, un Mazda, y conduzco hacia la laguna, pero la gasolina se agota antes de que llegue. Desmonto y me pongo en medio de la calzada, a la espera. Un coche para.

Klaus.

El puto belga fumapuros me saca de la calzada y me pregunta qué se me da bien hacer.

—Robar —respondo.

Klaus se ríe.

—No tienes pinta de dominar el arte del robo.

—Guardas un total de mil cuatrocientos dólares en este coche. Doscientos los llevas en una cartera, a la cintura, y el resto, en la bolsa que hay en el maletero —digo.

Klaus se gira y se me queda mirando, olvidándose de la carretera.

—¿Cómo lo has hecho?

Me encojo de hombros.

Me lleva a un hotel y me mete en el vestíbulo.

—Hazlo otra vez.

Elijo unas cuantas personas al azar y describo las pertenencias de valor que llevan y dónde las esconden. Esto lo hago durante veinte minutos, al cabo de los cuales Klaus me pide que robe algo para demostrarlo. Robo un reloj de oro, un anillo de matrimonio y un muñeco de Transformers.

—¿Y el juguete para qué? —se extraña Klaus.

—Para el niño tenía tanto valor como lo tendría un Bentley para un adulto. Lo que me atrajo fue la intensidad con la que el crío lo estimaba.

Este es el comienzo de mi relación con Klaus.

Sin embargo, no sucedió así, y caigo en la cuenta de que este recuerdo no

es mío. Es de Nike Onyemaihe. Yo no conocí a Klaus en medio de ninguna carretera. Lo conocí cuando Nike falleció.

El belga identifica un nicho en el mercado crepuscular, aquel donde se intercambian favores dudosos y donde a menudo el dinero es lo último de lo que se habla. Busco dinero y gente para él. En una ocasión antológica, encuentro una reliquia perdida en un museo, mal catalogada y olvidada bajo el peso de una burocracia cada vez más farragosa. Los informativos se hacen eco del suceso, aunque solo se publica una foto en la que salgo yo. Aparezco sonriendo junto al profesor, que me toma por una especie de Salvador. Después Klaus me dice que la reliquia está valorada en seis millones de dólares.

Tengo unos ingresos estables, aunque no son para tirar cohetes. Intento reconciliarme con mis padres, pero se han mudado y nadie me dice adónde. Podría buscarlos, pero no quieren que los encuentren. Decido respetar su voluntad y los dejo en paz.

Klaus es mi chulo, prostituye con entusiasmo mi don de buscador. Como todo rufián, hace de padre a la vez que de explotador. A mí no me importa, siempre que pueda seguir yendo a los clubes y gastando algo de dinero de vez en cuando. No ahorro demasiado.

—¿Has leído a Séneca? —me pregunta Klaus.

Vamos en uno de sus coches, un Honda esta vez, camino de Isla Victoria.

Le respondo que no.

Cita: «Ningún bien hace feliz a su poseedor, a menos que este acepte la posibilidad de perderlo».

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Que nunca debería comprarme nada?

—Contigo la ecuación se complica porque la gente como tú, los que tenéis ese don, elimináis la posibilidad de que se pierda nada —dice Klaus—. Me pregunto hasta qué punto impedís que la gente sea feliz.

—Los padres son felices cuando encuentro a los hijos que se les han perdido —arguyo. Salvo los míos, aunque eso me lo guardo para mí.

Klaus menea el dedo.

—Los hijos no son pertenencias. Eso es lo que no terminan de entender muchos padres. Son sus custodios, pero no sus dueños.

—Que sí, lo que tú digas.

—Tengo un cliente para ti. De los buenos.

—¿Dónde?

—En la cervecería Siete Hijos. Mañana. No la jodas, Kaaro. La mujer me ha pagado en metálico solo para que organice el encuentro.

—Vale.

—Presta atención: esta vez no puedes ponerte a babear. Deja el torpedo guardadito. Esto es la flor y nata, socio. La guinda del pastel. No la escoria de siempre.

—¿Está buena?

Klaus respira hondo y espira ruidosamente.

—Parece como si un ángel se hubiera metido en tus sueños y se hubiera liado a tirarse a esa chica perfecta a la que llevabas brindándole todas tus pajas desde los doce años hasta que la chica perfecta se quedó preñada y tuvo una hija a la que alimentó a base de leche y miel hasta que se salió de tus sueños para materializarse delante de tus narices.

Silbo.

—Exacto. Y créeme, la mierda de esa mujer no huele.

Cuando pienso en Femi, la rotación cambia de marcha, se ralentiza. Recuerdo su perfume, sus senos respingones y los pucheros que hace con la boca. Las lenguas de luz se concretan en un único túnel.

Me dirijo hacia él y resurjo bañado aún en más luz.

Me despierto en un hospital. Paredes blancas, sábanas blancas, techo blanco con ventilador. Un fállico tubo de goma insertado en la garganta. Intento sacármelo, pero descubro que tengo los brazos conectados a un catéter por un lado y a la pinza de un monitor por el otro. A mi izquierda, una pantalla de cincuenta pulgadas proyecta los datos relativos a mi estado. Los gráficos parecen palpar jubilosos con cada actualización de las constantes vitales, lo cual me fastidia bastante. Me saco los tubos, aparto los monitores y me arranco los catéteres. No me molesto en buscar algo que ponerme. No titubeo. Con la bata del hospital, salgo de la habitación, pues sé que el único guardia que hay se ha tomado un descanso para atender sus necesidades

fisiológicas. Cruzo el pasillo descalzo e, infaliblemente, entro en un vestuario, donde cojo un manojo de llaves que se le ha caído a alguien. Me pongo una bata de quirófano que saco de la pila de la última colada, recojo una cartera que encuentro tirada y salgo del edificio tapado con el sucedáneo de pijama verde. Ya en el aparcamiento, me dirijo derecho al Volvo, lo abro con una de las llaves que me acabo de encontrar y me marcho de allí.

Estoy aturdido y en parte sospecho que podría seguir en ese sueño, en ese contaminado mundo del coma. Sin pensar en nada que no sea Femi, acelero. Abandono el coche a cincuenta metros de su casa, el motor al ralentí, la puerta abierta. Dejo que los pandilleros se den un paseo en él.

Llamo al timbre de la imponente valla y me coloco bajo las luces para que las cámaras puedan registrarme bien. Al cabo de un minuto, la puerta que hay incorporada en la verja se abre para permitirme el paso. Tomo un breve camino bordeado de palmeras y veo que sale a recibirme. Se acerca la muñeca derecha a la boca como si fuese a oler una muestra de perfume, pero está diciendo algo. Debe de llevar un implante telefónico. Viste informal: un pantalón deportivo y un jersey blanco holgado, con el pelo recogido bajo un pañuelo multicolor.

—Acabas de hacer que despidan a alguien —me recrimina—. No tendrías que haber podido salir del hospital.

—¿Me das un abrazo?

—No.

—Vamos. He estado muy mal.

—Y sigues estándolo si piensas que te voy a abrazar. ¿Cómo te has escapado?

—Soy un buscador, Femi. Puedo escaparme de cualquier sitio.

—Pasa.

Se hace a un lado y señala el interior de la casa. Cuando paso junto a ella, le robo un beso. Le acierto en los labios y ella me acierta con la rodilla en plena entrepierna. Caigo al suelo de mármol y me llevo la mano a los genitales, aovillado en posición fetal y conteniendo una náusea que me paraliza. El dolor es una sensación visceral que me sacude el cuerpo de arriba abajo en sucesivas oleadas. Me lamo los labios mientras me retuerzo y sonrío al ver cómo me mira.



—Ha merecido la pena —digo en inglés.

Más tarde, estoy sentado a su mesa, tomando una copa de Hennessy.

—Primera calidad. Klaus no se equivocaba contigo —confirmo.

—Empiezo a sospechar que contigo sí —dice ella. Está sentada frente a mí y parece haberme perdonado por mi atrevimiento—. No has hecho el trabajo para el que se te contrató.

—Sí, he estado pensando sobre eso. ¿Dónde está Regina Ogene?

—Está a salvo.

—¿Podemos hablar con ella?

—Puedo llevarte a donde está en quince minutos.

—Bien. He estado dándole vueltas a lo que leí en los archivos y a algunos de los rumores que me han llegado mientras bebía o en el trabajo. ¿Tú sabes lo que es la Lijad?

Menea la cabeza.

—Yo tampoco, pero he oído algo. Aparece y desaparece, hoy en Enugu, mañana en Lokoja. Nunca permanece más de una hora en el mismo sitio. A veces se desplaza tan rápido que parece estar en dos lugares a la vez. —Me hago el entendido, pero solo lo sé por Alhaji.

—¿Cómo es?

—Nadie lo sabe. —Esto no es del todo cierto. Recuerdo cuando me encontré con la Chica de la Bicicleta, borracho, al salir de un bar.

—Entonces ¿por qué estamos hablando de ese sitio?

—Porque creo que tu Chica de la Bicicleta está en la Lijad.

## Interludio: Misión

*Rosalera: 2059*

¡Bienvenido sea el inversor Ocampo!

Estoy esperando a que me recojan.

*Kaaro... Kaaro... Cuando eso mengua, usa la lengua.*

Repelo ese pensamiento. Estoy a la sombra de un quiosco, presenciando la inauguración de la central eléctrica del Ganglio Norte. Hay un toldo y un estrado al que diversos mandamases oficiales suben para pontificar. El retorno de la megafonía es lamentable. Me agrava el dolor de cabeza. Ha acudido bastante gente, unas cien personas. Entre ellas hay varios puestos donde se exhiben maquetas a escala de la central. Tengo uno a mi lado. En el escenario hay botellas de champán, mientras que al vulgo se le ofrece cerveza con gaseosa. Me veo tentado de probarla, pero temo que las burbujas me hagan sentir peor. Debo concentrarme para que los pensamientos del gentío no se me cuelen en la mente.

Desde hace unos días uso ketoconazol. Parece funcionar mejor que el clotrimazol. El problema es que la gruesa capa que se me forma en la piel hace que sude bajo el sol de la tarde. Y creo que empiezo a oler.

Desde tan cerca, la biobóveda se levanta por encima de todo, y todos los habitantes de Rosalera la miran a cada momento, como si poseyera poderes apotropaicos. Me fijo en la maqueta. Por fin un equipo de científicos ha averiguado cómo producir electricidad a partir de los ganglios de Ajenjo para distribuirla por la ciudad. Hace una semana aún se oía el estruendo de los generadores de gasolina y gasóleo. A menudo se producían altercados cuando alguien descubría que su vecino había enganchado la luz de su casa por medio de una alargadera.

Hasta ahora, lo que más se ha construido en torno a los Ganglios Norte y

Sur han sido vallas y letreros elaborados. Alrededor de ambos ganglios se ha formado un cerco negro con la carne carbonizada de los muertos. Las aves y demás animales han aprendido que es mejor no acercarse por allí; los humanos, a pesar de que ocupamos la cima de la pirámide trófica, carecemos de la sensatez necesaria para guardar las distancias.

Se desconoce el motivo por el que Ajenjo mantiene al descubierto dos torres de tejido nervioso. Unos dicen que las usa para emitir pensamientos; otros, que para recolectarlos. En la S45 se especula con la teoría de que sirvan como órganos sensoriales y como armas. Personalmente, creo que Ajenjo quiere que aprovechemos la electricidad tal y como lo estamos haciendo ahora. No es malévolos como pueden serlo las personas, pero tienes que haberlo conocido para saberlo.

Recuerdo una noche de borrachera en que intenté vincularme al Ganglio Sur, para ver si así encontraba a Oyin Da, a Anthony o a quien fuera al otro lado de la biobóveda. No di con ningún ser humano, pero en la corriente de pensamientos había entidades hechas de electricidad, los elementales, amigables. Eran inteligentes, creo, pero no nos entendíamos. No tenían forma física, pero moldeaban sus cargas a semejanza de mi cuerpo. Tenía a ocho de ellos retozando en torno a mí. Proyectaban imágenes que yo no comprendía, aunque de vez en cuando aparecía un asteroide o una estación espacial y un paisaje lunar cubierto de incontables máquinas. De los pensamientos de Ajenjo no entendí nada en absoluto. Los encontraba indescifrables sin las interpretaciones de Anthony.

Gracias al inversor Ocampo que los científicos han puesto en marcha, de pronto podemos conectarnos a la red nacional, con el voltaje y la frecuencia correctos. La corriente continua se convierte en corriente alterna. Todavía se puede ver el ganglio, pero si no se cuenta con la autorización pertinente, es imposible acercarse, puesto que está rodeado por un edificio y por un cordón de seguridad.

*Kaaro... Kaaro... Cuando eso mengua, usa la lengua.*

Veó cómo se arremolina la gente. Pronto les llegará su primera factura de la luz porque, en fin, los inversores Ocampo no son nada baratos. Por otro lado, los coches autónomos podrían popularizarse.

Población estimada: tres millones. Muchos vienen para curarse, pero

exactamente, ¿por qué se quedan? ¿Qué es lo que une a la ciudadanía de Rosalera? ¿El atractivo del alienígena? Hasta yo me lo pregunto. Aunque tengo órdenes de residir aquí, aunque estoy aquí destinado, me encuentro como en casa. Soy lagosense. No extraño Lagos, pero soy de allí. En algún momento, entre 2055 y el presente, perdí toda afinidad con la vida en Eko.

*Usa la...*

*Usa.*

*Detonador. Comprueba el detonador.*

Yergo el cuerpo. Es un pensamiento claro y decidido de alguien que hay entre la multitud. Mierda, es un puto terrorista suicida. Compruebo la hora. El vehículo que tiene que recogerme no está aquí. Odio a los terroristas suicidas. Tienen la cabeza llena de retórica sensiblera, de razonamientos absurdos y de una puñetera determinación impasible. En el momento en que pulsan el detonador suelen arrepentirse, pero aun así. Odio a los putos terroristas suicidas. Me pregunto por un instante si podría largarme sin más, pasar de esto y cambiar de punto de encuentro, pero sé que sería inútil. El implante indica mi posición, les dice dónde he estado. No quedaría bien en el informe que estuve aquí minutos antes de que algún fanático detonara una carga de C-4.

¿Dónde coño estás, pedazo de mierda?

No me he traído la pistola. Bravo, Kaaro.

¿Dónde coño...?

Me desorienta hacer esto con los ojos abiertos y escudriñando a la muchedumbre visualmente, pero debo reducir los riesgos al mínimo.

Lo tengo. Lleva casco y *agbada* y se abre paso hacia el estrado. Quiere causar el mayor número de muertes posible. No puedo detenerlo desde aquí, pero doy aviso por teléfono.

—¿Identificación?

La doy.

—¿Situación?

No recuerdo el código.

—Hay un terrorista, lleva un chaleco.

—Emisor, necesito...

—Sí, el código. No me acuerdo, pero va a morir un montón de gente si no

haces algo ahora mismo. —Hablo con un urgente hilo de voz. Puedo imaginarme al terrorista suicida caldeando su retórica de mierda.

—Estoy en tu ubicación.

—¿Hay algún pájaro?

—Afirmativo. Localízalo.

—Casco azul, ropa de algodón gris.

—Sujeto enmarcado. Neutralizando en tres.

—Recibido, date prisa. Corto.

No llegan a pasar tres segundos. Ni siquiera he terminado de bajar el brazo cuando el dron dispara una ráfaga de adhesivo de alta velocidad y gran impacto. La onda expansiva lanza por los aires a las personas que rodean al terrorista como si fueran briznas de paja. En el centro queda una masa marrón inmóvil que recuerda a una salpicadura de agua congelada. Cuatro personas, entre ellas el terrorista, están atrapadas en la trampa, selladas, incapaces de moverse. Observo la escena con fascinación. Nunca había presenciado este tipo de actuaciones, aunque me habían hablado de ellas.

El estrado se vacía al instante y todo el mundo huye en estampida. Salvo yo. Voy en la dirección opuesta, hacia la trampa de adhesivo. Ningún pensamiento procede de su interior, ya que ni siquiera los xenofórmes sobreviven ahí dentro.

*Kaaro... Kaaro... Cuando eso mengua, usa la lengua.*

*¿Así?*

*Mmm.*

El coche llega. Dayo. No tendría por qué llevarme, pero se ofreció porque tenemos un lío, y en este juego debes divertirte cuanto puedas y donde puedas.

Conduce un todoterreno antiguo, de combustión interna. Sonríe al parar, mientras recuerda lo que yo recuerdo.

—Ha sido una verdadera heroicidad —me felicita.

—Yo no soy ningún héroe —digo—. No has dejado de distraerme mandándome esos pensamientos. Esto no es lo que el profesor te enseñó, ya lo sabes, y podría haber tenido consecuencias fatales para mí.

Se ríe.

—Sé que eres multitarea. ¿Llevas prisa o nos pagamos una habitación a

medias como la última vez?

Está claro que no voy a llegar a tiempo para dar el parte.

—Bah, a la mierda, ¿por qué no?

Más tarde, cuando Femi comprueba que no he presentado el informe cuando debía, estalla como un volcán de pura rabia. Apago el teléfono durante veinticuatro horas para empeorar las cosas, pero también porque me gusta cuando emplea un lenguaje lacerante.

## Capítulo 19

Rosalera: 2066

*Ahora*

—¿Dónde estabas? —me pregunta Aminat.

No le respondo de inmediato. Abro la puerta del apartamento y la deajo entrar. Está temblando, aunque todavía no sé si de rabia, de frío o de pena.

—Con temas de trabajo —digo. La llevo al sofá.

—Te habré llamado mil veces.

—Tuve que olvidarme del teléfono. Fui a Lagos —explico—. ¿Te apetece beber algo?

—Creía que... tú y yo...

—He estado ocupado, Aminat. Tranquilízate.

—No me digas que me tranquilice. —Acuchilla la voz con cada una de las palabras, talladas las consonantes con la fuerza de su ira.

—Sé que estás molesta, pero todo ha sido muy raro y necesito tomarme una copa. ¿Quieres acompañarme? —Viste un top sin mangas, pero incluso desde donde estoy puedo ver la carne de gallina de sus hombros. Sirvo Jack Daniel's para los dos porque... en fin, porque es lo que a mí me apetece y porque ella no ha dicho esta boca es mía. Sostiene el vaso, pero no bebe.

—¿Cómo murió Bola? —pregunto.

—Se levantó poco después de que te marcharas. Dio una vuelta por la casa, charló con sus hijos, se ocupó de unos papeles sobre asuntos financieros, pidió ver su testamento. Es como si supiera que iba a morir. Me llamó por teléfono, o la llamé yo. Ya no me acuerdo. Hablamos un rato, echamos unas risas, me dijo que me quería, me preguntó por ti. A la mañana siguiente recibí el mensaje de que no había despertado.

Me cuenta todo esto de buenas a primeras, sin aplicar ninguna inflexión a su voz, la expresión vacía. Está conmocionada, casi en trance. Le brilla la

frente.

—Siento de verdad...

—No. Ni se te ocurra decirlo. ¿Qué hiciste? ¿Qué le hiciste? ¿La mataste tú?

—¿Qué? No. ¿Por qué iba a...?

—Entonces ¿qué hiciste?

Suspiro.

—Aminat, ya sabes a qué nos dedicamos, ¿no? Te haces una idea de lo que Bola y yo somos. O éramos. Quiero decir... ¿sabes lo que son los sensibles?

—Sois psíquicos. Sabéis cuándo alguien quiere asaltar el banco.

—Bueno, sí, algo así. Bola contrajo una enfermedad que solo afecta a la gente como nosotros. Cuando una persona, un ser querido, fallece, sobre todo si esta persona era cónyuge, se forma una idea que arraiga y se convierte en un patrón de recuerdos persistentes. —No sé hasta dónde contarle. Casi todo el mundo se imagina que hay gente como yo, aunque nadie tiene un concepto claro. Que la xenosfera se compone de microorganismos alienígenas es información confidencial. Para los legos, antes los psíquicos no eran de fiar, aunque empezaron a serlo en torno a 2012. Debo tener cuidado con lo que le confío a Aminat.

—¿Y? —dice. Al fin se anima a probar el whisky.

—Yo le ayudé a desprenderse de ese patrón. Era de Dominic. No hay por qué pensar que ha muerto a causa de mi intervención, de modo que tiene que haber otro motivo. —Me reservo que, sea cual sea la razón, podría estar provocando la muerte de muchos como yo.

Me mira con los ojos inyectados en sangre. Creo que no va a llorar, que probablemente ya habrá derramado bastantes lágrimas. Las emociones que emanan de ella sacuden la xenosfera, pero resisto la tentación. La gente enfadada es la más fácil de leer.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le sugiero—. Duerme un poco. ¿Tienes que llamar al trabajo?

—Ya he llamado. —Apura la copa y la levanta hacia mí—. Otra.

La complazco.

No tarda en quedarse dormida en el sofá. Considero la idea de llevarla al



dormitorio, pero no quiero despertarla. Me limito a quitarle los zapatos, acomodarle las piernas y taparla con una manta.

Bola ha muerto. Me tomo un tiempo para hacerme a la idea y sentir el dolor. Todos la queríamos un poco, y conmigo siempre se portó muy bien. Pero el instinto de supervivencia nunca descansa: he estado expuesto a ella. ¿Tengo lo que ella tenía? ¿Estaré incubando los gérmenes de alguna peste corrosiva que terminará por matarme? Necesito más información. Me decido a investigar qué residuos psíquicos ha dejado Bola tras de sí.

—Doble cierre —ordeno, y al instante el apartamento bloquea la puerta principal y las ventanas con unas trancas de acero. Me dirijo al dormitorio, a la cómoda, y abro el cajón de abajo. Tengo una vieja cajetilla de tabaco y un encendedor. Me siento en el suelo, al pie de la cama. Dejé de fumar años atrás, pero lo que voy a intentar hacer ahora es complicado y peligroso. Para que salga bien necesito de un ritual, y encender un cigarrillo forma parte de la ceremonia.

—Audio, solo dormitorio, Marvin Gaye, *I Heard It Through the Grapevine*, volumen bajo.

En cuanto entra la percusión, extraigo un pitillo, me lo coloco despacio entre los labios y lo enciendo. La realidad se arremolina mientras extravío la vista entre el humo del tabaco. Doy dos caladas profundas y apago el cigarrillo en la copa vacía. Espiro, concentrándome en las volutas de humo que ascienden hacia el techo.

Rememoro las enseñanzas del profesor Ileri.

*Lo que llamamos xenosfera es mucho más grande de lo que nos imaginamos. Lo que nosotros utilizamos es solo la fina capa que nos conecta con la gente que tenemos más cerca. ¿Sabíais que en la fotosíntesis intervienen procesos de física cuántica? Esta celosía de xenofórmes se interconecta por toda la atmósfera de la Tierra, pero no solo en el presente. Se extiende por el pasado y por el futuro, y también por versiones alternativas de nuestro planeta. Es muy fácil perderse en un sitio así.*

Me dispongo a adentrarme en lo desconocido, en mar abierto, en el abismo, en el corazón de la xenosfera.

Al principio veo verde. Me lo esperaba. Estoy en un laberinto, las paredes de seto vivo, bien cuidadas, altas. El cielo está azul y despejado, limpio de

nubes. Las paredes tendrán siempre la misma altura. Soy el grifo. Si agito las alas, echaré a volar, pero nunca por encima de los setos. Así es como lo concebí. La entrada es la salida. Si alguna entidad consigue abrirse paso por las calles, seré vulnerable ante ella. Desplazarse por el laberinto no es solo cuestión de saber qué dirección tomar. También hay que tener en cuenta las texturas, las fluctuaciones de temperatura y los sonidos del ambiente, que cambia cada noventa segundos. Hay que tener en cuenta los olores, que varían en un orden concreto: primero el de las flores, después el de la hierba cortada y, por último, el del estiércol, y luego vuelta a empezar. A intervalos predeterminados pronuncio ciertas expresiones, en apariencia aleatorias. Es una versión más compleja que la que desarrollé en mis tiempos de estudiante.

«*Andare in gondola fa bene alla salute.*» Pasear en góndola es bueno para la salud.

Equivocarse en cualquiera de los detalles del escenario provocaría que el entorno se transformara en una jaula de diamante.

Al final del laberinto hay un guardián, una versión temible de veinte metros de una talla hawaiana que tengo. Es de color castaño, tiene una cabeza gigante, los ojos enormes, dientes alrededor de toda la boca, y unas extremidades relativamente pequeñas y musculosas. Más que nada, funciona a modo de señalización, de hito. Más allá, todo es territorio ignoto. *Aquí hay monstruos*. Lo primero que veo son unos espejos, demasiados para poder contarlos, cada uno de los cuales muestra un reflejo de un yo distinto, mi yo verdadero, no el grifo. Cada uno representa un patrón de pensamiento distinto llevado a su conclusión lógica. Está el yo gordo, el yo bajo, el yo chino, el yo superhéroe inflado de esteroides, y así. O tal vez esto represente distintas realidades cuánticas, distintos mundos.

También debo tener cuidado con lo que pienso. Esto es un psicocampo, un espacio de pensamiento, esencialmente inestable. Si bien se tiende a concebir el pensamiento como un proceso definido y lineal, veo cómo las ideas se disgregan en infinidad de alternativas antes de que una sea escogida. En este lugar cada noción es una realidad en potencia. Su naturaleza es intrínsecamente peligrosa y en esta ocasión solo la necesidad más acuciante me ha traído hasta aquí.

Más allá del guardián, encuentro centenares, miles de personas

suspendidas e inmóviles, como atrapadas en ámbar, los ojos girando de aquí allá en algunos casos, o paralizados del todo en otros. Estas son las personas que piensan con descuido, o que no piensan en absoluto. Permanecen aquí, desprotegidas, pasivas, oscilantes, acríticas, ingenuas. Desplazarse por aquí puede ser muy complicado, pero agito las alas y me elevo. Vuelo entre el banco de almas humanas, procurando no molestarlas. Quizá esta noche alguna de ellas sueñe con un águila-león. No están colocadas en ningún orden. Hay racimos aquí y allá y, entre medias, espacio vacío, con cabida solo para una serie de fórmulas matemáticas, símbolos de infinito y etiquetas de precios de catálogo, la interpretación que mi mente hace de este sitio.

Me elevo por encima de la persona que flota más alto. Noto que a mi paso queda una estela de plumas. Yo nunca mudo el plumaje, por lo que me pregunto a qué se deberá. Es la primera vez que se me caen.

Cometo un error de novato y, por un instante, pienso en Aminat, y entonces aparezco con ella, envuelto en sus pensamientos enmarañados. Por alguna extraña razón, hay un incendio en torno a ella, un muro de sombrías lenguas de fuego abrasador. Me alzo para alejarme de todo esto, desconcertado. No quiero saber lo que piensa, a menos que ella desee contármelo.

Tengo que atravesar el vertedero de la conciencia colectiva del país. La sangre y el sudor de los esclavos mezclados con la angustia por haber sido arrancados de su tierra, la culpa de los esclavistas, el dolor permanente de la colonización, los disturbios, la intromisión de la CIA, la guerra civil, el genocidio de los ibos, los pogromos tribales, el terrorismo, las masacres de inocentes, los golpes de Estado sangrientos, la avaricia desatada, el petróleo (la sangre negra del país), las violaciones, el éxodo de los intelectuales... De no contar con la formación necesaria, me hundiría bajo el peso de todo esto.

Veó decenas de políticos linchados, envueltos en llamas durante la Operación Mojado. Me recuerda a cuando estuve a punto de correr la misma suerte. Veó la ejecución de unos ladrones armados a manos de un pelotón de fusilamiento en la playa de Bar, hombres atados a barriles llenos de cemento y liquidados a balazos, bañados en sangre, mierda y orines, adoptando posturas incomprensibles en el momento de la muerte. Veó a los dictadores, inundando nuestra vida de penurias, privaciones y desesperación. Cuando

Ajenjo irrumpe en la conciencia, permanecemos impasibles, aun sabiendo que se trata del fenómeno más relevante de toda la historia de la Tierra. Ya han pasado otros colonos por aquí, y todos son iguales, tanto si vienen de otros países como de otros planetas.

Veo...

—¿Adónde vas?

Miro a mi alrededor. Un hombre blanco vestido con una sotana azul marino aparece suspendido en el aire frente a mí. Emplea la autoimagen de un cuerpo alto y musculoso, pero me pregunto si será así en la vida real o si será una forma de compensar alguna deficiencia.

—Te he hecho una pregunta, criatura —insiste.

—Me he perdido —digo. En la xenosfera no conviene mostrarse demasiado amigable. Nunca sabes con quién te estás comunicando. Además, este hombre parece un poco altanero.

—No es verdad —opone—. Eres un experto. Salta a la vista. Quizá siga tu rastro y ocupe tu cuerpo físico. Quizá te mate aquí mismo.

No esperaba meterme en una pelea tan pronto. ¿Será este hombre el responsable de la muerte de los demás sensibles?

—No me gusta ninguna de las dos opciones —digo. Procuro no batir las alas con excesiva fuerza para no asustarlo. En la xenosfera es difícil mentir. Estás más expuesto que cuando habitas en tu cuerpo físico, donde puedes controlar la respiración y fijar la vista en los ojos de los demás. Por suerte, durante mi formación aprendí a mentir en la psique. Los ladrones deben saber mentir bien para sobrevivir. Los agentes del Gobierno deben hacerlo aún mejor.

—Llevas hebras que salen de ti a modo de telarañas, pero no proceden de ninguna hilera que tengas incrustada en el ano. Te salen de todo el cuerpo. Diría que eres un buscador, por lo que sabes llegar a todas partes.

—¿Quién eres? —No me gusta la facilidad con la que me analiza ni cómo me mira, como si fuera una loncha de beicon.

—Me llamo Ryan Miller. Al menos, así era antes. Me han llamado de muchas maneras. Unas veces, «el Monje Invisible». Otras, «padre Marinementus».

—Tú eres el inmortal —comprendo—. Te estudié. Asistí a uno de tus

funerales. En Esho.

—¿Qué tal por Esho?

—Han pasado muchos años, pero siguen pintando la hora en la esfera del reloj.

No es un dato alentador. Estudié a este tipo cuando descubrí mis habilidades. Ryan Miller fue quien descubrió la presencia de los microorganismos alienígenas, y la primera persona que entró en la xenosfera. Nació en el siglo XVII. Su cuerpo natural falleció hace mucho, pero su personalidad y sus recuerdos permanecen aquí. Es un fantasma, pero también una especie de demonio, porque tiene la capacidad de poseer a la gente y, de hecho, a veces lo hace. Nadie puede manipular el campo como él, y sus antojos son legendarios entre los sensibles. Tanto es así que muchos sospechan que sirve a los xenofórmos o que está controlado por ellos. Me da miedo.

Es alto, musculoso y está en esa edad crepuscular, como de sesenta años para arriba, imposible de precisar. Tiene las cejas bastante pobladas y unas finas venas verdosas corretean bajo la piel que circunda sus ojos. Mientras nos observamos el uno al otro, nos deslizamos hacia una aglomeración de almas flotantes que él aparta de un manotazo como si nada. Las almas rebotan las unas contra las otras y se alejan rotando hacia el extraño resplandor que alumbra este lugar.

—¿Cuál es tu camino, joven buscador? ¿A qué has venido? —Me olisquea la cabeza, en el sentido literal. Alarga el brazo, me arranca una pluma del ala y se la come, todo con una expresión de perplejidad en el rostro. Su cuerpo se divide en dos y la nueva versión de él sale volando sin mirar atrás. No sé cuánto tiempo resistirán mis defensas ante alguien así.

—Voy a ayudar a una amiga —explico.

—No me cabe la menor duda. Creo que voy a acompañarte —decide.

—¿Vas a ayudarme?

—Yo no he dicho eso. —Se impulsa hacia arriba y me veo arrastrado tras él.

Me juro a mí mismo que nunca regresaré a este sitio, pero ya me he propuesto lo mismo en el pasado y aquí estoy. Nunca sabes qué te deparará la vida. Volamos por encima de un precipicio cuyos salientes rocosos se

desprenden y caen hacia un fondo que no alcanzo a ver. Cada cierto tiempo, Ryan Miller genera un duplicado, una versión deslavada de sí mismo que se aleja a la deriva mientras cobra mayor consistencia, como ocurre con los colmillos de las crías de serpiente. Nos envuelve un remolino de color, con abundancia de tonos lilas y algunos toques de amarillo.

—Aquí la tienes —dice Miller—. Tu amiga.

Sin embargo, en absoluto se trata de mi amiga. No es Bola.

Nos posamos en una plataforma flotante de tierra, asfaltada, en la que se levantan dos postes telefónicos con diversos cables tendidos entre ellos de mala manera. Es un tramo de una calle. Incluso podría nombrarla. Miller aterriza frente a mí y extiende los brazos como si fuera una fiesta de bienvenida. En el centro de la plataforma yace el bulto de lo que antes era una persona. Es una masa quemada, carne a medio carbonizar, encogida como si estuviera sentada, con las piernas recogidas, la calavera sonriente, la mandíbula desprendida. El fémur apunta hacia el cielo porque se ha separado de la rodilla. Hay una decena de finos aros metálicos en torno al cuello del cadáver. Apesta, hay moscas y tengo el vello erizado.

—¿Sabes de dónde han salido los aros? —me pregunta Ryan Miller.

—Cuando quemas vivo a alguien con un neumático, los aros de metal resisten el calor aunque la goma se consuma.

—¿Y sabes quién es?

—No. —No puede ser.

—Es Fadeke.

La novia que tuve años atrás, a la que sentencié a muerte cuando hui.

—No —digo.

—Sí. Es interesante. Hasta ahora, creía que nunca te sentías culpable por nada.

—No fue culpa mía.

—¿No? Si no les hubieras robado el dinero a tus padres y tus vecinos, ¿estaría muerta?

Quiero llorar, pero el grifo parece carecer de glándulas lacrimales. Una parte de mí desea abalanzarse contra Miller. Sé que él lo percibe, porque me mira.

—No lo hagas —me advierte.

Despega de nuevo con un estallido lila, cuyo rebufo me absorbe. El cuerpo de Fadeke se reduce a una mota, pero no ocurre lo mismo con la pesadumbre que me deja en el corazón.

—¿Por qué haces esto? —pregunto.

Se da media vuelta en pleno vuelo para mirarme.

—Quizá porque me aburro, Kaaro. O quizá sea tu negro mágico durante este viaje, aunque sea blanco. O quizá esté buscando una razón para no matarte.

—Puede que no te resulte tan fácil matarme —digo. Una imprudencia por mi parte, pero ahora mismo he perdido el miedo que siempre le tengo al dolor.

—¡Qué machote! Mira, dudo que incluso fuera de aquí hubieras podido tocarme un solo pelo. Dominaba multitud de técnicas de combate. La lucha con bastones de Barbados, o el *wushu* que aprendí de ciertos monjes de Catay. Y hablando de Catay, aquí está tu amiga.

Una china a la que no conozco aparece ante mí, la cabeza ladeada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. ¿Una reanimada, tal vez? No veo nada a su alrededor, ninguna calle, ningún tipo de contexto. Me sigue con la mirada y parpadea con desconcertante regularidad.

—Esta mujer no es amiga mía —digo.

—¿No? Qué extraño. ¿Por qué estamos aquí, entonces? Ah, ya lo sé. Se llama Zhang Wang. Le robaste el dinero en Lagos. Se montó en un taxi pensando que podría pagar la carrera. Pero no fue así. El taxista la obligó a apearse en medio de una calle muy transitada de la ciudad, donde un camión la arrolló y mató.

—Yo no...

—Ah, y sin embargo, sí, Kaaro.

Continúa así un rato más; me lleva a ver a distintas personas, a algunas de las cuales las recuerdo a duras penas, mientras que de otras me había olvidado por completo, aunque a todas ellas, de forma consciente o sin pretenderlo, les había causado algún mal. Empiezo a pensar que esto es una especie de infierno. El Infierno de Kaaro, donde en lugar de a Virgilio, tengo a un sacerdote frustrado de rasgos psicopáticos.

Terminamos en una réplica de la tumba de mi padre.

—¿Qué hacemos aquí? Esto no tiene nada que ver con nada —digo. La protesta me suena falsa hasta a mí.

Ryan Miller es implacable. Se sienta en la lápida.

—Bájate de ahí —digo.

—¿Por qué finges que te importa? —se extraña—. No asististe al funeral.

—Estaba ocupado.

—Matando insurgentes.

—Yo nunca he...

—La información que proporcionaste condujo a la ejecución de muchos insurgentes. Tu don se utiliza para matar. Como en el caso de tu padre.

—Mi padre falleció por causas naturales.

—A los sesenta y dos años, de un derrame provocado por tus proezas de criminal.

—Basta.

—Tu madre también morirá, y será por tu culpa. Todo tu linaje desaparecerá.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué ha sido de tu humanidad?

—Yo no soy humano, Kaaro. Soy un amasijo de impulsos eléctricos y de neurotransmisores monoamina. Puede que ni siquiera sea eso. Puede que solo exista en tu mente, que sea una mera manifestación de tu sentimiento de culpa. Puede que esta sea la única forma que tienes de llegar a tu destino.

Y, al instante siguiente, estoy en el patio de las defensas de Bola, dudando de que realmente me haya encontrado con Ryan Miller, conmocionado en cualquier caso. Me encuentro en un templo que, según recuerdo, estaba hecho de músculo y hueso. Ahora es de carne putrefacta. A cada paso que doy el suelo cede, y un borbotón de pus salta en torno a mis patas, empapándome el pelaje. Decido seguir adelante volando. Unas vetas de mucosidad y suero se escurren por las paredes; el techo rezuma un líquido rojo. Todo tiembla y ondula. Bloqueo el hedor asfixiante y vuelo hacia el altar, apenas reconocible. Si Bola me ha dejado un mensaje, estará ahí, pero las fibras musculares están rotas, sueltas y replegadas. El suelo está lleno de cortes. El hueso del que se compone el altar está expuesto. La antigua estructura rectangular no parece haberse podrido, como el resto del templo. Las muescas semejan marcas de mordiscos. Es como si se lo hubieran comido.



No, como si se lo estuvieran comiendo.

Algo me golpea y ruedo hasta que me choco contra la pared, con tal violencia que me hundo en el músculo y siento el hueso aplastarme. Es un dolor indescriptible, y noto que mi cuerpo físico se agita en Rosalera, en un intento de despertarse. Me oriento, bato las alas, erizo las plumas para parecer más grande, tomo aire y aguzo el oído. Extiendo las garras automáticamente, y emito un alarido que confío en que suene temible.

Lo primero que pienso es que se trata de algún tipo de robot. Mide unos dos metros y medio, un humanoide varón que irradia un brillo metálico y un nubarrón de maldad. Al fijarme bien, compruebo que es una suerte de gólem de hierro; tampoco es posible, pero estamos en el reino de la mente. Puede ser lo que la imaginación de quien lo haya concebido quiera que sea. Tampoco importa el tamaño, y por eso cargo contra él. Lo golpeo en el esternón con toda la fuerza de mi rabia, de mi sentimiento de culpabilidad, de mi aflicción y de mi miedo. El impacto lo sacude y lo ataco con las garras, arrancándole trozos de metal hasta que consigo abrir un agujero. Paso al otro lado y oigo sus gritos inhumanos.

Me elevo un poco más y enrosco la cola alrededor de su cuello. No sé si esta simulación respira, pero una imagen humanoide podría adolecer de debilidades humanas. Tengo el pelo y las plumas cubiertos del metal que lo constituye, y los pedazos se derriten y se escurren como gusanos. Los veo hundirse en mi cuerpo, y siento dolor. El enorme armatoste está de rodillas, pero me caigo, sujetándome por un momento con la cola, que después se me suelta, y me golpeo contra el suelo. Le asesto un zarpazo en el muslo y le arranco otro trozo de metal, pero lo único que consigo es debilitarme más. Es como si estuviera cubierto de hormigas de fuego enfurecidas que me taladraran la piel y me devorasen desde dentro.

*Voy a morir y ni siquiera sé por qué. Aminat me encontrará muerto o en coma. Después de lo de Bola, será un mazazo traumático e injusto para ella. Mi madre. Me habría gustado verla antes de morir, para decirle que lo siento por lo de papá y por todo. Abandoné a mi familia, mis responsabilidades. No quiero morir. No, no solo eso. Quiero vivir.*

—Entonces, vivirás —dice Molara.

Aparece suspendida sobre mí, batiendo las alas a una velocidad imposible

de seguir con la vista, y de sus ojos, oídos, nariz y boca manan hilos de sangre que se descuelgan sobre el hombre de metal con un siseo, fundiéndolo. Siento dolor en la mente y el metal sale de mí de regreso a su origen, pero es demasiado tarde. Ya no queda más que un charco de mugre, del que emana un vapor psíquico residual.

—Hola, Grifo —me saluda.

## Capítulo 20

Lagos: 2055

### *Entonces*

Con un gesto elegante, Femi cuelga y vuelve a la mesa desde la ventana junto a la que ha estado hablando en voz baja. No puedo dejar de mirarla; nunca he visto una mujer más bella, ni siquiera en la tele.

—Todavía no podemos acceder a los recursos —dice. Se forma una mínima arruga vertical entre sus cejas.

—¿Por qué?

—Por algo de las BVC de una granja. Ha muerto un hombre, pero no conozco todos los detalles. Aún están cotejando los datos; la cuestión es que por ahora no podemos llegar hasta Regina Ogene.

—Mientes cuando dices que no conoces todos los detalles, ¿verdad?

—Sí. Pero es que no puedo dártelos.

—¿Puedes acceder a los registros desde aquí? —pregunto.

—A algunos.

—De todo lo que me pasaste, dejaste algo fuera. Exactamente, ¿qué ha estado haciendo la Chica de la Bicicleta para fastidiar al presidente?

—Saber eso no entra dentro de nuestras competencias —dice Femi. Se sienta, coge mi copa de coñac y toma un trago antes de devolvérmela. Deja en el cristal una mancha de pintalabios.

—Pero dices que es una especie de anarquista, ¿no? Entonces habrá protagonizado actos públicos de, qué sé yo, desobediencia civil, vandalismo, esas cosas.

—No necesariamente. ¿Qué sabes del anarquismo?

Me encojo de hombros.

—No es equivalente al caos. En realidad, es una especie de socialismo. Algunos partidarios pueden ser violentos y problemáticos, pero no todos.

—¿Es la Chica de la Bicicleta violenta y problemática?

—No. Lo que sí hace es... predicar. No se puede predecir dónde va a aparecer. Da discursos breves para enardecer al pueblo y, acto seguido, se esfuma.

—Tenemos que cotejar las fechas de esas apariciones con los rumores sobre la Lijad. Si estoy en lo cierto, se solaparán.

—La aldea ambulante. Una teoría difícil de creer, como comprenderás.

—No tiene por qué tratarse de un desplazamiento de edificios, carreteras, pozos y demás. Puede que consista en un movimiento conceptual. Es algo sobre lo que nunca había reflexionado mucho.

—¿Qué es un movimiento conceptual?

—Nada. Me lo acabo de inventar. Lo que quiero decir es que tal vez el concepto de la aldea se desplace.

—Sigo sin entenderlo.

—Vale, imagina que las aldeas X, Y y Z son puntos fijos, y que hay tres días de la semana, por ejemplo, lunes, martes y miércoles. El lunes X es la Lijad, el martes X vuelve a la normalidad e Y pasa a ser la Lijad.

—Y el miércoles Z es la Lijad —deduce Femi.

—Sí.

—¿Y qué hay de la población?

—Ya, bueno, como te decía, solo estaba elucubrando. Tengo que mirar en Nimbus.

Femi toca debajo de la mesa y de inmediato oigo el siseo momentáneo del gas ionizado al expandirse ante mí para formar una pantalla holográfica. El tablero se ilumina y aparece un teclado QWERTY. Hay dieciséis portales de Nimbus disponibles y algunos túneles seguros.

—Formidable. ¿Sabías que África occidental alberga el mayor número de adictos a Nimbus de todo el mundo? Algunas regiones no cuentan ni con agua corriente, pero sí tienen Nimbus.

—¿Cómo podemos permitirnoslo? —se pregunta Femi. No parece muy interesada.

—Las redes ofrecen diversos planes de pago por uso. Calculo que un tercio serán conexiones ilegales de Enganches de Trastos.

Toco el túnel que quiero. La pantalla holográfica se expande para mostrar

la totalidad del destino, una zona despejada que recuerda a un atrio con varias puertas ornamentadas. Cuando me coloco sobre cada una de ellas, las ventanas informativas me muestran cuántos usuarios hay conectados a ese camino, cuánto costará, si ya he estado ahí con anterioridad y la lista de riesgos cibernéticos que correré. No hay publicidad; está claro que Femi puede permitirse lo bueno. Entro en un área de búsqueda donde me espera un robot *steampunk* tridimensional. Escribo «Lijad». Una ventana me pregunta si quiero añadir audio, a lo que respondo que sí. Un segundo aviso me recuerda que la sesión no será segura si hay otras personas en la habitación o si hay dispositivos de escucha monitorizándolas. Retiro el mensaje arrastrándolo con la mano.

Aparecen sesenta mil resultados sobre las Hermanas Lijadu. Despliego uno con la mano izquierda y con la derecha me deshago de las *malapps* errantes, fragmentos de código maligno que caen en la trampa configurada por Femi. Modifico las opciones de ciberseguridad para que la destrucción se realice sin que se notifique.

Las Hermanas Lijadu eran unas cantantes de *jazz* nigerianas que estuvieron en activo entre los sesenta y los ochenta del siglo xx. Empiezan a desplegarse decenas de fotos en torno a mí y un fragmento de audio aporta un agradable sonido de fondo. Hacen música de su época, pero están bien armonizadas y en los arreglos se aprecia la influencia del *rock*; además del bajo, a menudo cuentan con el acompañamiento de una guitarra eléctrica. En las fotos muestran la misma sonrisa. Dientes bien descubiertos, hoyuelos marcados en las mejillas, sonrisas sinceras que se extienden hasta los ojos. Son unas chicas bellas y alegres. Como es tradición entre los gemelos yorubas, se llaman Taiwo y Kehinde. Los gemelos son seres místicos para los yorubas, e incluso la palabra que se emplea para designarlos, *ibeji*, deriva del nombre de su dios. Cantan tanto en inglés como en yoruba. Solicito un rastreador desde mi cubículo de Nimbus y le indico que reúna sus canciones y me las envíe al teléfono.

Por interesante que me resulte todo esto, no estoy más cerca de la Chica de la Bicicleta, a menos que sea una admiradora.

«Lijad» es una palabra española, una forma imperativa del verbo «lijar». Descarto este hilo. La «Lijad» que me interesa es un sustantivo.

Acerco la copa de coñac, pero compruebo que se ha terminado. Le lanzo una mirada interrogativa a Femi.

—Te necesito sobrio. Estoy haciendo café.

—Necesito alcohol para... para el proceso de búsqueda.

—No, no lo necesitas. Recuerda: yo soy la experta en buscadores.

—Fascista —digo.

Me dirijo a un portal que se llama Irohin, la palabra que los yorubas emplean para decir «noticias», e ignoro los sucesivos callejones sin salida hasta que llego a Amebo. Amebo significa «cotilleo», pero es un ejemplo de la naturaleza dinámica de la lengua. La palabra apropiada para referirse a los cotilleos es «*olofof*». Amebo era un nombre propio, y era así como se llamaba un personaje de una popular serie de televisión, *Village Headmaster*. En la serie, este personaje era una cotilla incorregible; y a partir de ahí el nombre se incorporó al léxico nigeriano. Una remota parte de mi cerebro cae en la cuenta de que las Hermanas Lijadu grabaron una canción titulada *Amebo*.

En Amebo hay una sección sobre la Lijad. Según parece, solo participa una persona. Estos sitios son el dominio de los aficionados a las teorías conspirativas y de los paranoicos.

¿HAS VISTO A OYIN DA? ¿HAS ESCUCHADO SU MENSAJE DE LUZ? ¡LA HEROÍNA DE LA CIENCIA DE ARODAN VIVE!

Me pregunto qué será una «heroína de la ciencia».

—¿Qué es una heroína de la ciencia? —indago.

—Ni idea —dice Femi.

—¿Oyin Da es una fanática religiosa?

—No que yo sepa. Sé que no hablaba una palabra de inglés, aunque lo aprendió más adelante.

Hay ocho entradas, todas escritas por la misma persona, quien, inusualmente, deja su número de teléfono a modo de firma. También hay un... ¿Eso es SHTML? ¿El SHTML no es un lenguaje o un tipo de código de Internet? Internet fue la precursora de Nimbus pero ahora está inundada de pornografía y otras rarezas. Si no me equivoco, las entradas deberían dirigirme a distintos sitios web, cuyo contenido es rico en texto y gráficos bidimensionales. Todo es plano. Este mamón es terraplanista.

—¿Este equipo puede procesar Internet? —pregunto.

—No lo sé —responde Femi—. Nunca lo he necesitado. Ven y coge tu café.

—¿No puedes acercármelo tú? Vas a venir de todas formas.

—No soy tu criada, Kaaro. Ven tú a recogerlo.

Me quemo la lengua con él mientras leo una entrada con el título de EL PROBLEMA DE ARODAN.

¡Lo que las autoridades pretenden ocultar es interesante para los estudiantes de Historia y de los fundamentos de lo paranormal y lo esotérico! Dicen que la desaparición fue un inexplicable suceso aislado. En efecto, en el pasado ya han desaparecido pueblos y grupos de personas que viajaban en vehículos. La colonia de Roanoke, el Mary Celeste, los Stratojets B-47 de 1956, misteriosos todos estos incidentes de un modo u otro. El de Arodan es un caso único, en mi opinión. Mi investigación demuestra que ha sido repoblada TRES veces. ¡¡¡TRES!!! Da que pensar, ¿no?

Arodan existía desde la antigüedad, pero los británicos la destruyeron en 1894. Quemaron los edificios y mataron a los hombres, a las mujeres y a los niños, tras lo cual los supervivientes se dispersaron. No se conoce el motivo exacto, pero algunos exploradores británicos podrían haber sido asesinados durante las semanas previas. Poco a poco, la aldea fue reconstruida y repoblada en el mismo lugar, pero volvió a ser arrasada en 1956 (¡¡¡1956!!! El mismo año que el suceso de los Stratojets). Esta vez, además de ejecutados, los aldeanos fueron mutilados; en algunos casos, los cadáveres presentaban marcas de mordiscos. ¡¡¡Es posible que los caníbales los devoraran por la noche!!! Por último, en 2044, Arodan sucumbió a la última catástrofe. Sencillamente, desapareció.

Es obvio que los dioses no quieren que esta aldea exista, aunque a la gente sigue interesándole este lugar. ¿Por qué?

La respuesta está en la Lijad.

—Tenemos que llamar a este tipo —decido—. No está muy cuerdo, pero se nota que ha investigado y sería un error no aprovechar esa información.

—Adelante. Tienes tu teléfono —acepta Femi. Toma un sorbo de su café mientras me mira por encima del borde, tras el velo de vapor.

—Creía que tendrías que rastrearlo o algo así. —Bloqueo la identificación de la llamada y después marco, pero el número está desconectado—. En fin, nada que hacer. Seguimos teniendo que hablar con Regina. —Creo que sé lo que salió mal la última vez y quiero probar suerte de nuevo.

Femi lo vuelve a intentar, pero me informa de que hay una operación

importante en marcha. Pasarán horas hasta que encuentren la forma de llegar allí. Parece exasperada.

—Alguien ha empleado una puta arma aceleradora de partículas. ¿Por qué iban a...?

Se interrumpe en seco cuando ve que estoy escuchándola.

Me toqueteo las cicatrices de las heridas, las zonas donde me introdujeron los catéteres.

—¿Quieres hablarme de tu marido? —la animo.

—Ah, ya entiendo. Pretendes que me ponga a hablarte de él, que lamente su pérdida, que me sienta culpable, y entonces me echaré a llorar y tú me pasarás el brazo por la espalda para consolarme, y una cosa llevará inevitablemente a la otra, ¿verdad? Que te quede claro: no va a haber sexo entre tú y yo. ¿Entendido?

—Tranquila, señora Alaagomeji. Jamás se me ocurriría nada parecido. — Es mentira, pero tengo que hacer que se calme—. Solo lo decía para pasar el tiempo, nada más.

—Seguro. Te pondré la tele. —Sale de la cocina.

Puedo ver a su marido, inmóvil y frío, tendido sobre una losa, en alguna parte, en la oscuridad. Un aspecto que pocos conocen de ser un buscador es que, una vez que he encontrado algo, siempre sabré dónde está, como si le hubiera puesto una etiqueta psíquica. Tengo que entregarme a fondo para relegarlo al trastero de mi cabeza, y si pienso en algo, aunque solo sea de pasada, puedo ver los últimos cambios referentes al objeto o la persona hallados. Sé que un broche que pertenecía a una mujer rica pero bastante olvidadiza y que encontré hace dieciocho meses se ha vuelto a perder y está encajado entre dos muebles, cubriéndose de polvo. Veo los rostros de varios niños.

Tomo un último sorbo de café y me levanto de la mesa. Me maravillo al ver lo limpias y brillantes que están las superficies. Nunca había visto una cocina tan esterilizada, sin el menor rastro de olor a comida. A menudo son los indicios de su uso lo que hace de la cocina la pieza más acogedora de la casa. Me siento en el suelo, sobre unas baldosas que huelen a pino. Apoyo la espalda contra el armario de debajo del fregadero y cierro los ojos. Tengo la espalda y las nalgas apretadas contra unas superficies frías y duras, lo que me



permite afirmarme bien. El olor a pino hace de tercera ancla. El aroma del café aporta la cuarta, aunque preferiría sustituirlo por un cigarrillo. El rumor lejano del aire acondicionado suena débil, pero aun así me sirve como quinto asidero.

Pienso en Regina Ogene, y en el momento en que la toqué. De inmediato me veo inmerso en un torrente de sensaciones, pero esta vez estoy bien sujeto y preparado para recibirlo. En lugar de resistirme a los tubos de luz, me entrego a ellos. Tomo el control de mi respiración y digo para mí: «Estás en la cocina, en el suelo, junto al fregadero, oliendo granos de café brasileño». Repito la fórmula hasta que las anclas hacen retirarse la marea de pánico que subía impulsada por la plétora de posibilidades.

Nunca había experimentado esto y quiero estudiarlo. Uno tras otro, los extremos de los tubos se colocan ante mí para presentarme sus aberturas, retirándose cuando se impone otro canal. Elijo al azar uno de los túneles más grandes y mi mente se dispara por él, acompañada de una sensación de descenso, de caída.

*Estás en la cocina, en el suelo, junto al fregadero, oliendo granos de café brasileño.*

Antes incluso de que mi conciencia llegue al destino, sé que la Chica de la Bicicleta no está allí. La zona se ubica al lado de un arroyo, cerca de unas matas de bambú verde, y hay una esterilla de rafia beis extendida sobre la hierba. No se ve a nadie a cincuenta metros a la redonda. Siento que mi conciencia regresa ya al punto de partida, pero se me ha ocurrido una idea.

Un segundo orificio me lleva a un mercado bullicioso. Los vendedores ambulantes, los carniceros, los comerciantes de cereales y los recolectores de aceite de palma que conversan afanados en sus negocios, así como las amas de casa adineradas seguidas de un séquito de sirvientes, generan una confusa mezcla de presencias, pero no hay ni rastro de la Chica de la Bicicleta.

*Estás en la cocina, en el suelo, junto al fregadero, oliendo granos de café brasileño.*

Un tercer camino me conduce a la plaza de Tafawa Balewa, en Lagos, fácil de reconocer por las tiendas que la rodean y por los músicos que tocan frente a ellas. El cuarto da paso a un desierto; el siguiente, a un aparcamiento; a una jungla exuberante; a una catarata.

Son los escenarios que Oyin Da ha visitado. Las posibilidades son múltiples, y no cesan de multiplicarse porque nunca se detiene, nunca permanece en el mismo sitio el tiempo suficiente para dejar su huella psíquica.

*Estás en la cocina, en el suelo, junto al fregadero, oliendo granos de café brasileño.*

Los túneles de luz cambian y sus rutas se retuercen. Podría estudiarlos, intentar determinar cuáles son más recientes, tal vez, con el tiempo, predecir...

Mi teléfono suena y me saca súbitamente del trance de la búsqueda. Un mareo se apodera de mí durante unos segundos y me tambaleo cuando me levanto. El teléfono vibra y gime junto a la taza de café.

—¿Diga?

—Ha llamado a mi número. —Una voz desconocida, de varón, pausada.

—Saltó el aviso de que estaba desconectado.

—Sí, es una subrutina que tengo configurada para bloquear las llamadas. Toda precaución es poca. El Gobierno siempre anda al acecho.

—¿Quién es? —pregunto.

—Disculpe, señor. Me ha llamado usted. Y puesto que ha utilizado este número, deduzco que desea saber más cosas acerca de Oyin Da.

—Así es. Sin nombres, entonces. ¿Sabe cómo puedo encontrarla? —Hoy mismo me cambio de número. No puedo permitir que este tipo conozca mis datos de contacto.

—¿Ha oído su mensaje de luz? —me pregunta. Arrastra las eses, lo que me lleva a imaginar con un escalofrío que tiene la lengua bífida.

—No, no lo he oído, pero me gustaría —aseguro.

—Quiere que lo compartamos entre todos. Hay que dejar a un lado la trivialidad de las rencillas, así como toda índole de maldad, de codicia y de incorrección sexual.

¿Incorrección sexual?

—Quiere que la sigamos a nuevos lugares, allí donde encontraremos un nuevo cielo y una nueva Tierra.

—¿Es usted su sacerdote? —inquiero.

El hombre guarda silencio. Su respiración suena fuerte, pero al parecer

porque sostiene el micrófono demasiado cerca de la boca.

—No soy digno de ese cargo.

—Entonces ¿qué...?

—Tuve la oportunidad de ir con ella, pero no pude.

—¿Por qué? ¿Qué se lo impidió?

—Tuve... Tuve dudas. Mi convicción no era pura. La ventana se cerró.

—¿Qué ventana?

Silencio.

—Señor, ¿qué ventana? ¿La ventana de la oportunidad?

—¡La ventana!

—Pero...

—Quería que atravesase la ventana y tuve dudas. Otros sí la acompañaron, pero yo titubeé. ¿Lo entiende? Titubeé.

—¿La ventana que da a la Lijad? ¿Un portal? ¿Se refiere a eso?

El hombre guarda un nuevo silencio.

—Veo que usted también duda. Adiós.

La llamada se corta.

Vuelvo a marcar el número varias veces sin moverme de donde estoy, pero no obtengo ninguna respuesta.

## Capítulo 21

Rosalera, Lagos: 2066

*Ahora*

Molara deja de sangrar y me ayuda a levantarme. Estoy agradecido y, al mismo tiempo, preocupado por que sea lo bastante poderosa para someter al hombre de metal. Percibo su lujuria, pero de ninguna manera pienso ponerme a practicar sexo en un templo de carne putrefacta. Me ha salvado la vida, y lo sabe, pero el altercado con Ryan Miller me hace ser más consciente de las implicaciones morales de mi conducta. Aminat está en Rosalera, en el mismo apartamento que yo. ¿Lo que hago con Molara se puede considerar engaño? ¿Estar en una relación significa que es dueña de mi mente y que goza de la fidelidad de mi cuerpo?

*Ryan Miller vio a la anciana que había en mí, a la fallecida, a Nike Onyemaihe.*

El metal líquido forma un charco y empieza a filtrarse en los músculos de los que se compone el suelo, sin mezclarse con el pus. Meto el dedo en el charco antes de que desaparezca. Lo pruebo y al instante se me hace familiar.

Clement. Del banco.

—¿Lo conoces? —pregunta Molara.

—¿Cómo lo has sabido?

—Se te ve en la cara.

—Es alguien con quien trabajo. Trabajaba.

Pese al desconcierto, al menos ya sé dónde encontrar a ese cabrón. Regreso al altar y toco el hueso, acaricio la superficie.

—¿Qué buscas?

—Un mensaje de mi amiga. Algo. Un aviso, tal vez.

—Lo único que hay aquí es podredumbre, Grifo —dice ella—. Ven y hazme el amor.

La miro.

—Te pasa algo raro, Molar.

Recito la primera de las muchas fórmulas que me devuelven a mi laberinto y al rato abro los ojos en el dormitorio.

Me he meado encima.

Me levanto y me estiro para destensar las articulaciones. Todavía me duelen las heridas, pero menos que antes. Me desvisto y entro desnudo en el cuarto de baño. Aminat no ha cambiado de postura, y solo han pasado cuarenta y seis minutos desde que entré en la habitación.

—Ducha. Veintisiete grados.

Me desprendo del miedo y de los restos de la lujuria que Molar avivaba en mí, pero sigo sintiéndome culpable. Puto Ryan Miller. Aunque podría deberse sencillamente a que mi mente intentaba imponer algún orden en medio del caos de la xenosfera. Ryan Miller no es más que una fantasía de los sensibles. Me bloqueé y mi subconsciente tomó el control.

Aminat abre la puerta y de súbito su angustia me abrumba.

—¿Te apetece que salgamos de viaje? —le pregunto.

—¿Y el funeral de Bola? La familia necesita que la apoyen y yo...

—Yo te apoyaré a ti. Eres familia política y estás afligida. Tienes que animarte y yo tengo que ir a Lagos.

—¿Para qué?

—Para ver a mi familia. A mi verdadera familia.

La casa de Alhaji ha cambiado. La estructura es la misma, pero la pintura está descascarillada, el moho aflora a lo largo de la fachada a modo de marea negra y seca, y los hierbajos tapan todo asomo del orden que imperaba hace más de una década. Alhaji ponía todo su esmero en el cuidado del jardín. Las ventanas, sin embargo, se conservan intactas, algo que me llena de esperanza. No se observa ningún movimiento.

—¿Qué hay aquí, Kaaro? —pregunta Aminat.

—Un amigo, creo. Alguien que me salvó la vida hace muchos años. —La miro y sonrío—. *Musulumi ododo bi tie*. —Un musulmán verdadero, como tú.

—*Mi o kii n'she Musulumi* —responde ella. Yo no soy musulmana.

—Tu nombre...

—Es un nombre árabe que significa «digna de confianza», pero a mí me lo pusieron por la legendaria reina del siglo xv. No tiene nada que ver con la religión. No todos los árabes son musulmanes, ¿sabes?

—Ah. Vale.

—¿Saludamos a tu amigo?

—Enseguida.

Lagos es una tierra inhospitalaria para mí, pero no por la gente. Mis jefes acostumbran a dejar a los agentes confinados en una misma ciudad, a menos que vean algún motivo para permitir que se desplacen. Esta vez he preguntado y me han autorizado a viajar, pero eso no significa que no estén rastreándome mediante un dron. Siento la necesidad de arrancarme el implante de cuajo, pero lo llevo alojado cerca de la columna. A los cirujanos especializados que realizan estas operaciones no se les encuentra en la calle. Aun así, si la S45 no sabe nada de Alhaji, no quiero revelar su existencia. También me he vuelto muy prudente desde mi última incursión en la xenosfera. Me aplico una capa extragruesa de ketoconazol por todo el cuerpo que me deja un regusto a productos químicos en la boca.

*Alhaji, ¿estás ahí?*

*Alhaji, ¿estás ahí?*

*Alhaji, ¿estás ahí?*

Emito el pensamiento como si fuera una baliza. Alhaji debería captarlo sin ningún problema. Valentine y él recibieron mi llamada de auxilio al instante cuando la lancé, hace ya tantos años. De improviso, pruebo de otra manera.

*Valentine, ¿estás ahí?*

*Valentine, ¿estás ahí?*

*Valentine, ¿estás ahí?*

Al cabo de unos minutos, noto que alguien me escucha.

*Valentine, soy yo, Kaaro. Estaba...*

*Sé quién eres. Has crecido un montón desde la última vez que te vi. Puedes entrar.*

Valentine nos recibe en la puerta, pero intuyo que llevaba mucho tiempo sin levantarse. Tiene un aspecto decrepito. Su piel, antes tersa, tiene ahora la

textura apergaminada y agrietada de un mapa medieval. Ha perdido el cabello por completo. Ni siquiera conserva el vello de las cejas, lo que me lleva a preguntarme cómo hará para retener las gotas de sudor que se le escurran por la frente.

*¿Dónde está Alhaji?*

*Te llevaré con él.*

—¿Quién es esta mujer tan adorable? —pregunta.

—Es mi novia, Aminat —digo. Tengo la mano tras su cintura.

Valentine le da un abrazo.

—¿Qué haces con este réprobo? —se extraña, con una seriedad que no llega a agradarme.

—Solo me interesa por el sexo —responde Aminat.

Valentine se ríe, pero la carcajada culmina con una tos. *Es descarada. Además, tiene buen culo.*

—No puedes cosificar a las mujeres, Valentine. Eres gay.

Aminat nos mira alternativamente.

—Ha sido muy elogioso con tu anatomía —explico. *Llévame con Alhaji. Es importante.*

*¿Y ella?*

*Puede oír lo que yo oiga.*

—Me gustaría decir que para mí esta es una conversación muy frustrante —interviene Aminat.

Aunque no habla en serio, la cojo de la mano, siento la piel de su palma y después le doy la vuelta de tal modo que el dorso de su mano queda en contacto con mi palma. La miro a los ojos. Creo que nunca me había sentido tan cerca de nadie.

Valentine me lleva a una habitación de la casa, y antes de que Aminat y yo crucemos el umbral, ya sé lo que nos vamos a encontrar. Hay una pequeña lápida en medio del cuarto, con la inscripción MEMORIAE SACRUM y el verdadero nombre de Alhaji tallados en ella.

Albergar una tumba dentro de una casa no es una práctica inusual en Nigeria, aunque suelen verse sobre todo en jardines o en atrios. Como es tradicional entre los musulmanes, el sepulcro no se levanta más de treinta centímetros. Es una losa achaparrada de mármol con vetas negras. Está

rodeada de murales de varias clases de flores, y la luz que entra por la ventana incide de pleno en la sepultura, colocada a un palmo de profundidad.

—No pude asistir al funeral porque... la homosexualidad sigue siendo un delito, un asunto del que la familia se negaba a hablar. Exhumé los restos e hice que volvieran a enterrarlos aquí.

—¿Cómo murió? —pregunto.

—Cometió un descuido, cayó enfermo, empeoró y falleció. —*Yo padezco la misma enfermedad. Siento que la vida se me escurre entre los dedos cada día que pasa.*

—Lo siento. —*¿Cómo puedo ayudarte?*

Valentine se encoge de hombros, e incluso el aire parece pesar como el plomo.

—Ven a Rosalera —le propongo. *La Apertura te sanará.*

—No, mi lugar está aquí —declina Valentine. *A tu amiga Bola no le fue de ayuda, y a ti tampoco te ha servido.*

—Te ofrezco un sitio en mi casa, igual que tú me lo ofreciste a mí. —*Yo no estoy enfermo.*

—Hace mucho tiempo de aquello. —*¿No lo estás? Puedo ver a Molará, ¿sabes? Tú ves una mariposa, pero yo veo una mortaja que vuela por el espacio de los pensamientos, cosechando... no sé el qué. Es podredumbre y descomposición, aunque tú la consideras una diosa del amor con la que saciar tu lascivia. ¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo? ¿Lo sabe Aminat?*

*Me...*

*Tú también estás enfermo, Kaaro. Busca la forma de curarte, o morirás. Yo me quedaré aquí con la persona a la que quiero. Deberías contarle la verdad a Aminat.*

—¿De qué los conoces? —me pregunta Aminat.

—Me acogieron cuando era un adolescente díscolo. —Llevo el volante del coche—. Tengo... Aminat, tengo que contarte algo.

Paro en el arcén porque dudo que pueda seguir conduciendo sin problemas. Siempre me ha dado miedo meterme en una pelea y también la idea de que me rompan la nariz. Esto es mucho peor. El corazón me late con



tanta fuerza que las palabras salen trémulas.

—¿Qué ocurre? —me pregunta. Se inclina un tanto hacia delante y el cinturón de seguridad se aprieta contra ella.

—No soy el tipo de hombre que crees que soy. He hecho muchas cosas de las que estoy avergonzado.

—Pero ahora se trata de algo en concreto, ¿verdad? ¿Qué has hecho?

Se lo cuento todo. Le hablo de Molará, del sexo, del grifo, de la clase de trabajo que realizo en la S45, de Klaus y de los robos. Le hablo del agámido que maté porque sí cuando tenía ocho años. Cuando ya no sé qué más confesarle, me voy quedando en silencio, respirando agitadamente. Y toso.

Aminat no me dice nada. Se limita a mirar al frente, a los coches y los camiones que pasan por nuestro lado, haciendo sisear el asfalto.

—Di algo, Aminat. ¿Qué piensas?

—No sé, Kaaro, ¿por qué no me lees la mente?

Dolido, me encojo, convencido de que me he cargado nuestra relación y de la imposibilidad de recuperarla.

—No soy como la mayoría de la gente, Aminat. No... No siento las cosas de la misma manera. Mis padres me repudiaron y me dio igual. Me apropio de cosas que no me pertenecen. Sé que no tengo ningún tipo de principios. Pero si tú no me importaras, no te contaría nada de esto ni...

—Te quiero, Kaaro. —Lo dice con frialdad, mientras sigue mirando a otra parte—. Estoy enamorada de ti. Hasta ahora, tenía miedo de decírtelo.

No sé cómo responderle. Yo nunca me había enamorado. Una vez me colé hasta los tuétanos por una chica. Una vez. Me metí en un lío bastante gordo. Me pica la garganta, vuelvo a toser.

—Aminat...

—Ya soy mayorcita. Sé que una cosa es estar enamorado y otra, tener una relación. Que una cosa es el amor y otra, la confianza.

—Yo...

—¿Sigues queriendo estar conmigo?

—Claro que sí.

—Pues tendrás que ganarte mi confianza. —Ahora sí se gira hacia mí—. ¿Nunca has estado con esa mujer en la vida real?

—Nunca. Ni siquiera sé qué aspecto tiene.

—¿Te has visto con otras mujeres desde que estamos juntos?

—¿Qué? No. Cómo se te ocurre.

—Sigue conduciendo. Cuando lleguemos a Rosalera, llévame a la oficina. He olvidado algo allí.

—No sé dónde está tu oficina —digo. Arranco el motor—. Ahora que caigo, todavía no sé a qué te dedicas.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Kaaro. Menos mal que a mi hermano le caes bien.

Pienso en las llamas negruzcas que rodean su imagen mental en la xenosfera, pero no hago preguntas.

Paramos en un motel para pasar la noche.

Un ruido me despierta de pronto. Las sábanas murmullan y Aminat se aprieta contra mí, pero sigue dormida. Estamos acostados y me siento extraño y fuera de lugar, aunque enseguida se me pasa. Aminat respira sobre mi sien y me giro hacia ella para aspirar su exhalación, para cerciorarme de que está aquí.

Amor.

No estoy acostumbrado a sentirme así. Antes iba a los pabellones de los hospitales en busca de un motivo para levantarme al día siguiente. Me metía en el área de los terminales y escuchaba sus pensamientos. Aquello que los pacientes lamentaban no haber hecho yo procuraba hacerlo, aunque muchas cosas quedasen fuera de mi alcance.

Me movía como un fantasma por los hospitales. Era otra forma de robar. Robo sueños, robo esperanzas, robo vidas enteras.

Los pensamientos son distintos en los hospitales. La voluntad de vivir resurge de manera instintiva. Es el antídoto perfecto contra mi apatía. Era. Desde que conocí a Aminat, no me ha hecho falta volver.

Entro en el Hospital de San José o en la Clínica Omojola y me siento en Urgencias. Al principio, ni siquiera tengo que acceder a la xenosfera. Las conversaciones destilan ira, temor, ansiedad y, a menudo, incoherencias.

—¿Por qué tardan tanto?

—¿En qué estabas pensando?

—¡Cuánta sangre!  
—¿A qué se debe tanto retraso?  
—Espera aquí. Voy a llamar a tu madre.  
—Te lo juro, fue un accidente.  
—¿Por qué no sale nadie?  
—¿Crees que están ahí dentro cruzados de brazos?  
—Me estoy desangrando.  
—Joder, cómo duele.  
—*Walahi talahi*, como no me ayuden, me cargo a alguien.  
—Necesito que me atiendan.

Es un ambiente que no soporto más de cinco minutos, diez a lo sumo. En Urgencias los pensamientos no difieren mucho de lo que se dice, por lo que no hace falta asomarse a la xenosfera.

Deambulo por los pasillos, esquivando las camillas, en torno a las que los profesionales vestidos con batas quirúrgicas hablan atropelladamente, e ignorando las llamadas lánguidas e incoherentes de los pacientes anestesiados. Los pensamientos de los niños que bullen en la planta de Pediatría, enérgicos, esperanzados, coloridos, en cuanto empiezan a recuperarse. Los enfermos permanecen en silencio, aunque mantienen la esperanza.

Los pabellones de cuidados paliativos suelen estar apartados, en alguna zona más tranquila del hospital. Aquí la xenosfera está llena de fantasmas, vestigios de los pensamientos de personas fallecidas tiempo atrás. La repetición mantiene abiertos los senderos dentro de la red. Sus autoimágenes no me ven, pero se mueven a la deriva. Son posos de información que se deslizan por la mente global. No están vivos, pero pueden interactuar. Las respuestas que dan son exactamente las mismas que habrían dado en vida. Tengo la facultad de dialogar con ellos y así lo hago. Me hablan de su vida, de lo que hacían, de lo que no hacían. Los espectros de los hospitales parecen estar enfermos o heridos, sangran, rezuman pus, tosen a pesar de que carecen de pulmones, manifestando aún los síntomas de la enfermedad que se los llevó.

Muchas de las personas que están aquí morirán antes de tiempo, antes de la próxima Apertura de la biobóveda. Carcinoma hepatocelular. Seis meses

de vida.

Un huracán de lamentos me arrolla. Debería haberla llamado. Tendría que haberle dicho que lo sentía. Quería ver la roca de Olumo. Nunca he viajado al extranjero. Debería haber tenido hijos. ¿Por qué lo maté? Me he pasado la vida deslomándome, ¿y para qué? ¿Qué sería de ella? ¿Qué sería de él? No debería... Quisiera... Necesitaría... Aún no es tarde.

Me marchó. No aguanto más, aunque salgo con fuerzas para resistir durante otro mes. Hago más ejercicio, como sano, llamo a mis amigos, salgo de casa. Voy al museo holográfico y allí visito Venecia, Taiwán, las cataratas del Niágara. Me pongo a cocinar un plato nuevo y lo fastidio. Me determino a ser feliz, y me obligo a quedarme con las cosas buenas de la vida. Contemplo la vegetación exuberante que circunda la bóveda, las granjas ilegales que intentan sacar partido de la extraordinaria fertilidad del terreno, y a los dichosos operarios del Gobierno, que de vez en cuando vienen para podar el follaje.

Esto funciona durante unos días, pero al final la apatía termina por imponerse de nuevo. Me levanto y no practico ningún ejercicio. Salgo sin ganas para el Banco Integridad. Veo las rosas y los hibiscos silvestres que bordean el camino, sin admirarme ante el paisaje. La vida vuelve a teñirse de gris.

A veces recolecto los recuerdos de las personas con las que me cruzo, pero no me sirve de nada, porque cuando caigo en este estado de ánimo, solo los aspectos negativos de su vida salen a flote. Todo lo veo negro.

Toco la mejilla de Aminat. Abre los ojos al instante. Tiene el sueño ligero.

—Hola —dice.

—Hola —digo.

Unos haces de sol le acarician el costado. En estos momentos me tragaría todo lo que dicen los poemas y las canciones de amor. Creo en los sentimientos a flor de piel, en las fantasías, y en despertarnos juntos bajo el sol del alba.

Me roza la mano y la guía hasta el rincón cálido que se recoge entre sus muslos.

—Despiértame —me pide.

Aquí estamos. Regresamos a Rosalera en silencio durante casi todo el trayecto. Está bien cuando los sentimientos permanecen en un estado amorfo, tácito, pero Aminat dice que me quiere. La expresión ahoga a la pasión, la demarca y la limita. Ambos sabemos que yo estoy dedicando mi silencio a aquilatar mi corazón.

Paramos frente a su oficina y me dice que la espere en el coche. Me duele todo el cuerpo a causa de las heridas y después de llevar tanto tiempo conduciendo. No me da un beso cuando se baja, pero me concede una mirada que me llega directa a la entrepierna. Me quiere. ¿La quiero yo a ella? Nunca he querido a nadie, pero nunca había sentido por otra persona algo tan intenso como lo que siento por ella. La veo alejarse.

No hay letreros, por lo que no sé cuál es el edificio de las oficinas. Me da vergüenza no haberme interesado por su trabajo hasta ahora, así que no se lo pregunto.

Cuando creo que la distancia le impedirá oírme, digo:

—Te quiero.

—¿Qué? —dice ella, dándose media vuelta.

—Nada. Que hasta luego... Hablamos cuando vuelvas.

Es de día, pero no es horario laboral. Solo hay un guardia. Se ríe de algo que le ha dicho Aminat. Le deja entrar.

Unos niños juegan al fútbol en la carretera y chillan alborozados cada vez que el balón pasa volando entre las dos piedras que hacen las veces de portería. El balón rebota en el parabrisas y se para en el suelo. Los niños me gritan. Bajo del coche y alineo el balón con mi pie. Echo la pierna hacia atrás para coger impulso, pero no me da tiempo a chutar.

La explosión del edificio me aplasta contra el flanco del coche. Solo oigo el pitido de mis oídos. Hay escombros por todas partes. Un humo negro enfosca el aire y se extiende por el cielo. Las llamas rugen y cabriolan entre lo que queda de la estructura.

No puedo moverme. La alarma del coche se activa. Veo a un niño ardiendo. Ojalá no hubiera mirado.

*Aminat.*

*Aminat, te quiero. Vuelve.*

Me zambullo en la xenosfera y de inmediato veo las llamas negruzcas.

## Interludio: Misión

### *Presa de Kainji, Estado de Níger: 2057*

Ah, la rabia, la rabia contenida. Me divierte, aunque me lo guardo para mí. Intento sacarme un trozo de pescado seco de entre los incisivos con la lengua.

Estamos en la sala de control de la presa de Kainji. Soy el único sensible. Conmigo hay seis hombres de una unidad de las fuerzas especiales tan secreta que se niegan a revelarme siquiera el nombre. Visten armadura ultraligera, portan armas ultraligeras y ultradestructivas y están listos para entrar en acción.

—Kaaro, ¿algo? —pregunta el comandante.

—Sigue lloviendo. No puedo ayudarlos. Necesito que haga bueno, ¿recuerdas? A menos que tengas contacto directo con Changó o con algún otro dios del trueno, no hay nada que hacer. —Me llevo el dedo a la boca y aplico la uña a modo de mondadientes. No funciona.

Una estrecha hendidura rectangular permite entrever un cielo plomizo que los relámpagos alumbran de vez en cuando. La lluvia cae torrencial, incesante. El lago Kainji debe de estar ya a rebosar, y las turbinas tendrían que estar trabajando a pleno rendimiento, solo que no todas funcionan. Siempre ha habido alguna averiada desde que los italianos terminaron las obras en los años sesenta del siglo pasado.

Los insurgentes han amenazado con hacer estallar la presa y la S45 me ha ofrecido prestado para esta misión. Solo me necesitan para saber en qué momento llegan los insurgentes, si es que vienen. Los brutales combatientes que me rodean se encargarán del resto.

Los miro. El Hijoputa Danladi se los comería con patatas sin molestarse en masticar.

El comandante saca un cuchillo y muerde la hoja.

—No sé Changó, pero este pedazo de hierro es Oggún y juro que nadie va a reventar la presa esta noche. Te vienes con nosotros.

—¿Qué? Ni hablar. Yo no soy agente de campo. —Ahora yo también me enfado. Y me asusto.

—Esta noche sí lo eres. Vamos, chicos.

Salimos a paso ligero al encuentro con el chaparrón.

En cuanto se presente la oportunidad, me largo de aquí.

## Capítulo 22

Lagos: 2055

### *Entonces*

Revólver.

En cuanto lo pienso, en cuanto sé que tengo que huir, veo el camino que conduce al arma. Es un modelo de chica, un calibre 22. Culata perlada. Acabado en plata, bien pulido, cuerpo elegante. Cargado. En el bolso de Femi.

No tengo ninguna intención de dispararlo, pero necesito que ella crea que sí. Abandoné el hospital para enfrentarme a Femi en su casa, y aun así quiere que vuelva a la sede de la S45. No puedo permitirlo. Las fosas comunes y las aldeas que desaparecen son demasiado para mí.

Estoy de vuelta en la cocina antes de que ella regrese. Estoy confundido por algo que he visto en mi ensueño. Una conversación. Sé que pertenece al futuro. Yo nunca he sido capaz de hacer algo así, pero he oído hablar de otros sensibles que sí pueden. A lo largo de los años he podido emplear momentáneamente otras habilidades, y en esta ocasión ha sido el don de la clarividencia. La conversación tiene lugar entre Femi y una mujer que no conozco.

—¿Te acostaste con él? —pregunta la desconocida, que está sentada ante una mesa, donde escribe en la arena que hay allanada en una bandeja de cerámica.

—¿Con quién? —pregunta Femi.

—Con el cambiado. Kaaro.

—No.

—Hm. Pues deberías haberlo hecho. Era lo que tenía que haber ocurrido.

—En primer lugar, puaj. En segundo lugar, más puaj. Y es cuanto tengo que decir al respecto.



—Si te hubieras... En fin, era nuestra última oportunidad de controlarlo.

—Pero ¿qué dices? Es un mercenario. Solo se le puede controlar con dinero.

La mujer levanta el dedo índice como si fuera una institutriz.

—No. Cree que solo se le controla con dinero, pero en realidad no es así.

—Y, entonces, ¿con qué?

—Con el amor.

—¿El amor de quién?

La mujer se encoge de hombros.

—No vas a dar con la Chica de la Bicicleta por medio de él. Ese hilo ya no lleva a ningún ovillo.

La visión termina aquí.

No sé quién es la mujer, pero el aplastamiento de la arena, o escritura en la arena, es una forma de adivinación que conocen los yorubas. Funciona de un modo similar a la geomancia. Se dice que Jesús la empleó cuando salvó a la adúltera de la turba. Nunca había visto ni había oído hablar de ninguna mujer que la practicara, pero supongo que todo es posible.

Me introduzco el revólver en la parte de atrás de la pretina. Ocurra lo que ocurra, no puedo acostarme con Femi. La visión me lo ha avisado con toda claridad. Ignoro de qué forma me iba a controlar, pero no pienso averiguarlo. No sé cuál será el asunto ese del amor, pero dado que no estoy enamorado de nadie, tampoco me preocupa. Además, los amoríos son para gazmoños; el que ama de verdad prefiere un buen coño.

El café se ha enfriado y preparo una taza caliente. Estoy incómodo, en parte porque no me gusta ir armado, pero también por la visión y por una aprensión indeterminada. Esta miscelánea de emociones me pone nervioso y tiro una taza al suelo por accidente. Estoy recogiendo los pedazos cuando Femi regresa.

—Me... Va a venir un helicóptero a recogernos -dice. Está preocupada, o al menos es la impresión que me transmite.

—Yo no voy —digo.

—Déjate de tonterías. Yo tengo que ir y, por tanto, tú también tienes que ir. No voy a dejarte aquí.

—No voy a quedarme aquí, pero tampoco me voy a marchar contigo.

—Kaaro, no tengo tiempo para esto.

Saco el revólver.

—¿Has perdido el juicio? No vas a matar a nadie —dice Femi—. No sé qué crees que estás haciendo, pero no tienes por qué amenazarme. Creía que nos llevábamos bien.

—No nos llevábamos bien. Tú tenías lo que querías, pero no nos llevábamos bien.

—Cálmate y baja el arma. Es un revólver antiguo y cuesta mucho dinero. Lo empleó la banda de Oyenusi durante los crímenes que cometió en 1972. Seguramente está defectuosa y se encasquillará si aprietas el gatillo. —No tiene ningún miedo, creo que le bastaría con estirar el brazo para que le entregase el arma, pero quiere ver cómo termina la situación.

—Solo la he tomado prestada. Lo único que quiero es saltar del barco. — Le sonrío porque ¿cómo no hacerlo?—. Eres la chica más guapa a la que he besado nunca.

—Seré la última a la que beses como no dejes de apuntar a una agente federal con un arma. Sabes que es un delito.

—Lo siento, pero no confío en ti, Femi. No me creo lo que le pasó a tu marido y no tengo ninguna intención de verme involucrado en la ejecución extrajudicial de la Chica de la Bicicleta.

Femi suspira.

—Tomaré otro café. —Se mueve sin prestarme atención. Una parte de mí cree que debería disparar una vez, para asustarla o algo, pero no tengo arrestos. Además, salvo durante las prácticas que hice con el belga loco, nunca he disparado un arma. Se oye música clásica por toda la casa—. Mendelssohn. Este concierto para violín siempre me pone triste. A mi marido le gustaba, sobre todo el primer movimiento. Personalmente, prefiero a Ludwig. La novena sinfonía es uno de los hitos de la civilización humana.

—Qué bien. Yo no soy un gran admirador.

—No, ya me imaginaba. —Sirve café en una taza y me la ofrece, pero la ignoro—. No puedo contártelo todo, pero la relación que mantenía con mi marido era complicada.

Me confiesa que Wande Alaagomeji fue un desliz que cometió dentro de la S45. Era un joven y apuesto guardia al que le echó el ojo y se lo tiró. Le

gustaba tanto practicar sexo con él que empezaron a pasar más tiempo juntos. La familia de ella ya había perdido la esperanza de que se casara. Su madre decía que era «demasiado obstinada», mientras que su padre sostenía que era «demasiado masculina». Wande provenía de la tribu y la familia correctas, y a pesar de sus pocas luces, sabía cuál era su lugar. Lo conveniente era casarse.

Femi y Wande se pasaron todo un año revolcándose, descansando solo para trabajar. Después a Wande empezó a preocuparle su carrera, y deseoso de un ascenso, le sugirió a Femi que utilizase su influencia. El nepotismo no tenía cabida en la S45, pero el muchacho no la creía. Ella intentó ensalzar las virtudes de él, casi rebasando los límites del decoro, lo que provocó un cierto revuelo. Esto terminó por afectarla de un modo que no acertaba a definir y la relación perdió su inicial lustre. El sexo se volvió algo menos fantástico, más mundano, hasta que cesó por completo. Ella sabía que él andaba enfriando el hierro por otro lado, pero le daba igual. La casa tenía techos de cuatro metros de alto y era lo bastante espaciosa para que vivieran codo a codo uno por su lado.

—Una vez pasaron seis semanas sin que me cruzara con él —dice.

Adoptaron una cómoda y destructiva rutina, conforme a la cual cada uno de ellos hacía como si el otro no le importara o como si ni siquiera existiese. Después de veinticuatro meses así, empezó a verlo con indiferencia. Se llevó una gran sorpresa cuando el departamento de Vigilancia trajo la grabación.

Wande insurgente. Wande distribuidor de literatura sediciosa, colaborador de los enemigos del Estado. Wande maquetista de panfletos sobre la Chica de la Bicicleta, propagandista y estudioso de teorías conspirativas.

Femi hace una pausa para beber café.

—La chica contaba con algunos grupos de seguidores aquí y allá. Se materializaba como un alienígena, abducía a unos pocos y predicaba sus ideales utópicos, con los que el presidente estaba en total desacuerdo. Yo no podía culparlo, faltaban nueve meses para las elecciones.

»Me tenían al tanto del seguimiento de la célula de Wande, pero no me permitían involucrarme por razones obvias. Durante un tiempo también sospecharon de mí; me vigilaban de forma sutil y recibí no pocas indirectas de otros departamentos. Aguanté como un brote de herpes y seguí trabajando con mi diligencia habitual. Si no ocultas nada, no tienes por qué temer que te

vigilen. Me lo tomé como una simple molestia y al final me dejaron en paz.

Esto lo averiguó al leer un boletín clasificado: seis muertos, maniatados, disparos en la nuca, ejecutores desconocidos, Wande Alaagomeji identificado entre las víctimas. Femi no se inmutó, aunque le dio un poco de pena. La S45 no acostumbraba a actuar como los escuadrones de la muerte, por lo que tal vez fuera obra de otro departamento que había accedido a la información.

Para entonces ella estaba investigando los elementos sobrenaturales de la S45 y aprendiendo cosas sobre los distintos aspectos del trabajo: los renacidos, las brujas, los psíquicos, en especial los cambiados. Los psiquiatras de la organización pensaban que era una consecuencia del proceso de duelo. Interesarse por lo oculto cuando se produce un fallecimiento en la familia es casi un tópico, le dijeron. Semanas después del funeral de Wande, a Femi se le ocurrió la idea de excavar una fosa común con el propósito de evaluar a los buscadores.

—Y eso fue lo que me llevó hasta ti, Kaaro. Tal vez el mejor buscador de Nigeria y, por tanto, del mundo, aunque también un tipo ordinario que solo piensa en disfrutar de la vida y en empujar el codo, un sátiro desaseado sin la menor traza de honradez.

Suelto una risita.

—No tardarás mucho en cambiar de parecer sobre mí.

—Ese es un honor con el que no sueño —dice Femi—. ¿Te quedarás para ayudarme a encontrar a la Chica de la Bicicleta?

—Lo siento, Femi. Daré con la chica y escucharé su punto de vista. Pero no confío en tu organización.

—No nos dedicamos a exterminar a nadie.

—Quizá. Quizá vosotros no, pero otras ramas del Gobierno sí lo hacen, y tienen acceso a vuestros datos. Lo siento. —Vuelvo a guardarme el arma en la pretina y me dispongo a salir.

—Es una imprudencia —me advierte.

—Otra más de las muchas que he cometido en mi vida —digo.

En un primer momento, sospecho que Femi va a organizar un equipo para que me siga, pero no ocurre así. Tiene otros problemas que resolver. No me

engaño; sé que tarde o temprano tendrá que ocuparse de mí.

Sé dónde encontrar a la Chica de la Bicicleta. Sé dónde va a estar.

Salgo disparado del autobús *danfo*, literalmente. Todavía está en marcha cuando desmonto. Corren las primeras horas de la tarde y la gente se arremolina en el mercado. Espero a que se abra un hueco en medio del tráfico y cruzo para ponerme a salvo. La plaza está rodeada de tiendas, todas las cuales dan a una estatua de bronce fundido de Oduduwa, fundador de las tierras yorubas. En su mayor parte son simples estructuras de madera tapadas con una chapa de hierro ondulado. Algunos comerciantes ya se han ido a casa. Otros venden sabrosos tentempiés y viandas, sobre todo *boli*, servido en papel y aderezado con una abrasadora salsa de pimienta. El *boli* es banano asado y se suele vender con cacahuets también asados. El aroma inunda el ambiente. No tengo dinero, así que intento no pensar en que se me está haciendo la boca agua.

De vez en cuando pasa un agente haciendo la ronda, pero sin la idea de tener que intervenir, ya que apenas se cometen delitos violentos. El periódico local, *The Clarion*, habla de trifulcas domésticas, de los gamberros que han contaminado el embalse, de las visitas de los dignatarios del país y de los últimos modelos de implantes. La población suele informarse accediendo a Nimbus desde el móvil y, por ende, ignorando los boletines elaborados con noticias preseleccionadas y, en gran medida, censuradas.

Hay carteles de papel fijados en varios postes telefónicos; en ellos se muestra el dibujo de una joven con peinado afro. ¿HAS VISTO A OYIN DA? ¿HAS ESCUCHADO SU MENSAJE DE LUZ? ¡LA HEROÍNA DE LA CIENCIA DE ARODAN VIVE! Debajo del texto destaca un número de teléfono escrito con rotulador rojo. Me doy de bofetadas por no haber memorizado el número del tarado con el que hablé para cotejarlo.

Camino entre los transeúntes, devuelvo el saludo a los que me dicen hola. Un perro callejero me ladra y carga enérgicamente contra mí hasta que se detiene en seco. En el cielo se ven las estrellas tempranas y el inelegante manchurrón del *Nautilus*, una estación espacial fallida.

Un tropel de jovencitas ríen entre dientes al pasar junto a mí. Llevan los dedos a la altura del pecho y los mueven como si estuvieran utilizando un teclado invisible. Por medio de sus implantes dactilares, escriben con un

teclado vinculado que solo se puede ver a través de sus lentillas o gafas. Demasiado metal en el cuerpo para mi gusto. Odio los implantes.

Llego a un puesto vacío y espero. Estoy incómodo. Algo me pasa, en la cabeza. Experimento percepciones fugaces de... imágenes, sentimientos, olores, fenómenos táctiles. Solo duran unos segundos, pero son distintas de las muchas que me han traído al mercado.

Al cabo de veinte minutos, los veo. Dos hombres, tres mujeres. No los rodea ningún aura ni se oye ningún coro celestial, pero los distingo de forma inequívoca entre el enjambre de compradores y vendedores ambulantes. No dan vueltas ni se paran a mirar escaparates. Llevan cada uno una lista y compran lo que necesitan sin regatear. Visten a la moda de hace diez años. La ropa está confeccionada en ese dichoso tejido de regulación térmica, sin costuras, que tanto éxito tuvo en el 47. Me cuesta creer que yo también lo usara. Son cautos, aunque intenten disimular. Observo que en ningún momento se pierden de vista unos a otros. Es como si estuvieran unidos por un hilo invisible. Curiosean en los puestos y miran a su alrededor después de comprar para cerciorarse de que los demás siguen cerca.

Los estudio con cuidado. Parece que no va a acabar nunca, pero entre ellos se dan alguna señal sutil y, en cuestión de instantes, se repliegan y abandonan el mercado. Los sigo a una distancia prudencial. No llevo bolsas de la compra, algo que me recrimino porque me delata enseguida. Cojo una botella verde de cerveza que hay tirada en el suelo y continúo despacio, intentando hacerme pasar por borracho, pero seguro que no engaño a nadie.

Cruzan un callejón que separa dos casas. El paso da a un campo donde no crece la hierba porque los críos lo utilizan para jugar al fútbol. Lo cruzan en diagonal, sin un destino aparente, pero percibo un cúmulo de posibilidades. Aquí es.

Aparece un resplandor y el grupo, en vez de titubear, continúa derecho hacia él. Hago un cálculo rápido y llego a la conclusión de que no voy a llegar. Uno tras otro, empiezan a desaparecer en la luz. Echo a correr. Solo quedan dos, ahora uno. Antes de que la luz se trague al último, salto y me agarro a una de las bolsas. De tacto frío, se revienta en el acto, liberando sobre mí un aguacero de chuletas. Pierdo el equilibrio y termino en el suelo.

Ahora el suelo es de hormigón y estoy rodeado por el grupo al completo.

Me quito la carne de la cara. Hay una mujer parada ante mí. Viste un mono y lleva el pelo recogido en pompones afro. Sé quién es y no parece sorprenderse de verme.

—Espera aquí y quédate quieto —me ordena.

Se da media vuelta, se acerca aprisa al lateral del panel de una máquina, mete la mano en una funda y saca una escopeta de doble cañón. Me apunta con ella a la cara y les indica a los demás:

—Apartaos. Esto va a salpicar un poco.

## Capítulo 23

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Estoy sentado en la carretera, a metro y medio del edificio en llamas. He recuperado el oído, más o menos.

Como siempre, los bomberos disponen de vehículos, pero no de agua. Van uniformados y no parecen estar en absoluto avergonzados por traer las cisternas vacías. Se limitan a organizar a los numerosos hombres y mujeres que se van acercando con cubos de agua y de arena blanca. Entre todos consiguen extinguir el incendio. La ruina humeante es la encarnación de la desesperanza. Las paredes continúan en pie, pero el techo ha cedido y a todas las ventanas les faltan los cristales. Toso a causa del humo, pero no estoy herido. Unos quince halcones BVC están posados en los coches, las paredes y los salientes cercanos, observándolo todo, transmitiendo la información a los servidores. Otros dos vuelan en círculos sobre la escena. A unos pasos de mí veo al guardia de seguridad que saludó a Aminat a su llegada, mirándose los zapatos. Un hilo de sangre se escapa de su oído izquierdo, tiene el uniforme hecho jirones y añicos de cristal clavados por todo el cuerpo. En la mano sostiene el balón reventado con el que jugaban los niños en la calle hasta el momento de la explosión. Los cadáveres yacen alineados en el suelo, descubiertos. A casi todos les falta un zapato, si no los dos, algo que me desconcierta. Pero todavía me desconcierta más el hecho de que no consiga dar con Aminat.

En la xenosfera no hay rastro de ella, pero eso no significa necesariamente que esté muerta. También podría ser que la explosión haya quemado los xenofórmes del aire, con lo cual la red podría estar recomponiéndose poco a poco. Cuando la llamo por teléfono, responde el buzón de voz.

La gente se ofrece a ayudarme, y me abruma la bondad de los extraños,



pero ni la necesito ni la quiero. No soy demasiado sentimental, pero la suerte de Aminat me provoca una profunda tristeza. ¿Por qué había una bomba en su oficina? ¿Sería yo el objetivo? *Joder, Aminat, ¿qué coño ha pasado?* Siento una punzada física en el tórax, tan opresiva que creo estar sufriendo un infarto, pero después comprendo que se debe a la pena que me asfixia. El corazón me late como si tuviera un pájaro encerrado en el pecho, diminuto pero pesado como una plomada. Necesito un trago o algo. Tomo aire y el dolor remite.

—¿Señor Kaaro? —me pregunta alguien.

Al levantar la cabeza veo a un joven miliciano parado ante mí. Otros tres hombres armados y de uniforme esperan tras él en posición de descanso.

—Es solo Kaaro. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tiene que acompañarnos al Departamento de Agricultura, señor. Órdenes.

—Mi novia acaba de morir —digo.

—¿Cuál es? —pregunta a la vez que señala los cadáveres.

—Se... Todavía no la han encontrado.

—En ese caso, lo lamento. Debe venir con nosotros. Son órdenes. Le prometo que volveré y la buscaré por usted.

Al ver que no me muevo, me toma del brazo para levantarme, pero me zafa y le lanzo un puñetazo torpe. El miliciano se agacha para esquivarlo y me pone una zancadilla con delicadeza mientras me sostiene por el torso. Me pone una rodilla en el pecho para inmovilizarme, pero forcejeo y grito incoherencias.

—Señor, tranquilícese. Estese tranquilo. —Me repite la recomendación hasta que surte efecto. Creo que llega un momento en que me habla como si intentara dormir a un bebé. Cuando empiezo a sentirme estúpido, me quedo quieto y dejo el cuerpo laxo.

—Déjame levantarme —digo.

El miliciano accede y se disculpa. Incluso intenta sacudirme la suciedad de la ropa.

Miro por última vez el edificio en ruinas. Mientras sigo al miliciano, vuelvo a considerar la idea de dejar la S45. Con la rabia me entiendo mejor que con la tristeza.

Hay un tipo nuevo en Ubar. Se llama Badmos y suda un montón. Me deja la mano mojada cuando nos saludamos. Dice que es mi nuevo supervisor. Me parece servil, astuto y demasiado sonriente. Se acabó el comunicarme en persona con la dirección.

—Era una anomalía, a decir verdad. La única razón por la que Alaagomeji estaba en contacto contigo era que te encontrabas allí cuando la ascendieron.

—No la ascendieron. Todos los que eran más veteranos que ella se... — Intento proseguir, pero me sobreviene un ataque de tos. Parece surgir de lo más hondo del pecho.

—Deberías vigilar esa tos —dice con una sonrisa, aunque su tono sutil me indica que no es una simple sugerencia—. Es importante, em..., concluir este asunto.

Habla del interrogatorio.

—¿Por qué? ¿Por qué es importante? ¿Conocemos ya sus intenciones?

—¿Quieres que te tachen de holgazán?

—Creo que cuanto mayor me hago, menos me importa lo que los demás piensen de mí. Solo tengo en cuenta la opinión de unos pocos, un número que se reduce a diario.

—Ah, te refieres a tu querida Aminat. Bueno, te gustará saber que no se ha encontrado su cadáver entre los escombros. No estaba en el edificio.

—¿Te quedaste sin oxígeno al nacer? La vi entrar con mis propios ojos, Badmos. Yo estaba allí mismo.

—Doce fallecidos, tres menores, todos identificados. Tu chica, Aminat Arigbede, no está allí. Hemos enviado una solicitud a los servidores para acceder a la información de su implante, pero es un proceso que lleva tiempo.

¿Qué?

—Por ahora, necesito que termines aquí. Averigua qué es lo que pretende este tipo.

No percibo nada de Badmos, pero eso no significa gran cosa. Podría haberse frotado con jabón medicinal y haberse aplicado ketoconazol. Si no, ¿por qué iba a reunirse conmigo sin protección?

—Ahora mismo no tengo ánimos para seguir con esto, Badmos.

Me pone una mano sudorosa en el hombro con ademán protector.

—No es discutible, Kaaro. He leído tu expediente y he oído hablar bien de

ti. Estoy seguro de que podrás despachar este asunto en una sola sesión.

Entro en la sala con la cabeza hecha un bombo por lo de Aminat. Tolu Eleja está sentado con los auriculares del ruido blanco puestos. Esta vez está vestido, y sus heridas han tenido tiempo de curarse. Ahora tenemos algo en común, ya que yo también me estoy curando. No le han dado ninguna paliza en mi ausencia. Le indico al agente que habría que silenciar el ruido. Eleja se lame los labios nerviosamente, como si supiera lo que sigue a continuación.

Empiezo. No sucede nada. Oigo el murmullo del climatizador que hay ubicado en algún rincón del edificio y la circulación acelerada de mi sangre en los oídos, pero no puedo acceder a la xenosfera. Lo intento de todas las formas posibles. Respirando hondo, obligándome a hiperventilar, meditando, concibiendo un torrente de imágenes fantásticas, relajándome... Nada funciona. Desesperado, intento invocar a Molara mentalmente. No me responde.

—Tengo que darme una ducha —le digo al agente, algo que incluso podría ser verdad. A veces, con el uso prolongado, el ketoconazol se acumula en la piel hasta el punto de que los xenofórmos no pueden establecer vínculos. En teoría. Es algo que a mí no me había ocurrido nunca.

Lavarme no sirve de nada. Pruebo con agua hirviendo y con agua helada, pero como se suele decir, todo es vanidad. Limpio con el antebrazo el espejo empañado y me miro en él. Me doy una bofetada.

—¿A qué estás jugando, tonto del haba? —Le doy un cabezazo al espejo y compruebo si he recuperado mis habilidades o si se me ha aflojado algo.

Me escurro hasta el suelo.

Podría fingir. Podría redactar un informe falso. Ya sé que Eleja está tramando algo, y que intenta ocultárselo a todos los que se asomen a su cabeza. Podría inventarme un parrafito o unas cuantas páginas de mierda y marcharme. El problema es que lo que me invente podría contradecir la información de la que ya dispongan. ¿Y qué? Esto tampoco es una ciencia exacta. Ni siquiera es una ciencia. Toso y trago una flema que sabe a sangre. Estoy enfermo.

Me quedo dormido y aparezco con el profesor Ileri en el aula donde nos instruía a mí y a los otros sensibles novatos. O tal vez cuando duermo desaparece aquello que me impide entrar en la xenosfera. Parece un sueño.

Ileri está de pie ante la clase. Yo me siento en la primera fila porque soy mayor que los demás y no tengo tiempo para sus payasadas.

—Te estás muriendo, Kaaro —me dice Ileri.

—No, qué va. Es que he inhalado demasiado humo.

—Ya tenías la tos antes de la explosión, ¿recuerdas? —Ileri es paciente, siempre lo ha sido.

—¿Qué me está matando?

—Lo mismo que ha matado a los demás —responde mientras señala al resto de la clase.

Me giro y veo que todos mis compañeros están muertos. Los cadáveres se mantienen en sus respectivas sillas, pero se encuentran en distintos estadios de descomposición.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto.

—Cóbrate el favor —dice—. Y despierta.

Estoy tendido en el suelo del baño y una agente me está sacudiendo.

—Gracias a Dios, creía que estabas muerto —jadea.

—No te vayas muy lejos. Puede que estés en lo cierto —digo antes de levantarme.

Al final decido contarle la verdad a Badmos, o una versión de esta. Le digo que no me encuentro bien, así que no puedo leer a Eleja. Aduzco un profundo dolor a consecuencia de lo de Aminat (si no ha muerto, ha desaparecido), y dado que es cierto, el argumento resulta convincente. Me deja ir. Si pierdo mis habilidades, ¿quién sabe qué hará la S45? Ya no les seré útil, y es más fácil guardar secretos cuando estás muerto. En cuanto salgo, considero la idea de contactar con Ileri.

El profesor Ileri está jubilado, por supuesto. En el 55 debía de rondar los sesenta años. Tal vez lo tengan menos vigilado que a otros. La dirección que conservo lo ubica en Ilesa, en el estado de Osun. Ilesa se fundó a las puertas del siglo XVIII. La ciudad es conocida por la limpieza y el orden que reinan en ella, una regularidad geométrica más que civil. Eso es para los forasteros. Asimismo, los habitantes de Ilesa se caracterizan por su cerrilidad y su dureza, lo que queda ejemplificado por la estatua de la plaza mayor, la del

cabronazo más duro jamás nacido, machete en ristre y adornado con decenas de amuletos. La escultura advierte: EL QUE JODE EL ÚLTIMO, JODE MEJOR. Definitivamente, no está ahí para darles la bienvenida a los visitantes.

Ilesa queda a una hora de Rosalera. Confío en estar de vuelta antes de que la S45 repare en mi ausencia. Tengo que hablar con Ileri. Conduzco por la calle Iwo y solo me quedan cinco minutos para llegar a la última dirección conocida del profesor cuando aparece un cuadricóptero ante mí, a mi misma velocidad, sin hacer nada. Intento pensar qué pasos dar ahora cuando otros dos flanquean el coche. Por el retrovisor veo uno más. Me detengo. He tentado demasiado a la suerte.

Ahora oigo un estruendo y la hierba de la cuneta se aplasta bajo un peso invisible. Una nave más grande, un helicóptero.

Empiezo a bajarme del coche, pero al instante salta una alarma.

—Quédate donde estás, Kaaro, o tendremos que matarte.

Ya estamos otra vez. ¿Qué había dicho de Ilesa? No se andan con hostias. Aguanto la respiración, no sea que malinterpreten mis movimientos.

Tres horas más tarde, estoy en Rosalera, en mi apartamento, con una amonestación oficial en mi expediente. Estoy mirando por la ventana cuando veo a cuatro reanimados deambulando por la calle. Por muy eficiente que sea el Destacamento Especial, siempre hay más reanimados, durante todo el año. No se esconden; están, sencillamente, por todas partes. No todos son peligrosos. Hay quien asegura que son inofensivos y que su comportamiento tan solo es un reflejo del clima emocional que los rodea. Sé que eso son tonterías, pero lo que es más absurdo aún son esas películas donde los sacan devorándoles los sesos y las vísceras a los vivos. ¿Por qué coño iban a hacer algo así?

Estoy bebiendo un poco de agua tibia. He seguido tosiendo, pero sin expulsar flemas. El agua me ayuda, pero tampoco demasiado. Unos cercos violáceos me rodean las muñecas a causa de las esposas que me pusieron los polis de Ilesa. Ya se me quitarán. No es la primera vez que me salen moratones por culpa de unas manillas.

Suena el teléfono, número desconocido. No espero ninguna llamada.

—Oscuridad —ordenó, y de inmediato el apartamento se ocultó ante los sistemas de vigilancia mediante la emisión de ruido virtual, información sin sentido basada ligeramente en cómo protejo la xenosfera al leer literatura clásica para ella. Las ventanas vibran de forma casi imperceptible. El apartamento proyecta ondas sutiles que confunden a las cámaras.

—¿Diga? —contesto.

—¿Puedes hablar? —La voz me resulta familiar.

—Sí. ¿Quién es?

—He oído que hoy te habías acercado a verme —dice Ileri.

—¡Profesor!

—Se me hace raro hablar así contigo. Hace unos días tuve un sueño en el que tú y yo trabajábamos juntos en una máquina. En el sueño sabía para qué servía esa máquina, y los dos disfrutábamos construyéndola, pero cuando me desperté, olvidé los detalles.

—¿Cómo está, profesor?

—Más muerto que vivo, muchacho. Todavía queda gente dentro de la organización que me da algún que otro soplo, y así es como he sabido de tu peripecia de hoy. ¿En qué estabas pensando? Nadie va a permitir que tú y yo nos encontremos en la misma habitación. Sé más cosas sobre la S45 de las que a ellos les gustaría que te enteraras.

—Corren tiempos complicados, señor.

—Entiendo. ¿Y por qué son tan complicados?

Se lo cuento todo, aunque de forma resumida, y modificando la historia para tapar la culpabilidad de Femi. Al fin y al cabo, dejando a un lado la nostalgia, han pasado más de diez años desde la última vez que vi a Ileri, así que no tengo ni idea de a quién podría profesarle lealtad ahora.

—Todos mis compañeros de clase se han visto afectados —digo—. El número de indomesticados se ha reducido, tal vez hayan desaparecido por completo, no lo sé. —Guardo silencio mientras pienso en Molar.

—Hijo, la verdadera cuestión es por qué esto está pasando justo ahora. Que te quede clara una cosa, Kaaro: no le gustas a nadie.

—¿Por qué todo el mundo tiene que decirme lo mismo? —Me fastidia.

—Me refiero a los sensibles en general. Porque es cierto. No es normal que podáis hacer las cosas que hacéis. La mente tendría que ser el verdadero

refugio de toda persona libre. Ni siquiera a los que están presos se les exige que renuncien a la inviolabilidad de sus pensamientos. Y entonces llega la gente como tú. Es lógico que se os tenga rencor. Entre los humanos, el rencor provoca que se tienda a destruir aquello que lo provoca, ya sea de forma caótica u organizada.

—Lo sé, profesor. A lo largo de la última década he aprendido unas cuantas cosas acerca de la conducta humana. Lo que quiero es que me dé respuestas. ¿Quién quiere acabar con nosotros? ¿Quién está matando a los sensibles?

Transcurren unos segundos sin que Ileri diga nada y durante los que tengo la impresión de que o bien se encoge de hombros, o bien le da una calada a una pipa o un cigarrillo.

—No lo sé, pero piensa en términos de candidatos, Kaaro. No pretendo enfrascarme en una disertación muy prolija, pero ten en cuenta lo que has averiguado acerca de los americanos. Ningún otro país ha dedicado tanto tiempo y tantos recursos al estudio de los xenofórmes. Manejaban un presupuesto de varios millones, tal vez de miles de millones, mientras que Nigeria solo contaba conmigo, un simple micólogo y dendrocronólogo. ¿Y qué hicieron los americanos cuando concluyeron todos esos estudios? Salieron corriendo a esconderse.

»Piénsalo por un momento, y piensa también en lo siguiente: a los religiosos no les gustáis porque contradecís el concepto que tienen de sus distintos dioses. Los dioses y los profetas son los únicos que deberían conocer el corazón de los hombres, así que indaga entre los fanáticos jesuitas y similares. Mira también en tu círculo más próximo. Sin duda hay una parte del Gobierno que no apoya el empleo de los sensibles ni, de hecho, que se lleve a cabo ningún estudio sobre los xenofórmes. Llevan años entonando un discurso bastante incendiario y pidiendo el cierre y la eliminación de nuestro departamento. Teniendo en cuenta que nosotros siempre enviamos la información hacia arriba y que a los de abajo nunca se nos pone al tanto de su actividad... En fin, siempre hemos trabajado a la sombra de la muerte.

»Piensa también en la naturaleza. Los xenofórmes son contranaturales. Personalmente, los considero máquinas biológicas, dispositivos biotecnológicos más que organismos vivos. Las máquinas reciben

instrucciones de alguna parte. Tal vez los dueños o los diseñadores incluyeron temporizadores cuya cuenta atrás está llegando a su fin. O puede que vuestro cuerpo haya empezado a tratarlos como elementos alienígenos y que, durante el proceso iniciado para deshabilitarlos, se haya activado una violenta respuesta autoinmune.

—¿Cuál, profesor?

—Presta atención, Kaaro. Ya te he dicho que no lo sé. Lo único que te puedo ofrecer son teorías.

—Vale. Estupendo. Y ahora yo debería hacer alguna heroicidad, ¿no?

—Venga ya. En primer lugar, eso no va contigo. En segundo lugar, estoy cansado de los hombres y las mujeres destinados a algo grande. La idea de que hay héroes que tienen un destino manifiesto nos vuelve perezosos. El destino no existe. Existen las decisiones y las acciones, y cualquier otra narrativa sirve únicamente para perpetuar el mito de que siempre habrá alguien que solucione nuestros problemas por arte de magia y con la bendición de los dioses. —Ileri tose cuando acaba de hablar.

—¿Está enfermo?

—No. No como lo estás tú. Mi mal son los años, Kaaro. Mi reloj biológico pronto se quedará sin cuerda. Al final la entropía nos alcanza a todos.

—Siempre tuve la duda de si usted sería uno de nosotros —admito.

—No lo soy. Lo único que sé es cómo transmitir la información de aquí para allá. Por medio del estudio, a mi cerebro, y desde mi cerebro a los demás. Voy a colgar, Kaaro. Creo que me están rastreando. Hay algo a lo que le doy especial importancia. Tú no eras mi mejor alumno, ese es un honor que le corresponde a Ebum, aunque sí eras el más diestro, y el más respetuoso. No tengo hijos, y no me gustaría que murieras antes que yo.

»Adiós.

Cuelga. Los reanimados se han marchado a otra parte.

Regreso a Ubar para seguir intentando interrogar a Eleja, pero no consigo nada. Me vuelvo a marchar antes de que mis jefes se den cuenta de que no estoy avanzando.

En cuanto salgo del edificio protegido, saltan las notificaciones de mi teléfono. Una de ellas avisa de un mensaje de Clement.

POR Q QUIERES MATARME? Q T HE HECHO YO?



¿Pero qué narices está pasando? ¿Qué cree este que le he hecho o le estoy haciendo? Él es quien intentó matarme a mí con aquella especie de gólem de hierro. Hay un mensaje de voz y doy por hecho que también es de él, pero me llevo otra sorpresa.

—Kaaro, soy yo. No te preocupes, estoy bien. Sé que suena raro, pero te lo explicaré. Estoy bien, amor mío. Aunque me quedé sin la función del teléfono. Te veré esta noche.

Aminat. Está viva, como dijo el imbécil de Badmos. La llamo al teléfono, pero entonces recuerdo que lo tiene inutilizado. Llamo a Clement.

—¿Por qué no me dejas en paz? —me exige a modo de saludo. Está ronco —. Yo no soy ninguna amenaza para ti. Nunca lo he sido.

—Cierra ya el pico. ¿Qué problema tienes?

—¿Que qué problema tengo? ¡El problema que tengo es que llevas semanas yendo a por mí!

Me asalta un vértigo repentino.

—En el trabajo no he dejado de intentar congraciarme contigo. Te traía café, aperitivos, de todo. He intentado ser tu amigo. Pero no has parado.

—Clement, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—¡No te acerques a mí!

Cuelga.

El mundo se ha vuelto loco; Clement, definitivamente, se ha vuelto loco; y yo tengo que acotar y cuantificar toda esa locura por mi propio bien. En el tren de regreso al apartamento, en Atewo, entro a mirar las noticias. No hay más que un par de párrafos acerca de la explosión. Según se describe, el edificio atacado pertenece al Consejo de Autenticidad Farmacológica, y ha recibido multitud de amenazas desde los orígenes de la organización. Ajá. Aminat es inspectora farmacológica, o al menos trabaja en el mismo edificio que los inspectores farmacológicos. La elaboración de medicamentos falsos constituye toda una industria en Nigeria. Prácticamente todos los hospitales se han encontrado en un momento dado con que sus jeringuillas no contenían más que agua de río o que sus píldoras estaban llenas de polvo de tiza. Las inspecciones son una cuestión de salud pública. Los atentados contra los

inspectores son una tradición que se remonta a la primera década de este siglo. Es un sector bastante impopular y, según se rumorea, la corrupción está a la orden del día.

Los pasajeros se concentran junto a las ventanillas de la derecha. La bóveda irradia lo que hemos dado en llamar «rayos inversos». Unas azuladas cuchillas de electricidad punzan el cielo nocturno y desaparecen más allá, como si fueran los fuegos artificiales más caros imaginables. El suministro energético, la cobertura telefónica y el funcionamiento de Nimbus se verán afectados esta noche. Los ganglios se pondrán a disparar hacia la bóveda y la bóveda se pondrá a disparar hacia el cielo. Ajenjo está teniendo una pesadilla. Se emitirá un aviso para los controladores aéreos. Intento escuchar a los demás pasajeros, pero todo es euforia entremezclada con una cierta *Schadenfreude*. Se mantienen apartados de mí a causa de mi tos.

Desmonto del tren dextrógiro en Atewo. Yaro está allí, lamiendo un envoltorio de papel tirado. Capta mi olor y camina unos pasos detrás de mí, pero yo estoy ocupado y él se ve entorpecido por la herida, ahora llena de gusanos. No tengo comida que darle, así que aligero el paso. Recibo un mensaje de texto del apartamento. Me dice que hay alguien dentro. No es un agente de la S45. El apartamento está configurado para no registrar su presencia. ¿Será Clement? Estoy a dos calles de distancia. En un primer momento, siento el impulso de echar a correr hacia allí, pero apenas puedo acceder a la xenosfera, y no voy armado. Podría llamar a la S45, pero si es Clement, sabrán que estoy perdiendo mis habilidades y me obligarán a someterme a un examen médico. ¿Tan malo sería? Esta tos que tengo...

Por otra parte, podrían aprovechar y colocarme un implante más sofisticado. Paso de esa movida.

Llamo a un vecino. Le digo que mi apartamento me ha avisado de que hay una fuga y le pido que por favor vaya a comprobarlo. Me llama.

—No hay ninguna fuga. Tu novia está haciendo tortitas, habrá sido por el humo.

Le doy las gracias y entro en el piso justo cuando Aminat está bautizando las tortitas con miel. En la otra mano sostiene una copa de vino.

—¿Sabes? Creo que este vino se ha agriado. ¿Cuánto tiempo lleva abierto?

Estoy entre sus brazos, y la estoy besando.

—¿Cómo saliste de allí?

—Hueles a humo —dice.

—Creía que estabas muerta. —La miro. Mi pueblo la rociaría con arena, lo cual, si fuera un fantasma, la haría desaparecer, según el folclore yoruba.

—Sí, en cuanto a eso...

—Hola, Kaaro.

Layi está parado ante la entrada del dormitorio, una toalla enrollada a la cintura, con tres o cuatro eslabones de la cadena colgando del grillete que rodea su tobillo. El último está deformado.

—¿Cómo es que estás tú aquí? Creía que tú no... ¿Cómo es que está aquí?

—Los miro a los dos alternativamente. Lo que no comento es la absurda ocurrencia de que siempre me lo encuentro semidesnudo.

—Él fue quien me salvó, Kaaro —dice Aminat—, pero no hagas preguntas. Por favor. Es solo que... me alegro de estar viva.

La beso de nuevo.

Layi no dice nada. Está de buen humor, como siempre. Junta las manos.

—¿Puedo probar el vino? —pregunta.

—No, claro que no. No puedes tomar alcohol. —Aminat se desenreda de mí—. El coche llegará enseguida. ¿Estás listo?

Layi extiende los brazos.

—Tampoco es que tenga ningún equipaje que hacer.

Los escucho atónito, pero no pregunto. Me doy otra ducha, porque en Ubar no me cambié de ropa y creo que huelo. Sondeo la xenosfera y experimento un cambio sutil, un cierto vértigo, y una vaga sensación de temor que no procede de mí. Percibo algo que podría ser Aminat, pero nada de Layi. Algo es algo. Es mejor que la última vez que lo intenté.

Llamo a la S45 y pido la dirección del domicilio de Clement. Me la dan sin solicitar una autorización ni preguntarme el motivo. Me pongo un traje, pero cada vez que toso me siento indigno de él. Cuando salgo, Layi le está dando un abrazo de despedida a su hermana. Él me mira por encima del hombro izquierdo de ella. Viste mi ropa, pero lleva los bajos del pantalón a la altura de las pantorrillas y sus músculos abultan la camisa. No me importa, y él lo sabe. Me sonrío. Estudio su belleza y una parte de mí también quiere que

me abraza. Oigo el claxon de un coche que hay abajo y sale corriendo, la cadena tintineando como un cencerro.

Agradecido por que Aminat esté viva, decido pagar el taxi. Leo el número de registro, lo introduzco en mi programa de finanzas por medio del móvil y doy las instrucciones necesarias. Me muestra un error. No le doy importancia; habré tecleado mal los códigos. Ya lo haré luego.

Aminat se gira hacia mí.

—Te sienta bien el traje.

—No te escabullas. ¿Qué coño pasa, Aminat?

—¿Podemos sentarnos al menos? ¿Tienes más vino por ahí? He llegado a la conclusión de que me gusta estar viva.

Una vez que la nueva botella de *merlot* ha terminado de respirar, le sirvo una copa y me siento enfrente. Yo no quiero tomar alcohol. La xenosfera va regresando en extrañas palpitaciones mentales y no quiero alargar el proceso.

—Layi solo es mi medio hermano —me revela Aminat.

—¿Medio por parte de quién? —pregunto.

—Tenemos la misma madre.

—No sabía que tu madre hubiera tenido un matrimonio anterior.

—No lo tuvo. Entre nosotros, es un hermano normal. Lo tuvo a consecuencia de... En fin...

—¿Una aventura?

—No. No exactamente. Mi padre cree que fue una violación, pero hace unos años mi madre me contó la verdad. Fue con una amiga a escuchar una especie de sermón en una carpa de la playa. Corrían rumores de que un ángel se había posado allí.

—¿En serio?

—Ya sabes que en Lagos adoran a sus profetas. Así que allí estaba el hermano Luke, el único portavoz verdadero del Señor, monstruosamente gordo, con seis esposas según el último recuento; estaba Jesu Bariga, un paranoico que creía que era Jesús y que tenía centenares de seguidores, ninguno de los cuales había abierto la Biblia en su vida; estaba el gurú Maharaji; estaba Omotola de las Nueve Campanas, obviamente un charlatán,

veterano de la guerra civil, con su doctrina excéntrica; y estaba Joachim de la Llama del Señor, quien aseguraba estar en contacto con un ángel del Señor. Y tal vez fuese así.

Suspiro. Recuerdo que Aminat tiene libros que tratan sobre el diálogo con Dios.

—Escúchame hasta el final, ¿vale? Joachim de la Llama del Señor antes era conocido como Joe-Joe Abadón, y también como Junior Agbako. Encabezaba una banda de ladrones armados que operaron en la autopista que une Lagos e Ibadán durante dieciocho meses, hasta que un día, por accidente, dispararon y mataron a un policía que estaba allí fuera de servicio. No le dispararon por accidente, pero no sabían que era policía. Como suele ocurrir en estos casos, la policía nigeriana fue a por ellos con todo el peso de la ley, de manera que casi todos los integrantes de la banda terminaron atados a unas estacas fijadas a unos barriles de acero en la playa de Bar, ejecución que se retransmitió por televisión en directo. Joe-Joe logró escapar, se afeitó la cabeza y el bigote y mantuvo un perfil bajo durante unos años, hasta que reapareció en la playa de Bar como profeta, vestido de blanco, haciéndose llamar Joachim de la Llama del Señor.

»Construyó una cabaña de bambú en la playa, la cubrió con velos y la decoró con unas cruces de color rojo chillón y unas llamas naranjas que dibujó con ceras un niño de cinco años. El profeta llevaba una túnica de un deslumbrante color blanco y una capucha que le tapaba casi toda la cabeza. Tal vez no quería que lo reconocieran, dado su pasado como delincuente, pero aseguraba haber ardido en la hoguera del Señor. Predicaba al aire libre y llevaba una campana atada a la faja, como los leprosos de antaño. Su discurso era confuso e incoherente, y cada dos por tres lo interrumpía para tomar un trago de la botella de agua bendita. Se rumoreaba que en realidad la botella contenía una espiritualidad muy distinta, y de hecho ya desde la madrugada el profeta despedía un fuerte olor a Beefeater.

»No cabía la menor duda de que Joachim no era más que un charlatán beodo y desesperado, pero en la cabaña sí que había algo auténtico. A unos pocos feligreses selectos se les permitió entrar en ella; seis en total, los únicos que eran lo bastante obstinados para superar los pertinentes rituales de purificación. Uno de ellos se quedó ciego. Otro perdió la razón y pasó

infinidad de años en el hospital psiquiátrico de Aro. Otros, desde entonces, ya solo pudieron alimentarse a base de líquidos y purés. Otra sufrió unas quemaduras tan graves que murió en cuestión de horas. Otro, un carnicero de Ajegunle, sobrevivió. Por así decirlo. Desde aquel día ya no habló mucho, pero cada vez que lo hacía era para repetir lo siguiente: «Joachim es un verdadero profeta del Señor».

—Claro —digo.

—El mensaje resultó ser un montón de basura rimbombante pensado para hacer que la gente se vaciara los bolsillos y le llenara el bote de las limosnas. Joachim, en realidad, era un cadáver escuchimizado que vestía una túnica blanca forrada de rojo. Hablaba con una voz grave y rasposa de fumador empedernido. Tras soltar el sermón y aceptar la ofrenda, invitó a mi madre a entrar en la cabaña.

—¿Y la violó allí dentro?

—No. Al parecer, él esperó fuera. Ella no guarda un recuerdo claro, pero una cosa sí me aseguró: mantuvo sexo con alguien. Me dijo que no tenía claro si fue un acto consentido o no, y que el ángel que había allí dentro estaba ardiendo, aunque las llamas que despedía eran negras.

Esto sí me llama la atención. Recuerdo haber visto a Aminat rodeada de llamas negras en la xenosfera. Podría tratarse de una visión que ha concebido a partir del relato de su madre.

—Volvió en sí mientras deambulaba por la playa. La carpa había sido desmontada y trasladada a otra parte. Después comprobó que estaba embarazada de Layi. Era una preciosidad...

—Lo sigue siendo.

—Ah, lo sé. Lo sé. Te aseguro que era... Su padre tuvo que ser un ángel. Aunque tampoco tardamos en descubrir que quema.

—¿Qué quieres decir?

—Arde, de forma espontánea, entra en combustión, explota, no sé, cosas así. Nunca lo hace cuando hay alguien mirando, pero podemos ver los resultados. Por eso tenemos extintores y aspersores por toda la casa.

Recuerdo haber visto los equipos de prevención cuando estuve allí.

—Ya quemó la casa una vez, como pudiste comprobar.

—¿Y por qué la cadena?

Ahora es ella quien suspira.

—Creemos que también puede... volar.

Me echo a reír, pero termino tosiendo, y entonces veo que no está bromeando.

—Hablo en serio.

—¿Alguien lo ha visto volar?

—No, pero se escapa, y no por las puertas. Hay un agujero en el techo, y marcas de quemaduras. Ya has visto la cadena fundida.

—Aminat, ¿se lo habéis preguntado?

—¿Tú qué crees? Claro que se lo hemos preguntado. Pero nunca habla de los incendios ni de las escapadas. Te da la callada por respuesta.

Apura la copa. Recuerdo que Femi me ha avisado de que debería mantenerme lejos de esta familia. Antes creía que lo decía por el marido de Aminat, pero ahora...

—¿Cómo salvaste la vida en el edificio?

—No lo recuerdo. Estaba allí, furiosa contigo, en la entrada. Lo siguiente que recuerdo es que me encontraba aquí, en el suelo, y que Layi estaba ante mí, sonriendo, desnudo como Dios lo trajo al mundo.

—No creo en los ángeles pero supongo que cabe la posibilidad de que hubiera un alienígena dentro de aquella cabaña. Durante los últimos años he visto distintas especies en los libros y me he topado con unos cuantos. Tu marido tenía uno y estuvo a punto de matarme. El problema es que son genéticamente incompatibles con los humanos, por lo que muchos de ellos murieron después de la Visitación.

—Yo solo te digo lo que mi madre me contó a mí, Kaaro. —Se reclina en la silla—. Y que estoy viva cuando tendría que estar muerta.

Me levanto.

—No te pases con el vino. Tengo que ir a ver a alguien. No tardaré en volver.

—De todas formas, he de recuperar mis archivos en línea. ¿Te importa si me quedo aquí?

—Vale, pero no hagas saltar el piso por los aires. —Le doy un beso y salgo a hacerle una visita a Clement.

## Interludio: A la deriva

*Rosalera: 2065*

La hermandad de Yemayá recorre las calles como de costumbre, hacia el sur. La encabeza una sacerdotisa vestida de blanco que luce unos abalorios de color claro, rodeada de acólitos que portan tallas y estatuillas de la diosa. Llevan con ellos un toro y siete carneros. La procesión se alarga hasta medio kilómetro, y a su cola se alza una estatua de medio metro que representa a Nuestra Señora de los Pechos Manantíos.

Sé a qué se debe esto y tengo sentimientos encontrados. En junio el Yemayá se desbordó e inundó los paupérrimos barrios de Ona-oko e Idowu. Murieron catorce personas; muchas perdieron su casa. Yemayá es la diosa de los ríos, de manera que si hay una inundación es porque tiene que estar muy enfadada. Por ello se celebra la procesión. Yo la sigo porque... En fin, no sé por qué. Según la leyenda, el marido de Yemayá era Orunmilá, el segundo dios yoruba más poderoso y padre de la adivinación. Hay quien dice que lo que hacen los sensibles es como la adivinación, y me consta que en la S45 hay sensibles que recurren a la geomancia de Ifá.

Lo cual tampoco significa nada, aunque siento una cierta afinidad con la diosa, y una parte de mí se pregunta si los dioses no serán, en realidad, extraterrestres. Así, los sigo hasta las orillas del río al que pusimos su nombre. Allí bailan, entonan cánticos y rezan, las piernas embarradas. Uno tras otro, sacrifican a los carneros, y después al toro, mientras los acólitos se abandonan a un violento trance, como si estuvieran poseídos. La sacerdotisa, la única que parece conducir la situación, escucha respetuosamente el mensaje de su diosa.

Al anoecer, la ceremonia concluye y todo el mundo regresa a su casa. Exploro la xenosfera en busca de algún rastro de la deidad, pero aparte de los



recuerdos difusos de la concurrencia... nada.

## Capítulo 24

### La Lijad, base militar desconocida: 2055

#### *Entonces*

—Err... —digo.

Tengo ante mis ojos la boca del cañón de una escopeta, en lo que sin ninguna duda es la Lijad. Estoy un poco confundido y desorientado. Esto es exactamente lo que quería. Bueno, quizá no exactamente. La chica que sostiene el cañón delante de mi cara es Oyin Da, la Chica de la Bicicleta. Tras ella está el profesor, Aloy Ogene, quien me ha guiado hasta aquí. En ninguna de las situaciones que contemplaba me veía en el suelo, preguntándome si se puede errar el blanco al disparar a esta distancia.

—No va armado, Oyin Da —dice Ogene.

—No voy armado, Oyin Da —confirmo. Le sostengo la mirada, que es como dicen los adiestradores de animales que se debe actuar, porque no tengo ni idea de qué podría llegar a hacerme.

—¿Quién eres? —me pregunta.

Su nombre significa «miel derramada» en yoruba. Su mente se agita como un mar picado, aunque cristalino. No sé por qué lo sé. Algo ha cambiado en mí, o en mis habilidades. Es algo que ya me ha pasado con anterioridad, en momentos fugaces, pero ahora, de pronto, es más constante. Sé, por ejemplo, que no va a dispararme, que nunca ha matado a nadie, aunque es buena tiradora.

—Voy a levantarme —digo. La aviso porque todavía parece estar un poco tensa.

—No, te vas a quedar ahí hasta que a mí me dé la gana —opone.

—No va armado —le recuerda Ogene.

—¿Puedo al menos quitarme las chuletas de encima? Me dan bastante asco y llevo una camisa cara. —Pieza a pieza, retiro el contenido de la bolsa

de la compra. Visualizo a mi padre enseñándome a eviscerar una cabra, rajándole el vientre a lo largo e identificando los distintos órganos. Sin embargo, mi padre nunca hizo nada parecido. El recuerdo pertenece a alguno de los hombres que nos rodean. Con los pensamientos de las demás personas dentro de mi cabeza, me distraigo, me es imposible concentrarme. Esto no va a ser nada fácil.

—Ahora me dirás tu nombre —me ordena Oyin Da. Se expresa de un modo extraño, como si estuviera leyendo un libro.

De forma impulsiva, decido confesar.

—Te lo diré. Me llamo Kaaro. Soy un ladrón y me han encargado que te encuentre. —Se lo cuento todo, en parte porque estoy cansado de cargar con este peso, en parte porque parece faltarle picardía, mientras que a mí me sobra, y en parte porque quiero que confíe en mí y porque voy a necesitar algún sitio donde aterrizar cuando la cague en la S45. Mientras hablo, me sorprendo de que pueda arrancar los pensamientos de su cerebro como si de mazorcas de maíz se tratara. Flotan en el éter, fragmentos visibles y sabrosos dotados de peso, carácter y olor. Es difícil de entender si nunca lo has experimentado. Siento su relajación. No, es la de otra persona, situada a mi derecha, una de las mujeres que llevaban la compra. La propietaria de la bolsa de las chuletas. Antigua propietaria. Se pregunta si aún se podrá aprovechar alguna de las piezas. En la Lijad también hay niños y no ha sido nada fácil alimentarlos bien a todos.

Sondeo a los demás, pero estoy enganchado a los pensamientos de la Chica de la Bicicleta. En ella hay claridad, hay franqueza, hay hermosura mezclada con una indómita y jubilosa expansión de las posibilidades y las alternativas. Maneja cuatro vías de pensamiento al mismo tiempo. Su postura es igualitaria de verdad y tiene a Ogene en gran estima.

El lugar donde me encuentro no es más que la antesala de la Lijad, una cámara rectangular cuya mitad queda ocupada por una máquina grotesca. Es un auténtico monstruo de Frankenstein, construido a base de partes procedentes de distintas eras y extraídas de componentes hurtados. Funciona, pero con la continua intervención de Ogene, Oyin Da y algunos otros hombres y mujeres, una labor con la que todos ellos parecen disfrutar, imbuyéndose de una sensación de plenitud que se propaga por toda la sala.

Por alguna extraña razón, el recinto está a oscuras, aunque algunos de los paneles de control despiden un cálido resplandor verdirrojo. Me empapo de la Lijad combinando lo que puedo ver y lo que extraigo de los pensamientos de las personas que me rodean, y la información surge en un revoltijo de conocimientos que no me resultan fáciles de ordenar.

A pesar de la escopeta, no percibo maldad en Oyin Da. Todo lo contrario. Parece tomarse su actitud amenazante como una especie de filtro con el que seleccionar a los nuevos habitantes, aunque no sabe muy bien qué hacer.

—¿Para qué me quiere la Sección Cuarenta y Cinco esa? —pregunta.

—No lo sé, pero no creo que pretendan concederte una medalla —supongo. No tiene miedo del Gobierno. No le provoca ni pizca de ansiedad.

Mira a Ogene con la cabeza ladeada.

—¿Usted ha oído hablar de esa organización?

—De la Sección Cuarenta y Cinco no, pero sí he oído hablar de lo que podría haber sido el departamento precursor, cuando hace décadas la gente ignorante mataba a los niños a los que consideraba brujos.

Hay algo más, pero prefiere reservárselo porque no quiere que yo sepa lo que él sabe. Se lo extraigo de la cabeza de todas formas.

Lo que terminó por convertirse en la S45 tuvo su origen, precisamente, durante una operación de rescate que se llevó a cabo en la primera década del siglo. En 2006 ya se habían producido varios linchamientos de niños y adolescentes. Unas veces la multitud los golpeaba hasta matarlos y otras les ponían el collar de neumáticos ardiendo. Las ejecuciones eran instigadas por los pastores de la Iglesia, quienes declaraban que los niños eran brujos. En algunos casos, el único indicio de esta condición era su albinismo. A los pastores no se les podía arrestar porque eran figuras populares en la comunidad, y la popularidad granjeaba votos, incluso en un país donde las votaciones se amañaban por sistema. El mundo vio horrorizado las grabaciones hechas con teléfonos móviles de aquellos ataques multitudinarios, lo que de nuevo convirtió a Nigeria en el hazmerreír de la comunidad internacional. El presidente quería que se hiciera algo al respecto.

Las primeras medidas que se tomaron se limitaban a meras labores de vigilancia en las iglesias. Se apostaba a los agentes en los templos o se les reclutaba en las congregaciones, y los sermones eran analizados al detalle. El

interés manifiesto en el mundo espiritual no bastaba; tales creencias eran ubicuas en Nigeria. El interés en los exorcismos, sobre todo en los más violentos, aquellos con los que se pretendía expulsar a un demonio a base de golpes o de hacerle pasar hambre, era lo que de verdad perseguía la Sección Cuarenta y Cinco. Se consideraba que un niño corría peligro cuando un pastor determinaba que estaba poseído y decidía intervenir con la cooperación de los padres. Entonces los agentes de la Sección Cuarenta y Cinco entraban en acción y se llevaban a la criatura al amparo de la noche.

La operación tuvo tal éxito que los supersticiosos le echaron la culpa a Satanás. El diablo era un ladrón que robaba a los niños en lugar de permitir que Dios expulsara a los demonios de su cuerpo. No importaba. El número de muertes se redujo, se salvó a los niños y nadie intuyó siquiera la intromisión del Gobierno.

Más adelante, el departamento pasó a ocuparse de otros sucesos anómalos.

Ogene quiere a Oyin Da como a una hija. También parece querer a su esposa, Regina, aunque se esté tirando a una de las mujeres de la Lijad. Una de las otras mujeres que hay en la sala cree que yo podría hacerles daño a sus hijas y urge mentalmente a Oyin Da a dispararme. Pero la Chica de la Bicicleta no aprieta el gatillo.

Aparta el cañón, los ojos clavados todavía en mí. Tiene un aspecto interesante. Lo primero en lo que te fijas de ella es su voluminoso peinado afro, que consiste en dos lunas llenas negras fijadas a su nuca. Tendrá unos veinte años, desde luego no más de veinticinco. Una perfecta raya divide su cabello justo por en medio. Pero hay algo más. Sus ojos se mueven inquietos; aunque en todo momento observan cuanto hay en su campo visual, nunca me abandonan del todo. Tiene la boca grande, aunque sus labios son finos. Es delgada, y en su lenguaje corporal se mezclan una inmovilidad absoluta con unos repentinos ataques de actividad hipercinética, como si después de tomarse su tiempo para observar, actuara con determinación. Al hablar, lo hace como si leyera de un libro. La dicción precisa y correcta no arrastra, extrañamente, la menor traza de afecto.

Supone que no debo de estar muy cómodo en el suelo y busca una excusa

para dejar que me levante. Sonrío. Me gusta esto de leer el pensamiento.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Oyin Da.

—De nada. Es que creía que aquí se oiría la música de las Hermanas Lijadu por todas partes —digo. Tarareo unos compases de una canción que oí en Nimbus.

Oyin Da mira a Ogene, y en ese momento sé que el nombre fue idea de él.

—Regístradlo —ordena.

Mientras me zarandean me fijo en que aquí no hay ventanas, y en que además de las luces de la máquina hay tubos fluorescentes dispuestos a distintos intervalos. Se respira un intenso olor a metal candente, parecido al de los talleres de los soldadores, aunque no hay nada ardiendo.

—No lleva armas encima —confirma uno de los que me han cacheado. El tufo a carne le da asco.

—Ya os lo había dicho —les recuerdo.

—Sí, ya nos lo habías dicho —asiente Oyin Da—. ¿Y ahora qué hago yo contigo?

—Cuando algo entraña un peligro, hay que alejarse en la dirección opuesta —recomienda Ogene.

—¿No habría que comprender primero ese peligro? —se pregunta Oyin Da.

—Yo no supongo un peligro —aseguro.

—Tú no. La Sección Cuarenta y Cinco. —La mente de Oyin Da es tan elegante como un corno francés, organizados sus pensamientos en incesantes espiras—. Meted la compra. Los niños no tardarán en tener hambre. Y traed el escáner de implantes.

Me sientan y me colocan alrededor del cuello un aparato negro con forma de asiento de retrete. Tengo un escalofrío al recordar cuando la turba me puso un neumático en el mismo sitio. El dispositivo pita al detectar el chip que llevo en la base del cuello. Oyin Da se sienta frente a mí para mirar una pantalla de campo holográfico.

—Al menos has estado donde has dicho —observa.

—Entonces ¿vais a dejar de mirarme como si fuera una alimaña?

—Es que eres una alimaña —dice Ogene—. Eres la primera persona que entra aquí sin que se la haya invitado, y además reconoces que nos andabas

buscando en nombre del Gobierno federal.

—Sí, pero el caso es que ahora estoy aquí y no quiero revelar vuestra posición.

—No podrías revelarla ni aunque quisieras —señala Oyin Da—. Digamos que no estamos en ninguna ubicación. —*En todo caso, una ubicación potencial, los distintos espacios que se extienden entre distintos aquís. La Lijad existe, como el gato de Schrödinger, en una dimensión de varias posibilidades incognoscibles.*

Se aparta del panel y pulsa unos botones del sistema de comunicación. Ogene se coloca a su lado y le susurra algo. Me resulta muy fácil captar los pensamientos. Al profesor le preocupa que ella pueda caer en una trampa y que consuman demasiada energía si mantienen una ventana abierta hasta que lo averigüen. Ella dice que no pasará nada, que lo que está pensando es que, como yo soy un buscador, podría guiarlos y ayudarlos a escapar si fuera necesario. Me concede un voto de confianza, algo que me reconforta mucho.

—Dadle ropa limpia —dice Oyin Da. Ahora habla en yoruba, idioma con el que su voz no suena tan inexpresiva—. No pienso seguir hablando con un lacayo del Gobierno que apesta a carne.

—Si me tocáis la ropa os mato —les advierto—. Sucia o no, es una camisa de Pierre Cardin. Prefiero oler a rayos.

Se desata entre ellos un torrente de pensamientos cuando oyen mi queja, que les lleva a preguntarse cómo puedo ser tan idiota. Yo mismo me siento idiota, pero después me doy cuenta de que no es así, aunque soy consciente de las emociones que me rodean. Estoy confundido, pero para bien.

—Veamos qué opina el consejo —dice Oyin Da.

Me sacan de la sala de control para llevarme a algo que parece el exterior, sin serlo. Está oscuro, pero no como si fuera de noche. Miro hacia arriba y veo que el cielo es artificial. A unos treinta metros de altura parece haber una bóveda fabricada con algún material irregular y sustentada por medio de unos nervios metálicos. Tanto el material como los nervios son de colores variados, como si estuvieran formadas por piezas encontradas por ahí. Los nervios se extienden hacia ambos lados del horizonte, pero se sostienen sobre unos postes que se hunden en el suelo a intervalos regulares. Me pregunto qué habrá fuera de la bóveda, y cuando las personas que caminan a mi lado

piensan en el cielo, noto una cierta inquietud. A lo largo de la nervadura se distribuye una abundancia de bombillas, aunque no están encendidas.

A mis espaldas se levanta el edificio que alberga la máquina del portal, un feo bloque de hormigón dotado de unas pocas ventanas estrechas cerca del techo plano. Lo que me choca es que hay decenas de bicicletas fijadas al hormigón, sin ruedas, con unas cadenas que unen los pedalieros a unos pequeños generadores, conjunto desde el que unos cables parten hacia el techo a modo de telaraña artificial. Son tantos que desde lejos da la impresión de que al techo le hubiera salido pelo.

—Esas bicicletas —señalo—. ¿Es una obra de arte?

Oyin Da resopla.

—La versión antigua requería de un sistema de arranque, cuando no estábamos conectados a la red nacional.

Veo una sucesión de imágenes procedentes de ella. Una fotografía en blanco y negro que muestra a un hombre blanco descamisado en primer plano y a varios hombres negros detrás, con el bloque de fondo. En el reverso de la fotografía pone CHICOS DE LAS BICICLETAS. La imagen pasa a mostrar a Oyin Da trabajando en los cianotipos y en la máquina en sí. En otra imagen aparecen todos los chicos pedaleando con entrega, generando electricidad, arrancando la máquina.

Veo una explosión catastrófica después de la cual ya no hay cielo azul ni nubes, sino una suerte de espacio deforme, un abismo retorcido y arremolinado que enloquece a la gente y obliga a construir la cúpula.

Oyin Da me da un codazo flojo.

—¿Estás bien? Pareces preocupado.

—Sí... estoy bien. Es que son muchas cosas para asimilarlas de golpe.

—Es mejor si no ves esto como un pueblo. Concíbelo más bien como un vehículo —me recomienda Ogene. Le preocupa que yo pierda la razón si caigo por una de las muchas aberturas que tiene la cámara.

Por el camino hay una zona bien iluminada destinada al cultivo. Ahora mismo no la están trabajando, pero deduzco el uso que se le ha dado en el pasado. No se ve un solo hierbajo, solo los caballones y los surcos bien perfilados. Huele a fertilizante y a compost, aunque tal vez se trate del recuerdo del olor respirado por alguno de los que están cerca.



Pasamos frente a unas escuelas vacías y cerradas. De varias personas me llegan las imágenes de las cápsulas de realidad virtual que había para cada alumno, sustraídas y trucadas. Aquí la gente está orgullosa de la educación que les dan a los niños. Cuentan con una versión local de Nimbus, limitada por la falta de una conexión estable con el mundo, aunque Ogene y algunos otros disponen de servidores que se actualizan cuando la realidad de la Lijad se interseca con la nuestra.

Hay gimnasios, también vacíos. Me da la impresión de que he llegado en medio de lo que ellos llaman noche. El sucedáneo del día dura dieciséis horas; el encendido de las luces es algo que en la Lijad no gusta a nadie.

Llegamos a un salón de actos. La noticia de mi llegada ha corrido de boca en boca. Puedo percibir, en el sentido literal, la oleada de información, un muro de datos que se propaga por el pueblo. Aquí habrá unas mil quinientas personas, todas las cuales sienten curiosidad por saber quién soy. Al menos no están pensando en ejecutar al forastero.

Hay un consejo compuesto por trece ancianos, ante quienes Oyin Da expone un caso, el mío, con paciencia. Existe la posibilidad de que uno de los ancianos sea su padre biológico, aunque este pensamiento no surge con claridad, quizá porque está concentrada intentando convencerlos de que le permitan acompañarme para enfrentarse a la S45.

Me piden que les aclare algunas dudas y después me mandan fuera mientras ellos debaten. Trabajo amistad con las aves de corral que pululan por los alrededores. Me pregunto vagamente si aquí lloverá alguna vez. Unos niños me observan desde cerca, uno de ellos chupándose el pulgar con una sonrisa en los labios. El consejo tarda veinte minutos en decidirse.

—¿Y bien? —le pregunto a Oyin Da.

—Nos vamos —dice.

Oyin Da y yo accedemos por medio de una de las aberturas espaciotemporales a la habitación de la S45 donde se me acomodó al principio. Solo espero que Femi Alaagomeji también esté en el edificio. La habitación está vacía y en penumbra. No hay ningún documento en los escritorios. Ni Oyin Da ni yo podemos activar los ordenadores de las mesas.

Percibo en ella que sería capaz de hacerlo si dispusiera del tiempo necesario, pero siente curiosidad por otras cosas. La puerta está desbloqueada y, como cabía esperar, no hay guardias fuera, como la última vez que estuve aquí. Los pasillos abrazan el silencio con fuerza, como si de un niño enfermo se tratara. Es como el ambiente que te encuentras en los bancos de más categoría, aquellos que cuentan con carísimos sistemas de insonorización.

—¿Cómo haremos para encontrar a esa tal Alaagomeji? —pregunta Oyin Da.

—Se me ocurren dos formas. Podemos seguir recorriendo los pasillos hasta que alguien nos aborde y nos lleve a verla. O puedo determinar su posición, con lo que iríamos derechos hasta ella.

—¿Está aquí?

—Aún no lo sé. Me está costando aclimatarme después de la visita a la Lijad. Sigamos andando. No tardaré en recuperarme.

Oyin Da se hace muchas preguntas sobre mí, sobre mis habilidades. No me las formula porque está concentrada en lo que tenemos entre manos.

—Pregúntame —la animo—. Sé que sientes curiosidad.

—Bueno, ¿puedes encontrar cualquier cosa?

—Cualquier cosa no. Si un avión se estrellara en medio de la selva, no podría encontrarlo, porque no fue una persona quien lo dejó allí. Alguien tiene que haber puesto cierta voluntad en ello. Lo que yo encuentro son pensamientos, no objetos.

—¿Y sabes cómo?

—No. Es la típica movida sobrenatural. Los psíquicos han existido siempre.

—Qué tontería —dice Oyin Da—. Está lo que existe y lo que no. Está lo conocido y lo desconocido. Lo que tú llamas sobrenatural no es más que la intersección de lo que existe y lo desconocido. Una vez que pasa a ser conocido, pierde parte de su magia, te lo aseguro. Lo único que hace falta es observar con más atención y aplicar un método científico riguroso.

—¿Sabes cómo puedo hacerlo? ¿La explicación científica?

—No. —Aunque se lo imagina—. Cada vez que haces lo que sea que hagas, es obvio que estás accediendo a algún tipo de datos. Esto significa que esos datos, esa información, se encuentran en algún lugar al que no todo el

mundo puede acceder. De hecho, solo una gran minoría es consciente de su existencia, aquellos a los que llamamos psíquicos o brujos. Por tanto, yo investigaría cómo se guardan esos datos y cómo se accede a ellos.

Estoy a punto de responderle cuando siento a Femi. Sé dónde está exactamente, con tal certeza que vuelvo a experimentar la pasión del buscador, aunque no puedo asegurar que tanta emoción no se deba a lo mucho que me atrae sexualmente.

—Vamos —digo.

La guío por los pasillos y escaleras arriba. En algunos puntos hay cerraduras y paneles de acceso, pero cuando llegamos a ellos están desbloqueados. Nos cruzamos con algunas personas, pero no son militares y parecen estar enfrascados en sus propios asuntos. Apenas nos miran. Aligero el paso y resisto la tentación de agarrar a Oyin Da por el brazo. Se mantiene a mi altura y guarda silencio. El primer soldado que vemos está ante la entrada de la sala de reuniones a la que nos dirigimos. Observo desde el extremo del pasillo.

—Está ahí dentro —digo.

—Entonces tenemos que entrar —resuelve Oyin Da.

—Podrían detenernos.

Se gira hacia mí.

—¿Sabes que saqué al profesor Ogene de la prisión de Kirikiri, verdad? No te preocupes. A mí no puede encerrarme nadie, y tú siempre encuentras la manera de salir de allí donde estés. —Sonríe, y su ancha boca me recuerda a algo que leí en un libro. Si los extremos de su sonrisa llegaran a tocarse por detrás de su cabeza, ¿se le caería la mitad de arriba? *A través del espejo*. Lewis Carroll. Definitivamente, esto es el otro lado del espejo.

Nos acercamos al soldado, que nos ve en cuanto doblamos la esquina y, sin la menor sutileza, nos apunta con el fusil. Hoy es la segunda vez que me amenazan con un arma. Sus pensamientos se escurren hacia mí. No nos considera peligrosos. Cree que venimos a visitar el Departamento de Agricultura y que nos hemos perdido. El peinado de Oyin Da le parece ridículo y le choca la asexualidad de su atuendo. En cualquier caso, él se inclina más por el de las trabajadoras del sexo.

—¡Alto! —exclama.

—Venimos a ver a la señora Alaagomeji —digo—. Nos está esperando.

—No se me ha informado de ello. Quietos —ordena. Habla para un micrófono y escucha la respuesta.

La puerta doble de la sala de reuniones se abre de par en par para dejar paso a Femi.

—¿Dónde está mi revólver, cleptómano de los cojones? —pregunta.

## Capítulo 25

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Clement vive en un atestado edificio residencial de Kinshasa. Lo mejor que se puede decir sobre Kinshasa es que queda cerca del Ganglio Sur. El suministro ininterrumpido de luz no compensa la excesiva densidad de la población, el elevado índice de criminalidad, las privaciones sociales ni lo desagradable que es la zona en general. Aquí hay alienígenas ilegales, extraterrestres de los que los vecinos se han apropiado para aprovecharse de ellos como puedan. Clubes de lucha, apuestas ilícitas, intimidación, cadáveres incómodos que desaparecen... Todas estas cosas ocurren aquí, según los rumores. No obstante, los bloques de viviendas son más baratos, y Clement es un joven que empieza a abrirse camino sin la ayuda de unos padres ricos. También se recurre mucho al *eru*, tanto que las autoridades no dan abasto. El *eru* funciona a modo de moneda alegal, basado de forma aproximada en el trueque y empleado solo cuando el naira parece beneficiar a los ricos más que a los ciudadanos de a pie. El *eru* es un pagaré glorificado. En la planta baja hay un supermercado de Goodhead. Las paredes están cubiertas de grafitis que parecen servir de maquillaje barato.

Poco a poco empiezo a percibir mejor la xenosfera, tanto que preferiría blindarme ante ella. La desesperanza y la desesperación que emanan de este edificio me abruman. El ascensor no funciona, de forma que subo a pie los veinte pisos. Al llegar al séptimo me encuentro con un chaval sentado en los escalones, con la cabeza caída, colocado, ajeno a mi presencia. Tiene los pantalones cortos empapados de diarrea y la boca abierta. Sigo subiendo. No estoy en forma, de manera que respiro con dificultad cuando llego al piso que quiero. El pasillo está lleno de cubos que se comunican con unos aparatos que recogen el agua de lluvia. Paso con cuidado entre ellos.

Llamo a la puerta del apartamento de Clement. Como no obtengo respuesta, le telefono. Un tono de llamada chabacano suena en el interior. Vuelvo a golpear la puerta, con más firmeza.

—Clement, sé que estás ahí —digo.

La puerta se abre y una mujer tan alta como yo y tan ancha como el dintel se planta en la entrada. No es negra, pero por el tono oscuro de su tez, debe de tener ascendencia de distintas etnias. Antes de que me dé tiempo a decir nada, me asesta un puñetazo en la cara. Me acierta en plena nariz y veo las estrellas. Se me doblan las rodillas. Caigo hacia atrás, pero ella me agarra por la pechera de la camisa y me arrastra hacia el interior del piso.

—¿Qué es ese ruido? —grita Clement desde algún sitio.

—¡Cariño, llama a la policía! —grita la mujer—. ¡Ha venido!

Mientras está distraída, doy una palmada sobre cada uno de sus oídos, aunque no con la fuerza necesaria para romperle los tímpanos. Me suelta y se lleva las manos a la cabeza. Estoy a punto de darle otro golpe cuando Clement sale por una de las puertas.

—¡¿Qué estás haciendo?! —se sorprende, pero no queda claro si se dirige a mí o a su... ¿amiga?

La sangre me gotea desde la nariz hasta la camisa. Me gusta esta camisa. Se aleja dando tumbos hacia la estancia principal, gimiendo. Clement le pone la mano en el hombro y se la lleva a un dormitorio, sin dejar de mirarme a mí.

—Ve al cuarto de estar. Hablaremos allí. ¿Quieres un pañuelo?

El salón es un santuario dedicado a Jesús y a la lucha libre profesional. Están la clásica copia de *La última cena* y alguna escena rafaelita del Getsemaní. Aquí y allá unos protectores adhesivos de colores estridentes se aferran como percebes a las paredes sin el menor gusto. Parece que la compañera de Clement practicaba este deporte. En varias fotografías enmarcadas se la ve en mallas vapuleando a alguna otra pobre mujer. Hay una donde aparece apoyada en los tensores; otra donde levanta un cinturón. En todas las imágenes está más joven, esbelta, musculada y dotada de sexualidad. Lleva el pelo corto. No hay ninguna foto de ella con su aspecto actual.

Entra Clement.

—Veo que ya has conocido a Lorna.

—He conocido a su puño —especifico.

—Me gustaría decir que lo siento, pero no es así. Solo me estaba protegiendo.

—Mira qué bien.

—Aquí no eres bienvenido, Kaaro. ¿Por qué quieres matarme?

—Yo no quiero matarte, imbécil.

—De todas formas, tampoco podrías —asegura. Se desabotona la camisa de *ankara* que lleva puesta y se inclina hacia mí con el pecho descubierto—. Estoy protegido.

—Pero ¿qué haces? Tápate.

—¡He averiguado cómo bloquearte! —Su torso brilla blanqueado por una gruesa capa de ketoconazol. Puedo olerlo desde donde estoy sentado. Es un tufo químico y sulfuroso tan penetrante que de inmediato se me mete en la boca.

—Clement, ¿por qué iba a querer matarte? ¿*Cui bono*, cabrón? ¿Quién iba a salir ganando? —Toso ligeramente y la sangre se me escapa por las fosas nasales. Noto como se me escurre garganta abajo.

—He... He... ¿Por qué has estado atacándome?

—Fuiste tú quien me atacó a mí. En aquel templo de Bola hecho de carne. Me estuviste acechando y me tendiste una emboscada con tu maldito gólem de hierro.

—Porque tú me habías estado agrediendo a mí casi a diario desde que llegué a Rosalera. Vi cómo me mirabas. Pretendías deshacerte de un rival.

—Clement, tú no me importas una mierda. Tu trabajo tampoco me importa una mierda. No compito contigo por nada. Sácate esa estupidez de la cabeza. Nunca he pensado en ti ni de pasada, hasta el día en que intentaste matarme de aquella manera tan torpe —Toso—. Y si crees que esa burda pomada antifúngica me detendría si quisiera matarte... —El cosquilleo de la garganta no cesa. Vuelvo a toser y siento que algo viscoso me sube por el esófago, sin atreverse a aflorar del todo. Articulo una tos ruidosa, cambio de postura, me levanto. Los ojos se me encharcan. Miro a Clement y le pido por señas un vaso de agua, pero se limita a mirarme aterrorizado.

Lorna irrumpe en el salón vestida con una camiseta y lo que parecen unos boxers. Ella también se queda de piedra.

¿Será que nunca habían visto toser a nadie?

Noto que algo se me desgarrá por dentro del pecho y que el extremo de algo asciende hacia la garganta. Toso, pero lo que sale es una especie de vómito que sale por sí mismo. Se me nubla la vista y me doy cuenta de que las lágrimas no se me escurren por las mejillas. Sea lo que sea aquello que está saliéndome de los ojos cae hacia arriba.

Oh, joder, duele.

La bilis que mana de la boca se eleva y se mezcla con el vapor de los ojos en un flujo continuo.

—Vámonos de aquí —dice Clement.

—Es nuestra casa. Puedo echarlo —replica Lorna.

Levanto una mano como para decirles: «esperad». Ahora noto la cola del fluido, el final, deslizándose como un molusco, dejando tras de sí un rastro doloroso y repugnante. Cuando termina de brotar, caigo al suelo y lo miro. Se arremolina cerca del techo, jovial como una mortaja, opaco, amarillento por unas partes, blanquecino por otras, espeso. ¿Qué cojones es?

No es una simple nube. Se agita, pero a propósito. Se acerca a Clement, pero este está demasiado atónito para apartarse. Intento decirle que corra, pero lo único que consigo es volver a toser. La xenosfera sigue ahí, pero está inundada de ruido eléctrico; no sabría decir si son interferencias o un bloqueo deliberado. Cuando veo que el miasma se mete dentro de Clement, mientras Lorna rompe a gritar como si pretendiera ponerle el sonido a una película de terror, comprendo lo que es.

Ectoplasma.

Del de verdad, compuesto de neurotransmisores y xenofórmes.

Las hebras se le introducen por los ojos, las fosas nasales y la boca, que mantiene abierta. Empieza a asfixiarse. Lorna lo abraza y quiero decirle que haga justo lo contrario.

*¡Túmbalo y hazle compresiones en el pecho!*

*¡Ayúdalo a respirar!*

Me encuentro demasiado débil para auxiliarlo. Apenas puedo respirar entre una tos y otra.

Clement se sacude, espasmódicamente, hasta que se queda inmóvil.

Retrocedo hacia la puerta. Lorna no parece la anfitriona más equilibrada y



no quiero negociar la paz con una luchadora profesional. Tengo que escapar ahora que está confundida por la pesadumbre. Los dedos vermiformes del ectoplasma asoman por los orificios de Clement. Lorna los ve, se aparta dando tumbos y pasa corriendo junto a mí en dirección al pasillo para salir del edificio. Sus gritos se extinguen a medida que se aleja.

Yo no debería estar aquí.

El ectoplasma se lanza y, cuando quiero darme cuenta, ha vuelto a entrar en mí. Estoy en la xenosfera, donde me encuentro con Molar, excitada, los pezones dos tallas altivas, colocada encima de mí, sosteniéndose con las alas. Se humedece los labios, se posa y empieza a follarme. Con su larga lengua alcanza a lamerse la barbilla. Nos rodea una niebla multicolor que se arremolina en todas direcciones mientras corcoveamos el uno contra el otro.

—Tú eres... el... último, Grifo —dice entre jadeos—. Pronto. Muy pronto, te...

En ese instante llega al clímax con violencia y desaparece, dejándome tendido en una habitación donde hay un cadáver, con la camisa ensangrentada, la nariz rota y empalmado. No es un escenario que me haga parecer inocente.

¿A qué se refería con eso de «muy pronto»?

Me levanto. Los ojos de Clement, todavía abiertos, parecen acusarme, y no sin razón. He traído la muerte a su casa. Estoy avergonzado y me siento culpable. Intento cerrárselos como hacen en las películas, pero por alguna razón sus párpados parecen ser demasiado pequeños y se empeñan en mantenerse plegados. Le cubro la cara con un paño de cocina. Tengo que salir de aquí, y no por la policía. A causa de la hemorragia nasal, y quizá también a causa del ectoplasma, mi ADN está por todo el piso, y el implante les confirmará que he pasado por aquí. Lo que me preocupa es que Lorna alerte a los vecinos y los azuce contra mí. Ya fui perseguido por una turba en una ocasión, y no quiero volver a pasar por eso. Prefiero llamar a la policía yo mismo antes que terminar con el neumático en el cuello.

La puerta está entornada. No oigo ningún ruido inusual que pueda preceder a un alboroto. Tanteo la xenosfera. Está llena de los pensamientos de Lorna y de Clement. No son como me los esperaba. Imaginaba que encontraría un cúmulo de ideas rayanas en la psicosis, pero en realidad son

muy racionales. La zona mental de Clement se compone de una escuela y de una comisaría. Pasa constantemente de una a otra. Descubro que su madre era agente de policía y su padre, maestro. Cruzo el vestíbulo de la escuela y entro en un aula. Ocupo un pupitre y leo el libro de ejercicios que tengo ante mí. Al instante siguiente pasa a ser una carpeta, una ficha policial antigua.

*Tanto las buenas obras como las malas engendran odio.* Maquiavelo.

¿Por qué me odiaba este tipo o, al menos, me temía?

En la carpeta no hay nada escrito, y cuando levanto la vista veo otra puerta. Al abrirla, me topo con el Clement del día que se incorporó al banco. Me veo a mí mismo. Es una sensación extraña. *Yo no tengo esa pinta. ¿Desde cuándo soy tan viejo?*

Clement está intimidado. De fondo, alguien le habla con voz monótona, le va diciendo los nombres de los demás miembros del cortafuegos psíquico. Clement no escucha. Soy yo, que despierto un resplandor radiactivo, quien lo distrae. Tiene entendido que llevo aquí desde hace mucho tiempo, desde el principio. Después, cuando se lo cuenta a su novia en medio del frenesí sexual, lo único de lo que se le ocurre hablar es de que me ha conocido. Durante el revolcón ella es quien lo somete a él, penetrándolo con los dedos, algo que a él le encanta. Realiza ejercicios en la xenosfera, decidido a pulir sus habilidades para colaborar en el cortafuegos. Hay tubos de ketoconazol por todas partes, y un montón de envases vacíos y retorcidos tirados en el suelo. Lorna lo ayuda. Le proporciona información aleatoria para que la utilice a modo de ruido blanco frente a los ataques personales.

«¿Sabías que Ernest Hemingway patrulló la costa este de los Estados Unidos en su yate particular durante la Segunda Guerra Mundial en busca de submarinos alemanes?»

Esa noche, aún después de haber hecho el amor, está demasiado emocionado para coger un sueño profundo, aunque debido al agotamiento tampoco está despierto del todo. Adormilado, aparece en la xenosfera. Y ahí, entre la niebla arremolinada, me ve a mí, Kaaro, vestido de negro, sonriendo. En la vida real no sonríe nunca. Sin mediar palabra, entablamos una pelea, él y esta imagen mental de mí. En su xenosfera intercambiamos golpes, hasta que dejo su gólem de hierro hecho un amasijo sangriento. Cuando saco una daga, huye. Se despierta junto a su novia, la respiración agitada, reconfortado

por los ronquidos de ella.

Comienzo a desplazarme con más premura entre sus recuerdos, sin olvidarme de que estoy en una habitación donde hay un cadáver, ni de que una turba, una patrulla de policía o una novia de fuerza colosal trabajada a base de ejercicio podrían venir a por mí.

Se producen multitud de enfrentamientos con mi doble. Clement no gana nunca. Durante el día se esfuerza por ganarse mi favor recurriendo a las típicas muestras de sometimiento que se observan entre los primates. Me sonrío, apoya mis opiniones, me halaga, y jamás refuta lo que digo. Puesto que yo no soy consciente de las agresiones que sufre, me muestro indiferente. Por la noche, todas las noches, se pelea con lo que cree que soy yo, lo cual lo deja exhausto.

Se lo dice a su novia. Con la ayuda de Lorna, incrementa el tamaño y las capacidades de su avatar, pero no le sirve de nada. El falso Kaaro es demasiado fuerte. Al final, Clement deja de acceder a la xenosfera después del trabajo. Una vez que Bola fallece, él se refugia en la zona segura de ella, desde donde opera. La técnica le funciona, hasta que llego yo, un grifo aterrador acompañado de un súcubo. Cuando su gigantesco avatar es destruido, empieza a embadurnarse de pomada antifúngica a todas horas. Después me presento en su casa y le vomito un chorreón de ectoplasma en la cara.

Abandono la xenosfera.

—Lo siento —le digo al cadáver.

Afino el oído pero no oigo nada; salgo del piso y cierro la puerta, que se bloquea sola. Me pregunto adónde habrá huido Lorna, pero dejo de darle vueltas cuando la oigo exclamar lo que llevo todo el rato temiéndome:

—¡Ahí está!

## Interludio: Revisión médica

*Ubar, Rosalera: 2061*

Revisión anual de salud mental.

Unos imbéciles me hacen preguntas sin parar desde detrás de unas pantallas herméticas o por teleconferencia. Lo que no saben es que no las han sellado bien y que, aunque reducido, hay un vínculo con la xenosfera.

—¿Tiene creencias religiosas?

—No.

—Pero ¿las tenía de joven?

—En teoría, mis padres eran cristianos; mi madre se lo tomaba más en serio que mi padre.

—¿Va alguna vez a la iglesia?

—No.

—¿A la mezquita?

—No.

—¿Practica la religión tradicional africana?

—No.

—¿Es satanista?

—¿Qué?

—¿Es usted un demonio?

—Por favor.

—Responda a la pregunta.

—No.

—¿Alguna vez ha estado poseído o se le ha diagnosticado que se halla en estado de posesión?

—No.

—¿Alguna vez ha participado en un exorcismo?

—Sí.

—Háblenos de ello.

—Ya lo saben todo, puesto que se lo conté el año pasado. Tenemos la misma conversación todos los años. Sin excepción.

—Responda a la pregunta, por favor.

—Un agente de la S45 partió a cumplir con una misión en compañía de un sensible que se llamaba Bakare. La misión fue un éxito. Cuando regresaban para presentar el informe, terminaron intimando y practicando sexo. A veces ocurre en situaciones de mucha tensión. Por desgracia, Bakare no era un sensible muy experimentado. Mientras copulaban, se dejó una versión de su imagen mental en la cabeza del agente. Fue un descuido. Al principio, el agente perdió su personalidad, y después se quedó catatónico. Los psiquiatras dijeron que había entrado en un estado de posesión y recomendaron que se le exorcizara teniendo en cuenta la religión del agente. Mi supervisora, Femi Alaagomeji, me invitó en calidad de observador. O, más bien, me lo ordenó. Durante la... ceremonia, vi cuál era el problema: el avatar de Bakare no paraba de multiplicarse. Decidí intervenir. El agente se recuperó.

—¿A qué se refiere con «intervenir»?

—Entré en la xenosfera y maté a los avatares.

—¿Cuántos había?

—Dejé de contar cuando llegué a seiscientos veinticuatro.

—¿Cómo los mató?

—¿Importa?

—Responda a la pregunta.

—Rajándolos, decapitándolos, golpeándolos, asfixiándolos, quemándolos, comiéndome los.

—¿Comiéndoselos?

—Simbólicamente. Miren, mi avatar es un grifo. No es la criatura más adorable. Tanto la mitad del águila como la del león desempeñan un papel depredador. Les gusta matar y devorar cosas. Absorbo el avatar y lo digiero.

—¿Alguna vez ha matado a un ser humano?

—No.

—¿Alguna vez ha comido carne humana?

—¿Es por lo que les he dicho que me comí?

—Responda a la pregunta.

—No.

—¿Siente remordimientos por haber matado a Bakare?

—¿Es que no me han escuchado? El tipo sigue vivo.

—¿Fue ese descuido realmente un descuido?

—No.

—¿Por qué Bakare se multiplicó dentro del agente?

—Quería que el agente se olvidara por completo de que habían practicado sexo.

—¿Por qué?

—Porque algunos gobernantes imbéciles llevan décadas siendo incapaces de derogar las leyes relativas a la homosexualidad, por eso.

—¿Es usted homosexual?

—No. Pero si lo fuera, no se lo diría.

—¿Es humano?

—¿Qué?

—¿Es usted un ser humano?

—Sí.

—¿Está usted controlado en alguna medida por una entidad externa?

—Sí. Me controla la S45.

—Me refiero a alguien que no sea su empleador. ¿Conserva usted su libre albedrío?

—Sí.

—¿Controla usted a otras personas?

—No.

—¿Cree que la vida merece la pena?

—A veces.

—¿Es usted...?

—¿Se ha...?

—¿Qué es...?

—¿Cuándo se...?

—¿Por qué...?

—¿Por qué no?

## Capítulo 26

### Base militar desconocida, las tierras donde se levantaría Rosalera: 2055

#### *Entonces*

—¿Se ha calmado ya todo el mundo? —pregunta Femi—. Bien. Prestad atención.

En la sala de reuniones disponemos de pantallas individuales en la mesa además de una pantalla gigante en la pared sur. El guardia que antes vigilaba la entrada ahora está dentro con nosotros. Femi, que ya no parece pensar lo mismo que cuando me echó, nos invita a Oyin Da y a mí a sentarnos y nos ofrece un vaso de agua. Estoy tenso, pero en la sala capto sobre todo pensamientos originados por una profunda ansiedad, aunque sin violencia inminente.

Aparte de Femi y Oyin Da, que está sentada junto a mí, en la sala hay un hombre blanco llamado Bellamy. No sé si ese es el nombre de pila o el apellido y nadie me lo aclara. Es británico y parece ocupar un cargo de consultor.

—Todos conocéis la existencia de Ajenjo, el extraterrestre que aterrizó en Londres en 2012. Sabéis que ha estado desplazándose a través de la corteza terrestre. Ha contaminado la biosfera con microorganismos alienígenas a los que llamamos xenofomes. No hemos logrado rastrear sus movimientos, pero siempre hemos supuesto que allí donde hay una concentración inusual de xenofomes, Ajenjo debe de encontrarse cerca. Hace alrededor de un mes, los científicos de la S45 detectaron un aumento en los niveles de xenofomes. Esta variación fue demasiado acentuada para tratarse de una mera fluctuación estadística. Ajenjo estuvo aquí. Afloró por esta zona.

Señala una región vacía del mapa de Nigeria, al oeste, cerca de Ilesa y de

un pueblo pequeño.

—Enviamos a los de Táctica a investigar, pero parece que no entendieron las órdenes. Perdieron el contacto. Se mandó a un segundo equipo, y dos de mis superiores asumieron funciones más directas en las operaciones de campo. Pensaron que sería buena idea destinar allí a alguien que tomase decisiones. De nuevo, perdieron el contacto. Los cibernéticos de vigilancia no están enviando ningún tipo de información desde allí, ni los halcones de día ni los gatos de noche.

—Queréis que vaya yo por vosotros —deduce Oyín Da.

—Sí —afirma Femi.

—¿Por qué? ¿Qué interés tenéis en Ajenjo? —indaga Oyín Da.

—No somos solo nosotros. Todo el mundo, todos los países están interesados. Una teoría sostiene que los americanos se quedaron aislados debido a su existencia. Si pudiéramos entablar una relación de amistad... Hablamos de datos científicos, de establecer un contacto con una especie desconocida, de los beneficios para la salud, de las aplicaciones en el campo de la defensa... Podría ayudarnos a limpiar el medioambiente. Nosotros, Nigeria, podríamos ser la primera nación que se relaciona con la criatura. Pensad en lo que eso significaría.

—Pero hay que tener cuidado —avisa Bellamy—. Se trata de otro tipo de civilización, de otro tipo de inteligencia...

—Un momento —intervengo—, ¿no la habíais cagado? ¿En Londres? La criatura se relacionaba con los humanos hasta que introdujisteis el factor militar o algo así.

—Se cometieron errores, sí, pero aprendimos. Ahora tenemos experiencia y...

—Basta —lo interrumpe Oyín Da—. Nosotros tenemos más experiencia que cualquier país occidental en lo que respecta al establecimiento de primeros contactos. ¿Qué crees que experimentamos cuando vuestra gente se repartió África en la Conferencia de Berlín? Llegasteis con un nuevo tipo de inteligencia, con un nuevo tipo de civilización, y nos violasteis. Pero seguimos aquí. —Mira a Femi—. Asegúrate de que este no vuelva a hablar, o nos marcharemos.

Reparo en el «nos» pero guardo silencio. Es interesante ver a Femi y a



Oyin Da en la misma sala. Se me hace rarísimo. Me gustan las dos.

Femi sonrío.

—Va a ser complicado. Resulta que Bellamy tiene experiencia con los alienígenas.

—Yo también —replica Oyin Da—. No tenéis ni idea de con cuántas entidades he interactuado, de cuánto conocimiento he obtenido ni de cuántas dimensiones del tiempo y el espacio he visitado. Sé lo que tengo que hacer.

—Pero no puede ser que buscaras a Oyin Da para esto —digo—. Ya la buscabas antes de que se agravara la situación con los alienígenas. —Paladeo la oleada de agradecimiento que me llega de Oyin Da.

Femi clava los ojos en mí.

—No cuestiono mis órdenes. Tengo superiores. Me dijeron que la encontrara. Lo intenté. Ahora que estoy al frente, creo que una mujer que parece poder entrar y salir de unas instalaciones de alta seguridad sin el menor inconveniente es un recurso muy valioso, visto que actuar a lo bestia no ha servido de nada.

—¿Y qué gano yo? ¿Por qué tendría que ayudaros a entrar en Ajenjo? —inquire Oyin Da.

—Estamos dispuestos a olvidar el pasado. Si accedes a esto, haremos borrón y cuenta nueva. Sin traiciones. Pero tienes que dejar de difundir falacias y de secuestrar a los ciudadanos nigerianos.

Oyin Da se carcajea.

—Yo no he secuestrado a nadie.

—Esto es una pérdida de tiempo —decide Bellamy.

—Te dije que te estuvieras callado —le recuerda Oyin Da.

—Tú no tienes ninguna autoridad aquí —le espeta Femi—. Tómalo o déjalo, Chica de la Bicicleta.

—Ya habéis fracasado. ¿Qué pensáis hacer si me desentiendo? ¿Seguiréis persiguiéndome y acusándome de sedición?

—No creo que sacar el látigo sirva para motivar a la gente.

Levanto la mano como si estuviera en la escuela.

—Conmigo sí que lo sacaste.

—Aquello fue distinto. Cuando te recluté a ti seguía órdenes de otros. Además, tú eres idiota. —Olisquea el aire—. Por cierto, ¿por qué hueles a

carne estropeada?

Me hundo en el asiento, intimidado. No pienso devolverle su revólver antiguo.

—Oyin Da, esta mañana, al despertarme, era un mando inferior de una sección de la S45; ahora estoy al frente. Créeme cuando te aseguro que os compensaremos. Así que dime, niña, ¿vas a ayudarnos?

La Chica de la Bicicleta trastea y enreda con las tripas del ordenador mientras yo hago el trabajo sucio, que consiste en estudiar el material que la S45 nos ha proporcionado sobre Ajenjo y «otros fenómenos de origen no terrestre».

—¿Qué haces? —pregunto.

—Reutilizar. Esta gente dispone de componentes de alta calidad, pero no tiene ni idea de qué hacer con ellos. Los necesito para construir y reparar cosas. Todo lo que tenemos en la Lijad está hecho a partir de piezas sobrantes y desechadas. —Aunque no levanta la vista, se infla de orgullo. Está convencida de que su postura tiene justificación. Yo también.

—¿No crees que deberías ser tú quien se leyera esto? Tú eres la lista.

—No, lo que estoy haciendo es más importante. Además, lo que de verdad me hace falta saber es dónde está Ajenjo. Lo demás es cuestión de comunicarse. Ya me avisarás si me salto el protocolo.

—No hay ningún protocolo. Nadie sabe...

Levanta la mano.

—No me interesa. Tú lee. Yo seguiré rapiñando.

—¿Esos componentes no hacen falta para que esto funcione?

—No, estos bobos usan un montón de elementos redundantes. Puedo puentearlo sin problema y... —Su voz se disipa cuando se sume en sus enrevesados pensamientos ingenieriles, cuyo paso soy incapaz de mantener.

Me pongo a leer. El material de introducción es una mezcla de párrafos sobre la biología de los organismos no terrestres. No entiendo casi nada, lo que me recuerda que odio la biología.

—No le veo ningún sentido a esto —digo—. Sé que tampoco retendré una sola palabra.

—Léelo en voz alta —me sugiere—. Leer sí sabes, ¿no?

—Qué graciosa —digo, aunque devolviéndole la sonrisa. Una burla. Se ha burlado de mí. Me pregunto cómo sería verla sonreír más a menudo—. Vale, esto va de... exe... ex... No sé cómo se pronuncia esta palabra. —La deletreo.

—Xenobiología.

—Sí, eso. «En general, los macroorganismos presentan la misma complejidad que la flora y la fauna terrestres. En el caso de los microorganismos no ocurre así. Parecen reunir las características de las células animales y vegetales, incluido un orgánulo similar al col... cloro... cloroplasto, que ayuda en las fotosíntesis C3, C4 y CAM, según la procedencia de la muestra. Estos microbios se asemejan más a las células madre en el sentido de que pueden adaptarse a casi cualquier tipo de función. En su versatilidad radica, por ejemplo, su propiedad curativa. Se ha observado que imitan todas las variantes conocidas de células animales, incluidas las humanas. Pueden reemplazar las células dañadas o enfermas sin provocar reacciones inmunitarias del tipo 1 ni del tipo 2. La imitación de los osteoblastos posibilita la reparación de las fracturas pero también la secreción de macroestructuras tan resistentes como el hueso humano e indistinguibles de este. El potencial de los xenofórmes es incalculable, pero depende de la inteligencia que los dirija.»

A medida que leo y que Oyin Da me corrige, comprendo más cosas. No llego a entender todos sus pensamientos, pero me ayudan a asimilar el contenido del texto.

Ajenjo era una masa amebiana compuesta de materia orgánica alienígena que cayó a la Tierra en 2012. Tenía el tamaño de una ciudad pequeña y al principio parecía ser un cometa que había arrasado Hyde Park, en Londres. Contaminó la biosfera con los xenofórmes y los macroorganismos que traía dentro. Los americanos informaron de que había habido tres incursiones previas de organismos alienígenas similares, aunque estos eran más pequeños y perecieron durante la llegada. Hay una lista de setenta plantas y animales que existen en la actualidad en la Tierra pero de los que se sospecha que tienen un origen alienígena. Los británicos atacaron a Ajenjo con explosivos no nucleares, pero no acabaron con él. Se hundió en la corteza terrestre y desapareció durante un tiempo, aunque pronto quedó claro que se desplazaba por el subsuelo sin regirse por ningún patrón definido.

Se sospecha que los americanos guardaron silencio cuando intuyeron que Ajenjo era incontrolable. Hay todo un apartado de la documentación dedicado a las teorías sobre lo que está ocurriendo en los antiguos Estados Unidos. América se está preparando para la guerra. América se está preparando para emigrar en masa fuera del planeta. Ajenjo no es un ser extraterrestre; fue gestado en los laboratorios americanos. No se sabe nada con certeza.

Se cree que la inteligencia de Ajenjo es equiparable como mínimo a la del ser humano. Parece gobernar al menos a una parte de los xenofórmos. Algunos informes sostienen que devora enteras a las personas. Otros, que se unió a un humano y que produce duplicados de ese cuerpo. Según unos artículos, es una criatura pacífica; según otros, belicosa. La mayoría sostienen que no se puede saber.

—Tonterías —dice Oyin Da—. Toda la información está disponible en Nimbus y en los libros de texto.

Se levanta, conecta un dispositivo a la abertura que ha practicado y pulsa unos cuantos botones. Se abre un portal de Nimbus. Riela en el aire, imperfecto, improvisado. Oyin Da introduce los dedos en el campo de iones de baja potencia. Murmura algo mientras trabaja.

—Lo que imaginaba. Tienen los protocolos de seguridad vinculados a la máquina local... Solo tengo que... Sí... Lamentable, lamentable, ¿quién se encarga de la seguridad? ... ¿Eso es un cortafuegos Pix? Hacía años que no veía uno... Ahora... Eso es, allá... vamos...

Un esquema tridimensional se despliega en el aire, ante ella. Mide metro y medio de altura y medio de anchura. En el tercio superior hay árboles y una pequeña colina. Oyin Da traza una ruta desde fuera, hacia una cavidad que se abre en la colina y que conduce a un túnel. Este da paso a una sucesión de cavernas. Al principio creo que es un sistema de cuevas, pero después veo que lo que tenemos delante es un organismo vivo. Me recuerda a los icebergs, con la mayor parte del cuerpo bajo la superficie, pero también parece un tumor, cuyos brotes se desarrollan en todas direcciones. Es Ajenjo.

—Ya sé dónde está —anuncia Oyin Da. Retira el esquema y se pone a escribir con un teclado virtual. No logro seguir sus pensamientos.

—¿Qué haces?

—Busco las celdas para poder liberar a los prisioneros. —Consulta su reloj aprisa.

—No hemos venido para eso —digo.

—Liberé al profesor de un sitio como este —me recuerda—. Y era inocente. Las personas a las que dicen que mató están sanas y salvas en la Lijad. Lo torturaron.

—No fue esta gente.

—Esta gente trabaja para el mismo Gobierno. —Se dispone a desconectar su máquina justo cuando salta una alarma. Está recogiendo pero cada pocos segundos consulta el reloj—. ¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Prepárate para convertirte en una entidad teórica —dice con una sonrisa.

El aire se agita, forma ondulaciones arremolinadas a escasos palmos de nosotros, y la realidad se difumina. Ella se zambulle y yo la sigo.

Entre medias, en lo incierto, conversamos. Creo.

*¿Qué sueles hacer cuando no estás salvando el mundo?*

*¿A qué te refieres?*

*¿En la Lijad nunca os tomáis un descanso?*

*Hay gente de todas partes. Claro que descansamos. Gracias a esa gente nos relajamos de todas las formas imaginables.*

*¿Gente de toda Nigeria?*

*De todo el mundo. Incluso tenemos algunos americanos.*

*¿En serio?*

*Sí. Habrá como seis. Viajaban hacia el norte desde Zimbabue a través de Camerún. Terminaron vagando por la frontera y asentándose en Lagos. Me los encontré y los recogí.*

*¿Recoges a todas las personas que te encuentras?*

*A todas, siempre que no hagan daño a los demás y contribuyan en la medida de sus posibilidades.*

*¿Me recogerías también a mí?*

*Depende. ¿Eres peligroso? ¿Aportarías algo?*

*Bueno...*

*Hemos llegado, Kaaro. Vamos a ver qué quiere ese alienígena.*

Ahora estamos en una zona arbolada, y enseguida descubro que a los mosquitos les encanta el olor a carne cruda.

Oyin Da, que parece sentirse a gusto en el nuevo entorno, echa a andar sin decir palabra. A mí el viaje me ha revuelto el estómago y me sobreviene una arcada, pero no expulso nada. Las náuseas vienen y van. Me duele la cabeza y siento como si toda la sangre se me hubiera agolpado en el cerebro. Aún no me veo capaz de caminar y los mosquitos me localizan de inmediato. Por un momento, dejo de percibir los pensamientos, pero después la capacidad se restablece, mucho más aguzada.

Una vez que me recupero, vuelvo a levantar la vista. El mareo se me pasa y Oyin Da ladea la cabeza, como instándome a echarle valor. Nos encontramos cerca de un bosque y falta poco para que anochezca. La luz se atenúa. Hay grupos de personas agachadas ante unas llamas desnudas. Nos miran, pero no parecen sorprenderse ni sobresaltarse porque hayamos salido de ninguna parte. A decir verdad, incluso parecen un tanto complacidas. Sé que nunca había estado aquí antes, pero es un bosque normal y corriente donde abundan las palmeras y los matorrales enmarañados. Aquí y allá hay algún que otro claro, pero todos parecen recientes, abiertos con máquinas en lugar de a base de pisadas. Algunas de las personas están rezando.

—Qué raro —dice Oyin Da.

—¿El qué? —pregunto.

—En realidad, no están rezando. Están cantando.

—En eso consiste rezar —digo—. ¿Nos encontramos donde debemos?

—Sí, más o menos.

—Muchos están enfermos —observo.

De hecho, parece haber la misma cantidad de personas a todas luces enfermas que de personas en apariencia sanas.

No deja de darle vueltas a si me recogería también a mí. Se pregunta si tendré novia. El siguiente instante tiene algo de irreal. Sé, por ejemplo, que estoy teniendo una premonición. Sé que estoy a punto de cometer un error

monumental, pero soy incapaz de evitarlo. Siento como si el yo del futuro estuviera viéndome cagarla pero al mismo tiempo se resignara a la inevitabilidad del instante.

—Es... Espera —digo, débilmente, pero no me oye. Su cerebro es brillante, y ella apenas repara en mi presencia. Se ve a sí misma como un destacamento de desembarco y su mente baraja posibilidades a un ritmo vertiginoso.

*¡ESPERA!*

Da un grito y cae de rodillas. Le he hecho daño. Se gira hacia atrás y me mira bajo la luz mortecina.

—¿Qué me has hecho, Kaaro? ¿Estabas dentro de mi cabeza?

—Yo...

—Hoy me sentía distinta, como si algo estuviera corroyendo los límites de mi conciencia. Eras tú —deduce, levantándose poco a poco. Al principio siente sobre todo curiosidad. En realidad, no está enfadada. Le interesa el aspecto biológico. Soy un espécimen.

Nos interrumpe un intenso resplandor verde lima que disipa la penumbra de pronto, una columna que se levanta más adelante, acompañada del jadeo que exhala la gente que hay acampada. Mide al menos quince metros de alto, gruesa como un iroko y de punta bulbosa como una cerilla gigantesca. Emite una suerte de murmullo eléctrico y siento que algo resuena al fondo de mi cráneo, como si estuviera activando algo.

—¿Qué es eso? —dice Oyin Da, olvidándose por un momento de que he irrumpido en sus pensamientos.

Cuando se me pasa el deslumbramiento inicial, veo que hay más columnas luminosas, tal vez cuatro. Los grupos de personas interrumpen sus cánticos y se levantan en silencio para dirigirse hacia la luz. Oyin Da camina con ellos y puedo percibir su impaciencia. Quiere correr pero por cautela decide no precipitarse.

—¿Esto es sensato? —digo. Yo no tengo curiosidad. No soy ningún explorador. Cuando veo algo que no entiendo, salgo corriendo en la dirección opuesta como está mandado. En mi opinión, no hay mejor técnica de supervivencia. Empiezo a reponerme. Ya no me duele la cabeza ni me flaquean las piernas.

Hay un niño de nueve o diez años que antes cojeaba. Lo veo ponerse derecho y encaminarse hacia la luz. Oyin Da hace fotos con una especie de dispositivo portátil. Parece un teléfono inteligente pero debe de haberle realizado modificaciones. Mientras más nos acercamos a las luces, más sanos parecen estar los árboles y la hierba. Muchos de los que acuden también lo graban todo con sus teléfonos. Nadie tose.

—Se están curando —digo.

—Sí. Acerquémonos más a...

—Hola —dice alguien a nuestra espalda.

Hay un hombre parado a un metro de nosotros, con las manos a los lados y un gesto amigable en el rostro. Es negro, pero el tono de su tez parece artificial, como si hubiera estado intentando blanquearse el cuerpo con productos de mala calidad. Tiene la piel de color marrón claro, pero parece una capa de pintura. Lleva un pantalón de peto, tal vez de segunda mano, puesto que le queda holgado. Es demasiado grande para él y tiene enrolladas las largas perneras. No viste camisa, zapatos ni ninguna otra prenda ni accesorio de ningún tipo. Tiene las uñas mordidas hasta los muñones. Es el único que se muestra interesado en nosotros.

—¿Quién eres? —le pregunta Oyin Da.

Sin pensarlo, me interpongo entre ella y el desconocido, que parece centrar su atención en mí. Capto el malestar que mi gesto le ha provocado a Oyin Da, una postura sexista a su juicio. ¿Es sexista proteger a una chica? ¿En serio?

—Ah, has traído un extrapolador cuántico. Qué interesante —celebra el hombre—. Me llamo Anthony. Llamaba. Llamo. No sé. ¿Sigo siendo Anthony?

—¿Qué es un extrapolador cuántico? —pregunto.

—Tú —dice Anthony—. Puedes extraer información de nuestra biorred en tiempo real y extrapolarla hacia atrás y hacia delante. Puedes saber cosas que no se te han dicho, y también cosas que todavía no han ocurrido en tu concepción del tiempo. —Se diría que le hace gracia y no parece suponer una amenaza. Me mira como si yo fuera un insecto curioso, igual que hiciera Oyin Da. No emana ningún tipo de pensamiento. O no está aquí en realidad o es inmune a mis habilidades.



—Si no eres Anthony, ¿quién eres? —pregunta Oyin Da—. ¿*Qué* eres?

—Soy un invasor del espacio —responde Anthony—. Los vuestros me llaman Ajenjo.

## Capítulo 27

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Hay una turba de veintisiete personas fuera del piso. Siento sus mentes y también la de Lorna, que está decidida a vengar a su novio. Incluso muerto, Clement sigue jodiéndome. A la turba le damos igual tanto Lorna como yo. Solo piensa en la violencia que puede desatar, en el daño que puede infligir sin consecuencias para ella. Es la mentalidad de la masa, una rescisión de un contrato social ya de por sí escrito en papel mojado. Brutalidad lícita. Si matas a alguien en el contexto de un ataque multitudinario, quedas absuelto de todo pecado. *No fue un asesinato, todos participamos.*

Estoy mal. Siento que me duele hasta la última célula del cuerpo y que mis pulmones ya no pueden seguir procesando el aire. Me duele respirar. No solo tengo machacadas las costillas; también me escuecen los pulmones por dentro. Es como si el ectoplasma me hubiera dejado peladas las entrañas al salir.

Me sitúo cerca de la salida del apartamento de Clement, sin que la multitud me vea pero en contacto con el aire para que los xenofórmes me vinculen a la xenosfera.

Hasta ahora no había hecho esto con más de una persona a la vez.

Estoy dentro de todos ellos. Del hombre que utiliza su piso como club de boxeo (tiene a varios reanimados encadenados para que sus luchadores entrenen con ellos. *Los sacos de arena son demasiado falsos. Tenéis que sentir el tacto de la carne y los huesos humanos en los nudillos desnudos para ser boxeadores de verdad*); de la mujer que se acuesta con su yerno sin ninguna vergüenza; del hombre cuya novia lleva un mes desaparecida, siendo él el principal sospechoso del asesinato, aunque sus pensamientos digan que es inocente; del reconstruido que trabaja vendiendo su cuerpo, dotado de dos

falos, rasgo que pretendía usar como pretexto para cobrarles el doble a sus clientes, quienes en vez de atracción sienten asco.

Los retengo a todos en mi mente, a los santos, a los pecadores y a los que no son ni lo uno ni lo otro, y les envío una señal común. Cuando salga del piso, la luz del sol incidirá en mí y rebotará. La luz reflejada alcanzará las retinas de los que me estén mirando. Las células de las retinas transformarán los fotones de la luz en energía eléctrica, en señales que les llegarán al cerebro. Si el cerebro las interpreta como es debido, la gente me percibirá.

Les digo a los cerebros de esta buena gente que ignoren las señales. Me volveré prácticamente invisible. Algunos de sus pensamientos albergan una maldad y un rencor que me duelen cuando pasan a través de mí. Contengo toda esta mierda.

Camino.

Los veo esperar, impacientes. Ellos no me ven a mí. Lorna estira el cuello y cuadra los hombros, lista para la pelea. Llevan piedras, tablas y barras de hierro. Ya he pasado por esto y el *déjà vu* me desconcierta. Atravieso a nado un pantano de ácido, un río de veneno. Bajo el primer tramo de escaleras, el segundo, el duodécimo, paso por encima del chaval drogado, llego a la planta baja. Miran hacia arriba, esperándome. Paso entre ellos, congregados en el patio. Huelo su sudor, su acre sed de sangre, y oigo su respiración agitada. Me siento como si estuviera colocado. Tantas mentes, tantos pensamientos. Si no fuera porque mi vida corre peligro, hasta me parecería divertido. Ya solo cuatro personas me separan de la salida.

Toso. El carraspeo brota de mí como el crujido de un huevo al romperse, demasiado repentino para camuflarlo. Me desconcentra.

Pueden verme.

El control que tenía hasta ahora se me escurre entre los dedos. Los pierdo a todos. Me ven al instante. Se produce un momento de asombro durante el que nadie hace nada. Ellos se quedan mirándome y yo me quedo mirándolos. Considero, en esos escasos segundos, si debería echar a correr. La persona que está más cerca de mí da un grito, y entonces oigo que algo sacude el aire, que lo hiende. Me hace daño, me provoca un estallido de dolor que brota en la sien y se propaga por todo el cuerpo. Me encojo como una cochinilla y me preparo para el chaparrón.

Pero no llega. En su lugar se levanta un viento seco y caliente que aúlla como un lobo. Abro los ojos y no les doy crédito. Hay un cilindro de fuego en torno a mí. Me levanto. La sangre se me escapa por la sien y me cuesta mantener el equilibrio.

—Yo soy la luz, yo soy la llama, yo soy el que fulgura. Nadie hará daño a aquellos a los que amo.

*Vale. Es una alucinación.*

Layi se alza hacia el cielo y yo me elevo tras él, impelido por una suerte de aspiración sin llamas. Me recuerda a cuando estuve colgado del levitante que pertenecía al marido de Aminat. Veo los pies de Layi. Los mueve y los sacude como si estuviera nadando. Va descalzo y desnudo. Las llamas brotan dispersas de su piel, aunque no es la forma más recatada de cubrirse. Su carnosa porra sigue bailando libre. Lo pierdo de vista cuando el mundo se pone del revés. Empiezo a dar vueltas.

Oigo su voz, que viene y va.

—Lo siento, Kaaro, pero he quemado la ropa que me diste.

El zarandeo cesa y Layi me baja al suelo, un aterrizaje suave. No sé dónde estamos ni a qué distancia nos encontramos del apartamento de Clement. Nos hallamos en una azotea llana de hormigón. Layi está desnudo ante mí, pero ya no arde. Me quito la camisa y se la ofrezco.

—¿Sabes? Nos van a arrestar por homosexuales —digo.

Se encoge de hombros.

—Gracias por los carbones.

—¿Los carbones?

—He dicho «los pantalones».

—¿Sí? Qué raro. Había entendido otra cosa.

Una ráfaga de viento casi me hace caer. Debe de ser un edificio muy alto, porque no veo ninguna otra azotea. Solo están las nubes y el cielo azul. Unas chispas brincan juguetonas por la piel de Layi, pero enseguida se extinguen. Hay una torre que se hunde en el cielo, claveteada de antenas parabólicas, pero por lo demás la azotea está vacía. Por un instante, me siento revigorizado, pero es solo debido a la emoción. Sigo estando enfermo.

—Te parecerá una tontería, pero ¿eres un ángel?

Layi se ríe.

—Mi hermana ha hablado contigo. Lo cual está bien. Es una señal de que debes de gustarle de verdad. Por lo que tengo entendido, es un secreto de la familia.

—Explicaría lo de la cadena y los extintores, y por qué no te permiten salir.

—Ah, no es tan sencillo. Me parece bien que me pongan grilletes. Soy sonámbulo. A veces ardo mientras duermo. Ya he quemado la casa en alguna ocasión. Son precauciones necesarias.

—Entonces ¿qué eres? —pregunto.

—Soy como tú, Kaaro. Estoy infectado con células alienígenas.

—Aminat dice que tu madre practicó sexo con un ángel.

—Yo creo que practicó sexo con un alienígena, o con alguien que estaba infectado con este tipo de células. En cualquier caso, soy hijo de mi padre. Lo sé porque he cotejado nuestro ADN. Mi piel está infectada con los mismos xenofórmos que crecen y proliferan en la tuya.

—Yo no produzco llamas —digo.

Me pone una mano en el hombro. Está caliente, pero no me encojo.

—Podrías producirlas. Por lo que veo, los xenofórmos de tu organismo parecen neuronas, células nerviosas alargadas. A decir verdad, podrían ser cualquier cosa. Las de mi organismo están adaptadas para desempeñar una intensa función catabólica y desprenderse de mí, ardiendo en el proceso.

—¿Percibes la xenosfera?

—¿La qué?

—La zona mental, el espacio común creado por los xenofórmos. Así es como yo la llamo.

—No sé de qué me hablas —admite—. Será mejor que bajemos y que vuelvas a casa. No creo que este viento te venga bien para esa tos.

—¿Dónde estamos?

—En la azotea de un Goodhead.

¿Un Goodhead? Por un segundo, creo que lo sabe, pero no es así. Me ha traído a la tienda por motivos prácticos. Compramos ropa nueva para él o, mejor dicho, yo le compro ropa mientras él espera escondido. No por pudor, ya que me veo obligado a pedirle que se oculte. Una vez estuve alimentándome durante una semana de lo que robaba en un supermercado

como este, donde abría todos los envases que quería y probaba esto y aquello. La gente nos mira o, más bien, mira a Layi. Tanto las mujeres como los hombres quedan cautivados por su belleza y su singularidad. Soy consciente de ello, pero todavía me sale sangre de la cabeza y estoy un poco mareado. Siento ese fluido repugnante dentro del pecho, pero ya no me veo capaz de expulsarlo a base de toses.

—¿Te llevo al hospital, Kaaro? —me pregunta Layi elevando demasiado la voz.

Todo me da vueltas, la realidad se nubla.

El suelo se aproxima.

Molara aparece ante mí, pero esta vez sin su sexualidad agresiva. Estamos en un parque, donde no queda rastro de los pasillos del Goodhead, con los lineales de pescado en conserva a 4,99. Me siento bien, eufórico. Dicen que cuando te estás ahogando, una de las últimas sensaciones que experimentas es la de euforia. Me estoy ahogando en mis propios fluidos corporales, en algún lugar, así que podría ser.

—Hemos venido a verte morir —me dice. Mantiene el semblante inexpresivo, pero se adivina una cierta sonrisa en su voz y un aura triunfal emana de ella a modo de olor corporal.

—¿Hemos?

—Hemos. He. ¿Conoces esa parte de la Sagrada Escritura cristiana, la Biblia, donde Dios se refiere a sí mismo como «yo» y como «nosotros» en distintas ocasiones? Bien, pues yo, nosotros la entendemos mejor que tú.

—Tampoco es tan difícil de entender. Un dios, distintos aspectos. Cualquiera crío que haya ido a catequesis lo sabe.

—Ya no me tienes miedo.

—La verdad es que no. De hecho, me siento de maravilla.

—Y tampoco tienes miedo de morir.

—Ya no. Todo el mundo debe guardar su turno para vivir y para morir. Cuando llega tu turno, no puedes volver al final de la cola. Siento que la conexión con mi cuerpo se desvanece por momentos. Tengo curiosidad por lo que viene ahora.

—Ya sabes que puedes seguir viviendo aquí. Una parte de ti, al menos. Tu cuerpo fallecerá.

—¿Para convertirme en un fantasma? ¿Como Ryan Miller? No, gracias.

—No te precipites. Podrás vivir aquí como te plazca, rodeado de cuantos lujos alcances a imaginar.

—¿Por qué iba a querer algo así? ¿Por qué ibas a quererlo tú? —Me pregunto qué saldría ganando ella.

Se sienta a mi lado.

—Queremos tu hogar, Kaaro. Tu planeta. Llevamos mucho tiempo estudiándolo sin necesidad de molestos viajes interestelares. Estamos aquí. Conocemos todo vuestro saber, vuestras excentricidades, vuestras emociones y vuestras mezquinas motivaciones de monitos sin pelo. Tan simples. Todo esto lo conseguimos preñando el espacio de lo que llamáis xenofórmos, microorganismos sintéticos programados para multiplicarse y cambiar de forma según sea necesario, para infectar a las especies autóctonas y obtener datos a nivel neurológico, a fin de descubrir cómo se gobierna el planeta, de estar prevenidos ante las dificultades. Estas infecciones responden a muchas de nuestras preguntas. ¿La política que se aplica la determina el entorno o cualquier sistema es válido? ¿Tiene remedio el cambio climático? ¿Qué haremos con los arsenales nucleares? ¿Podría ayudarnos el *Homo sapiens* en alguna medida o será un estorbo? Hemos tenido que buscar respuestas para estas preguntas. Algunos reaccionasteis de forma distinta a la infección. Os convertisteis en sensibles, en extrapoladores cuánticos. Lograsteis asomaros a nuestros almacenes de información. Pero eso se acabó. Ahora la Tierra es nuestra. Ya no os necesitamos.

—Por eso matasteis a todos los sensibles. A todos los que eran como yo. Algunos eran amigos míos, personas con las que trabajaba, con las que me entrené. Nos habéis exterminado sin más. —Pienso en la paranoia de Clement, en la tristeza de Bola, en mi lascivia—. Os infiltrasteis en nuestros pensamientos más oscuros y los utilizasteis para liquidarnos, como si nos hubierais inoculado un veneno personalizado.

—Sí. Pero no pasa nada porque algunos de vosotros sigáis existiendo en la xenosfera a modo de recordatorio para nosotros. Como una fábula con su moraleja, tal vez. Gozaríais de todas las comodidades.

—Sería como un zoológico.

—Si prefieres llamarlo así...

—¿Quieres que me pase la eternidad convertido en un puto mono de feria? ¿Me tomas el pelo? ¿Crees que es una vida a la que me entregaría con los ojos cerrados? ¿Yo convertido en un espectáculo?

—A veces los humanos sois demasiado quisquillosos.

—Y los alienígenas sois demasiado...

—No soy un alienígena, Kaaro, al menos no en el sentido que tú sugieres. Me entenderías mejor si me concibieras como un programa codificado en los xenofórmes. Soy una de muchos, activada al darse las condiciones necesarias. He estado aquí desde siempre.

Siento asco de mí mismo por haber... con ella... y...

Oigo voces.

*Saturación de oxígeno bajando.*

*Tengo acceso intravenoso.*

*Está azul. Entúbalo.*

*Tiene fiebre, cuarenta y cinco.*

—Intentan salvarme. Layi debe de haberme llevado al hospital.

—Es inútil. A muchos de los otros también los ingresaron.

—Dices que lo sabéis todo sobre la Tierra, sobre nosotros. ¿Cómo es morir?

—Hay tantas formas de morir como humanos. Unos se extinguen como velas apagadas de un soplo. Para otros es como el crepúsculo: la luz se debilita poco a poco y la oscuridad conquista todos los sentidos hasta que no queda nada. Algunos experimentan todo lo contrario, una realidad que pierde todo su significado y queda inundada de blanco. —Gesticula mientras habla, como una profesora. Encuentro extraña su amabilidad.

A mi lado hay una planta con las hojas cubiertas de áfidos. Arranco una, que al instante desprende un olor a producto químico, como en la vida real.

—Así que nos matáis a todos y después entráis.

—Aún no hay consenso al respecto. La cuestión de la humanidad todavía no se ha decidido.

¿Se está discutiendo?

*Tiene insuficiencia respiratoria.*

*No, no la tiene. Lo has leído mal. Que venga Ola.*

El rostro de Molara es como una talla. Todos los rasgos son suaves y



robustos, no los ha tocado la erosión de la edad. Tiene la tez pulida. La boca sobresale de la cara, combados hacia fuera los anchos labios, dejando entrever la rojez del interior. Sus ojos afilados me ensartan mientras me ve morir.

—¿Dónde está Aminat? No quiero mirar a mi verdugo mientras muero.

En ese momento salgo de la xenosfera y aparezco en la habitación del hospital, donde Layi me mira con semblante preocupado.

—Sé que desearía estar aquí. Está buscando a los que hicieron explotar su lugar de trabajo —responde.

—¿No me estaban persiguiendo?

—No, Kaaro. Aminat también tiene asuntos de los que ocuparse; no es un personaje secundario de tu historia.

—¿Me he muerto ya?

—Espero que no —dice Layi—. Mira. Por la ventana se ve el *Nautilus*. ¿Nunca te has preguntado si los científicos terminaron dándose al canibalismo? Nadie tiene ninguna teoría al respecto. Entraron en una órbita geosincrónica permanente, el presupuesto del Gran Programa Espacial de Nigeria se agotó, los astronautas quedaron atrapados, y nadie se pregunta si se comieron unos a otros.

¿Por qué coño se pone a hablarme ahora del *Nautilus*? Morirse ya es bastante traumático de por sí, pero la conversación de Layi me parece rara en el mejor de los casos.

—No sé si estoy despierto o dormido. —Cierro los ojos.

—Todos los años por Nochevieja me permiten salir. Vuelo al aire libre porque lanzan fuegos artificiales. La gente no se extraña de las luces que puedan aparecer en el cielo. Soy libre.

—Yo nunca he visto fuegos artificiales con forma de hombre.

—Los habrías visto si vivieras en Lagos, amigo mío. —Se interrumpe, y entonces oigo pasos—. Tienes visita, Kaaro. Abre los ojos.

Así hago. Layi está junto a la ventana, apoyado contra el alféizar, observando, vestido aún con la ropa del Goodhead, que tan mal le queda.

Veo a la visita, parada en medio de la habitación, al pie de la cama. Va vestido, pero sé que son prendas orgánicas. Hechas a partir de celulosa, biodegradables, ropa de la que se desprenderá como una serpiente que muda

la piel cuando vuelva a casa. El atuendo se debe a los sensibles ojos de los humanos, que parecen avergonzarse de tener genitales. A pesar de su inmenso poder, se maneja con sosiego. Hasta cierto punto, tiene poder sobre la vida y la muerte. Es el dios de la biobóveda.

Lo conozco por el nombre de Anthony, o por el de Ajenjo, y me debe la vida.

—Kaaro —me saluda.

—Invasor del espacio —respondo. Mi voz suena débil, incluso para mí.

Ríe entre dientes.

—Cuánto tiempo, ¿verdad?

—Dame la mano —le pido.

Cuando me la tiende, recuerdo algo que pasó el día en que nos conocimos y me acerco su manga a la boca para saborearla. Es tangible, tiene masa, no como los sueños, no es un elemento más de mis delirios de moribundo, no está en la xenosfera.

—Eres real —digo.

—Sí —afirma él.

—¿Qué haces aquí?

Se acerca al lado de la cama y aparta el carrito de ayuda intravenosa.

—Sentí que tu luz se apagaba —dice—. He venido a averiguar por qué. Te andaba siguiendo, porque te debo la vida.

—¿Es que no lees el periódico de los alienígenas ni consultas el Nimbus del espacio o lo que coño uséis para comunicaros entre vosotros? Tu gente ha decidido ejecutarme.

—No todos somos iguales, Kaaro, y no habrá ejecución. Te vienes conmigo.

## Capítulo 28

### Las tierras donde se levantaría Rosalera: 2055

#### *Entonces*

Oyin Da me aparta a un lado para acercarse a Anthony, que vuelve dedicarle toda su atención, siguiéndola con la cabeza, pero sin hacer ningún otro movimiento. A mis espaldas oigo jadeos y declamaciones a medida que la gente del bosque se cura. Me he habituado a la vibración de las columnas, pero soy consciente de su presencia ininterrumpida. Los mosquitos zumban y se lanzan contra mí. De fondo, el canto de los grillos y el baile de las pequeñas luces de las *tanatana*, las luciérnagas.

—¿Puedo tocarte? —pregunta Oyin Da.

Anthony sonríe.

—Mucha gente cree que esto es algo religioso.

—Quiero tocarte la piel. La noto extraña, irreal. Quiero saber cómo es, su textura. —Sin dudarle un segundo, Oyin Da empieza a palpar a Anthony; las personas inteligentes hacen cosas muy raras.

Es cierto que la piel de Anthony se antoja falsa. Huele a hierba aplastada, como un campo recién arado. Oyin Da lo observa de soslayo, se inclina hacia delante y le olfatea la ropa. Después le lame el peto.

—Llevas pantalones —señala con un asomo de sorpresa en la voz, y en los pensamientos.

—Los he cultivado yo mismo —dice Anthony. Sigue sin proyectar pensamiento alguno—. ¿Vais a decirme por qué habéis venido aquí?

—El Gobierno nos ha enviado en tu busca. Quiere que nos hagamos amigos tuyos —respondo.

—Habla por ti, Kaaro. Yo estoy aquí para verte vivir en armonía con esta

gente —dice Oyin Da—. Yo no trabajo para el Gobierno.

—Venid, entonces —nos invita Anthony—. Os enseñaré cómo vivimos y dónde están vuestros representantes desaparecidos.

—¿De verdad eres un alienígena? ¿De otro planeta? —pregunta Oyin Da.

—Técnicamente, llevo más tiempo en la Tierra que vosotros dos. Cuando nacisteis, mis organismos ya formaban parte de la biosfera. Cabe replantearse vuestro concepto de «alienígena», ¿no creéis?

Oyin Da guarda silencio, pero siento los pensamientos que bullen en su cabeza, demasiado veloces para que yo logre seguirlos.

Guiado por la luz eléctrica de las columnas, nos hace subir por un altozano. En la falda hay derribado un helicóptero de ataque negro, con el rotor retorcido y medio hundido en la tierra. No veo cadáveres. Unos puntos luminosos parpadean más adelante, en la penumbra que nos rodea. Titilan, y hasta un momento después no caigo en la cuenta de que son ojos en los que espeja la luz. Entre los arbustos hay cosas vivas, bajitas y rechonchas, que nos siguen. No hacen ruido. Sus cuerpos brillan. Oyin Da aminora el paso y siento su curiosidad.

—No los toquéis. La mucosidad que les recubre el cuerpo es una neurotoxina —nos advierte Anthony.

—¿Qué son? —pregunto.

—Cuando estaba en Londres los llamábamos «homúnculos». Me han acompañado desde el principio, vivían dentro de mí, como las plantas, los animales y demás criaturas no autóctonas con las que vine para recrear la biodiversidad a la que estoy acostumbrado.

Pese a su anatomía humanoide, los homúnculos no tienen pensamientos propios, aunque sí que percibo un esbozo de instintos y de emociones procedentes de ellos. No articulan palabras, pero su hostilidad y su miedo son bastante fáciles de intuir. Son de estaturas y edades diferentes. Hay bebés que maman de los pechos colgantes de sus madres. Se atusan unos a otros. Follan. Hacen todo esto mientras nos observan con toda atención.

Aquí y allá se ven halcones muertos en el suelo. Sangran a la vista de todo el mundo, maquinaria averiada. Son las BVC, decenas de ellas. Las taneo con el pie, pero Oyin Da recoge una, la descarta y elige otra, así hasta que da con una que se conserva más o menos intacta y se la guarda en el bolso.

Observo que algunas tienen marcas de mordiscos.

Más adelante nos encontramos con cuatro hombres. Tres de ellos permanecen inmóviles, mientras que el cuarto corre frenéticamente, zarandeando, golpeando y gritando obscenidades a sus compañeros, de los que espera obtener alguna reacción. Llevan uniformes militares, ropa de camuflaje de tonos oscuros. Las prendas presentan rasgones, quemaduras y manchas de sangre, aunque ninguno de ellos parece estar herido. Al ver que nos acercamos, el hombre inquieto rompe a gritar.

—¡Tú, *alakori!* ¡Es culpa tuya!

Recibe a Anthony con un chaparrón de puñetazos y patadas. Anthony no esquiva los golpes ni se los devuelve. No se estremece ni parece sentir ningún dolor. Agotado, el militar se deja caer a los pies de Anthony. Este lo mira entre bondadoso y compasivo.

—Lo siento, Olabisi —dice.

Oyin Da se acerca a los hombres y los examina.

—¿Quiénes son?

—La tripulación del helicóptero. Los enviaron para matarme. O para intentarlo.

—¿Qué les has hecho? —pregunta Oyin Da. Les mira los ojos con la ayuda de una linterna.

—Los he curado. Se estrellaron. Les restauré el cuerpo, les reactivé el corazón. Puedo reconstruir el cuerpo, pero una vez que el cerebro muere, ya solo es posible reanimar el cadáver.

—Eso no puede ser cierto —dice Oyin Da—. ¿Cómo esperas que me lo crea?

Anthony me señala.

—Pídele que te lo confirme. Al fin y al cabo, es tu extrapolador cuántico.

—No es mío —protesta Oyin Da.

—¿Qué...? ¿Cómo voy a...?

—Mira en mi mente. Encuentra la verdad y compártela. —Me pone una mano en el hombro.

Puedo.

De pronto, está abierto a mí, y sus recuerdos anegan mi mente.

Hay una granja, hay granjeros, animales, cultivos exuberantes que

Anthony ha ayudado a sembrar. Hay personas, sonriendo, suplicando, pidiéndole al alienígena que las cure, a lo que Anthony accede. Le traen ofrendas, viandas votivas, fardos de ropa, todo tipo de muestras de devoción. Saben que es distinto, sobrenatural, y lo aman por ello. Y por esta razón Anthony y Ajenjo aman a esas personas.

Después se oye el batir de las aspas del helicóptero. Se ve un fogonazo naranja y a continuación empieza a nevar ceniza. Los árboles y los postes del telégrafo están talados a una altura de metro y medio, y aunque se han producido varios incendios concentrados, los cortes son limpios, quirúrgicos. La alquería parece el juguete de algún gigante. Presenta los mismos bordes angulosos que las demás estructuras altas. La base humea, reducida a una maqueta ridícula, incompleta. El tejado, la planta superior, algunas zonas de la planta baja, ya no están. Las paredes resisten por unos segundos, tras los que dejan de existir. Las ventanas, los muebles, las lámparas, como todo lo que no se levantaba mucho, siguen indemnes. Anthony espera que sus amigos se encuentren bien, pero no es demasiado optimista. Ubicados tras la casa, el granero, el cobertizo y el corral también han sido segados y vaporizados. De las gallinas no quedan ni los cadáveres.

Anthony quiere ver cómo están sus amigos, pero se descubre alzándose por encima de todo y comprueba que el terreno ha quedado abrasado en un kilómetro a la redonda, como si un demente hubiera decidido dejar su impronta en los cultivos. Se queda confundido por un momento cuando ve un efímero contorno rojo donde había estado segundos antes. Después el viento se adueña de esa cosa y la dispersa por todas partes.

Anthony está muerto. Otra vez.

Su ira es un fuego frío.

Su conciencia regresa al cuerpo del alienígena y lo siente todo, lo sabe todo. Absorbe los nutrientes de la tierra y de las piedras, tanto los minerales como la materia orgánica muerta. Anthony/Ajenjo crece, se expande por las profundidades del subsuelo, en todas direcciones. Extiende unos pseudópodos hechos de tejido nervioso y los dirige hacia las ruinas de la granja. Las chispas cabriolan a su paso a medida que se expanden por el suelo, y algunos árboles son derribados por los rayos que saltan de la tierra.

Anthony siente que los insectos y demás sabandijas salen corriendo al

intuir la tormenta inminente. Siente a las aves cibernéticas aprovechando las corrientes térmicas y las aniquila con descargas eléctricas según las detecta, reduciéndolas a negruzcos amasijos de plumas.

Al límite de la granja ve las consecuencias del arma. La alquería ha sido arrasada, y unos malignos tábanos mecánicos mantienen la formación en las alturas. Uno de ellos es un helicóptero, pero dos flotan en silencio, esferas de las que sobresalen infinidad de cables y antenas, dotadas de unas barquillas en la parte inferior donde unas personas diminutas se mueven, planean y controlan.

Los seudópodos se dividen y se vuelven a dividir hasta que rodean la zona, momento en que todos ellos viran noventa grados y continúan creciendo hacia arriba, a modo de zarcillos, de enredaderas sin espaldera. Justo antes de que Anthony los electrocute, nota que el aire se ha calentado, que se está realizando la carga. Los sensores lo han detectado. Van a disparar el arma de nuevo.

*Humanos, piensa Anthony.*

*Humanos, piensa Ajenjo.*

Su rabia recorre las neuronas gigantes como un cegador rayo verde, que empieza en las puntas y se concentra allí donde flotan las naves. Primero una y después la otra, se apagan, revientan y caen a tierra, donde empiezan a humear. Anthony centra su atención en el helicóptero negro. Una carga eléctrica salta entre las columnas de nervios y escapa en un llameante rayo esférico de color amarillo y blanco. La bola engulle al helicóptero, que cae en barrena hasta que se estrella, hincando los rotores en tierra. Esta aeronave sí está tripulada, pero los humanos que viajan en ella dejan de moverse. Salvo uno.

Anthony rodea su conciencia de electricidad y se muestra ante el superviviente. El hombre intenta alejarse reptando por la hierba calcinada. La pierna izquierda se arrastra tras él, retorcida de mala manera a la altura de la rodilla. Debe de dolerle mucho.

—Tú. Humano —dice Anthony—. Detente.

Con los ojos abiertos de par en par, el hombre profiere un grito. Anthony supone que debe de tener un aspecto aterrador para el soldado, con el constante brincar de los rayos, su incierto contorno antropomorfo, la

electricidad formando arcos fugaces cada pocos segundos. Debe de dolerle tener los ojos tan abiertos. Debe de tener miedo de morir de súbito por electrocución.

—Lo siento, tenía otra ropa, pero me la habéis desintegrado —se excusa Anthony. Al mismo tiempo, manipula las hormonas del soldado y lo calma con endorfinas y anandamida—. Quiero que vuelvas con tus superiores. Diles que quiero hablar con alguien que tenga autoridad. ¿Entiendes mis palabras? Hasta ahora nunca había intentado hablar con nadie de esta forma.

Asustado, el soldado se aprieta contra la tierra. Le tiemblan los labios.

—Asiente si me has entendido.

El soldado asiente. Anthony deja que salga a rastras de la granja, en dirección al camino, y echa a flotar sobre los escombros de la finca. Solo se oye la vibración ininterrumpida de las neuronas gigantes, erigidas a modo de torres de alta tensión. El helicóptero se ha incendiado y arde envuelto en unas llamas ansiosas que expulsan al aire un humo negro.

Me desconecto de Anthony y me encuentro embriagado. Tardo unos minutos en determinar que soy Kaaro, no Anthony. No Ajenjo. Al mismo tiempo, siento como si hubiera paladeado el poder y habitado en la mente de un dios. Sus recuerdos ahora son los míos, al igual que los de Nike Onyemaihe, aunque espero que no todos. En su memoria se acumulan miles de años, eones de deriva espacial. Temo enloquecer. Si sigo así, para leer a la gente, voy a tener que anclarme en mí mismo de alguna manera.

—Dice la verdad —le confirmo a Oyin Da.

Llegamos a un campamento. Los homúnculos no dejan de seguirnos, pero se mantienen a una cierta distancia. Aquí habrá veinte o treinta personas, de todas las edades, tranquilas y alegres. Nos saludan animadamente y nos ofrecen zumo recién exprimido en jarras de madera. Unos viven en familia y otros están solos. Muchos tratan a Anthony como si fuera un santo o un dios. Oyin Da se aleja corriendo para unirse a la conversación de unas mujeres, a las que hace un aluvión de preguntas. Nada escapa a su atención. En su mente leo que toda comunidad puede ser valorada por el modo en que trata a las mujeres, algo en lo que yo no había reparado hasta ahora.



Aun así, también en el paraíso hay problemas. Veo fusiles y pistolas por aquí y por allá. Granadas. Gente con el aspecto y el ademán propios de un centinela.

Me siento con Anthony en un banco de madera. Un hombre alto y corpulento se acerca y se acuclilla delante de nosotros.

—Este es Dare —dice Anthony—. Es el granjero que me acogió. Junto con su familia.

—¿Quiénes son estas personas? —pregunta Dare, señalándonos.

—El Gobierno los ha enviado a negociar —explica Anthony.

—¿De verdad? —dice Dare—. No lo entiendo. Si querían negociar, ¿por qué intentaron destruirte?

Anthony se encoge de hombros.

—Los humanos siempre intentan destruirlo todo.

—Yo no he intentado destruirte —repite Dare.

—No, amigo mío. Tú me acogiste. —Anthony sonrío—. Los británicos intentaron aniquilarme cuando estaba en Londres. No sabía que los nigerianos eran iguales.

—El Gobierno de Nigeria no representa a los nigerianos —arguye Dare.

—Había un británico presente cuando recibimos las instrucciones —digo—. Bellamy. Es consultor.

—Entonces sigue siendo obra de los británicos —deduce Dare.

Pienso en Femi Alaagomeji.

—Lo dudo. Creo que la organización, la S45, desea establecer una alianza sincera contigo.

—Entonces eres muy crédulo —dice Dare—. El Gobierno nigeriano siempre sigue el ejemplo de las potencias coloniales. Hoy han empleado un arma aceleradora de partículas. Mañana, ¿quién sabe? ¿Armas nucleares? ¿Un rayo tesla disparado desde el *Nautilus*?

—Dejaos de paranoias. El *Nautilus* ha sido desmantelado —interviene Oyin Da, que de pronto se ha reintegrado en el grupo. Mira a Anthony—. ¿De cuánto espacio disponéis aquí? ¿Cuál es la capacidad máxima?

—¿Por qué lo preguntas? —Dare se extraña ante los modos de Oyin Da.

—Tengo algunos refugiados que necesitan un hogar —dice Oyin Da.

—¿Cuántos? —pregunta Anthony.

—Mil ciento setenta y seis.

—Qué exactitud.

—¿Podrías acogerlas sin sufrir escasez de alimentos ni...?

—Sí —afirma Anthony.

—Un momento, ¿quiénes son estas personas? —insiste Dare.

Me evado de la conversación porque percibo un cambio en los homúnculos. Sus emociones se agitan entre la placidez, la ansiedad y el miedo. En muchos casos, los sentimientos desaparecen de forma abrupta, como una radio al apagarse. Después escucho algunos comentarios sueltos.

*Ahí, al lado de Kaaro.*

*Calma. Hay que hacerlo bien.*

*Fuego a discreción.*

¡Oh, mierda!

—¡Anthony, cuidado...! —exclamo. Al mismo tiempo me lanzo y lo tiro al suelo. Siento un estallido de dolor en el pecho. Sé que me han disparado antes de perder el conocimiento.

## Interludio: Misión

### *Maiduguri: 2055*

Estoy en la biblioteca, viendo un vídeo tomado con un microscopio de hoja de celosía que muestra a los xenofomes, a los que ahora los xenobiólogos llaman *Ascomycetes xenosphericus*.

Al principio parece una célula de levadura, redonda, dotada de núcleo, de pared celular y de membrana plasmática. Permanece inerte, suspendida en el líquido donde la han encontrado. Según parece, no es posible reproducirla por cultivo.

Estoy a solas. Últimamente cada vez paso más tiempo sin compañía, puesto que mis iguales se sienten eclipsados por mi actuación, cuando no asustados. Aunque es algo que me preocupa, no puedo hacer nada al respecto.

*Sabemos que el material nuclear es genético, pero nuestras técnicas de microscopía no nos han permitido asomarnos al interior. Se forman poros y se produce un intercambio entre la célula y el núcleo para llevar a cabo la síntesis de proteínas, pero el metabolismo sugiere que suceden muchas más cosas de las que podemos observar.*

Al lado hay un fragmento de piel humana y el xenofome se galvaniza. Los nutrientes circundantes se consumen a un ritmo formidable. Los filamentos intracelulares se transforman en microtúbulos por medio de la membrana celular del xenofome y serpentean hacia la piel. Penetran en la epidermis y la dermis en dirección a una estructura que recuerda a una piruleta pero que en realidad consiste en varias cápsulas plegadas las unas sobre las otras con una porción central que termina en una neurona. Esta se abre paso hacia el centro con facilidad y perfora el tejido neural humano, en el que pasa a integrarse.

*El xenofome no muestra el menor interés en ningún otro orgánulo de la*

*piel, donde sobre todo busca los mecanorreceptores. Aquí se muestra un corpúsculo laminar, que interviene cuando se produce una vibración, aunque los xenoformes son promiscuos con el tejido neural. Tras conectarse, establece una comunicación dúplex, aunque los mecanorreceptores sean aferentes, es decir, que interpretan los estímulos dirigidos al sistema nervioso central, pero no los que proceden de este.*

El xenoforme cambia de forma, extiende los seudópodos como si de una ameba se tratara para desplazarse hacia la piel y adherirse a la epidermis, donde mantiene la conexión con la neurona al igual que la barrena de una torre de perforación. Después proyecta un filamento desde el lado opuesto que tantea el fluido.

*Una vez que establece la conexión, el xenoforme busca otros xenoformes cercanos para tejer una red y compartir información. Es increíble lo lejos que pueden viajar estos datos. Algunos estudiosos creen además que hay dos formas de comunicación entre los xenoformes. Las células contiguas emplean vínculos microtubulares directos, pero parece que en situaciones muy concretas se da una comunicación a gran distancia basada en el entrelazamiento cuántico. Las...*

—Kaaro.

Me quito los cascos y me aparto de la mesa.

El profesor Ileri está ante mí, acompañado de dos hombres. Por su actitud, sé que son agentes.

—¿Estudiando? —pregunta Ileri.

—Solo quiero entender cómo consigo hacer lo que hago —digo.

—Bien, bien.

Es una expresión que Ileri utiliza con frecuencia. Pasa más tiempo del habitual conmigo, puliendo mis habilidades, deseoso de convertirme en un instrumento más preciso que los demás. Me enseña técnicas de concentración y de meditación, a despejar la mente, a respirar y a organizar el tiempo para acabar con la desorganización mental. Me instruye en el tipo de privaciones que debilitan el cuerpo pero espabilan la mente. El ayuno. El aislamiento sensorial. Me siento como un atleta olímpico. La comida precocinada, cargada de productos químicos añadidos, merma mis capacidades. Los enteógenos surten efectos impredecibles.

—Kaaro, estos hombres querrían hacerte unas preguntas.

Me llama la atención que no se moleste en presentármelos. Es el procedimiento que se aplica siempre que los agentes visitan a los alumnos. Tenemos prohibido leerlos, pero dado que estoy más alerta de lo normal, no puedo evitar captar algunas impresiones. Uno de ellos lleva barba y desprende un fétido olor psíquico, a sentimiento de culpa enconado y a hosquedad. Cuando me fijo en el otro, me sorprende, porque tiene un aspecto bastante andrógino, de tal modo que su complexión esbelta y su piel tersa me hacen dudar que realmente sea un varón.

—Has conocido a Ajenjo en persona —dice el de la barba.

—A su avatar humanoide, sí —afirmo.

—Nos gustaría que nos informaras —dice el otro.

—Ya he informado a la señora Alaagomeji.

—Nos gustaría que nos informaras bajo hipnosis —especifica el de la barba. Miro a Ileri.

—Creen que cuando vinculasteis vuestras mentes, tu memoria podría haber recibido información sin que te dieras cuenta. Nos sería de ayuda saber más cosas.

—Es indoloro —asegura el andrógino.

*Vale. Nunca había oído hablar de nada parecido.*

Permanezco callado pacientemente. Me han enseñado a dejar que sean otros los que rompan los silencios y no tengo por qué hacer que los agentes se sientan incómodos.

—Pasemos al salón —dice Ileri con un falso acento inglés.

No es tan descabellado. Guardo en mi memoria todos los recuerdos de Nike Onyemaihe y a veces veo imágenes y oigo sonidos que solo Dios sabe dónde y cuándo se originaron.

Calma.

Ahora mismo soy mucho más consciente de todo. Percibo a todas las personas que hay en el edificio. A los demás alumnos. A los guardias. A los instructores. A todo el mundo. Sé cómo mantenerlo todo bajo control para poder descansar. A veces tengo que usar clotrimazol. Los xenofomes tienen

unos esteroides en la pared celular que los hacen vulnerables por un tiempo frente a los antifúngicos.

Calma.

El «salón» me relaja. Los cuadros son una porquería abstracta y neutra. Estoy sentado en un sillón de dentista. Estoy solo en el cuarto, pero no me cabe duda de que hay cámaras y un micrófono.

Empiezo a entrar en trance, empleando distintas técnicas de respiración. Siento y después aílo a todo el mundo. Recuerdo por un momento aquella vez en que Akpan se masturbó e hizo que toda la clase tuviera un orgasmo al mismo tiempo. Ríe entre dientes y descarto el pensamiento.

Penetro en mi memoria. No, excavo, retirando las capas poco a poco hasta extraer el encuentro con Ajenjo.

Voy más allá de lo que el avatar Anthony intentó mostrarme. Busco una huella, un *déjà vu*, una marca de agua de la memoria.

Me...

Recuerdo que estaba en algún lugar rodeado de mis hermanos. No los veo, pero los siento, innumerables, ingrátidos, cada uno contenido en una envoltura rocosa, recogidos todos en un hangar. Estoy despierto porque mis amos tienen que comprobar mi vitalidad y qué clase de organismos comensales viven dentro de mí, así como las probabilidades de que resista a un viaje al espacio profundo. Nos llaman «asideros», y nuestra labor consiste en descender a los planetas con la fauna y la flora de nuestro mundo originario y ver si sobrevivimos. Como técnica de colonización supone un gran despilfarro, pero mis amos ya no pueden volver a casa. Ahora habitan en el espacio, aunque les encantaría vivir en un nuevo planeta.

No recuerdo haber viajado por la Vía Láctea. Estoy diseñado para despertarme al atravesar la atmósfera. Cuando esto ocurre, me doy cuenta de que estoy ardiendo, veo los fragmentos de piedra y de hielo que se desprenden por la fricción con la capa protectora de este planeta. Es un dolor inconcebible, sobre todo cuando la envoltura rocosa termina de desintegrarse.

Aterrizo en una ciudad, Londres, en medio de un parque, Hyde Park. Decenas de humanos mueren a causa del impacto. Algunos sobreviven y pasan a residir dentro de mí. Los asideros solo entablamos relaciones de simbiosis con organismos inteligentes, así que busco un humano, Anthony

Salerno, indigente, arrepentido, demacrado, embriagado por el alcohol, avergonzado ante la idea de volver con su familia.

No conozco la anatomía humana, de modo que tengo que... diseccionarlo, en cuerpo y alma.

Empiezo por el cuerpo. Por desgracia, no sé nada sobre el dolor humano hasta que es demasiado tarde, así que, Anthony Salerno sufre. Primero le quito la piel, examino el cabello, las uñas, los orgánulos, las glándulas sudoríparas, los poros, las bacterias de la piel, las marcas provocadas por las afecciones fúngicas, las cicatrices, las glándulas sebáceas, los minúsculos vasos sanguíneos, los tatuajes, los melanocitos, los adipocitos... Todo. Miro los músculos, los cuales despego de los huesos uno a uno, examino las estriaciones y su funcionamiento, los ligamentos, los tendones, la mioglobina... hasta el último detalle. Miro los cartílagos, los huesos, me maravillo ante la combinación de la rígida hidroxiapatita de calcio con el colágeno generado por los osteocitos. Miro los órganos internos (llegado este punto me doy cuenta de que Anthony Salerno lleva todo el tiempo gritando, lo que deja de hacer cuando le extraigo los pulmones), el tiroides, el timo, el corazón, los intestinos, el páncreas, el hígado, los riñones. El cerebro. Me tomo mi tiempo con el cerebro.

Fabrico finas hebras de tejido neural y me conecto a su sistema nervioso, la capa cortical que habilita la conciencia superior: la amígdala y el hipocampo para las funciones primarias, y la médula, el cerebelo y el mesencéfalo para las funciones automáticas.

Cuando termino de eviscerar a Anthony Salerno, lo recompongo, más o menos. Lo llevo en lo más profundo de mi ser. Reproduzco su ADN. Incluso me hago un cerebro por gusto, aunque carezca de sistema nervioso central. Mis pensamientos son modulares. Los humanos creen que pueden matarme si destruyen el cerebro, pero, por supuesto, no es así. Agradezco saber que pretenden aniquilarme.

Elaboro duplicados orgánicos de Anthony y deposito fragmentos de mi conciencia en ellos. Distribuyo estos duplicados por el mundo, por la Tierra, para recabar información e interactuar con los humanos. Es algo con lo que disfruto. No todos los humanos desean que muera. De hecho, muchos son muy agradables.

Mientras tanto, examino la mente de Anthony Salermo. El material genético de su familia llegó a Londres hace tan solo doscientos años. Hasta entonces se encontraba en la península itálica. En Londres se hallaba sumido en una espiral de pobreza cuando yo llegué.

Salgo...

Salgo del trance.

—Se acabó —digo. Me levanto de la silla y, aunque me da un ligero mareo, se me pasa enseguida.

—¿Por qué, Kaaro? —pregunta alguien, creo que el agente de la barba.

—Porque sí, se acabó. Dejadme en paz. —Salgo del salón.

A decir verdad, sentía que me estaba hundiendo, hasta el punto de que dudaba de mi identidad. Tuve que obligarme a despertar.

No pienso sacrificar un ápice de mí por la S45. Que les jodan.

Después me duele la cabeza durante varios días y durante varios meses tengo pesadillas en las que Ajenjo me disecciona vivo. Cuando despierto, a menudo creo ser Anthony Salermo.

Pero no lo soy.

Soy Kaaro.



## Capítulo 29

Rosalera, biobóveda: 2066

*Ahora*

Me muevo.

Estoy tendido en una plataforma incómoda, y alguien me lleva en ella a alguna parte. Una camilla. Las luces del techo van quedando atrás.

—No sabía que tuvieras amigos en las altas esferas —dice Layi.

Estoy fuera, en la bóveda. Hay bastante gente en los alrededores. Siento sus pensamientos, su respeto reverencial. Hay unas sesenta personas rezando para repeler las maldiciones. La bóveda emite su habitual resplandor, pero se está empezando a formar un punto oscuro y noto que el viento ha cambiado. Siento la esperanza de la población de Rosalera cuando Anthony, Layi y yo nos disponemos a entrar en la biobóveda. *¿A qué se debe esta Apertura improvisada? ¿Se llevará a cabo la sanación? ¿Nos curaremos ahora con mayor frecuencia, en lugar de solo una vez al año? ¿Qué va a pasar con mi gota? ¿Quiénes son estos hombres?*

—Yo me quedo aquí, amigo —dice Layi. No llega a atravesar el umbral de la abertura. Balancea las manos despacio a la altura del pecho para despedirse de mí. Por primera vez desde que lo conozco, lo noto indeciso. Anthony no parece sorprendido. Me pregunto por qué. *¿Qué prohibiciones impiden que el ángel Layi entre en el paraíso?*

—Gracias —le digo. Mi voz suena débil incluso para mí.

—No te olvides de volver a por mi hermana —apunta.

La abertura se cierra justo cuando empiezo a notarme más fuerte. Me siento, y Anthony empuja la camilla. Sonríe. Siento que la salud se propaga por mi organismo como si de una droga se tratara. Siento que el aire me llena

los pulmones y que mis músculos se fortalecen.

—Ya puedo andar —digo. Me escurro y caigo en algo aterciopelado. Musgo, o algo que se le parece.

Estoy en la bóveda. Cuando llegué al pueblo, no había más que unas pocas tiendas donde vivían escasas decenas de personas, e incluso aquel germen estaba bajo la amenaza del Gobierno federal. Aquí el aire es fresco y agradable, aunque no hay viento. Unas motas se desplazan flotando en todas direcciones, similares al polvo o al polen, pero distintas. Emiten un resplandor tenue. Doy vueltas y vueltas; me noto más revigorizado a cada minuto que pasa y siento cómo los xenofórmes de mi cuerpo circulan por mis pulmones. La bóveda, más alta de lo que pensaba, se eleva muy por encima de los cincuenta metros. En la cumbre cabriolan los levitantes silvestres. Cada vez que entran en contacto con la bóveda, saltan chispas. Aquí solo hay senderos, nada de carreteras, nada que desentone con el paisaje, aunque sí hay líneas rectas. La bóveda alcanza los cincuenta kilómetros de anchura si se mide desde fuera, y me pregunto cómo harán sus habitantes para recorrer el interior sin más ayuda que la de esos senderos. Los caminos están bordeados de representaciones de las deidades yorubas, los orishas: Obatala, Ifá, Yemayá y demás. Hechas de madera y hueso, doblan en estatura a una persona. Hay un voluminoso panel de madera, colgado al parecer de unas enredaderas vivas y lleno de ideogramas *nsidibi*.

Los senderos llevan a un laberinto rodeado de árboles, algunos desnudos, otros de hoja perenne, muchos no originarios de Nigeria. Por todas partes huele a flores y a vegetación. Recuerdo que la ropa de Anthony está hecha de celulosa.

Me froto los dedos de los pies y examino el musgo. Me siento feliz, tanto que me dan ganas de reír. La xenosfera me recibe con los brazos abiertos.

—Ten cuidado —me advierte Anthony—. Nunca has...

Demasiado tarde; estoy conectado. La riada de información me marea y siento como si me hubiera desprendido del cuerpo. Siento que los xenofórmes abandonan la bóveda y regresan con información sobre el clima, sobre la gente que hay fuera, sobre el pH del suelo, sobre la flora y la fauna. Siento a las personas que viven aquí dentro, todas las cuales parecen estar conectadas. Percibo a las familias, a los hombres y las mujeres, a los niños

que juegan, a las parejas que follan. No experimento el intercambio sexual hasta que ya es demasiado tarde, y siento que el pene se me pone duro y termino explotando. Siento los homúnculos, que se han multiplicado más allá de lo imaginable y viven como gatos silvestres entre los humanos, inmunes a la neurotoxina gracias a los xenofórmes.

Siento a las personas que hay encerradas en la prisión. ¿Prisión? Aquí hay una prisión, donde se mete a los que obran mal. La gente vive en cápsulas hechas de vegetación o en casas de madera, piedra y hueso de Ajenjo, o al aire libre. La temperatura siempre es agradable. Hay infraestructura tecnológica y una serie de ganglios bordean la superficie interior de la bóveda.

Siento al propio Ajenjo, no por medio de Anthony, sino al leviatán anidado en la Tierra, construyendo la ciudad sobre él, protector, sustentador. Me asombro ante su tamaño. La ciudad no es más que un grano en su superficie. Llega muchísimo más lejos de lo que yo me imaginaba.

La Lijad está aquí, fusionada, los habitantes de la bóveda mezclados con los seguidores de Oyin Da, integrados, indistinguibles. Algo se retuerce dentro de mí cuando me acuerdo de ella.

El aspecto de la bóveda no es uniforme. Hay glifos en el interior, la escritura propia de un idioma o de una cultura desconocidos. Desconocidos para mí, al menos. Hay dibujos entremezclados con los ideogramas. No son estáticos. Cambian, desplazándose unas veces, desapareciendo otras. Unos son preciosos y otros, grotescos, aunque todos, por alguna extraña razón, resultan reconfortantes. La luz no se refracta por la bóveda. Esta se ilumina por sí sola, y siento el crepitar de la energía. No se me hace extraño. Lo encuentro familiar. Formo parte de esto. Desde hace mucho tiempo.

Veó a la gente, a los hombres y las mujeres vestidos con ropa de celulosa, en unos casos pasada de moda desde hace décadas y en otros de estilo experimental. Aquí y allá se ven nudistas, por cuya piel se deslizan unos tatuajes vivientes. Algunas personas dejan lo que tienen entre manos y sonrín; me sonrín a mí porque saben que los estoy observando. Una mujer sonrío, excitada por el orgasmo que he tenido. Obtiene la información de la xenosfera de este lugar. Quiere que lea lo que pone en su piel, algo de *Los intérpretes*, de Soyinka. Me aparto de ella después de estudiarla por un

momento. No entiendo los complicados sentimientos que esto me suscita. Por lo general, cuando leo a alguien, la otra persona no me lee a mí, de modo que me siento desnudo.

En cuanto al sustento, disponen de varias opciones. Cuentan con gruesas capas de xenofomes y, si lo desean, pueden producir energía eléctrica por fotosíntesis a partir de los recursos de Ajenjo, pero los humanos cuentan con la experiencia de siglos de adaptación, de forma que unos cultivan sus propios alimentos y otros atienden jardines para disfrutar del resultado. Aquí todo crece con facilidad. Aunque no hay ningún código de conducta que les exija ser vegetarianos, no crían animales y tampoco tienen el deseo de hacerlo. Algunos se comen los insectos que se cuelan desde el exterior.

Hay estaciones, lugares donde recibir ráfagas de esporas de xenofomes, que traen información codificada de fuera de la bóveda. Oigo música, por un lado la que procede de diferentes dispositivos de grabación, y por otro la que fluye directamente de los recuerdos y se plasma en mi corteza sensorial. Distingo varios compositores, y los fragmentos de sus obras rompen la armonía en que me hallo.

Hay un monumento erigido a partir de BVC, un amasijo de carne podrida o disuelta en ácido, de piezas de maquinaria soldadas. Mientras observo, soy consciente de la historia. Las BVC que vuelan cerca de la bóveda se electrocutan y son absorbidas. Cerca de aquí hay un museo armamentístico, repleto de piezas destruidas o arrebatadas al Gobierno nigeriano durante sus intentos de entrar. Tanques, lanzacohetes, pistolas, ametralladoras Gatling.

Cada pocos metros hay un montículo de carne endurecida, de tumores, extrusiones de las toxinas aislantes de Ajenjo que los xenofomes no pueden neutralizar. Los tumores son inocuos, pero creía que no había nada que Ajenjo no pudiera neutralizar y reciclar. Esto añade una cierta incertidumbre.

Sigo los ganglios, desciendo, seguido de los elementales. Estos son hospitalarios, curiosos y amigables. Hay parásitos de los pensamientos en la corriente de neurotransmisión, pero los elementales los atrapan y los fagocitan. Vuelvo a intuir que Ajenjo abarca un área mayor de lo que yo estimé en un principio. Se extiende más allá de los márgenes de la bóveda, más allá del perímetro de Rosalera. Llega más hondo que cuando estuve aquí por primera vez, y tampoco permanece inmóvil. Se desplaza con la corteza

terrestre, a merced de las placas tectónicas. Es como una garrapata enganchada a la tierra. Sigo los ganglios hasta lo que creo que es el cerebro de Ajenjo, pero me sorprende que no desempeñe una función central. No elabora pensamientos elevados ni envía instrucciones. Yo esto ya lo supe alguna vez.

—No es como nosotros, Kaaro —dice Anthony—. Desarrolló un cerebro para parecerse a mí, pero no lo utiliza, ni lo necesita. Yo soy el gran traductor, el descifrador.

Su comentario me trae de nuevo a la superficie. Estoy de pie junto a la camilla, con Anthony frente a mí.

—Va a ser un poco molesto —me avisa.

Se queda quieto, pero sé que está haciendo algo. Siento como si me ahogara desde dentro. El ectoplasma asciende desde los pulmones hacia la garganta y por un instante no puedo respirar. No sale de forma fluida. Sube despacio, en espiral, abrasándome el tracto respiratorio, aunque después brota en una sola pieza. No se asemeja tanto a una nube como a un charco de gelatina flotante, translúcido, del que sobresalen unos pseudópodos disgregados. Anthony hunde la mano en la masa gelatinosa.

Molara está ahí dentro, por toda la xenosfera, una criatura temible con alas de mariposa azules y negras abiertas de par en par, irradiando una ira que se bate contra Anthony y contra mí.

*¿Qué haces? Esto no te atañe a ti, dice.*

*Desaparece, le ordena Anthony.*

*Tenemos que negociarlo. No basta con que...*

*No me cuestiones, vulgar infección, le advierte Anthony. Vete.*

Molara percibe el tono de amenaza y se aleja.

Toso, pero por lo demás, estoy bien.

—Y ahora ¿qué? —pregunto—. ¿Vas a decirle que se marche?

—No puedo limitarme a decirles a estos xenofórmes que se marchen. No somos todos iguales. Somos parecidos, pero no siempre estamos de acuerdo ni hablamos el mismo idioma.

—Qué locura. ¿No venís del mismo planeta?

—¿Tú hablas bantú?

—No.

—¿Y polaco?

—No.

—¿Y no vienes del mismo planeta que quienes hablan esas lenguas?

—*Touché*.

—Tenemos que negociar.

—¿Por la humanidad?

—Por ti. La humanidad ya está perdida.

—¿Qué quieres decir? El mundo sigue...

—Mírame. Este cuerpo es alienígena de principio a fin; lo único que queda de aquel humano que se llamaba Anthony es el patrón eléctrico específico de mi cerebro, e incluso eso está entremezclado con Ajenjo. Cada vez que este cuerpo muere, me vuelvo a hacer otro. Algunas de las personas que hay aquí se componen entre un diez y un cuarenta por ciento de xenofórmos porque sus órganos internos, sus extremidades o alguna otra parte de su cuerpo ha sido reemplazada poco a poco. Esto no solo ocurre aquí; acuérdate del Día de Apertura, de las sanaciones. Al final, todos los cuerpos serán reemplazados. Kaaro, la humanidad está sentenciada. Es solo cuestión de tiempo, y somos muy pacientes.

—Creía que estabas de nuestro lado.

Anthony levanta los brazos junto a los costados y después los deja caer.

—Algunos viviréis.

—Me debes una.

—Por eso vivirás, Kaaro.

No soy una persona valiente, y tampoco ningún héroe. Supongo que la cobardía permitió que los humanos sobrevivieran y evolucionaran. Algunos deben luchar; otros, tener miedo y salir corriendo. Yo lo que quiero es vivir y volver a ver a Aminat.

—Déjame salir —digo.

—Kaaro...

—Déjame salir de este puto agujero, ahora mismo. Déjame salir. ¡¡Déjame salir!!

Layi no está esperándome cuando regreso a Rosalera. Sí hay, no obstante,

unas quince o veinte personas apiñadas, las cuales me miran como si fuera Lucifer expulsado del cielo. Sus ojos rezuman avidez. Me rodean en tropel y se me echan encima. Me encojo y me dispongo a defenderme cuando entiendo que lo que pretenden es curarse. Me tocan, tiran de mí, lamen mi sudor, me suplican.

—¡No puedo ayudaros! ¡No soy un sanador! —digo, pero tal vez no sea cierto, porque la xenosfera empieza a decirme que la litiasis biliar de uno de los hombres acaba de disolverse.

No soy el mismo. No miro la bóveda de la misma manera. Ahora semeja un orzuelo o un forúnculo, preñado de pus, quiescente, a la espera del momento propicio. No sé cuál ha sido el precio de mi curación. ¿De cuántas células originales se han desprendido los xenofórmes? ¿Del diez, del quince por ciento? ¿En qué medida sigo siendo humano? Veo a las personas que me tocan y a las que están más alejadas, mirándome con semblante cadavérico. Han sido conquistadas y asesinadas por los invasores, caminan de aquí para allá, paseando su muerte, pero ni siquiera lo sospechan. Quiero gritarles, pero no importa. Dejo de forcejear. La ropa de celulosa que Anthony me entregó está destrozada, pero siguen viniendo.

«*Emi! Emi!*», exclaman una y otra vez. Yo, yo. O quizá estén diciendo una palabra que significa «espíritu», distorsionada por el griterío. Acaso si se curase el número suficiente de ellos, los xenofórmes terminarían agotándose, extinguiéndose. Pero no quiero engañarme.

Sé que, en lugar de curarlas, estoy condenando a estas personas. Soy María la Tifosa, el paciente cero, el jinete pálido.

Quizá sea eso lo que la humanidad se merece.

Bien, hay un tipo, un titán, Prometeo, que les roba el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres. ¿El castigo? Lo encadenan a una roca, y Zeus, bajo la forma de un águila, le devora el hígado a diario. Dado que Prometeo es un titán, el hígado le vuelve a crecer por la noche, solo para que el águila vuelva a devorárselo. El proceso se repite durante una eternidad, hasta que aparece Hércules y liquida al pajarraco, una situación de lo más freudiana porque Zeus es su padre, pero eso no viene al caso.

Conozco esta historia desde que era joven.

He estado pensando en Shesan Williams, el marido de Aminat, atrapado en la xenosfera, devorado por los levitantes, regenerándose después, para volver a ser devorado. Sin duda alguna, yo estaba pensando en Prometeo cuando concebí el castigo. Ahora, no obstante, me siento culpable, tal vez debido a que Ryan Miller me obligó a reflexionar sobre los pecados que cometí en el pasado. No soy juez, y tampoco un dios; tendría que limitarme a defenderme, sin imponer castigos a nadie. No me corresponde a mí, porque que tire la primera piedra quien esté libre de pecado y toda esa mierda.

Voy al hospital. Lo veo. Veo a los levitantes desgarrándole la neurocarne, su dolor inimaginable. Veo la sangre escurriéndose, veo a las criaturas riñendo. Hay una cabeza hundida en el estómago de Shesan, hozando en sus entrañas. Sus gritos no cesan. No disfruto con la escena.

A la mierda. Echo a los levitantes.

No ocurre nada.

*¿Qué?*

Lo vuelvo a intentar. En vano. Sospecho que las imágenes que dejé en el cerebro de Shesan llevaban ahí tanto tiempo que su mente terminó interpretándolas como reales. Y si cree que son reales, mi intervención es irrelevante. Fantástico. Tengo muchas ideas lamentables, y esta es un gran ejemplo.

Los levitantes reparan en mi presencia y dos de ellos se separan para atacarme. Doy un chasquido con el pico y lanzo un graznido. No se amedrentan. Extiendo las patas delanteras y las traseras y bato las alas para ganar altura. Los levitantes me siguen, pero yo puedo maniobrar mejor. Les tiro zarpazos y les perforo las bolsas de gas dorsales. Uno de ellos me muerde en la pata. Hay algo que estoy haciendo mal. Me sacudo para quitármelo de encima, me elevo un poco más y agito las alas hasta que levanto un viento embravecido. El torbellino expulsa a todos los levitantes, y Shesan se queda ahí, aterrorizado. Desciendo hasta posarme frente a su imagen mental, bañada en sangre. Tiembla, pero no sale corriendo.

—Shesan Williams, ¿me conoces? —le pregunto.

Menea la cabeza, pero después se queda pensando.

—Tú eres el que se está tirando a mi esposa.



Lo abofeteo, aunque he retraído las garras para no cortarle la cara. Hince una rodilla en el suelo y vuelve a levantarse. Oigo el murmullo de los levitantes que revolotean por las inmediaciones. Nos cercan, envalentonados.

—Haz que se vayan —digo.

—No puedo.

—Sí puedes. Todo esto lo provocas tú. Yo no tengo nada que ver.

—Mientes.

—Muy bien. Pues quédate aquí para que te devoren vivo una y otra vez.

—¿Puedes llevarme contigo? —pregunta, la voz caldeada por la esperanza.

—Depende de tu cuerpo, Shesan. Ha sufrido demasiados daños. A menos que quieras salir del coma, yo no puedo ayudarte. ¿Tienes algún mensaje para tu familia?

Lo piensa por un momento.

—Diles que siento mucho haberles hecho daño. No me arrepiento de la vida que he llevado. Dios sabe que todos le han sacado provecho. Aminat se aprovechó, y después me apuñaló por la espalda.

—¿A qué te refieres?

—¿No te lo ha contado? —Se echa a reír mientras los levitantes se le acercan y empiezan a mordisquearle.

—¿El qué?

—Es de la policía secreta.

Veinticuatro horas más tarde, informo a Badmos, el jefe de sección de la S45. Por primera vez desde que me incorporé, preparo un informe al detalle: la enfermedad de los sensibles, Molará, Ajenjo, Bola, la xenosfera, el papel de la bóveda, y lo que Anthony me contó. En la medida de lo posible, escribo las cosas de forma textual. Añado contexto, así como mis propias conjeturas. Es el mejor trabajo que jamás haya plasmado en un papel. Espero que haga reaccionar al departamento. Pero no es así.

Badmos asiente, articula los correspondientes ruidos en señal de aprobación y aparta a un lado el dispositivo de almacenamiento encriptado. Sé que se perderá una vez que lo archiven. Me dice que no le cuente mi

experiencia a nadie más y me sugiere que no salga de la ciudad. No, no puedo ver al jefe, pero le pasaran mi informe. Echo de menos a Femi. Sé que si estuviera aquí, podría reunirme con ella en persona. Eurohen debe de estar demasiado ocupado codeándose con los políticos.

Tengo la impresión de que ya estaban al tanto de lo que les he contado. Y de que no quieren que yo forme parte de la solución. No se fían de mí. En realidad, nunca se han fiado de los sensibles, pero esta vez hay algo más. Me consideran un enviado de los invasores por lo que llevo dentro y por lo que puedo hacer. Ni siquiera me permiten que retome el interrogatorio de Tolu Eleja, lo cual es una lástima porque últimamente he estado pensando en cómo enmendarlo. Quería abogar por él y hacer que lo soltaran, a pesar de que ya lo había incriminado. Al menos, no queda nadie que pueda sondearle la mente. El jefe de sección demuestra una absoluta indiferencia y no quiere seguir hablando del tema conmigo. Dudo que pueda volver a mirarme al espejo si lo ejecutan, pero no tengo ni idea de cómo impedirlo. Cuando me marchó, los remordimientos me carcomen como polillas.

Aminat regresa al cabo de una semana. Recibo en el teléfono una solicitud de autorización de rastreo y veo su identificación. Doy el permiso, el pulso acelerado entre la expectación y la rabia. Estoy sentado en un montículo con vistas al Yemayá. Es un parque abandonado. Justo cuando termino una llamada telefónica, huelo su perfume.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta—. ¿Tu nueva novia?

—Algo así. Puede que tenga un nuevo trabajo en el Laboratorio Nacional de Investigación.

Se sienta junto a mí, se apoya en mi hombro y lleva la mirada hasta el río. Un infeliz intenta pescar en una canoa mecida por la corriente pausada. Lo único que cogerá serán criaturas mutantes y alguna enfermedad.

Aminat está preciosa y lleva unos tejanos ceñidos que resaltan sus robustas piernas; sin embargo, la noto cansada, y lleva escayolada la muñeca izquierda.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Quieres hablar de adónde has ido? —pregunto.

Menea la cabeza.

—¿Todavía me quieres?

Asiente.

—¿Había alguien más?

Me da un empujoncito, y yo se lo devuelvo como si fuera un péndulo.

Nos quedamos allí sentados, bajo la luz del atardecer, mirando al iluso pescador, queriéndonos en silencio.

## Capítulo 30

### Las tierras donde se levantaría Rosalera: 2055

#### *Entonces*

Empiezo a acostumbrarme a resucitar, y no tardo en comprender por qué. Conservo los recuerdos de Anthony desde que me introduje en su cabeza, y él ya había regresado muchas veces con anterioridad. Siento cómo las células alienígenas sustituyen mis vasos sanguíneos reventados, cómo reparan el daño que la onda expansiva me causó en el corazón, cómo sueldan los huesos, extrayendo los fragmentos de bala y los restos de tierra, cómo sellan los músculos, los tejidos subcutáneos y, por último, la piel. Recupero el oído y el mundo se estremece bajo el estruendo de los disparos. Noto los ojos reseco, pero los abro de todas maneras. Estoy medio enterrado y tengo la cara cubierta de arena. La tierra está mojada. Me muevo despacio, y no siento ningún dolor. Me miro el pecho. La ropa está hecha jirones, pero no tengo ninguna cicatriz. Además de los disparos, oigo truenos. El suelo parece palpitar, aunque tal vez se deba a que estoy mareado.

—¡Jodeeeeeer!

—¿Estás bien? —dice Oyin Da.

—Me han disparado. ¡Duele un huevo! Quiero decir, dolía. Ya no.

Está inclinada sobre mí y parece estar angustiada, aunque en realidad no se haya dejado llevar por el miedo. Anthony está detrás de ella, mirando en la dirección opuesta.

—Está bien. Como nuevo —asegura Anthony.

El suelo vibra.

—Creo que no estoy tan bien. Me parece que el suelo se mueve.

—No, no son imaginaciones tuyas. Se mueve de verdad —dice Oyin Da.

—¿Qué? —Me levanto. El suelo se agita poco a poco, no como si hubiera un terremoto, sino porque se está desplazando—. ¿Qué ocurre?

Anthony se gira y me sujeta por los hombros.

—Tus jefes nos han atacado. Desgraciado de ti, intentaste salvarme y te dispararon en el pecho. Gracias. No lo olvidaré nunca, pero a decir verdad, yo no corría ningún peligro.

A pesar de su semblante inexpresivo, su voz suena amable. ¿Por qué coño tuve que interponerme entre la bala y él? Ni siquiera lo conozco. ¿Pretendía impresionar a Oyin Da? Joder, me han disparado. He muerto. ¿Será que mis nuevas habilidades me hacen adoptar las cualidades de los demás? Tal vez Oyin Da se dejara llevar por un impulso altruista de salvar a Anthony, porque en este momento puedo leer en su cabeza que lo considera alguien importante.

—Kaaro, tienes que decidirte —me urge Oyin Da—. Anthony va a levantar una barrera entre nosotros y ellos. Puedes quedarte aquí o puedes retomar tu antigua vida.

—Me...

—Ven conmigo —dice. Es la primera vez que muestra interés por mí, y sus ojos se me clavan en el alma. Atisbo una promesa en ellos, pero no sé de qué. No veo en ella el atractivo al que estoy acostumbrado, no se parece a las chicas de los clubes de Lagos. No se esfuerza por proyectar una imagen bella. Sus intereses se centran en la ciencia y en los valores predictivos. Siento simpatía por ella, pero al mismo tiempo me da miedo. Sin embargo, ella también tiene miedo de mí, de que la rechace. A pesar de su intensidad, percibo su incertidumbre. Los relámpagos convierten la noche en día, iluminándole el rostro y el cabello. Caigo en la cuenta de que lo que yo creía que era una tormenta sin lluvia en realidad son los rayos eléctricos que brotan de los ganglios para repeler a los invasores.

Me gusta Oyin Da. También me gusta lo que representa, pero no puedo quedarme. No puedo renunciar a mi vida. Me avergüenza pensar en Femi, en su belleza y en la remota posibilidad de que pudiera haber... algo. En el *glamour* de ser un agente del Gobierno. Del coche de Femi. De su casa. De ella. Soy joven y veleidoso y ni siquiera yo sé lo que quiero. A esta edad, el atractivo es lo más importante de todo.

—Voy a traer la Lijad aquí, para asentarnos en Ajenjo. Aquí estaremos a salvo, y tendremos comida, cobijo y todo un ecosistema nuevo que quiero estudiar.

—No puedo —digo.

Su mente se cierra como una persiana, terminante. En ese momento desearía haber dicho algo más.

No soy el único que se queda fuera. La idea asusta a muchos de los habitantes, algunos de ellos miembros de la Lijad y otros, seguidores de Anthony. Nos pasamos toda la noche viendo cómo la fina membrana se levanta y forma una bóveda, tras lo cual los huecos quedan sellados. No sé adónde van después. Nunca volveré a ver a ninguno de ellos.

Por último, Anthony me estrecha la mano y me entrega algo. Es viscoso y difícil de sujetar, una suerte de arcilla resbaladiza.

—Para cuando te veas entre la espalda y la pared —dice—. Póntelo en la cabeza. Solo si no te queda más remedio.

—¿Qué es?

—Un señuelo.

Y sin más, desaparece.

Al amanecer puede verse que la bóveda ha crecido, que se ha vuelto menos transparente. Algunos fogonazos eléctricos crepitan contra los restos de los vehículos militares y vuelven a incendiarlos. Ninguna de las personas que me rodean sufre daño alguno. Los que llevan un teléfono encima graban la escena. El aire huele a tierra recién labrada, a cordita y a ozono.

Emprendo el camino de regreso a la civilización, con la idea de hacer autoestop o de robar un coche, pero me detienen unos militares. El regalo de Anthony parece haberme dejado las palmas de las manos untadas de mocos. Intento limpiármelas mientras estoy detenido, pero me es imposible. Me pregunto si pensarán dejarme encerrado durante años, hasta que alguien de la S45 se acuerde de venir a sacarme. Solicito hablar con Klaus, pero hacen caso omiso. Al cabo de dos días, me llevan con Femi Alaagomeji.

Mi padre viene a verme mientras me retienen en el calabozo. Estoy sentado

en el catre leyendo el Libro de Ezequiel, porque la Biblia del rey Jacobo es el único libro que hay en la celda, cuando un novato me grita:

—¡Levántate!

Me llevan a una sala y me sientan. Hay una segunda silla de plástico desocupada, pero nada más. No hay ventanas, aunque sí una cámara en una esquina, además de un sutil olor a cal viva que me lleva a sospechar que aquí podría haber muerto alguien. Podría escaparme si quisiese. Veo el camino que lleva afuera, pero todavía no estoy listo y, a decir verdad, tampoco me tratan mal. Creo que Femi me va a hacer una visita, pero cuando la puerta se abre quien entra es mi padre.

Ebenezer Goodhead. «Director» Ebenezer Goodhead. Lo cierto es que nos apellidábamos Orire, que transliterado en inglés significa «buena cabeza»<sup>1</sup>. En realidad, significa «buena alma», pero a nadie le importa. Es el propietario de los Goodhead que pueden encontrarse en todos los núcleos urbanos. Sí, conoció a dos presidentes sucesivos, y los nuevos candidatos se disputan su apoyo. Sí, ahora se le sale el dinero por las orejas. Está delgado y no es musculoso ni alto, aunque tiene una voz que llama la atención por su gravedad. Siempre resuena cuando habla y la gente lo escucha. Se ha dejado barba. Sigue llevando el anillo de la logia y viste una *agbada* con la que parece un poco más corpulento. Sé que esta prenda no le gusta, pero quizá se propusiera hacer ostentación de su poder para venir aquí.

Lo saludo conforme a la tradición yoruba, postrándome a sus pies. Es algo que no había hecho nunca, y él sabe que en cierto modo me estoy burlando de él por hacerlo ahora.

—Padre.

—Hijo.

Se sienta, justo frente a mí.

—¿Qué quiere? —pregunto—. ¿Ha venido a recordarme que ya me lo advirtió?

—¿De qué serviría? Eres un ladrón. Sabía que terminarías en la cárcel.

—Permítame que lo corrija, padre, pero no se me acusa de nada.

—Eso vendrá luego.

—Lo dudo.

—Vuelve a casa, hijo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿No te basta con que te pida que vuelvas? Tu madre...

—Me entregó a una turba sedienta de sangre para que me mataran. No me hable de ella.

—Pero todo acabó bien. Ahora estás aquí.

—Padre, aquella turba mató a Fadeke. La quemaron viva, aunque ella no tuviera la culpa de nada.

A la mierda. Me zambullo en su mente. Soy nuevo en esto, pero sé que duele, aunque el sondeo solo dure unos tres segundos. Sé por qué quiere que vuelva a casa. Tiene miedo. Veo sus intereses comerciales y las cosas que oculta, su amante, sus aventuras. Veo que teme que yo lo deshonoré y que él no tenga suficiente dinero para...

—Lárguese —digo—. Nunca usaré su apellido. No se preocupe por su lujosa vida. Me mantendré al margen de ella.

—Kaaro...

—¡Váyase a tomar por el culo!

Lo primero que hago antes de empezar la formación básica en Maiduguri es destrozarse un Goodhead.

---

<sup>1</sup>. En inglés, «good head» significa «buena cabeza». (N. del T.)



## Interludio: Misión

### *Colonia americana, Lagos: 2066*

Aun a mi pesar, siento curiosidad.

América lleva envuelta en un halo de misterio desde que yo era niño. Hace cuarenta y cinco años que nadie sabe nada de Norteamérica. Por todo el mundo hay colonias donde se ofrece protección a los americanos, pero nadie puede entrar ni salir de los Estados Unidos. Esto se debe a lo que algunos países han dado en llamar el «puente levadizo», el «que os follen» definitivo que Trump le dedicó al resto del mundo.

Ajenjo no es la primera criatura de su especie que llegó a la Tierra. Es la tercera, que se sepa. La primera cayó en Lagos, Nigeria, el 12 de enero de 1975. El que fuera el jefe de estación de la CIA por aquel entonces informó de que se trataba de un meteorito. Un organismo biológico vivo pasó ciento seis días expandiéndose por el subsuelo, tras lo cual pereció y se descompuso. Murtala Mohammed, el jefe de Estado a la sazón, llegó a un acuerdo con los Estados Unidos para que estos colaborasen en los trabajos de análisis. Se les envió el organismo, pero en 1976 Mohammed fue asesinado, y no se sabe si los americanos llegaron a ponerse en contacto con él antes de su fallecimiento.

En 1998, en Hamburgo, Alemania, un objeto llameante impactó contra una vía del ferrocarril, provocó el descarrilamiento de un tren y se hundió a una profundidad de cuarenta y nueve metros; los aliados de la OTAN lo extrajeron y lo enviaron a un laboratorio de investigación ubicado en Atlanta, donde fallecería al cabo de dieciocho meses.

En 2012 Ajenjo devastó Londres. Dados el tamaño del espécimen, la imposibilidad de que los británicos sometieran o aniquilaran al visitante, así como el hecho de que los científicos fueran incapaces de encontrarle una

solución realista al problema, América decidió levantar el puente.

Por aquel entonces había 294 embajadas y consulados estadounidenses distribuidos por el mundo. Al cabo de una semana, todos estaban cerrados, y a todos los empleados consulares se les retiró de sus puestos sin darles explicación alguna. A los miembros americanos de la Estación Espacial Internacional se les sacó de allí.

Cesaron todas las comunicaciones dirigidas o procedentes de los Estados Unidos, y ningún sensible daba con ellos en la xenosfera. Yo lo intenté. Los drones de caza hacían regresar a los vuelos comerciales. Las imágenes por satélite mostraban una gigantesca mancha negra, una anomalía electromagnética que absorbía por completo la totalidad de los espectros. En Oriente Próximo se desató un incendio que hizo arder la región con voracidad durante años. El Reino Unido, ya de por sí aislado y políticamente inestable tras abandonar la Unión Europea, ya no contaba con la potencia militar estadounidense. Discretamente, le cedió el gobierno del mundo a Rusia y a China, mientras luchaba por conservar Escocia. Irlanda no llegó a reavivar los conflictos de antaño, pero los enfrentamientos políticos terminaron por escindir varios territorios.

Las aeronaves espía no sirvieron para averiguar qué coño pasaba con los americanos. Las teorías se volvieron como los culos: todo el mundo tenía una.

La que más me convence en estos momentos es la que sostiene que, tras haber estudiado a los dos ejemplares que llegaron antes que Ajenjo, los americanos sabían que ningún sistema de defensa serviría de nada, de manera que, o bien se marcharon a Dios sabe dónde, o bien hicieron la de la tortuga y se refugiaron en algún tipo de búnker inexpugnable.

Lo cual nos trae hasta estos tipos. Dicen que salieron de América la semana pasada.

Ya han sido interrogados por agentes oficiales. Femi quiere que me asome a su cabeza para ver si encuentro algo. No es un interrogatorio propiamente dicho. Para empezar, saben que voy a andar fisgoneando y también saben lo que soy. Han aceptado pasar por esto. Lo que ocurre con los americanos es que quieren volver a casa. Ninguno quiere quedarse en los campos de refugiados que llamamos «colonias americanas». Si esto les va a servir de

algo, tragarán.

Se levantan para recibirme cuando entro en la sala. Los dos llevan barba de jipi y tienen el pelo largo. Están delgados y desaliñados. Hablamos en inglés.

—Hola, señor Kaaro —me saluda el primero.

—Kaaro, sin más —digo.

—Me llamo Chuck O'Reily, y este es Ace Johnson.

—¿Ace? ¿De verdad eso es un nombre?

—Somos de...

—La verdad es que no me hace falta saberlo. Quiero decir, lo sabré por lo que voy a hacer ahora. Entiendo que tengo vuestro consentimiento.

—Sí —responden al unísono.

—De acuerdo.

—¿Debemos cerrar los ojos o cogernos de la mano? —pregunta Ace.

—Si queréis. A mí me da igual. Podéis curiosear por la sala o leer una revista, si os apetece. Yo me quedaré aquí sentado. Haced lo que queráis, pero no me molestéis.

—¿Hay que quedarse en silencio? —pregunta Chuck.

—No. Por mí, como si montáis una fiesta. Pero no salgáis de la habitación.

Entro en la xenosfera.

Los veo a los dos, pero todo está mal. No los leo como si fueran humanos. Sus autoimágenes son amorfas, proteicas. Debería ver unos contornos con el aspecto de Ace y de Chuck, pero lo único que veo semeja un miasma oscuro. Lo tanteo, palpo los límites, compruebo si consiste en una especie de camuflaje mental que han desarrollado para defenderse de la gente como yo. Pero no. En la xenosfera puedo ampliar a escala microscópica todo lo que veo. Si se debiera a algún tipo de adiestramiento, se apreciaría un patrón recurrente en el humo. Sin embargo, no podría ser más aleatorio.

Extiendo un ala y disipo los zarcillos vaporosos. Se arremolinan por un momento, pero enseguida vuelven a concentrarse.

Mierda. Sé lo que tengo que hacer, pero no me gusta. Es arriesgado, sobre todo porque ignoro a qué me enfrento, pero, en fin, a la mierda.

Me lanzo hacia la zona ocupada por estos dos fantasmas y aspiro.

Al instante comprendo que esta es una de las incursiones más complicadas que he emprendido en la psique de otras personas. Mi yo se torna inestable. Ahora soy ellos dos, Ace y Chuck, y también soy Kaaro, de la S45.

Viajamos en una balsa de goma y a duras penas nos mantenemos a flote en medio de un mar picado. No sé en qué aguas nos encontramos. Ya se verá. Estamos amarrados a la balsa, y tenemos miedo. La goma no está bien inflada y no contamos con ningún remo. Ace está dormido, pero ya se preocupa Chuck por los dos. Es por la mañana y el miasma se aferra a la superficie del agua. No sabemos por qué estamos atados a la embarcación; no sabemos cómo llegamos aquí. Lo único que recordamos es la balsa.

*No. Soy Kaaro, y necesito algo más, más de lo que podéis recordar.*

Retrocedo más allá de los límites de su memoria.

Estoy aquí, y aquí es América. La nueva América.

No sé en qué estado ni en qué ciudad me encuentro, pero las calles están limpias. No hay grietas en las aceras, ni baches en la calzada, ni desperdicios tirados por el suelo. Tampoco se ve ningún coche. Hay bloques de pisos por todas partes, distribuidos en cuadrículas, como tanto les gusta a los americanos. Se elevan hasta perderse en el cielo, todos ellos. Eso es, el cielo. El cielo no es nuestro cielo. No hay nubes, ni sol, ni luna ni estrellas. Una oscuridad artificial lo arropa todo, rasgada por unas hileras de luces que se suceden de horizonte a horizonte, entrecruzadas a modo de retícula. Sé, al igual que lo sabe todo el mundo, que durante el ciclo diurno las luces cobrarán la intensidad necesaria para poder leer con ellas, aunque los mayores recuerdan que el sol brillaba muchísimo más. Este alumbrado, en cambio, es ridículo. A los jóvenes no les importa. Ya he visto cosas parecidas con anterioridad, aunque a mucha menor escala.

A esta hora de la noche todo el mundo está dormido o, al menos, recogido en su piso. Ya no hay barrios a las afuera. Es el precio de la seguridad. Unas esferas patrullan las calles, plateadas, relucientes, en un vuelo mudo. Una de ellas pasa cerca de mí, pero no emite el menor ruido.

No veo ninguna hoja al pie de los árboles que bordean el bulevar donde me encuentro. Los examino y compruebo que la corteza es de plástico, que las hojas son sintéticas, que la tierra es de mentira.

Observo que hay demasiados elementos idénticos, repetidos. Por ambos

lados, la calle se pierde en el infinito. Intento entrar en uno de los bloques. Me es imposible. Supongo que las puertas funcionan mediante el mismo sistema de reconocimiento de implantes que empleamos en Nigeria. No, un momento, aquí es donde vivo yo. El aire es limpio y frío y tiene un sabor artificial. La puerta tendría que abrirse. ¿Soy Ace o Chuck? Compruebo la integridad de mi yo.

Tengo miedo. ¿Por qué? Por algo que Ace y Chuck han hecho o se disponen a hacer. Ah, piensan quebrantar la cuarentena o la segregación. Esta es la Ciudad 151. Deben, debemos, permanecer dentro de los límites de nuestras respectivas ciudades. Estuvimos en las fronteras, en los dieciséis portales. Somos jóvenes, sabemos que el mundo, que el universo, es más grande de lo que parece. Queremos verlo.

Burlamos los sistemas de seguridad. Llevamos dos años trazando el plan. Lo hemos ensayado varias veces, tenemos trajes protectores. Tenemos cojones.

*También tenéis la cabeza hueca. Vuestra vida no tiene nada de malo, imbéciles.*

No hemos borrado nuestro rastro con suficiente esmero. Me detienen frente al apartamento. Me detienen en mi habitación. Nos interrogan unas máquinas. Los gobernantes y los supervisores no establecen ningún tipo de contacto presencial. Al final, se lo contamos todo, porque no nos queda más remedio. La cuestión siempre es cuándo hacerlo, no si hay que hacerlo.

Nos destierran. El destierro es una forma eufemística de decir que nos condenan a muerte. Os echan, nos echan, por el portal siete. Se abre sobre la superficie del mar.

Tenemos suerte. Un avión se ha estrellado, hay restos flotando por todas partes. Una balsa. Sin remos. Un momento.

*¿Por qué no lo recordáis? ¿Por qué habéis perdido la memoria?*

Tal vez se lo hicieran las máquinas, los androides que los interrogaron. Tal vez sea un efecto secundario del tránsito por el portal.

Vuelvo en mí.

Dejamos a los americanos en la colonia de Lagos. No saben nada ni suponen una amenaza.

Comparto mi opinión con Femi. América se encuentra oculta, en un lugar

reestructurado donde hay al menos 151 ciudades separadas entre sí. Guetos.

—Otra cosa: no creo que haya xenofórmes en esas ciudades. Han descubierto la manera de repeler la infección.

No se me concede ninguna medalla, ni se me espera en Rosalera para recibirme como a un héroe.

## Capítulo 31

Rosalera: 2066

### *Ahora*

Recibo las nuevas órdenes y se me pide que lea a un político, en la medida de lo posible de forma encubierta. De inmediato, decido que no me prestaré a ello. Es domingo, así que salgo a jugar al fútbol al campo que hay a un kilómetro de mi casa. Hace mucho que no vengo, y no conozco a ninguno de los chicos, pero en cuanto se me permite salir y ven lo bien que se me da, nos entendemos como si fuéramos amigos de toda la vida. El juego es dinámico y me ayuda a olvidarme de todo lo que ha ocurrido durante los últimos días. Como esperaba, la policía intentó interrogarme por el asunto de Clement, la turba y todo ese *wahala*. Les muestro la identificación de la S45 y me dejan ir.

El portero se encuentra mal, así que me pongo yo de guardameta. Como esta posición se me da de pena, encajo tres goles antes de que me sustituyan. No sé cuánto tiempo de juego llevamos, pero estoy agotado y pido que alguien entre por mí. Hay alguien en la banda, una mujer. Tiene aspecto de estar esperándome, observándome. Me acerco a ella, y entonces la reconozco. Está mayor, y tanto su cadera como sus brazos han ganado bastante volumen, pero es inconfundible. Es Oyin Da. Conserva la misma mirada que tenía el día que nos conocimos.

—He oído que nos has hecho una visita —dice.

—Sí. —Me paro a un palmo de ella—. ¿A qué has venido, Oyin Da?

—A ver cómo estás. A pedirte, otra vez, que te unas a nosotros. Cuando supe que habías venido a la bóveda, sentí curiosidad.

Meneo la cabeza.

—Las cosas han cambiado. Ya no me siento atraído por ti. Sé lo que está pasando. ¿Qué porcentaje de tus células han sido reemplazadas por

xenoformes?

—El dieciséis.

—¿Tanto?

—Sí, pero según mi peso, soy un veintinueve por ciento máquina. Eso no me convierte en parte de esa sublevación de los robots que se ha predicho pero que nunca tendrá lugar.

—No es lo mismo.

—Todos somos máquinas en alguna medida, Kaaro. Llevas un polímero telefónico bajo la piel de la mano. Tienes un chip de localización implantado en la cabeza.

—¿Y tú qué tienes?

—Cero apatía.

—¿Qué?

—Tengo unos microelectrodos que regulan mi estado de ánimo. Tengo un sistema de microfiltrado que aumenta mi proporción de líquidos en el caso de que no haya agua. Tengo un vínculo portátil con la Lijad en el antebrazo izquierdo, y un suministro de energía de respaldo en el derecho...

—Vale. Basta.

—Lo de la apatía es importante. A nadie le importa que una especie alienígena agresiva esté apoderándose poco a poco de las células humanas autóctonas. Da igual.

—Así que te metes un chute con tus electrodos mágicos y se te pasa la apatía. Entiendo.

—No, no lo entiendes. Lo saben, Kaaro. Lo saben desde hace mucho tiempo. No se oponen. ¿Te lo agradecieron cuando les hablaste a tus superiores sobre Ajenjo?

—No, me encargaron que me ocupase de no sé qué intriga política.

—Comprendo. —Gira un poco el cuerpo hacia la derecha, pero sin llegar a mover los pies—. Tengo una hija.

—Me alegro por ti.

—¿Lo dices con sarcasmo?

—No, me alegro de verdad. ¿Cómo se llama?

—Nike.

Nunca le había hablado acerca de Onyemaihe. Extraño caso de



sincronicidad.

—Es un nombre precioso. ¿Cómo es? —Echo a andar y ella me acompaña.

—Muy tozuda. Brillante. Implacable. —Sonríe mientras la describe. No me veo capaz de preguntarle por el padre, lo cual me lleva a pensar que tal vez siga sintiendo algo por ella. Pero hay algo a lo que llevo dando vueltas desde hace un tiempo y con lo que creo que ella podría ayudarme—. Vente conmigo.

—Oyin Da...

—O quédate. Tenía que intentarlo, tenía que hablar contigo. Ya se me ocurrirá algo.

—No soy de los que van por ahí salvando el mundo.

—No, no lo eres.

—Pero... Pero necesito pedirte una cosa.

Aminat no está convencida del todo. Lo noto por el modo en que se gira de un lado a otro, haciendo susurrar su vestido veraniego. El frufrú hace que sienta el impulso de darme media vuelta, arrodillarme ante ella y hundir la cara entre sus muslos.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta.

—No. En absoluto.

Estoy parado delante de mi caja fuerte, con ella detrás de mí, tan cerca que puedo sentir su aliento en la nuca. La caja está empotrada en la pared, desbloqueada. No tiene combinación. Le doy una indicación al apartamento, que retira el cerrojo. Hay dinero en metálico y medicamentos, insulina, para más señas. No, no soy diabético, pero desde hace un tiempo vengo pensando que, si tuviera una enfermedad crónica, querría suicidarme a mi manera. Hay unas lentillas con acceso a Nimbus, un modelo que se puso de moda años atrás. Todavía funcionan, pero se dieron algunos casos de conjuntivitis flictenular que disuadieron a los usuarios de que siguieran utilizándolas. Hay una máscara de bronce de una mujer beninesa que le robé a mi padre. Es el único objeto robado que conservo.

Hay un cilindro sellado, transparente, de unos quince centímetros de

longitud. Está apoyado a lo largo, y la mucosidad parece inerte, como un nivel de agua en el que el contenido ocupara un tercio del continente. Lo abro.

Parte de la mucosidad se queda adherida al tapón, pero enseguida se escurre y se une a la masa principal. La vuelco en la palma de la mano. La superficie se agita, pero no sé si la reacción se debe al contacto con el oxígeno o al calor que desprende mi piel.

Aminat da un paso atrás.

—No es una de tus ideas más inteligentes —dice.

—A decir verdad, nunca he tenido una idea inteligente —admito—. Al menos en ese sentido soy constante.

No me acuerdo bien de lo que Anthony me dijo sobre esto cuando me lo entregó. ¿Que lo usara cuando tuviera un problema? Ahora mismo no tengo ningún problema, pero puede que dentro de poco sí. La última vez que intenté usarlo, me acojoné y creí que iba a matarme. Ahora siento aquella misma náusea, pero me la trago y me unto la mucosidad en la cabeza. Está fría y tiene la textura de un gel de ducha. Se mueve en todas direcciones, se me escurre por la frente. Esto es lo que no me gusta. En un principio, se divide al llegar a las cejas y sigue deslizándose hacia abajo, pero luego lo compensa esparciéndoseme por los párpados, que consigo cerrar justo a tiempo para que no se me introduzca en los ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta Aminat, la voz acongojada por la angustia.

—No —digo. Sé cómo parar esto, pero no lo hago.

La mucosidad me tapa la nariz y se me mete por las fosas nasales, bañando el interior. Estornudo, pero no me alivia. Abro la boca para estornudar otra vez y compruebo que tengo la mucosidad dentro, cubriéndome los dientes, la lengua, la cara interior de las mejillas y la entrada de la garganta. Me recuerda al ectoplasma de Molar. A Clement. A Bola. ¿Se sentirían así antes de morir? Resisto como puedo. Me dan arcadas, pero no vomito. Tengo un centenar de cresas retorciéndose en mi boca, dejándome un regusto un tanto salado.

—¡Kaaro!

—Estoy bien —consigo decir, aunque no sea así.

La sustancia sigue descendiendo, por la barbilla, alrededor del cuello,

extendiéndose por el pecho, la espalda, los brazos, la entrepierna, los muslos y los pies, las plantas incluidas. La ropa se desintegra y se cae. No puedo respirar. Tengo las fosas nasales taponadas y me dan espasmos en la garganta. Intento hurgarme la nariz y sacarme la mucosidad de la boca, pero ya ha crecido demasiado para detenerla.

—Kaaro, esto no me gusta. Voy a buscar ayuda.

—No.

*Aguanta. Piensa. Serénate.*

No respiro, pero ni el cerebro me pide oxígeno a gritos ni siento que vaya a desvanecerme. Estoy vivo, mi corazón sigue latiendo. Dejo de forcejear. Siento un leve dolor porque cada mínima vibración de la mucosidad parece punzar alguna terminación nerviosa. Tengo los ojos cerrados, pero soy consciente del entorno. La xenosfera es inaccesible, pero creo que la mucosidad está enviándole información directamente a mi sistema nervioso y extrayendo el oxígeno del aire.

—¿Kaaro?

—Estoy... Creo que estoy bien, cariño. Es raro.

—Estás raro. Pareces una estatua hecha de mocos.

—No digas eso. Por cierto, tengo hambre. —Me dirijo al frigorífico y me pongo a comer.

Me despierto con frío. No recuerdo cuándo me quedé dormido, pero abro los ojos. La puerta del frigorífico está abierta y solo quedan los envoltorios de los alimentos. Todos los armarios de la cocina están abiertos y el desorden es absoluto, aunque el robot aspirador no deja de pasearse susurrando por el suelo. No queda rastro de la mucosidad. Estoy desnudo. Por el charco que veo a unos pasos de mí, sospecho que podría haberme meado encima.

—¡Aminat!

—Estoy aquí —responde desde el salón.

Voy con ella y veo lo que está mirando. El regalo que me hizo Anthony.

—Temía que fueras a marcharte con tu exnovia, pero ya no —dice.

Vale.

Oyin Da se reúne conmigo a la hora y en el lugar acordados: mi puesto preferido de *suya*. Le ofrezco a Yaro unas tiras de carne, pero el perro está tan enfermo que se niega a comer. La herida que tiene en el costado está desbordada de gusanos y Ahmed ha estado intentando espantarlo, porque dice que es malo para la clientela.

—Volveré a por él dentro de poco —digo—. Lo llevaré al veterinario.

—Kaaro, no tenemos tiempo —me apremia Oyin Da.

Me despido de Ahmed y de los clientes y me marchó con ella.

—He analizado las distintas coordenadas de tu chip y estoy segura de que podremos colarnos en las instalaciones.

—Bien.

—Esto terminará con tu carrera en la S45. Aunque salgamos a tiempo, averiguarán que has sido tú.

—No te preocupes por eso. Lo que me inquieta es lo que te pase a ti. La última vez que salimos de misión, te adaptaste muy bien a tu destino.

—Eso no va a pasar con una agencia gubernamental. —Se detiene y mira a su alrededor. Nos encontramos en un lugar apartado. Está oscuro. Nadie que no utilice algún sistema de visión nocturna puede vernos—. No te muevas.

Mientras viajamos, caigo en la cuenta de que ya no lleva los pompones afro. Suponía que tendría náuseas, pero no es así. En vez de eso, por un instante siento que el cuerpo se me estira, que el tiempo se dilata, que el alma se me encoge.

Cuando llegamos a nuestro destino está oscuro y, de inmediato, busco la xenosfera. La encuentro. Puesto que no esperan la llegada de ningún sensible, no la han suprimido con antifúngicos. Creo. Oyin Da emite un zumbido estático. Ha descubierto alguna forma de bloquearme, lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta todo el tiempo que lleva trabajando con y contra los xenofórmos. No hay guardias en las inmediaciones, pero capto los restos de sus pensamientos, los neurotransmisores que siguen fluyendo conforme a los antiguos patrones por las mismas rutas. Busco algo que haga referencia al interrogatorio que dejé inacabado, a Tolu Eleja o su aspecto. Veo las palizas y la violencia gratuita, y también el terror y el fatalismo del detenido. Veo dónde lo retienen. Asiento para Oyin Da, pero guardamos silencio, como

acordamos. En este tipo de lugares hay detectores de sonido, y no quiero revelar nuestra presencia. Me pongo en marcha y ella me sigue.

Estamos todavía en la planta menos cuatro del complejo de Ubar. Me muevo con presteza, como un rumor. Nunca había sido tan rápido, ni siquiera de joven. Tengo esa edad en la que te cuesta mantener una lozanía física que cuando eres un veinteañero crees que será eterna, pero me desplazo como si mi cuerpo fuese ingrátido. Es como si estuviera dentro de un videojuego. Para guiarme me sirvo del plano cognitivo que he trazado a partir de los patrones residuales que quedan en la xenosfera, descartando los giros equivocados y experimentando una falsa familiaridad, un *déjà vu* prestado.

Estoy a la entrada de la celda. Hay un teclado, pero no me hace falta usarlo porque hay alguien más con Eleja. La puerta está desbloqueada; lo sé sin necesidad de tocarla. Sé que saltará una alarma en cuanto entre en la celda. Lamento no saber lo que está pensando Oyin Da. Proyecto un patrón de interferencias al interior de la celda. Los ocupantes no podrán elaborar ningún tipo de pensamiento. También les ordeno a sus cerebros que no nos vean ni a Oyin Da ni a mí.

Es un calabozo espartano: un catre, una silla, un retrete. El prisionero está de rodillas, esposado, con el guardia de pie frente a él, un cinturón doblado en la mano. Eleja tiene la cara, el cuello, los hombros y los brazos sembrados de verdugones. Veo en la mente del guardia que este interrogatorio no ha sido autorizado y que sencillamente estaba aburrido del turno de noche. Hago que le quite las esposas a Eleja y que le practique una felación al arma que lleva al cinto. No dejaré de hacerlo mientras esté despierto. En un primer momento, se me ocurre que traslade este acto a sus sueños, y que siga cuando se despierte, pero después recuerdo los errores del pasado y me conformo con que acabe una vez que se duerma.

Hay una cámara, pero creo que, para poder torturar al prisionero a placer, el guardia tendrá que haber interrumpido la grabación, o haberle pedido a algún compañero que haga la vista gorda. En cualquier caso, cuento con que empiecen a sonar las alarmas de un momento a otro.

Me acerco a Eleja y empleo todas las técnicas que conozco para derribar sus defensas. Soy consciente del efecto de la mucosidad, de que potencia mis habilidades, de que hace todo esto mucho más fácil. Es coser y cantar, no hay

que forzar nada. Es sencillo. Ignoro las pistas falsas y los recuerdos irreales y el burdo condicionamiento.

*No tengo tiempo para juegos. ¿Quién eres, y por qué te están interrogando?*

Y, sin más, lo sé.

Antes de que yo logre decir nada, salta la alarma. No suena, pero percibo un pulso en la xenosfera, un latigazo de angustia y una riada naciente de adrenalina y de dopamina. Ya no hace falta guardar silencio.

—¡Oyin Da! —grito, sobresaltando a Eleja. No se había enterado de que estaba aquí hasta ahora, y se pregunta por qué el guardia se comporta de un modo tan raro, aunque le alivia que las palizas hayan cesado.

Oyin Da entra en la celda.

—¿Y bien?

—Aquí lo tienes. Es hora de largarse.

Siento que vienen, armados, que están sellando las salidas. Pueden vernos, y la aparición de Oyin Da ha provocado un frenesí primitivo, ya que se trata de una disidente conocida. Tarda un minuto o dos en cargar el programa de transporte. Le guiño el ojo y abandono la celda.

—¡Alto!

*¿Cuántas veces habré oído eso?*

Se encienden unas luces potentísimas que me ciegan. Lanzo una oleada de desorientación hacia la xenosfera, pero no ocurre nada. Los guardias deben de estar protegidos contra los ataques de los sensibles. Oigo que algo rueda por el suelo y al instante sé que tengo que taparme los oídos. No puedo avisar a Oyin Da, no queda tiempo, y además ella lleva puesto un dispositivo de ruido blanco. Espero que ya se haya ido. La granada aturdidora cumple su función. Me deja sordo y ciego. Apenas noto los culatazos que me asestan con los fusiles.

Siento que me evado, ajeno a todo.

Lo último de lo que soy consciente es de que Eleja abandona la xenosfera.

Yaro duerme el sueño plácido y narcótico de la anestesia mientras el veterinario le desbrida la llaga. A su lado tiene una palangana llena de

gusanos. Los seda con cloroformo y los extrae, después de lo cual utiliza un tubo de succión para retirar la inmensa bolsa de pus. Extirpa la piel y las fibras musculares necrosadas hasta que descubre los tejidos viables. Sé todo esto porque va describiendo el proceso mientras opera. El hedor es asfixiante.

—Tendrá que quedarse aquí esta noche para que vuelva a examinarle la herida mañana —dice el veterinario. Se lava las manos mientras Yaro se retuerce en sus sueños caninos—. A veces quedan gusanos muertos en la úlcera. Creo que los he sacado todos, pero...

La puerta se abre de golpe y entran dos militares armados.

—Kaaro, levanta las manos —dice una mujer. Su voz suena artificial, electrónica. Me habla a través de un casco hermético.

Obedezco.

—No llevo armas ni voy a resistirme —digo con tranquilidad. Tengo miedo porque esta gente no piensa ni sé qué órdenes siguen.

—¿Dónde está el prisionero? —pregunta la militar.

—¿Qué prisionero? —me extraño.

—El que has liberado en Ubar.

—¿Qué? Yo no...

—No te hagas el tonto. Esta noche te has infiltrado en unas instalaciones de alta seguridad y has liberado a un sospechoso.

—Agente, llevo aquí toda la noche. Pregúntale al doctor. He traído a mi perro para que lo operen.

El veterinario también tiene las manos levantadas, unos hilos de agua escurriéndosele por los antebrazos, mojándole la bata. Parece estar tan asustado como yo y afirma enérgicamente con la cabeza.

—Yo no tengo a vuestro prisionero —aseguro.

Y es cierto, no lo tengo.

Pasan seis horas hasta que me dejan marchar. Durante este tiempo reconstruyen con minuciosidad lo que he hecho durante el día. Comprueban los sistemas de vigilancia de mi apartamento. Comprueban los registros del GPS de mi implante. Interrogan a Aminat. Me muestran un vídeo de la fuga. Veo a una persona que se parece a mí, pero la señal del implante no se corresponde. Además, la hora del implante demuestra que en ese momento me encuentro muy lejos de Ubar. El doble se desintegra mientras lo aporrean.

Cuando la niebla se disipa, no queda nada. Ni una simple mancha en el suelo. Casi siento lástima por ellos, porque no tienen más que una celda vacía, un soldado que practica sexo oral con su arma y un vídeo de un fantasma. Rodarán cabezas por esto, pero no la mía.

—No soy yo —repito—. ¿Habéis encontrado algún rastro de mi ADN? No, no lo habéis encontrado. Porque no soy yo. No, no sé quién o qué es.

Cuando Aminat me recoge, doy por hecho que nos están vigilando, de modo que solo hablamos de lo indignados que estamos tras la detención y el acoso ilícitos. Retomamos nuestra rutina como si no hubiera pasado nada.

Me llevo a Aminat a la xenosfera mientras dormimos. Soy mi verdadero yo, no el grifo. Le enseño mi laberinto y damos un paseo por él, cogidos de la mano.

—Entonces ¿funcionó? —pregunta.

—Sí. Las células del duplicado mucoso se disolvieron hasta que se desintegró. En la S45 están perplejos; barajan la posibilidad de que Ajenjo crease el duplicado tras mi incursión en la bóveda.

—¿Te has metido en un lío?

—En realidad, no. Puede. No lo sé. Me hago la víctima. Me da igual. Me han suspendido con sueldo, pero por mí, bien. De todas formas, no quiero trabajar con ellos.

—¿Quién era?

—¿Eleja? Un tipo que tenía una teoría. Él y algunos otros descubrieron que se trata de una invasión, que los alienígenas se están apropiando de nuestras células, y lo que es más, descubrieron que el puente levadizo de América guarda alguna relación con eso. Es una forma de que América conserve su humanidad. Formaron un grupo con la intención de colarse en la colonia americana que hay en Lagos. Iban a capturar a algunos de los americanos y a obligarlos a revelar el secreto. Creían que salvarían el mundo.

—¿Y qué has hecho con él?

—Oyin Da se hará cargo; tal vez aproveche lo que sabe, se infiltre en la colonia y averigüe cómo deshacer la conversión.

—¿Y por qué no te ocupas tú de eso?



—Porque yo no soy de los que salvan el mundo. Yo no soy ningún héroe, Aminat. Solo soy un tipo que está enamorado de una chica. Soy el último sensible. En el banco ya no me necesitan porque los ataques han cesado. Me han echado ahora que todos los psíquicos han muerto, pero no pasa nada porque en realidad el trabajo me daba igual. Lo único que quiero es pasar el resto de mi vida a tu lado. Nada más.

—¿Eso es una propuesta de matrimonio, Kaaro?

—Este recuerdo se autodestruirá cinco segundos después de que te despiertes —respondo.

Me quedo callado por un momento, indeciso.

—Cariño —digo.

—Oh, oh, cambio de tono —señala Aminat—. Tiene que ser muy grave. ¿Qué has hecho ahora?

—He visto a Shesan.

—¿Por qué?

—Quería liberarlo. —Hago una nueva pausa—. Cariño, no sé cómo hablar de esto. Me dijo que eras policía.

—¿Lo hiciste?

—¿Si hice el qué?

—Liberarlo.

—¿Qué? No... Ehm, no, no pude. Está... No.

—Gracias.

—¿Entonces? ¿Eres de la policía secreta?

Las flores de cerezo flotan en el aire, ajenas a la gravedad. Estamos al límite de mi zona de la xenosfera. Mi guardián gigante está de patrulla, arrastrando tras de sí sus largas trenzas. Apostados aquí y allá, entre la hierba, hay unos tanques en miniatura, de metro y medio de largo y uno de alto.

—¿Son juguetes? —pregunta Aminat.

—No, son Goliath, los minitanques de Hitler, diseñados para detener el avance de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Los vi en el periódico. Mis detritus mentales terminan aquí. Y estás intentando cambiar de tema.

—No es eso. Intento poner en orden mis ideas.

—Es una cuestión binaria, una pregunta de sí o no, Aminat.

—¿Quieres leerme la memoria?

—No —contesto—. Nunca lo voy a hacer.

—¿Y nadie puede oírnos aquí?

—Puedes hablar con total libertad.

—Trabajo para la S45.

—¿¿Qué?? ¿Cómo has podido ocultármelo? Sabes cómo me siento por...

—Cálmate.

Me tomo un momento para recobrar el control, porque casi hago que nos salgamos de la xenosfera de la impresión.

—¿Te han encargado que me vigiles?

—No, tranquilízate y escucha, Kaaro. Hace unos años, en Lagos, mi hermano empezó a arder y calcinó la casa. Esto ya lo sabes, y a él ya lo has visto envuelto en llamas. Los escombros aún humeaban cuando llegaron unos agentes de la S45 y se lo llevaron. Era joven, estaba confundido, desnudo, y no paraba de llorar. Nos tomaron muestras de sangre y de piel a mi padre, a mi madre, a mí y a toda la familia. Mi hermana menor no estaba, pero todos los demás tuvimos que aportar nuestras muestras.

»Como no liberaban a Layi, presenté varias denuncias. Entonces, una noche, caminaba de regreso a casa cuando un coche se colocó a mi altura. Estaba a punto de quitarme los zapatos y echar a correr. En aquella época había muchos secuestros en Lagos. El chófer era el típico gorila. En el asiento de atrás llevaba a una mujer preciosa que sabía mi nombre y que me pidió que subiera.

—Femi Alaagomeji —deduzco.

—La misma. Me preguntó qué esperaba conseguir y le dije que quería que mi hermano volviera a casa. Me hizo algunas preguntas directas y razonables sobre seguridad ciudadana. Dije que cuidaría de él. Conoces a Layi. Nunca le haría daño a nadie. Nadie sufrió el menor rasguño cuando la casa ardió.

—Así que te reclutó para la S45.

—De entrada no. Me dijo que necesitaba prepararme para poder cuidar sin riesgos de alguien con las habilidades de mi hermano. Me propuso pasar por un período de adiestramiento.

—Sí, muy propio de ella.

—Me entrenaron en Maiduguri durante seis meses.

—¿Te asignaron a Danladi?

—¿Al Hijoputa Danladi? No, ya no está, pero su leyenda perdura. Tras el adiestramiento, Femi dijo que lo mejor sería que me nombraran miembro voluntario de la S45. Me comentó las ventajas del puesto, y me dijo que de todas formas iba a realizar el mismo trabajo que un agente. Propuse las adaptaciones necesarias para mantener a salvo a Layi. Y así, después de que Femi introdujera algunas modificaciones, me devolvieron a mi hermano.

Esta debe de ser la razón por la que Femi censuró nuestra relación desde el principio.

—Cuando Shesan empezó a cortejarme, yo no sabía nada sobre sus negocios turbios. Después de que nos casáramos, Femi me llamó y me asignó una nueva misión. Layi llevaba años estabilizado. Me ordenó que espicara a mi marido. Se me daba muy bien, hasta que cogí la tuberculosis.

—¿Y yo? ¿Yo soy tu siguiente misión?

—No, Kaaro. Que nos conociéramos fue una casualidad. Femi Alaagomeji hizo cuanto estuvo en su mano por disuadirme de que siguiera contigo. Nunca me ha preguntado nada acerca de ti. Nada secreto, al menos. Como ambos sabemos, ya hay otras personas vigilándote, y además, ella sabe más cosas sobre ti que yo.

—¿Por qué atentaron contra ti?

—No puedo decírtelo.

—Aminat...

—Tendrás que respetar la integridad de mi trabajo, Kaaro. No puedo hablarte sobre esta misión, así que no voy a hacerlo. Sí te puedo decir que no guarda ninguna relación contigo, pero no debo darte más detalles.

Asiento.

—Despiértame. Sácame de aquí —dice.

De vuelta en el apartamento, toma mi cara entre sus manos y me da un beso.

—Kaaro, te quiero. Nunca dejaré que te hagan daño. Te protegeré siempre. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Me crees?

—Sí.

Me besa de nuevo, sin soltarme.

Continuamos con nuestra vida, Aminat y yo. De vez en cuando se ausenta, pero ni ella me da explicaciones ni yo se las pido. Es difícil de conocer o, mejor dicho, prefiere que no la conozcan, y yo nunca voy a fisgar en su mente. *Yo también soy intraducible*, suele decir citando a Whitman.

Una vez que se ha recuperado, me traigo a Yaro, que me hace compañía cuando Aminat no está. No es fácil de domesticar, pero no pierdo la esperanza. Me sigue al campo cuando salgo a jugar al fútbol.

De forma silenciosa e inexorable, pese a los esfuerzos de gente como Oyinda y Eleja, la invasión continúa. La humanidad perece célula a célula. No sé qué sucederá una vez que los xenofórmos se hayan apoderado de nosotros por completo, pero ocurre como con el cambio climático o como con el asteroide ese que un día se estrellará contra la Tierra y nos borrarán de su faz. Todos creemos que ya estaremos muertos para cuando empiece la masacre.

Mi lado alienígena me dice que me engaño. Cuando se desate esta catástrofe, todos seguiremos aquí.

## Agradecimientos

Los libros llevan el nombre del autor en la cubierta, pero es mucha la gente que trabaja entre bastidores.

Personas a las que quiero mencionar: mi agente, Alexander Cochran; las editoras Jenni Hill (¡mira qué amable soy!) y Sarah Guan; mi cuadrilla de escritores: Aliette de Bodard, Zen Cho, Cindy Pon, Victor Ocampo, Pat Ocampo, Vida Cruz, Karin Tidbeck, Alessa Hinlo, Nene Ormes y Mia Sereno; Nick Wood, por leer el primer borrador de *Rosalera* y decir que no era una porquería; Jide Afolabi, incansable lector de mis obras, así es el rollo de Lagos; Kari Sperring, Liz Williams, Athena Andreadis, Laura Mixon, Kate Elliot; Pat Cadigan, una campeona y una mujer de armas tomar; Rob White, uno de mis primeros lectores; Chikodili Emelumadu, por escuchar mis lamentos; Carmelo Rafala, Milton Davis, ya sabéis lo que hicisteis; Sue Atkins, por el título; y mi familia, por dejarme a solas en el ático.

Título original: *Rosewater*

Publicado por primera vez en inglés por Apex Publications en USA en 2016.

Publicado por Orbit, parte de Little, Brown Book Group (Londres) en 2018.

Esta edición se publica por acuerdo con Little, Brown Book Group.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia

Edición en formato digital: 2019

Copyright © 2016 Tade Thompson

© de la traducción: Raúl García Campos, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-406-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)